



Museo
Memorial
de la
Resistencia
Dominicana

Eran una sola sombra larga

Investigación, interpretación y conclusión sobre las muertes
de Jean Awad y Pilar Báez en la Tiranía de Trujillo



Lipe Collado

Eran una sola sombra larga

Lipe Collado

Eran
una sola sombra larga

–Investigación, interpretación y conclusión
sobre las muertes de Jean Awad y Pilar Báez
en la tiranía de Trujillo–

Museo Memorial de la Resistencia Dominicana
Santo Domingo, República Dominicana
2015

Museo Memorial de la Resistencia Dominicana
2015

© Todos los derechos reservados
Museo Memorial de la Resistencia Dominicana

Del título:

Eran una sola sombra larga.

Investigación, interpretación y conclusión sobre las muertes de Jean Awad y Pilar Báez en la tiranía de Trujillo.

Del autor:

Lipe Collado

Primera edición: Santo Domingo, 2015

Diagramación:

Modesto Cuesta Soriano

modesto.cuesta@gmail.com

829 721 9313

Cubierta: *Ninoska Corominas*

Cuidado de la edición a cargo del autor

ISBN: 978-9945-8958-6-5

Impresión: Editora Búho, SRL.

Calle Elvira de Mendoza 162, Ciudad Universitaria, Santo Domingo.

Prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio, sin permiso escrito del autor.

Contenido

- 9 Presentación
- 11 Palabras preliminares
- 13 Una malvada misión
- 19 El coronel habló en serio
- 25 San Juan de la Maguana
- 31 En las garras de Satanás
- 37 El coronel de la fortaleza
- 43 El coronel juega con Jean
- 51 Dejaron de jugar con Jean
- 55 “Para hablar mentiras”
- 63 El accidente en la prensa trujillista
- 69 Un adefesio noticioso
- 77 Datos falsos e imprecisiones insinuantes
- 87 El chofer del camión
- 91 “Fueron derecho al camión”
- 99 En el Hospital Santomé
- 107 El chofer del camión en salmuera
- 111 Comisiones e informes
- 117 Lugar y hora del accidente
- 125 ¿Quién conducía la Station Wagon?
- 135 Antojos de Angelita por el plato ajeno

145	Angelita se antoja del plato de una prima
157	A la manera de los Trujillo
165	Dualidades de Angelita ante las muertes de Pilar y Jean
175	Antojo de Angelita por Jean llegó a Jimaní
183	Antojo de Angelita por Jean llegó a Restauración
187	Factores confluientes en la muerte de Jean
201	Miguel Ángel Báez Díaz
209	“El Tigre de Bonaó”
223	El asesinato de Pilar Báez de Awad
231	Un rumor difuso
237	Trujillo lloró con los ojos
247	La noticia también delató a la bestia
253	Un operativo del SIM
265	Cómo otros percibieron la muerte de Pilar
279	Declaración de Inocencio Montero Ramírez, chofer del camión
287	Exposición del coronel retirado Sención Silverio sobre el accidente en el que murió Jean Awad
293	Bibliografía
298	Publicaciones diarias
299	Otras publicaciones periódicas
299	Entrevistas y sitios de Internet
300	Grabaciones
301	Índice onomástico

Presentación

La historia no es mera exposición de hechos, es la interpretación de los hechos, sus causas, y sus consecuencias, su proyección y su alcance.

MINERVA MIRABAL DE TAVÁREZ

El sueño oscuro que sumió a República Dominicana durante 31 años está plagado de historias y leyendas que se entrecruzan con la realidad. La mayoría de esas leyendas son propagandas elaboradas por el propio régimen, en algunos casos para conseguir el apoyo de las masas divinizando al líder: “Dios y Trujillo”; mientras en otros casos se trata de viles mentiras para disfrazar sus monstruosidades o excusar sus crímenes. En esa maraña de falacias y medias verdades están los hechos. Hechos que estremecen vidas y realidades. Hechos que dejan su huella de sangre en los que intervienen. Hechos que cambiaron un pueblo. Hechos que deben ser aclarados a ese pueblo que ya no es el mismo.

Es un derecho del pueblo dominicano conocer ¿qué pasó?, ¿por qué pasó? y ¿quiénes participaron? en esos hechos terribles que nos marcaron como sociedad y que aún hoy cargamos con sus consecuencias y alcance. Ese derecho de

todos ha sido siempre nuestra motivación. El rescate de la memoria histórica de la República Dominicana y la búsqueda de la verdad son nuestra principal obligación.

Para encontrar esa verdad que se nos ha negado sistemáticamente durante el último siglo de nuestra historia. A través del Museo Memorial de la Resistencia Dominicana y su Departamento de Investigación, realizamos investigaciones sobre las violaciones a los derechos humanos cometidos durante el siglo XX en República Dominicana. Dentro de ese marco surgen nuestras indagatorias para dar a la sociedad dominicana las respuestas que se les han vedado durante largo tiempo.

Cuando hay hechos que levantan dudas en nuestra sociedad nos sentimos obligados a buscar respuestas que todos exigimos y necesitamos. Así en el año 2013, nuestro entrañable y acucioso director de Investigaciones, el historiador Franklin Franco, confió en Lipe Collado para investigar las muertes de Jean Awad Canaan y Pilar Báez Perelló. En esta publicación presentamos el resultado de la investigación y la información recolectada por don Lipe a solicitud nuestra. Conocer la verdad conduce a que hechos como este NUNCA MÁS se repitan en República Dominicana.

Verdad, memoria y justicia.

FEDERACIÓN DE FUNDACIONES PATRIÓTICAS, INC.

Fundación Héroes de Luperón de 1949, Inc.

Fundación Héroes de Constanza, Maimón y Estero Hondo, Inc.

Fundación Hermanas Mirabal, Inc.

Fundación Héroes del 30 de Mayo, Inc.

Fundación Manolo Tavárez Justo, Inc.

Fundación Amaury Germán Aristy, Inc.

Palabras preliminares

Esta obra surge de una investigación pormenorizada en fuentes documentales y testimoniales y de la interpretación de los hechos y sus circunstancias en el marco de dos importantes episodios criminales del trujillismo, cual si fueran uno: las muertes del oficial militar Jean Awad y de su esposa Pilar Báez, de 24 y 20 años respectivamente.

Ambos asesinatos acontecidos en 1960 –el tenebroso tramo final de la tiranía de Trujillo Molina abordado también en esta obra– contribuyeron a calentar y acelerar uno de los motores impulsores de la maquinaria magnicida: Ángel Báez Díaz, del entorno del tirano, pieza clave del aviso a un grupo de complotados a fin de que lo emboscaran y eliminaran; quien actuó convencido de que había que eliminar al tirano Trujillo y presionado por el convencimiento de que su hija Pilar y su yerno Jean habían sido asesinados mediante artes encubiertas por órdenes de aquel y/o de su esposa María Martínez de Trujillo.

Aunque criminalmente burda en casi todo su trayecto de 31 años, bajo la égida del jefe del Servicio de Inteligencia

Militar (SIM), coronel Johnny Abbes García, un “excelente” perito y/o técnico del asesinato, la tiranía introdujo una metodología sesuda mediante un mecanismo operacional sincronizado con las desapariciones repentinas, el crimen silente aunque evidente, el crimen abierto dramatizado, la dispersión del rumor monitoreado, la creación del temor difuso, el espionaje eficaz de las “brigadas políticas” que actuaban en ocasiones como antitrujillistas suplantadores de los verdaderos, y el terrorismo controlado, todo lo cual dibujaba una tiranía orgánica preventiva, de donde en una ocasión su artífice metodológico, ufano, le diría al preso político Rafael Valera Benítez: “Yo y mis muchachos –del SIM– representamos la época de la electrónica y la energía nuclear”.

En ambas muertes se puso en movimiento la maquinaria sistémica con tintes de dramatización, control y operabilidad que pretendió ahogar la deducida posible conspiración política de un allegado antes de que se explicitara pero le falló el “mecanismo de relojería” represivo, por cuanto en vez de frenar una posible conspiración con esas muertes aceleró el accionar de la pieza clave Miguel Ángel Báez Díaz para dar al traste con la cabeza de la tiranía que se reputaba de bases sólidas de acero político inoxidable.

El autor

Una malvada misión

Eran las 4 y 55 minutos de la madrugada del miércoles 30 de noviembre de 1960, cuando el segundo teniente Jean Awad Canaán, de 24 años, salió de la casa de su hermano Chichí, la No. 13 de la Clear Water,¹ con pantalón y camisa caquis almidonados, impecablemente planchados, y pistola calibre 45 al cinto. Blanco, elegante, espigado, de musculatura afirmada en ejercicios moderados, de unos 5 pies y 8 pulgadas de estatura, con un bigote fino negro al estilo de galán del cine mexicano de los años cincuenta, bajó con desparpajo la escalera mientras silbaba. Estaba animado a pesar de la malévolas misión que le habían asignado para este día.

Al llegar al parqueo, la brisita fría madrugadora de los cierzos venidos de los lejanos glaciales del norte americano le acarició los labios, los pómulos, las campanitas de las orejas y la punta de la nariz anunciándole el típico friíto pre navideño dominicano. La luna llena, una gibosa de un 75 por

1. Hoy calle Juan Tomás Díaz.

ciento de esplendor, le iluminaba el rostro al caminar hacia su estacionamiento, y su sombra, las de los árboles y las de las demás cosas se proyectaban sobre el suelo en densa oscuridad. Era una de esas madrugadas caribeñas de finales de otoño que se aferran para siempre a un recodo de los recuerdos gratificantes.

Una vez al volante de la Station Wagon que le fuera asignada el día anterior en la Base Aérea de San Isidro, de repente su hermano Chichí, quien junto a su esposa Luz había compartido con él café tinto humeante en tazas blancas grandes, fue impulsado por una fuerza interior que lo llevó hasta el balcón. Entonces le gritó en tono rogatorio:

—“¡Jean, cuídate!”

Las dos palabras habían salido de las entrañas dolientes de quien sabía que un poderoso coronel había amenazado a Jean Awad con “borrarlo del mapa”, le había castigado desti-nándolo a puestos fronterizados por más de un año y ahora lo tenía bajo sus órdenes directas.

Pero Jean Awad no lo oyó.

—“Tenía los vidrios subidos” –comentaría después Luz en su velatorio, quien había observado la escena.

Jean Awad encendió el motor al punto, lo calentó por un rato y después se dirigió a la casa No. 83 de la Álvaro Garabito, del sector de San Carlos, donde vivía su amigo Publio Oscar Marchena, desde donde inició su viaje al sur profundo de más de tres horas por carreteras y caminos trazados entre prístinos montes de enredaderas punteadas de florecillas azul pálido, algunas, blancas y amarillas, las más, cambrones, guasábara, tús tús, piñones, higueros y los infaltables

cactus y uno que otro imponente árbol de amapola de flores de intenso escarlata que a modo de regalo de Dios a la naturaleza alivianan en el otoño tropical los tristes paisajes sureños de famosa desolación. Su destino malhadado era la ciudad de San Juan de la Maguana, adonde llegaría solo a eso de las 8 y 30 de la mañana, a pesar de que desde el día anterior y esta misma madrugada intentara viajar acompañado. Al segundo teniente Orlando Saillant Ornes le había pedido el día anterior que lo acompañara al sur remoto a buscar a un pelotero, pero aquel “cubría el servicio ese día”, esto es, estaba de servicio, y poco después de las 5 de la mañana de hoy había tocado las puertas de la casa de su amigo Publio Oscar Marchena, gerente de la Atlas Comercial Company, pero “él no pudo ir porque tenía una gripe muy grande, le estaba dando fiebre, pero si se hubiera ido el cuñado mío también lo matan”, narraría muchos años después Hilda Jiménez, hermana de Elisa Jiménez, hoy viuda Marchena.²

2. Jean Awad y Publio Oscar Marchena, más conocido como Publio, se hicieron amigos personales porque eran fanáticos del beisbol y porque Publio, que era gerente de Atlas Comercial Company, una empresa importadora y vendedora de vehículos de motor, le daba servicios de chequeo y mantenimiento a los vehículos de familiares y amigos del primero. Publio era diabético y hipertenso. Su esposa Elisa Jiménez, conocida de muchos años del autor de esta obra en su condición de suegra de un amigo suyo de toda la vida, escuchó por la radio muy temprano de la mañana del 1 de diciembre la noticia sobre la muerte “accidental” de Jean Awad, pero creyó que se trataba del papá de este, el libanés George Awad Khoury. Despertó a Publio y le informó de la tragedia, pero como Jean Awad lo había enterado de sus temores él supo al punto que se trataba de su amigo: “¡lo mataron!, ¡lo mataron!”, dijo. Elisa y él concurren ese mismo día al cementerio a las honras

Alrededor del segundo teniente Awad Canaán se había creado un temor *in crescendo* generado por la creencia de sus compañeros de que “había caído en desgracia” con el poder. —“Jean estaba caliente con esa gente”, llegó a decir un oficial consultado en 2012—,³ a lo que se unía el rumor de supuestas relaciones adúlteras con una Trujillo. De ahí que oficiales amigos, conocidos y relacionados se mantuvieran a distancia prudente.

Anoche, luego de las 9, él había visitado a su única hija de 10 meses —menos seis días— de edad, Pilar Awad Báez, huérfana de madre desde el 6 de febrero. Como casi todas las noches, le había dado la leche en el biberón que fuera el preferido de la madre, en un aposento del segundo nivel de la casa de los abuelos de la niña, Miguel Ángel Báez Díaz y Aida Celeste Perelló de Báez, la No. 14 de la José María Bonetti, de La Esperilla.⁴ Después bajó, dijo que la niña se había dormido y se despidió de sus exsuegros; salió prontamente y al poco llegó a la de su hermano Chichí donde residía y se lamentó:

—“Me han mandado a una jodía misión, a buscar a un pelotero a San Juan de la Maguana. Me tengo que acostar temprano porque debo salir de madrugada”.

fúnebres. Publio, quien había nacido el 29 de mayo de 1914, tenía 46 años de edad cuando Jean Awad lo fue a buscar a la casa. Murió el 2 de mayo de 1986, a los 72 años.

3. William García Duval, excompañero militar y amigo personal de Jean Awad. Entrevista grabada en nuestro poder.

4. Hoy calle Capitán Eugenio de Marchena.

Y “subió temprano a su habitación” –expresó Luz repetidas veces al comentar sus últimos momentos en el apartamento.

—Yo quería a mi cuñado como a un hermano, no, no, como a un hijo porque vivía con nosotros desde que llegó a la capital, y estando aquí había estudiado y se había casado. Él era bello, elegante.⁵

5. Entrevista telefónica a modo de conversación del autor con Luz Kushner de Awad, cuñada de Jean Awad, esposa de su hermano Jorge Edgard Awad Canaán, más conocido como Chichí Awad, o solo Chichí.

El coronel habló en serio

El segundo teniente Jean Awad Canaán, egresado de la Academia militar de la Base Aérea de San Isidro, había pertenecido al Ejército Nacional, siendo transferido a la Aviación Militar Dominicana (AMD) a solicitud del coronel Luis José León Estévez. Posteriormente, fue retornado al Ejército Nacional e incorporado el 14 de febrero de 1960 al Cuerpo de Ayudantes Militares de la Presidencia de la República, pero extrañamente bajo las órdenes del coronel de la AMD León Estévez, director del Centro de Enseñanza de las Fuerzas Armadas (CEFA) y de la Academia Militar Batalla de Las Carreiras, de la que él fue en 1959 su oficial de Administración.¹

El coronel León Estévez, esposo de Angelita Trujillo, “Ita” para sus íntimos, hija idolatrada del tirano Trujillo Molina y

1. Jean Awad ocupaba el puesto No. 7, oficial de administración, en una estructura de mando en cascada de 20 puestos, siendo el último el codiciado de oficial encargado de mesa, a cargo del segundo teniente Vinicio Fernández Sánchez. Este último dato es pertinente porque algunos podrían confundir el puesto de Jean Awad con el privilegiado de Fernández Sánchez.

de María Martínez de Trujillo, le había ordenado el martes 29 que al día siguiente viajara a San Juan de la Maguana a buscar a Pedro Manuel Valenzuela Cabral (Manolo), quien, a más de ser mensajero de la seccional de Obras Públicas, era *catcher* de un equipo de beisbol amateur, para incorporarlo al de la AMD. Hubo un testigo de excepción el martes 29, el entonces primer teniente Emilio Ludovino Fernández, "oficial de leyes", cuando un encumbrado coronel de amplios poderes descendía de su pedestal al saltar varios eslabones de la cadena de mando² para ordenarle una misión inicua a un segundo teniente, que no era beisbolista amateur ni desempeñaba función deportiva ni en el órgano directivo ni en el equipo de beisbol amateur de la AMD. Él estaba con el coronel León Estévez "despachando asuntos rutinarios" cuando "de pronto entró al despacho el segundo teniente Jean Awad Canaán sin anunciarse".³ (¿?)

El coronel se limitó a observarlo por un momento y, sin inmutarse, siguió trabajando, dejándolo de pie ante él, según

2. A pesar de que el coronel León Estévez y el segundo teniente Jean Awad se habían relacionado amistosamente en el pasado, el trato mutuo se mantuvo siempre en el plano de un superior militar y un subalterno. Al momento de impartirle la suspicaz orden, la relación amistosa había desaparecido y solo se trataban en lo militar, por lo que al coronel le habría bastado ordenarle la misión a través de alguno de los oficiales dirigentes del equipo de beisbol.
3. Estas y las siguientes citas de las palabras del entonces primer teniente de leyes de la aviación militar Emilio Ludovino Fernández corresponden a su artículo "Por mi respeto a la verdad" (*Listín Diario*, lunes 20 de julio de 1998). Confundido al discurrir 37 años y cuatro meses del hecho, dijo que la orden fue impartida "en la mañana tempranito del mismo día del accidente".

el testigo de excepción. Se ignora qué tiempo duró el desplante de su calculada indiferencia. De repente detuvo sus labores y miró fijamente al segundo teniente Jean Awad y le impartió la inocua orden empacada en un prolegómeno asaz suspicaz y premonitorio:

“—Teniente, me han dicho que usted conduce demasiado rápido. No hay ninguna prisa. Vaya y busque al joven ese y vuelva sin precipitarse”.

El segundo teniente Awad Canaán carecía de la dosis necesaria de malicia para percibir al vuelo la intencionalidad oculta de un malicioso coronel que, por decisión propia, en esos momentos se ejercitaba como torturador “ocasional” de presos políticos antitrujillistas en las cárceles “La 40” y “El 9”.⁴ “Jean Awad sonrió” (...) “Solamente sonrió” –refirió el primer teniente Ludovino Fernández. ¿Resignado? ¿Displaciente? ¿Quién sabría 54 años después!

4. Abundan los testimonios sobre la participación del coronel León Estévez en torturas a presos políticos. El entonces catorcista, creador de la editora Taller y ahora comentarista y analista político televisual, José Israel Cuello, fue de los torturados por él en “La 40”, según lo ha manifestado en diversos escenarios, quien se lo informó al escritor Mario Vargas Llosa momentos previos a una entrevista que éste le hiciera en el 1999 al ya para entonces ex coronel. Asela Morel, torturada en “La 40”, dijo de él que “participaba en las tandas de torturas”. Él y otros oficiales le mostraron a ella a presos políticos “desnudos, con las espaldas llenas de heridas de los latigazos que habían recibido” (...). Él era “el cumplidor de las órdenes expresas de Trujillo de torturar y asesinar”, según publicara *Listín Diario Digital* el 9 de mayo de 2010. De su parte, Antonio García Vásquez dijo en la pág. 94 de sus memorias: “Las torturas eran continuas, pero tenían una curva crítica cuando bajaban a la cámara fatal Ramfis, Radhamés, de León Estévez, con la corte de investigadores” (...).

“—Teniente yo no estoy jugando, lo que estoy es dándole una orden. Vaya despacio. Usted no tiene que precipitarse. Conduzca con moderación”.

Ahora enseriado, el segundo teniente Jean Awad se puso en rígida atención, taconeó virilmente sus botas y le hizo el correspondiente saludo militar con su mano derecha en posición horizontal, los dedos rectos sobre su ceja derecha, y preguntó con firmeza:

—“¿Nada más, señor?”

—“Sí, puede retirarse”.

La paternal preocupación del coronel León Estévez por la suerte del conductor Jean Awad, cual si se tratara de un hijo suyo travieso, contrastaba con el maltrato odioso sistemático, a modo de acoso, que le venía dispensando desde un año y tres meses atrás, desde que la esposa de aquel, Pilar Báez de Awad,⁵ le confiara a su amiga Angelita Trujillo que su esposo creía que un oficial íntimo amigo del coronel era homosexual.

—“No me hizo gracia (...) Días después le hice mención de este comentario al Sr. León” –diría Angelita muchos años después.⁶

La confidencia fue la llama inicial que encendió la mecha de la poderosa bomba que llevaba en su psiquis el manipulador posesivo coronel León Estévez, y que más adelante

5. Su nombre completo era Vanessa Angélica del Pilar Báez Perelló, apodada Pachi.

6. Estas y las siguientes citas de las palabras de Angelita Trujillo fueron tomadas de su libro *Trujillo. Mi padre en mis memorias*, pp. 427 y 428.

estallaría al asumir como cierto la sospecha de que Angelita se sentía atraída por el apuesto Segundo teniente, a pesar de ser esposo de su amiga Pilar Báez, excompañera del Colegio Santo Domingo, y, por lo demás, “amigo” de él, el esposo coronel, el jefe de aquel. A todo lo anterior se suma que las bodas Awad Báez, por imposición suya, se celebraron en su casa y que los padrinos fueron sus padres, el tirano Trujillo y señora Martínez de Trujillo.

—(...) “me impresionó la forma airada en que reaccionó, se molestó muchísimo, y lleno de ira” (...) —rememoró Angelita como si imaginariamente le quisiera inocular veneno de escarnio público a su ex consorte al insinuar así un posible claro indicio de culpabilidad en la muerte posterior de Jean Awad.

“—Pilar es una chismosa y no quiero tener más trato cercano con ella” —habría dicho con dejo sentencioso el coronel León Estévez.

“—Voy a trasladar a Jean a la frontera de castigo, que pase un tiempo por allá, para que se le quite la costumbre de comentar con su esposa las cosas inherentes a su trabajo”.⁷

7. El coronel León Estévez, propenso a la ira como todos los engreídos, había acumulado a la sombra de su cuñado, general Ramfis Trujillo, la segunda mayor cuota de poder y mando en la todopoderosa Base Aérea de San Isidro. Obseso y represivo, era presa fácil de la ira. Se enfureció a mediados de noviembre de 1961 cuando leyó en el diario *El Caribe* un aviso dictado por él en su despacho de la base aérea y que fue modificado sin su consentimiento. Luis José Valdez Villarroel, taquígrafo mecanógrafo al servicio suyo, declaró meses después a una comisión investigadora: “Dirigiéndose a [Luis] Saillant le dijo: “Dígale al director de *El Caribe* que con qué calidad él se permite modificar asuntos que le son dirigidos de la Jefatura Conjunta. Llámelo

Pilar, la “chismosa”, murió meses después, el 6 de febrero de 1960, en circunstancias que mueven a sospechar que se habría suscitado un homicidio médico clínico, y ahora con dramatización suspicaz el coronel le ordenaba al viudo que fuera a San Juan de la Maguana, a unos 250 kilómetros de distancia, a buscar a un insignificante –al parecer incapaz de matar a un mime–, calificado por él como pelotero, por lo demás “mensajero” al que nunca nadie recuerda haberlo visto ejerciendo la mensajería.⁸

inmediatamente” (...) “Estaba rojo de cólera dando la impresión de un verdadero León”. *El crimen de la Hacienda “María”. Expediente de extradición de Ramfis Trujillo y compartes*, p. 109.

Implacable, dado a acciones vengativas fulminantes, el director del diario fue cancelado luego de la llamada. (...) Valdez Villarroel recordó que “posteriormente se publicó otro anuncio habiendo cambiado al director de *El Caribe* y se le ordenó al nuevo director que no le hiciera ninguna clase de modificaciones”.

8. Hemos optado por poner la palabra “mensajero” entre comillas porque Manolo Valenzuela cobraba un sueldo como “mensajero” en la sección de Obras Públicas de San Juan de la Maguana, según diversas referencias, pero nadie recuerda haberlo visto desempeñando dicha función. Naya Despradel consignó en la pág. 279 de su obra *Pilar y Jean. Investigación de dos muertes en la Era de Trujillo*, que “Valenzuela era mensajero de Obras Públicas”. Designación o “botella”, decimos nosotros, que al parecer le habría conseguido un tal Julián Sánchez, superintendente de la institución. Su caso es curioso, o quizás excepcional, en razón de que en la Era de la Tiranía de Trujillo no había empleados “botellas”.

San Juan de la Maguana

Anoviembre de 1960, San Juan de la Maguana era territorio controlado por oficiales experimentados, oficiales noveles, dirigentes y miembros fanatizados del Partido Dominicano y agentes del terrorífico Servicio de Inteligencia Militar (SIM), que dirigía el teniente coronel Johnny Abbes García. Algunos oficiales, sargentos, cabos y rasos de la fortaleza habían sido adiestrados por él y por uno que otro “experto” extranjero, entre ellos mexicanos, para enrolarlos en las Brigadas Políticas Sociales, una sección del SIM de agentes provocadores que asistían a las misas oficiadas por sacerdotes disidentes y se unían a figones en las cercanías de los templos católicos.¹

1. Desde finales de enero de 1960 la Iglesia católica confrontó abiertamente al régimen tiránico trujillista, primero mediante una impactante carta pastoral que fue leída en los más de 600 templos católicos, y en los meses siguientes con actitudes de solidaridad en favor de los perseguidos, presos y torturados y sus familiares, y de críticas desembozadas desde los púlpitos, por lo que se organizaron acciones en su contra financiadas por el oficialismo. 97 integrantes de Brigadas Políticas Sociales figuraban con sus sueldos en una de las listas de

“Se trabajaba día y noche. Hice venir al país a algunos instructores extranjeros a quienes conocí en México, para que prepararan un grupo de lo que se llama “agentes provocadores”, que son la clave de estos servicios para el descubrimiento de conspiraciones”, revelaría muchos años después el teniente coronel Abbes García.²

El involucramiento comprometedor de militares no se limitaba a esas tareas sino que procuraba mancharlos de sangre al involucrarlos en acciones de espionaje y de represión criminal:

“Una vez capacitada una parte numerosa de la oficialidad joven, se procedió a utilizar sus servicios, fuera de sus horarios militares, en funciones dentro de la Inteligencia Militar, realizaron labores de agentes, de vigilantes, de protección a Trujillo y de represión, cuando era necesario. En resumen, se procedió a comprometerlos con el régimen con sus hechos”. (...) “Eso amplió las actividades político-represivas de gran parte de la oficialidad joven que antes no se había comprometido con el régimen. Esas funciones represivas fueron cumplidas por muchos jóvenes oficiales a quienes, después de la caída de la dictadura los he visto figurar como “demócratas puros”.³

miembros del SIM publicada por el diario *El Caribe* el 15 de enero de 1962. Más del 70 por ciento de los sueldos eran de 75 y 200 pesos mensuales. Para esa vez el peso dominicano se equiparaba al dólar y el costo de la vida era muy inferior al actual.

2. Johnny Abbes García. *Trujillo y yo. Memorias de Johnny Abbes García*, pp. 206-207.

3. *Ibid.*, pp. 81-82.

El municipio San Juan de la Maguana tenía a noviembre de 1960 un núcleo urbano central de poco más de 30 cuadras y poblados suburbanos en las afueras. Con unos 30,000 habitantes, representaba cerca del 60 por ciento de los 46,000 que vivían en zonas urbanas y suburbanas de la Provincia Benefactor, denominada así en honor al tirano, declarado por una ley en 1932 Benefactor de la Patria. La provincia tenía unos 152,000 habitantes en sus 3,561 km². Sus autoridades y la inmensa mayoría de sus pobladores veneraban al tirano Trujillo: creó la provincia en 1938 con efectividad desde el 1 de enero de 1939⁴ cuando inauguró su emblemático Arco del Triunfo a la entrada del pueblo, y en los años 40-50 levantó el Hotel Maguana, el Palacio de Justicia, la Gobernación, el cuartel de la Policía de la regional oeste, dos escuelas, el local del ayuntamiento, un hospital, un convento de monjas, escuelas eclesiásticas, reconstrucción de la Catedral San Juan Bautista, la glorieta del parque, la plazoleta Francisco del Rosario Sánchez, tres puentes, un acueducto de agua potable, estableció el suministro de electricidad, un campo de aviación y trazó caminos vecinales y vías bien condicionadas que aunque limitadas el oficialismo las llamaba “carreteras”.

El precio a pagar por eso era la adhesión política idolátrica, la carencia de libertades, la represión y el despojo de

4. San Juan de la Maguana pertenecía a la provincia Azua hasta que en 1938 el tirano Trujillo la desgajó y la elevó a provincia con el nombre de Benefactor en su honor. Dispuso que el decreto tuviera vigencia a partir del 1 de enero de 1939 coincidiendo con la inauguración del Arco del Triunfo a la entrada principal del municipio cabecero.

las tierras más fértiles del Valle de San Juan, en cuyo centro estaba la Provincia Benefactor. María Martínez de Trujillo, la esposa del tirano, se apropió de 1,110,250 tareas fértiles concentradas en seis parcelas, considerada la finca más grande del país,⁵ y el tirano había hecho matar a hacendados que resistieron el despojo.

El control económico, político, social y militar de San Juan de la Maguana tuvo tanta eficacia que para el 1960, según rememoró el luchador antitrujillista Otilio Rafael Méndez, había un “fanatismo de la población casi en general por el régimen” trujillista y “llegó el momento en que en cada familia por lo menos había un informante”.⁶

El régimen tiránico trujillista temía en aquellos días finales que al activismo crítico de los obispos y sacerdotes católicos se uniera alguna expedición armada aérea de exiliados antitrujillistas que aterrizara en el inmenso valle sanjuanero, porque ese había sido el plan original de los expedicionarios que llegaron al aeropuerto de Constanza el 14 de junio de 1959:

“Acudí a la cabina varias veces –rememoraría su comandante político Delio Gómez Ochoa– (...) porque Juan de Dios (Ventura Simó. L.C.) sostenía la tesis de que en las llanuras de San Juan de la Maguana, donde pensábamos desembarcar,

5. Lusitania Martínez, *Palma Sola (Su geografía mítica y social)*, p. 100.

6. Otilio Rafael Méndez, luchador antitrujillista que fue torturado en la cárcel de La 40, al ser entrevistado por José Enrique Méndez en el sitio de internet “Identidad Sanjuanera: La resistencia contra Trujillo en San Juan”. Su lectura permite apreciar la atmósfera de represión y terror vividos allí en aquellos meses finales de la tiranía.

habían hecho muchas zanjas y tirado troncos de palmas y de otros árboles”.

(...) “Desistimos de desembarcar allí, pues en ese caso tendríamos que tirarnos de barriga, sin el tren de aterrizaje”. (...) “Entonces evaluamos la pista del aeropuerto de Constanza” (...).⁷

Diez años atrás, en 1949, el general Miguel Ángel Ramírez Alcántara habría planeado aterrizar en esta, su provincia natal, al mando de exiliados armados como parte de una expedición de tres aviones, logrando aterrizar solo una aeronave en la bahía de Luperón, en la costa norte, la prima noche del 19 de junio, que fue incendiada por una unidad de la Marina de Guerra muriendo cinco de los expedicionarios.⁸

7. Comandante Delio Gómez Ochoa, *Constanza, Maimón y Estero Hondo. La victoria de los caídos*, p. 77.
8. Más detalles sobre esta importante operación militar antitrujillista de la Legión Extranjera abortada por agentes y diplomáticos trujillistas aparecen en los libros *Guerra, traición y exilio*, de Nicolás Silfa, pp. 289-299, y en *Trujillo, la trágica aventura del poder personal*, de Robert D. Crassweller, pp. 248-254.

En las garras de Satanás

El segundo teniente Jean Awad comenzó a aproximarse a su destino fatal al arribar al límite Este de la ciudad de San Juan de la Maguana. Mientras transitaba por la ancha calle Independencia vio a su derecha el Hotel Maguana y a su izquierda el Arco del Triunfo –¡qué ironía!–, y luego el Palacio Municipal y a la derecha el Palacio de Justicia. Aproximadamente un kilómetro adelante alcanzó a ver a su izquierda La Fortaleza Presidente Trujillo, su destino inicial ya que su superior le había informado que en sus cercanías vivía el pelotero amateur Manolo Valenzuela, como se le identificaba a Pedro Manuel Valenzuela Cabral.

Una vez a la entrada de la fortaleza vio al primer teniente Pedro Atilio Rodríguez Botello, dentista, y al segundo teniente Lorenzo Sención Silverio, quienes, según afirmara este último, habían amanecido de servicio; y que serían de las piezas conexas al eje central de la historia maléfica que tejerían la tiranía y el destino.

Tal vez Jean Awad creyó al verlos que era obra de Dios para facilitarle su inicua misión, pero suele suceder que la

presencia reclamada de Dios es a resultas de la previa presencia del diablo. De todas maneras ellos no eran el diablo ni habían sido puestos ante sus ojos por Dios. Habían sido cadetes juntos y siguieron vinculados cuando Jean Awad fue designado oficial administrativo de la academia militar de la Base Aérea de San Isidro.

(...) “éramos amigo de Jean Awad Canaán”.¹

(...) “fui cadete en la academia donde él estaba y (...) fuimos oficiales juntos en el Centro de Enseñanza” (de las Fuerzas Armadas, CEFA.), recordaría un afanoso Sención Silverio en una larga exposición durante un coloquio en el Salón de Actos del Archivo General de la Nación (AGN) el 13 de enero de 2011.²

El AGN organizó en esa fecha un coloquio acerca del libro *Trujillo, mi padre en mis memorias*, de Angelita Trujillo, que derivó en dilucidar el caso de las muertes de los esposos Jean Awad y Pilar Báez en razón de que ella les dedicó sendos capítulos a ellos en su empeño por demostrar que no fueron asesinados por la tiranía y que ella nunca tuvo interés amoroso en Jean Awad, de quien dijo era amigo personal de su esposo, el coronel León Estévez.

“Él llegó a San Juan de la Maguana como a las 8 de la mañana, 8 a 8 y media de la mañana (...) y nos pidió a nosotros que lo ayudáramos a conseguir a un pelotero (al *cat-*

1. Periódico *Hoy*, 5 de agosto de 1998, p. 19B.

2. En lo adelante, el Archivo General de la Nación será citado con sus siglas: AGN. En ese coloquio Sención Silverio concurrió junto al expelotero Manolo Valenzuela e hizo una pormenorizada exposición acerca del caso de Jean Awad y sus incidencias previas y posteriores.

cher Manolo Valenzuela. L.C.) (...) Nosotros mandamos a un cabo del Ejército (de apellido Paniagua. L.C.) que fuera a la casa del pelotero, que vivía cerca de la fortaleza, y cuando regresó el cabo él dijo que le habían dicho que había salido para Las Matas de Farfán a vender una silla de montar que había hecho su hermano, que era talabartero”, ha explicado el oficial Sención Silverio en diversas ocasiones y escenarios, y así lo reiteró en el coloquio del AGN.

Manolo Valenzuela, pelotero amateur y curioso mensajero de la sección de Obras Públicas de allí, en un día laborable, miércoles 30 de noviembre, había ido a Las Matas de Farfán, a 29 kilómetros, no a llevar un mensaje de su empleador, sino una silla de montar caballo a un cliente de un hermano suyo. Para Jean Awad, de 24 años, segundo teniente de grandes miras futuras, se trataba de un reto atizado por los fuegos interior y exterior de su juventud y su reconocido alto sentido del cumplimiento del deber militar por lo que podía suponerse de antemano que de inmediato daría el segundo paso del viacrucis de su final infeliz, cuyo derrotero maratónico sumaría para Manolo Valenzuela unos 150 kilómetros en el curso de unas 12 horas, como veremos más adelante.

Según el exoficial Sención Silverio, y como era lógico suponer, Jean Awad decidió viajar a Las Matas de Farfán tras el pelotero amateur y le solicitó a él y a Rodríguez Boteillo que lo acompañaran. Sin especificar hasta el momento adónde quién y a qué lugar de allí, afirmó que ellos decidieron acompañarlo. Hablaron con el coronel Salvador Augusto Montás Guerrero, subcomandante de la Tercera Brigada del

Ejército Nacional con asiento en la fortaleza, para solicitarle su autorización.

“—Nos vamos donde el coronel (...) y le pedimos permiso para ir con él a Las Matas de Farfán”, dijo en aquel coloquio al que también asistió Manolo Valenzuela, identificado ahí con la antecedita condición de ex teniente coronel del Ejército Nacional.

Según se aprecia en el video del coloquio, el expelotero Valenzuela abandonó el salón momentos previos a que Sención Silverio hiciera uso de la palabra y retornó minutos antes de concluir. Sención Silverio se refirió a Valenzuela en términos elogiosos, quien se limitó, cual autómeta, a levantarse dos veces de su asiento para asentir con movimientos de la cabeza lo dicho por aquel.

Salvo una que otra referencia fugaz e insinuante, allí no se escuchó ninguna versión diferente a la del expositor, quien, al parecer, habría concurrido con fines de exponer su testimonio unívoco. Valga resaltar que a Sención Silverio se le autorizó, a pedido suyo, agotar un turno privilegiado de más de 15 minutos, cinco veces más tiempo que a los demás, que fueron limitados a tres minutos.

Sención Silverio se explayó. Repitió su testimonio con una exposición persuasiva en la que estuvo convencido de lo que dijo. Actuó como el barajador que intenta darnos la baraja que quiere él, como quien está forzando una carta. Dramatizó bien, y hasta refunfuñó, pero no nos brindó ni el asomo de un sonrojo al recordar la muerte dolorosa de un amigo, y a su lado.

En el meollo de su versión hay una debilidad intrínseca. Insinúa –más allá que insinuar– que Jean Awad pudiera haber sido el responsable de su suerte trágica. No dejó ningún espacio a la duda. Ni siquiera se acercó al resquicio de que su muerte pudo haber sido por factores que no percibió porque él iba “dormido” en la pisicorre al ocurrir el siniestro. Su única preocupación fue la de que no hubiera duda de su testimonio unívoco, el que examinaremos más adelante.

El coronel de la fortaleza

El sub comandante de la fortaleza militar Presidente Trujillo, coronel Montás Guerrero, había llegado allí en el fragor de la enconada confrontación entre el régimen tiránico trujillista y el obispo y prelator católico para el Caribe, Thomas O'Reilly. Desde semanas atrás el obispo Reilly estaba sometido a un asfixiante acoso con intenciones nefandas por militares de civil de esa guarnición, agentes del SIM y las huestes del Partido Dominicano por sus persistentes críticas desde el púlpito a las represiones políticas y a la falta de libertades en el país.

El coronel Montás Guerrero, graduado de segundo teniente en 1945 en la primera promoción de la Escuela de Cadetes del Ejército Nacional al finalizar un curso de dos años “de nivel de bachillerato”, según el decir de Brian J. Bosch, exasesor militar norteamericano,¹ había ascendido casi a trompicones hasta alcanzar en 1959 el rango de coronel, año

1. Brian J. Bosch, *Balaguer y los militares dominicanos*, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, p. 30.

en el que fue condecorado con la Orden Trujillo al Mérito por su participación en las operaciones contra los expedicionarios antitrujillistas que el 14 de junio habían llegado por el aeropuerto militar de Constanza.

Asignado desde 1945 a destacamentos en zonas rurales y sub urbanas, fue ascendido a primer teniente y luego a capitán a principios de los cincuenta. Ese debió haber sido su tope, porque así lo había diseñado el sistema trujillista. Los rangos de ahí en adelante se obtenían por ser apellido Trujillo o por vinculaciones familiares con los Trujillo, o por manipulaciones en sigilosas alianzas personales y militares que los conectaran con superiores militares cohonestados con la élite militar de apellido Trujillo, o por prestar “servicios especiales”; por ejemplo: vigilar y apresar o asesinar a uno o más antitrujillistas, preferiblemente mediante “accidentes de tránsito”, “desapariciones”, “suicidios”...

Según las apariencias, Montás Guerrero había pasado del estacionario rango de capitán porque era “de los Montás de San Cristóbal”, la cuna del tirano Trujillo Molina. Allí las interconexiones personales y familiares aldeanas les imprimían un sello de absoluta fidelidad a los aspirantes a ser favorecidos. Era la patria chica del Benefactor de la Patria, la aldea donde todos se conocían. Los Montás eran sancristobaleños de descendencia añosa, pero ni eran ni son descendientes de una misma familia. Habían Montás rectilíneos, de entereza extrema, que dieron origen a la expresión de que “si es ladrón no es Montás”. Pero Salvador Augusto Montás Guerrero no era de esos Montás, ni mucho menos candidato a merecer aquel collarín expresivo, por cuanto se le retiraría de las Fuerzas

Armadas en agosto del 1965 con rango de general de brigada acusado de ser de los “oficiales corruptos”. Cierto o no, lo ignoramos, aunque sí se sabe que murió rico... y no de cuna.

De todas maneras solo por ser Montás de San Cristóbal a ningún militar se le hacía coronel en el sistema represivo trujillista, y coronel era él al designársele subcomandante de la fortaleza militar de San Juan de la Maguana, semanas antes de aquel 30 de noviembre. Estando de puesto en su natal San Cristóbal, el 22 de abril de ese año, había reportado mediante oficio la inspección que hiciera del lugar del accidente sufrido por un avión Stinson Voyager que días antes se había precipitado a tierra en el cruce Luzón, Sabana Grande de Palenque.²

El comandante de la fortaleza, general Miguel Ángel Rodríguez Reyes, de reconocida preparación militar y honestidad a toda prueba, era uno de esos extraños especímenes dignos de respeto en el vertedero de sangre trujillista de esos días finales.³ Era de “los blanditos”, de los respetuosos de las

2. Ver archivo de Trujillo, parte correspondiente a accidentes de aviación. AGN.
3. El entonces teniente Pantolín de Castro Beras, de la escolta del tirano Trujillo Molina cuenta en la pág. 199 de su libro *Trujillo y mis vivencias* que un día el general Rodríguez Reyes y otros oficiales esperaban “al final de las escaleras que conducen al comedor de la tercera planta” del Palacio Nacional a que el tirano Trujillo les ordenara entrar para almorzar con él. “En ese momento, muy orondo e irrespetuoso sin saludar militarmente, ya que había oficiales superiores, pasa en medio de ellos el teniente coronel Johnny Abbes García, E.N., quien además de ser un civil con uniforme militar y con mucho poder, no era más que un energúmeno engreído”. El general Rodríguez Reyes reaccionó con justificada irritación: “¡Miren cómo ese “carajo” entra y nosotros haciendo aquí antesala!”.

normativas de vida militar y civil, como también lo era el comandante de la fortaleza de La Vega, el general Juan Tomás Díaz, quien, al igual que él, eludía con argucias ocultas cualquier orden draconiana del tirano Trujillo como cuando le ordenó a través del capitán Alicinio Peña Rivera, del Servicio de Inteligencia Militar, que asesinara al obispo de allí, monseñor Francisco A. Panal.⁴ A estos “blanditos”, a estos decorosos, les designaban a su costado a coroneles como Montás Guerrero, templados en el fuego compromisario del trujillismo. Por eso se designó en la fortaleza de La Vega al coronel (¿José?) Simó, oficial ejecutivo que controlaba las armas del arsenal de allí. A Antonio García Vásquez, hermano de Bienvenido, esposo de su hija Marianela, el general Díaz le llegó a comentar en los días posteriores a la invasión del 14 de junio: “No sabes hasta dónde llega este monstruo: Trujillo. Yo soy el general de La Vega, comandante de operaciones contra la invasión de Constanza, pero ¿sabes tú quién es el jefe ejecutivo de la fortaleza...Yo? (...) El coronel Simó. De ahí yo no puedo sacar nada, ni un fusil. Trujillo es peor que Satanás.” (...).⁵

4. Antonio García Vásquez explica en la pág. 65 de sus “Notas sobre el 30 de mayo de 1961”, Revista *Ecos* (No. 7, año 6, 1999): “En estas circunstancias se ordenó al general comandante de La Vega (general Juan Tomás Díaz. L.C.) el asesinato del obispo Panal. Juan Tomás se socorrió de la doctora Iluminada Lora, quien servía de enlace entre el obispo y el general, y encareció al obispo que no saliera por nada de la casa curial y, en su desesperación, buscó como apoyo al hermano del tirano, el mayor general Petán Trujillo. Eso salvó a Panal”.
5. “Notas sobre el 30 de mayo de 1961”. Memorias de Antonio García Vásquez. Revista *Ecos* (No. 7, Año 6, 1999), pp. 60-61.

Pero “peor que Satanás” llegaría a ser –¿o ya lo era?– el coronel Montás Guerrero cuando investido ya del rango de general refrendaría –¿por inacción?– el quíntuple asesinato el domingo 2 de mayo de 1965 del periodista del *Listín Diario* Luis Reyes Acosta, de la joven Yolanda Guzmán y de los jóvenes Félix Fernando Taveras (Mario), Rafael García Vásquez y José María Reyes Araujo. Narciso Román Taveras, quien formaba parte del grupo, sobrevivió milagrosamente a una lluvia de balas al huir del pelotón de fusilamiento. Este episodio, documentado por una comisión investigadora de crímenes designada por la Organización de Estados Americanos (OEA), lo reveló el sobreviviente, según reportaje del periódico *Patria*, página 6, del 25 de julio de 1965.

Los detalles del hecho espeluznante delataron rasgos extremos de irrespeto por la condición humana y de falta de integridad personal y familiar de este oficial, para esa vez adscrito al temido Grupo de San Cristóbal:⁶ los jóvenes apresados fueron llevados por militares a su servicio a su residencia de

6. Conocido también como “Clan de San Cristóbal”, estaba integrado por altos y medianos oficiales sancristobaleños de mentalidad represiva al estilo de la desaparecida tiranía trujillista. (...) “el término se hizo sinónimo de oficiales trujillistas intransigentes del Ejército”, al decir de Bosch en la pág. 29 de su obra citada. Más que eso. Fueron conspiradores consuetudinarios contra los esfuerzos por encauzar el país por senderos democráticos. Tanto el entonces coronel Montás Guerrero como su cohorte, entre estos el general Neit Nivar Seijas, participaron activamente en el derrocamiento del gobierno democrático del profesor Juan Bosch el 25 de septiembre de 1963, y posteriormente estuvieron a un tris de derrocar al gobierno de facto que lo sucedió. Eran partidarios obtusos del retorno al poder del doctor Joaquín Balaguer, el último presidente títere del tirano Trujillo Molina. El

Naco, donde se les interrogó en la marquesina y luego se les retuvo en espera de que el alto oficial llegara a la casa. Una vez llegado, no se dejó ver de los detenidos y a pesar de que había amistado con el periodista Reyes Acosta tres meses atrás cuando era secretario de Interior y Policía y aquel cubría esa fuente noticiosa por *Listín Diario*, y a pesar de que ni él ni los otros apresados fueron encontrados con armas de fuego, sus tropas los llevaron al poblado de Mata Redonda y asesinaron a cinco.⁷

25 de abril de 1965, al otro día del estallido de la revolución constitucionalista, el general Montás Guerrero asumió el mando del Batallón Mella, de San Cristóbal, y al anochecer del día 27, mientras los constitucionalistas combatían en el puente Duarte, a aproximadamente dos kilómetros, sus tropas, cual si se tratara de una excursión de Boys Scouts, avanzaron y ocuparon el Palacio Nacional sin disparar un tiro, salvo que fuera al aire o a algún transeúnte desarmado. Siempre eludió trabar combate, limitando sus tropas a acciones de redadas que terminaban en el fusilamiento de civiles, cual aconteció con el periodista Reyes Acosta y otros cinco compañeros.

7. He aquí fragmentos del relato de Narciso Ramón Taveras:

En el lugar en que fuimos interceptados se nos sometió a un breve interrogatorio y luego se nos llevó detenidos a la residencia del general traidor Salvador Augusto Montás Guerrero (...) Entonces señalaron al periodista Reyes Acosta para preguntarle si era él el “agitador” que había escrito en la edición de ese día del *Listín Diario* (...) Mientras se nos interrogaba, Reyes Acosta reconoció a un oficial que entró en esos momentos al lugar donde estábamos (bajo la marquesina). Parece (que) el periodista conocía al oficial durante sus visitas de rutina a la oficina de la Secretaría de Interior y Policía, de la cual era titular el general Montás Guerrero (durante el Triunvirato).

—Yo soy el periodista que va siempre a la oficina —dijo Reyes Acosta al oficial. Pero este solo tuvo esta respuesta:

—¿Anjá?

El coronel juega con Jean

El coronel Montás Guerrero los autorizó a acompañar a Jean Awad, que era aparentemente lo pertinente y lo que se estilaba dentro del esquema militar trujillista ante una solicitud de ayuda para cumplir una “orden superior”, la del coronel León Estévez, impositivo y temido jefe de la academia militar de San Isidro y del CEFA y, por lo demás, el esposo de la hija mimada del tirano Trujillo.

Momentos después el mismo Reyes Acosta reconocería a alguien que llamó por el apodo de Cuqui. A este relató el apuro en que nos encontrábamos, pero Cuqui se limitó a aconsejar:

—Espera a que llegue el general y ya veremos...

Aproximadamente una hora después, a las seis menos cuarto de la tarde, se los llevaron. Tres o cuatro kilómetros después de haber salido de Guanuma, los yips se detuvieron. Esta vez definitivamente. Estábamos en un paraje al que llaman Mata Redonda. Eran cerca de las siete de la noche. Los bajaron, los condujeron hacia el monte, a un sitio bastante tétrico. El sargento Tapia, de servicio en la casa del general Montás Guerrero, fue quien tuvo la iniciativa:

—Ustedes no escarmientan (...) Y casi de inmediato las ráfagas de ametralladoras empezaron a atronar el silencio y la oscuridad. Comencé a correr.

A eso de las 9 de la mañana, minutos más, minutos menos, salieron para Las Matas de Farfán en la “pisicorre”¹ conducida por Jean Awad, pero se impondrían las urdimbres de la tiranía y del destino: no encontrarían al pelotero amateur y peculiar “mensajero”. Sin decir adonde quién ni a qué lugar en específico, ni a qué velocidad aproximada condujo Jean Awad los 29 kilómetros hasta allí, el oficial retirado Sención Silverio ha afirmado que en Las Matas de Farfán se enteraron que su procurado se había ido para Padre Las Casas:

... “y en Las Matas de Farfán nos dice un señor (Juan) Nannum (jefe del Cuerpo de Bomberos de allí), que él (Manolo) no estaba en Las Matas de Farfán, que había salido para Padre Las Casas”.²

De inmediato regresaron a San Juan de la Maguana, según ha relatado pero sin informar si le dijeron a qué fue el pelotero a Padre Las Casas y sin especificar a qué velocidad aproximada Jean Awad condujo los 29 kilómetros de regreso por esos caminos de soledades extremas. Poco antes de las 11 de la mañana habrían llegado a San Juan de la Maguana y de inmediato enrumbaron hacia Padre Las Casas, Azua, haciendo caso omiso de su deber militar de solicitar una nueva autorización del coronel Montás Guerrero.

1. “Pisicorre”, –de “pisa y corre”: pisa el acelerador y arranca velozmente. Así se denominaron en el país las furgonetas norteamericanas Station Wagon que tenían un potencial de arranque y velocidad superior al promedio de los automóviles. Aunque el calificativo pudiera insinuar vehículo de competencia de velocidad, realmente era un tipo de camioneta cerrada o guaguaita de uso familiar principalmente.
2. Las citas de este capítulo de las palabras de Sención Silverio corresponden a su intervención en el coloquio en el AGN el 13 de enero de 2011.

Aunque no descartable ciento por ciento, se hace cuesta arriba asumir dentro del contexto de la tiranía trujillista que dos sub oficiales se hayan tomado la libertad de decidir por sí viajar a una provincia distinta a la jurisdicción de la fortaleza militar a la que estaban asignados, por cuanto Padre Las Casas, a 50 kilómetros de allí, pertenecía y pertenece a Azua. Por lo demás, ambos oficiales sabían de sobra por formación académica, disciplina y experiencia propia que tenían que reportarse a la fortaleza o atenerse a las consecuencias, que, por cierto, eran fácilmente previsibles ya que, según fama ganada, el coronel Montás Guerrero se extremaba con celo en el control y disciplina de sus subalternos.

Sin especificar adonde quién ni a qué lugar de allí se dirigían, ni a qué velocidad aproximada recorrió Jean Awad los 50 kilómetros hasta su nuevo destino, el oficial Sención Silverio ha dicho que llegaron a eso de las 11 y 30 de la mañana “y en Padre Las Casas nos informaron que él (el pelotero Valenzuela) estaba en un campo que le llaman Guayabal”, una sección de Azua a 15 kilómetros de allí.

La versión de Sención Silverio y la del pelotero amateur es la de que este había ido a Guayabal a ayudar a su hermano Lorenzo Valenzuela a vender efectos de talabartería tales como sillas de montar, frenos y panós.

El camino vecinal que llevaba a allá no era apto para vehículos de motor aunque quizás hubiera sido posible recorrerlo en un camión o en una camioneta de doble tracción,³

3. Hoy por hoy se denominan “4x4”, esto es, con tracción o agarre en las gomas delanteras y traseras a la vez.

pero ellos andaban en una “pisicorre” baja y de tracción trasera que, por lo demás, tendría que atravesar dos puentes en condiciones calamitosas. Jean Awad era un joven tenaz que, según familiares y compañeros militares de años idos, se desvivía por cumplir sus obligaciones, o, lo que es lo mismo, se empleaba a fondo. No se iba a detener aunque reconociera la imposibilidad de ir en la pisicorre, por lo que “alquiló un hombre en un caballo para que lo fueran a buscar”, según explicó el oficial retirado Sención Silverio.

Al decir del exoficial José Rafael Sánchez, que lo trató de tú a tú, Jean Awad “era híperactivo” y también “ejecutivo”, que solía “cumplir con lo que prometía”, y que decía “Yo lo hago”, si había que encarar la solución de algún problema.⁴ De su parte, el coronel retirado José Antonio Guerra Ubrí, quien en los últimos tiempos se ha solidarizado con Sención Silverio en sus explicaciones públicas, definió a Jean Awad como “excelente persona”, de espíritu “humilde” y que compartía con sus compañeros.⁵

Al decir de Sención Silverio, en lo que el hombre a caballo recorría 15 kilómetros de ida y 15 de vuelta para cumplir la encomienda, los tres oficiales vestidos de caqui militar, violentando por nueva vez las rígidas normativas militares de una tiranía acosada por todos los flancos, entraron poco antes de las 12 del mediodía de aquel miércoles a un bar a ingerir bebidas alcohólicas. Obviando decir si tal conducta

4. Naya Despradel, *Pilar y Jean. Investigación de dos muertes en la Era de Trujillo*, p. 321.

5. *Ibíd.*, p. 212.

indisciplinaria fue a propuesta de ellos o de Jean Awad –reputado como sobrio, aunque tomador de tragos sociales–, ha contado que “nosotros entramos frente al parque en un bar que estaba ahí y nos sentamos a beber tragos” (...) “Nos sentamos a beber tragos ahí. Conversamos, bebimos y comimos ahí, que recuerdo que comimos longaniza con tostones”.

Si resultaba cuesta arriba ausentarse sin permiso de la jurisdicción en la que se prestaba servicio militar, habría que calificar de dudable –por no decir que inconcebible– que dentro del contexto de aquella tiranía oficiales académicos incurrieran en el desatino de iniciar una “borrachera” en un bar abierto al público, y a plena luz del día y a mediado de semana... salvo que mediara una orden –que dudamos– para un objetivo abstruso, y en este caso impartida por el coronel subcomandante Montás Guerrero.

Al parecer estaban solos en aquel bar. En ningún momento el narrador detallista Sención Silverio ha hecho referencia sobre vecinos de mesas, siquiera la presencia de una mujer, de esas que frecuentaban bares y que se sentían atraídas por los hombres de uniformes militares con la fuerza de un poderoso imán.

A fin de engarzar en el relato una explicación suficiente para justificar que tres oficiales ingirieran bebidas alcohólicas en un bar público –¡un miércoles en la mañana!– delante de pobladores que de seguro estarían impresionados de semejante exhibición de indisciplina militar, el oficial Sención Silverio soltó una inocentada en el curso del coloquio en el AGN: “una costumbre (la de beber tragos) que se puede catalogar mala, pero era una cultura en las Fuerzas Armadas”.

Semejante expresión adquiere tinte dubitativo en boca de un oficial formado en la Academia Militar “Batalla de las Carreras”, de disciplina casi patibularia. Lo que sí está suficientemente comprobado como “una cultura en las Fuerzas Armadas” trujillistas eran las instrucciones férreas que imponían una disciplina basada en la obediencia a ciegas y cuya desobediencia daba lugar a sanciones que solían sobrepasar el perfil de la falta. Las más leves eran la prisión, ausencia de permisos de día libre, en el menor de los casos, y un sometimiento a un Consejo de Guerra que podía concluir en degradación o en puesta en retiro de quienes incurrieran en faltas graves, principalmente las de esa naturaleza en servicio activo en alguna dotación militar, en este caso una fortaleza militar en momentos políticos y militares difíciles, de acechanzas conspirativas, y en una provincia diferente a la de su prestación de servicio... de la que se ausentaron ¡sin autorización de su superior!, un coronel “de jacha y machete!”.

A las Fuerzas Armadas dominicanas de entonces se les reconocía una eficiencia superior a cualquier otra caribeña: (...) “las fuerzas armadas dominicanas tenían analogía con el Ejército de Federico el Grande, un cuerpo todo músculo y eficiencia. Su disciplina era estricta, su moral alta”.⁶

El exgeneral Arturo Espaillat reveló que en las Fuerzas Armadas de la tiranía existía un procedimiento rutinario de operaciones, el PRO, inviolable, so pena de lo peor. (...) “El país no era simplemente un Estado policial, era un puesto militar. Los PRO estaban dirigidos a lograr tanto la eficiencia como

6. Robert D. Crasweller, *La trágica aventura del poder personal*, p. 274.

la conservación de los militares bajo su dominio (del tirano Trujillo). Dichos militares trabajaban inevitablemente bien”.⁷

Y si no trabajaban bien eran sancionados drásticamente.

“De ahí nos paramos a hacer un poco la digestión –continúa Sención Silverio–, pasamos por la gallera, que había juego de gallos ese día, estuvimos ahí como unos 15 o 20 minutos, de ahí salimos” (...).

Como a las 4 de la tarde fueron a un solar baldío donde varios “muchachos” jugaban beisbol aquel miércoles y entonces los tres guardias vestidos de caqui militar, satisfechos de bebidas alcohólicas y de fritos con longaniza, siendo aproximadamente las 4 de la tarde, “fuimos al play y nos pusimos a jugar pelota”.

Después retornaron al bar, al tenor de lo dicho por Sención Silverio. ¿A qué? ¡A beber más! O cerveza o ron o whisky o ginebra, ¡quién sabría hoy día! Lo ignoramos aún porque a 54 años de aquello pareciera haberse borrado de su memoria el tipo de bebida alcohólica ingerida en las dos ocasiones, aunque sí retenía entre sus recuerdos haber ingerido fritos y longaniza.

Estuvieron en el bar esa tarde por más de una hora y esto se sabe porque él nos cuenta que “como a las 5 y media de la tarde llegó el señor Manolo Valenzuela”, el “buen *catcher*” y también “buen bateador”, al decir del oficial Sención Silverio, y “mensajero”, y excelente pasajero trotamundos, al decir de nosotros, porque si diéramos por cierto que de San Juan de la Maguana había salido temprano de la mañana a Las Matas de Farfán, a unos 30 kilómetros, de donde habría

7. Arturo R. Espailat, *Trujillo: El último de los césares*, p. 46.

retornado a San Juan de la Maguana para entonces ir a Padre Las Casas, a unos 50 kilómetros, y de ahí a El Guayabal, a unos 15 kilómetros, y otra vez a Padre Las Casas, y después hasta el lugar del desenlace fatal, habría andado unos 150 kilómetros en el curso de unas 12 horas casi siempre como pasajero de vetustos vehículos de motor que eventualmente transitaban por caminos malamente acondicionados que la tiranía llamaba “carreteras”.

El ahora coronel retirado Sención Silverio narró que a continuación: “Nos montamos en el vehículo que era una Station Wagon Sephir color azul y gris. Salimos para San Juan de la Maguana a dejarnos a Botello y a mí y a recoger las pertenencias de Manolo para venir para acá, para la ciudad” (Ciudad Trujillo, hoy Santo Domingo. L.C.).

Sin decirnos a qué velocidad aproximada condujo Jean Awad desde que salió de Padre Las casas a eso de las 6 de la tarde, ha narrado que él y el simpar pelotero y “mensajero” se durmieron mientras viajaban porque estaban cansados y también porque en su caso había consumido mucha bebida alcohólica.

“Cuando llegamos a 22 kilómetros de San Juan, en una curvita, Jean viene manejando, se salió (del carril de su derecha. L.C.) y a la derecha (del carril contrario, a la izquierda de Jean Awad. L.C.) había un camión verde o azul salido de la curva que estaba cargado de habichuelas y que el chofer había parado a la (a su) derecha (...). Jean se estrelló contra el camión, (contra el frente) del lado izquierdo del camión, de la goma izquierda, y el lado izquierdo de la Station Wagon” (...).

Dejaron de jugar con Jean

...¡**Y** Jean Awad resultó muerto instantáneamente y sobrevivieron los tres acompañantes!

El pelotero –y “mensajero”– Manolo Valenzuela, de 25 años de edad, sentado detrás del conductor, según versión suya y de Sención Silverio, se habría dormido porque “estaba cansado”, y despertó cuando la pisicorre zigzagueó dos veces sucesivamente antes de colisionar. “Con la frente” rompió el vidrio de la ventana de la puerta izquierda trasera con tal violencia que “la puerta se abrió”, él se salió y cayó en la carretera y después se levantó consciente y en perfectas condiciones.

¡Un imbatible agente 007 adelantado en el tiempo!

“Con la frente Manolo rompió el cristal de la ventana donde estaba sentado, la puerta (de una “Station Wagon Sephir” o nueva o de poco uso, en perfectas condiciones. L.C.) se abrió y cayó al suelo, cerca del vehículo. Como no estaba mal herido, pudo incorporarse” (...), según aseveración notarizada de Manolo Valenzuela publicada en las páginas 220, 221 y 222 de la obra *Pilar y Jean. Investigación de dos muertes*

en *la Era de Trujillo*, de la autoría de Naya Despradel, quien la reproduce por primera vez y que pareciera dar fe de su valía testimonial sin inmutarse y sin cuestionarla a pesar de que ni Supermán, ni Batman hubieran resultado intactos en iguales circunstancias.

Según mi parecer y mejor entender, es una versión inverosímil que solo pasaría a ser creíble si se comprobara que la parte frontal superior de su cabeza era de metal y si a la vez se demostrara que las partes de la carrocería de aquella pisi-corre en vez de atascar la puerta al chocar accionaron contra la lógica presionándola en el sentido opuesto al impacto recibido. Lo conocido y sabido desde siempre es todo lo contrario: cuando un automóvil sufre un impacto violento las puertas se atascan presionadas por la desarticulación de las partes contiguas de la estructura. Para esto son suficientes unos milímetros de desplazamiento.

En otro orden, semejantes golpes –el impacto de la colisión y la cesación repentina del movimiento del vehículo, la golpeadura muy violenta de su frente en el vidrio rompiéndolo y la caída al suelo– habrían provocado, *ipso facto*, en el menor de los casos, un estado de confusión e inconciencia durante un largo lapso de tiempo por sus efectos sobre la masa del cráneo y el cerebro. Pero si nos abstuviéramos absolutamente a los efectos reales probables de lo que dice que le sucedió hubiera sufrido consecuencias mayores durante varios días o semanas.¹

1. Si alguien pusiere en duda lo dicho anteriormente se le recomienda consultar a un médico ortopeda.

Valenzuela dijo también que ya incorporado “en ese momento (...) pudo ver que el joven oficial (Jean Awad. L.C.) había quedado aprisionado entre el guía y el asiento” (...), y que poco tiempo después (...) “volvió a ver el vehículo donde ellos venían y confirmó que el oficial había quedado presionado entre el guía y el asiento”.

Las consideraciones y preguntas de los millones de dólares serían: si su frente biónica lo había salvado y sólo resultó con rasguños, ¿qué esfuerzo de salvamento hizo él al verlo allí inmóvil?, ¿por qué se abstuvo de sacarlo de allí, de auxiliar al oficial que lo había ido a buscar para que cambiara a mejor su vida jugando beisbol con la gente del gran poder militar?

¡Qué curiosa es aquella parte última de su versión! Tan extraña que cualquier suspicaz podría mal interpretar que tal vez sabía que estaba muerto; y lo que resulta más extraño aún es la declaración en la que afirma que a él lo llevaron al Hospital Santomé de San Juan de la Maguana junto a los tres oficiales “donde se enteró que el que conducía había fallecido”. Después, magnificando lo insignificante, relató que también se enteró de que “los otros dos habían sufrido heridas de consideración. Además, más luego supo que “los dos oficiales heridos, pero que habían sobrevivido, pasaron varias semanas hospitalizados en la capital”.

Sobre esta última parte habría que preguntarse ¿qué quiere desmadrar al hablar de oficiales heridos “de consideración” (...), “pero que habían sobrevivido”? ¿Sobrevivido a qué? ¿A las heridas “de consideración”? ¿Acaso quisiera él magnificar los diversos golpes intrascendentes que

recibieron “los otros dos oficiales”? Con esa magnificación, ¿qué se pretende?

Al propio tiempo hizo consignar en su declaración notarial algo que pareciera intrascendente pero que constituyó un esfuerzo por alejarse de su responsabilidad como coautor de una historia recargada de vacíos: “Manolo informa que la familia de Jean Awad Canaán, ni ninguna persona, ha tratado nunca de comunicarse con él para obtener su versión del accidente en el que perdió la vida Jean Awad Canaán”.

Pero no. Tales declaraciones son claramente inconsistentes al compararlas con los detalles ilustrativos suministrados por testigos de excepción del accidente y por personal médico y de enfermería del hospital Santomé que afirmaron que él nunca llegó al hospital, y por otros que lo asumen a él como un personaje “escurridizo” que por décadas ha evadido ser cuestionado sobre el accidente.

“Para hablar mentiras”

La aleccionadora sabiduría popular nos ha enseñado que **L**“para hablar mentiras y comer pescado hay que tener mucho cuidado”: porque si no, las espinas se podrían hendir en la boca y en los dedos de las manos.

El hoy coronel retirado Sención Silverio no ha tenido mucho cuidado al narrar su historia memorizada. Detalles importantes valederos alrededor de la historia que en principio culminó en la muerte de su amigo Jean Awad y detalles de sus explicaciones ni concuerdan ni hay manera de barajarlos correctamente, como cuando le declaró al periódico *Hoy* el 5 de agosto de 1998, pág. 19-b:

“Jean (...) se estrelló contra un camión Mercedes Benz, cargado de habichuelas, que estaba estacionado a la derecha en el PASEO de la carretera, en vía contraria”.

Y como cuando expuso el 13 de enero de 2011 en el coloquio del AGN que el camión estaba “parado a la derecha en un parqueo, perdón en el PASEO de la carretera”.

Pero es el caso que en la vieja carretera de Padre Las Casas a San Juan de la Maguana –que era un tipo de camino inter-

municipal bien acondicionado para vehículos de motor– no había “paseo” para aparcarse y, como deducción lógica, tampoco lo hubo después de las últimas remodelaciones, ni lo hay en la actualidad en el lugar donde ocurrió el accidente, a unos 200 metros de un badén en el kilómetro 21, entre Los Bancos y Guanito, y no en el 22 de Guanito, como él ha dicho y redicho casi en concordancia con los diarios *El Caribe* y *La Nación* y la revista de las Fuerzas Armadas, que informaron que el accidente fue en el kilómetro 22 y medio –a casi kilómetro y medio del lugar cierto– donde sí había una curva difícil, aunque no exactamente peligrosa.

Ubicar aquel accidente del 30 de noviembre de 1960 como que ocurrió en el kilómetro 22 y medio podría estar vinculado a justificar el que aún se diga que la colisión se produjo en un tramo inmediatamente próximo “a una curvita”, en cuyo “paseo” estaba un camión “salido de la curva” y que debido a ésta “Jean se salió”. O sea, que había sido despachado por la curva hacia la izquierda el comprobado diestro conductor –el “dráiver”¹– Jean Awad, dibujado por Sención Silverio como un conductor temerario, o cuasi suicida, añado.

1. “Dráiver” es la pronunciación en español de la palabra en inglés “driver”, que significa conductor, pero “dráiver” en el español dominicano significaba para esa vez ser un experto y buen conductor. Decir de alguien que “ese es un dráiver” era como decir que era un diestro y atrevido conductor que nunca fallaba al volante de un automotor.

“Awad corría muchísimo. En la Fuerza Aérea habían dos oficiales que corrían –y aquí hay dos oficiales que podrían atestiguar eso–, que eran Fernández Domínguez y Awad Canaán”, declaró en el citado coloquio.

Pero era innecesario recurrir a los dos oficiales testigos del estilo de conducción de Jean Awad, a menos que estuviera así forzando la jugada con una baraja marcada, la de que aquel provocó su muerte porque “corría muchísimo”.

Sin proponérselo, y esto para hablar a su favor, Sención Silverio trató de pasar por cierto una supuesta alta probabilidad de accidentes por conducción temeraria a finales de 1960 con insinuación sinonímica como si se tratara de las mismas características de la dimensionalidad de ahora. Para esos años era infrecuente que alguien muriera en un choque entre dos vehículos de motor, debido al reducido tráfico urbano e interurbano, por lo que ni se formaban largas colas en movimiento lento en el tránsito interurbano ni mucho menos los ahora familiares tapones. Hoy por hoy la accidentalidad y la conducción temeraria constituyen una plaga de tal envergadura que las muertes por accidentes automovilísticos están computadas como de las cinco primeras causas de muertes en el mundo.²

Es muy posible que a él y a los que cuentan la muerte de Jean Awad como fruto de un accidente fortuito de un conductor temerario les haya faltado una información básica:

2. Cada año muere alrededor de 1,200,000 personas en accidentes automovilísticos en el mundo, según la Organización Mundial de la Salud, de los cuales el 35 % son jóvenes menores de 20 años de edad.

las pisicorres o Station Wagon del modelo Sephir fueron las primeras con frenos de disco, que permiten un frenado rápido y estable, sistema que ha salvado centenares de miles de vidas en todo en mundo.

Senci3n Silverio ha resaltado que en dos ocasiones ingirieron alcohol en un bar en Padre Las Casas, dejando dicho as3 que hubo ingesta de alcohol en demas3a, con lo que 3l pareciera que intenta presentar como factor adicional a la alta velocidad entre las causantes del accidente:

(...) “nos dispusimos a beber tragos” (...) “nosotros nos sentamos en un bar que hab3a en el pueblo, frente al parque y nos dispusimos a beber tragos, y estuvimos ah3 como hasta las 5 de la tarde” (...) “y regresamos al bar” (...).

Asimismo ha referido que Manuel Germ3n, “el pap3 de Amauri Germ3n Aristy”³ habr3a comentado en esa ocasi3n que (...) “esos no llegan a Las Yayas”. Esto lo ha dicho atribuy3ndoselo al abogado Abelardo Herrera Piña, a quien supuestamente Germ3n se lo dijo luego de ver desde la galer3a de su casa a Jean Awad conduciendo con temeridad en una calle sin salida y que por poco “se lleva una casa”.

3. Amauri Germ3n Aristy, l3der de los Comandos de la Resistencia en los a3os 70. 3l y otros tres trabaron combate hasta morir el 12 de enero de 1973 en unas cuevas al norte del kil3metro 14 de la autopista de Las Am3ricas. El decir de Senci3n Silverio de que la citada versi3n era de “el pap3 de Amauri Germ3n Aristy”, pudiera ser un esfuerzo por avalarla con tinte de mayor veracidad, pero la referencia carecer3a de valor porque lo uno no conlleva lo otro. Adem3s, Manuel Germ3n, el pap3 de Amauri Germ3n Aristy, hab3a sido el primer s3ndico de Padre Las Casas (1942-1946), designado de dedo por Trujillo y, por lo tanto, trujillista, sin lugar a dudas. Por lo dem3s, su primo hermano –¿o hermano?– Guillermo Germ3n tambi3n fue s3ndico (1952-1953).

La excesiva ingesta de alcohol –como factor reforzador de la conducción temeraria– no fue atestiguado como cierto por el propietario del bar, señor Francisco Casado, quien le dijo al doctor Herrera Piña en declaración que este juró y notariizó el 15 de abril de 2010 que “mientras esperaban por esa persona” (por Manolo Valenzuela) “habían almorzado y consumido algunas bebidas”.

Quienes tienen experiencia suficiente en la cultura de la vida bohemia saben que la ingesta de “algunas bebidas” de parte de un grupo de tres hombres significa que bebieron poco. Es más, como el doctor Herrera Piña le ha entregado a Sención Silverio esa declaración suya jurada y notariizada con datos en apoyo de su tesis del accidente fortuito, al atribuirle al dueño del bar haber dicho que los militares sólo tomaron “algunas bebidas” existe la probabilidad de que como buen abogado defensor haya inflado un poco lo dicho por aquel porque de lo contrario hubiera perjudicado la versión de su respaldado.

En buen español dominicano cuando se dice “algunas bebidas” es como decir “muy poco”, de donde pudo haber sido exageración de su parte decir que “tomaron algunas bebidas”. En la bohemia tomar “algo”, “algunas bebidas” entre tres podría corresponder a alguna chata de whisky Vat-69, predilecta de los oficiales medios en el trujillismo, o alguna media botella de ron y quizás adicionalmente un par de cervezas.

De modo, pues, que para el testigo de excepción de primer plano Francisco Casado, los tres bebieron poco, de donde los efectos habrían sido de baja intensidad y, aún más,

aminorados por los fritos con longaniza consumidos. Como bien se sabe: “quien bebe y come, no se emborracha”.

Senci3n Silverio tambi3n dijo en aquel coloquio que una vez dentro de la piscorre 3l “estaba adormecido por los tragos”, que el pelotero Manolo Valenzuela tambi3n dormía abatido tal vez por el “cansancio” de su periplo de 150 kil3metros y que posiblemente Jean Awad “se había quedado dormido” antes de chocar.

Según declaró Senci3n Silverio al periodista V3ctor Grimaldi en un programa de televisi3n mucho antes del coloquio que referimos, Jean Awad le dijo, cuando iban de regreso poco antes de accidentarse, que “la noche anterior había dormido solo dos o tres horas pues había estado en una fiesta”, pero en un encuentro posterior cara a cara con Pilar Awad B3ez, al preguntarle qu3 habían hablado en el bar 3l le dijo que solo recordaba que Jean Awad le coment3 que “la noche anterior había estado en una fiesta”.

Estas aseveraciones, dichas y redichas en varios escenarios, son contrapuestas radicalmente a las afirmaciones de Jorge Edgard Awad Cana3n (Chich3) y de su esposa Luz Kushner de Awad, en cuya casa vivía Jean Awad y de donde sali3 en la madrugada del fat3dico mi3rcoles camino de su muerte anunciada. Han atestiguado en varias ocasiones que Jean Awad se había acostado el 29 de noviembre a eso de las 10 de la noche porque iría de madrugada a San Juan de la Maguana a cumplir “una jodía misi3n”, y la se3ora Luz lo reafirm3 a este autor por la v3a telef3nica y precis3 que Jean Awad era “bebedor ocasional de tragos sociales” y que no se caracterizaba por la ingesta desmedida de alcohol.

De su parte, Mayra Báez de Jiménez lo confirma también en la página 142 de su libro de memorias *Si la mar fuera de tinta... Vivencias de una niña tras la caída de la dictadura trujillista*. Tenía 8 años y 8 meses de edad cuando la noche del 30 de noviembre de 1960 se recibió por teléfono la noticia de la muerte de Jean Awad. “Esta inesperada noticia produjo en todos un efecto terrible. La noche anterior Jean había estado en mi casa. Lo había visto bajar la escalera vistiendo su uniforme militar, cuando comentaba que acababa de darle a su hijita Pachi el biberón de leche antes de dormirla. Se despidió de mamá diciendo que le habían encargado la misión de buscar unos peloteros en la región sur y que saldría de madrugada”.

Como por disciplina familiar ella debía acostarse a más tardar a las 10 de la noche, le dijo a este autor que deduce que Jean Awad se habría ido a su casa aproximadamente a las 9 y 45 minutos de la noche.

Pertenece, pues, al reino de las dudas que él le dijera a Sención Silverio que solo había dormido de dos a tres horas, por cuanto la afirmación de Chichí y Luz concuerda con la que había sido referida por los suegros de Jean Awad y reiterada por Mayra en su obra y por sus hermanos Nelson y Tania, a cuya casa había llegado antes de las 10 de la noche a darle leche en un biberón a su hijita Pilar Awad Báez, huérfana de madre. Les dijo a eso de las 9 y 45 que iba para su casa, distante a pocas cuerdas de allí, a acostarse temprano porque tenía que salir de madrugada de la ciudad.

De modo, pues, que, si asumimos los testimonios anteriores de que se había acostado a eso de las 9 y 55 de la noche

del 29 de noviembre y levantado a eso de las 4 y 30 de la madrugada, Jean Awad habría dormido aproximadamente siete horas.

Pero como veremos de inmediato, hay otros detalles que nada tienen que ver ni con sueño ni con tragos y que van en detrimento de la ya oxidada versión de que Jean Awad murió en un accidente fortuito provocado por él, al tenor de su vocación por la conducción temeraria, su excesiva ingesta de alcohol, su displicencia aquel día, su cansancio y la falta de sueño...

El accidente en la prensa trujillista

La primera noticia sobre el accidente automovilístico y sus consecuencias fue publicada en las páginas primera y 24 del diario vespertino *La Nación* el 1 de diciembre de 1960, la segunda en la página 9 del diario matutino *El Caribe* el 2 de diciembre y la tercera en la revista de las Fuerzas Armadas en su edición correspondiente a noviembre.¹ Los tres textos, sin el lugar de origen, sin atribución de la fuente noticiosa y sin firma de periodista, se reproducen a continuación para luego ser analizados y demostrar que constituyeron en conjunto un adefesio noticioso en razón de las falsedades y el estilo extravagante en un esfuerzo fallido por ocultar la verdadera naturaleza del “accidente”.

1. La *Revista de las Fuerzas Armadas* fechada a noviembre fue editada en diciembre. Por simple lógica ha sido tradición que las publicaciones mensuales como revistas, etc, fechadas en un mes tal –noviembre– se editen y distribuyan a principios del mes siguiente –diciembre, en este caso– a fin de abarcar las incidencias hasta el ultimo día del mes fechado.

La Nación

OFICIAL DE LA A.M.D. RESULTA MUERTO EN ACCIDENTE

Atienden heridos Hospital Santomé

A las 6:45 p.m. de ayer, mientras el segundo teniente Jean Awad Canaán, AMD, regresaba de la común de Padre Las Casas conduciendo el auto 7997² acompañado del primer teniente dentista Pedro Atilio Rodríguez Botello, E.N., segundo teniente Lorenzo Sención Silverio, E.N., y de Pedro Manuel Valenzuela, al llegar al kilómetro 22 ½ de la carretera San Juan de la Maguana-Ciudad Trujillo, chocó con el camión placa 29450 conducido por Inocencio Montero Ramírez, resultando el segundo teniente Awad Canaán con golpes que le ocasionaron la muerte.

El primer teniente dentista Rodríguez Botello, resultó con probable fractura de la séptima y octava costillas, laceraciones en la cara externa del muslo derecho y traumatismo en el maxilar inferior con posible fractura.

El segundo teniente Sención Silverio, con fractura del antebrazo izquierdo, herida traumática en el cartílago de la nariz y traumatismo en el ángulo exterior del párpado superior del ojo derecho.

Valenzuela resultó con herida traumática en el arco superior izquierdo de pronóstico reservado. El chofer del referido camión resultó ileso.

Ambos vehículos sufrieron desperfectos de consideración.

Los oficiales y civil lesionados fueron internados en el hospital Santomé de San Juan de la Maguana.

2. La *Revista de las Fuerzas Armadas* publicó este mismo número de placa (7997), pero *El Caribe* publicó el número 7797, asumido como "error de imprenta", según lenguaje de la época.

El cadáver del teniente Jean Awad Canaán fue trasladado a la casa de su hermano Jorge Edgard Awad Canaán, en la calle Clear Water³ 13 de esta ciudad.

El entierro se efectuó hoy a las 10 a.m. en el Cementerio Nacional de la avenida Tiradentes.⁴

oOo

El Caribe

MUERE OFICIAL DE AVIACIÓN EN CHOQUE DE CAMIÓN Y CARRO

El teniente Jean Awad Canaán, joven oficial de la Aviación Militar Dominicana pereció en un choque entre el carro 7797 y el camión 29450, a las 6:45 de la tarde del miércoles, en el kilómetro 22 ½ de la carretera Sánchez en el trayecto entre San Juan de la Maguana y Azua.

Dos compañeros de arma de la víctima y un civil resultaron heridos en el choque.

Los heridos fueron el primer teniente dentista E.N., Pedro Atilio Rodríguez Botello, el segundo teniente E.N. Lorenzo Sención Silverio y Pedro Manuel Valenzuela.

El chofer del camión, Inocencio Montero Ramírez resultó ileso.

Awad Canaán manejaba el vehículo 7797. Regresaba del municipio de Padre Las Casas acompañado de Rodríguez Botello, Sención Silverio y Valenzuela.

3. Esta calle se denomina hoy general Juan Tomás Díaz.
4. Se trata del ahora denominado "Cementerio Nacional de la avenida Máximo Gómez". Para esa vez la avenida Tiradentes, que ahora está integrada a la avenida Máximo Gómez, era una prolongación hacia el norte de la avenida Máximo Gómez, que se iniciaba en la esquina de esta con avenida San Martín.

Awad Canaán murió a consecuencia de los golpes que recibió.

Rodríguez Botello resultó con probable fractura de la séptima y octava costillas, laceraciones de la cara externa del muslo derecho y traumatismos en el maxilar inferior con posible fractura.

Sención Silverio sufrió fractura del antebrazo y en el ángulo exterior del párpado superior del ojo derecho.

Valenzuela resultó con herida traumática en el arco superficial izquierdo.

Los vehículos sufrieron desperfectos de consideración.

El cadáver de Awad fue trasladado al Hospital Militar Profesor Marión, donde le fue entregado a su hermano Jorge Edgard Awad Canaán.

Los heridos fueron internados en el Hospital Santomé de San Juan de la Maguana. Están bajo las atenciones del primer teniente médico E.N. Jaime Antonio Rodríguez Rosario.

oOo

Revista de las Fuerzas Armadas

SENTIDA MUERTE. 2^{DO}. TTe. JEAN AWAD CANAÁN, A.M.D.

En lamentable accidente automovilístico ocurrido el 30 de noviembre a las 6:45 p.m., murió el segundo teniente Jean Awad Canaán, AMD, en el kilómetro 22 ½ de la carretera San Juan de la Maguana-Ciudad Trujillo, mientras regresaba del municipio Padre Las Casas, conduciendo el automóvil placa No 7997.

El accidente se produjo cuando el vehículo conducido por el teniente Canaán chocó con el camion placa No. 29450, conducido por el señor Inocencio Montero Ramírez.

El oficial fenecido viajaba acompañado del primer teniente dentista Pedro Atilio Rodríguez Botello, E.N., segundo teniente

Lorenzo Sención Silverio, E.N., y el señor Pedro Manuel Valenzuela, quienes sufrieron, indistintamente, fracturas y traumatismos diversos.

La *Revista de las Fuerzas Armadas* consigna su sentido pésame y lo extiende a sus deudos, con motivo de la sentida muerte del joven militar.

Un adefesio noticioso

Los tres textos noticiosos se bastan a sí mismos como demostración per se de que se trató de un “accidente” envuelto en un celofán encubridor tintado de sangre. Son una visión de los hechos que llega a clarearse al leerlos con espíritu crítico como lo que son: textos maliciosos. Por lo tanto, constituyeron un adefesio porque fueron elaborados adrede con datos falsos y carecieron de datos verídicos esclarecedores, que al nosotros conjuntarlos se convirtieron en elementos constitutivos de develación de la real causa de la muerte de Jean Awad.

Los dos textos noticiosos y la nota de la revista militar, oscilante entre informativa y de pésame, presentaron asimismo características singulares que por contravenir la propia naturaleza de la técnica de redacción de una noticia objetiva hicieron saber que se ocultaba lo más importante a partir de lo que se informaba discriminadamente.

Las dos noticias publicadas en los diarios *La Nación* y *El Caribe* no fueron reportadas ni enviadas y/o redactadas por algún corresponsal periodístico de San Juan de la Maguana

o de Azua¹ –provincias comprendidas en las incidencias del suceso–, lo que quedó confirmado porque no se indicó al inicio de las mismas que fueron despachados de alguno de esos lugares ni firmadas por ningún periodista corresponsal de una de esas localidades. Si cada reporte periodístico hubiera sido iniciativa del corresponsal provincial correspondiente, por la naturaleza e importancia de la noticia acerca del suceso –que *La Nación* publicó en primera página– cada cual la habría calzado con su nombre y sino el corrector de estilo o la jefatura de redacción o la dirección del periódico habría tomado la iniciativa y publicado con el nombre del corresponsal en razón de que si el reporte noticioso, que incluía a oficiales militares, hubiera contenido algún error habría sido de su exclusiva responsabilidad y riesgo, algo tomado en cuenta en las redacciones de los diarios durante el régimen tiránico trujillista.

Los tres textos carecieron de la característica de atribución a una fuente –que suele ser definida como la persona o institución que suministra u origina los datos de una noticia–, que es la que en principio le otorga cierto viso de credibilidad a un hecho noticioso. En ninguno de los textos se le atribuyó el origen de los datos del suceso ni a la policía ni a una fuente médica, que habría sido lo pertinente, ni a ninguna autoridad civil o militar con calidad para ello.

1. Padre Las Casas y Guayabal pertenecen a Azua y el accidente ocurrió “en el kilómetro 22 y $\frac{1}{2}$ de la carretera Sánchez en el trayecto entre San Juan de la Maguana y Azua” (*El Caribe*). Por lo demás, las incidencias se iniciaron en San Juan de la Maguana y hacia allá iban al chocar.

De lo que no hay dudas es que los datos procedieron de una fuente informativa inominada, que se evidencia en las uniformidades de los mismos y de su lenguaje, a excepción de una que otra palabra empleada. La fuente noticiosa de lo publicado fue necesariamente médico y militar, y ejerció la función de filtro informativo en procura de producir el efecto de que el lector creyera que la muerte habría sido consecuencia lógica de un aparatoso accidente. Para ello la fuente inominada ejerció el papel de guardabarreras de la comunicación² porque bloqueó la publicación por la libre de datos y palabras que pudieran eventualmente arrojar dudas acerca de la naturaleza verdadera de la colisión.

Por lo demás, salta a la vista de cualquier periodista experimentado conocedor de las técnica y estilo de la redacción noticiosa de los diarios trujillistas –casi un calco de la técnica y estilo del periodismo escrito norteamericano–, que en el *Lead* o entrada, esto es, en el primer párrafo³ de la noticia del diario *La Nación* se violentó totalmente el estilo de redacción objetiva en tanto noticia basada en un suceso y, por lo tanto,

2. El guardabarreras es quien colocado en un punto de la cadena del proceso de la comunicación podría detener, retener, distorsionar o dejar pasar total o parcialmente un mensaje. El término guardabarreras es un símil del trabajador que da paso o no a un ferrocarril y del jugador de fútbol cuya misión es impedir que el balón entre a la portería. (Más detalles en *Introducción a la ciencia de la comunicación*, pp. 137-138, de la autoría de Lipe Collado).
3. En la técnica de redacción periodística se denomina *Lead* a la entrada de la noticia, que generalmente es su primer párrafo, aunque pudiera contar de más párrafos. *Lead* viene de leader, equivalente en español a líder, esto es, lo principal, lo primero, lo que va delante, lo más importante.

en este caso se le dio una redacción diferente si lo comparamos con otras noticias que sobre sucesos publicó *La Nación* en todo ese mes de diciembre de 1960 y en cualesquiera otros meses.

En el *lead* o primer párrafo de la noticia de *La Nación* se citaron los nombres de todos los involucrados en el accidente contrariando así la normativa de que en el *lead* solo se debían consignar “los nombres que son noticia”, esto es, los nombres de las personas conocidas o de amplio espectro social, lo que es un principio de atracción de la atención del lector. También se violentó la normativa estilística al comenzar la noticia por el elemento tiempo, que en este suceso carecía de valor noticioso intrínseco –aunque sí tenía una valoración mal intencionada oculta– ya que “A las 6:45 de ayer” –el elemento tiempo– carecía de valor noticioso de atracción de la atención y no constituía un dato de importancia *sui generis*, de donde la noticia no debió comenzar por el elemento tiempo.⁴ Además, al tenor de los datos amañados que ofrecieron se debió consignar al comienzo que hubo tres heridos. Valga decir también que era inapropiado hacer constar en un primer párrafo los números de las placas de los vehículos colisionados y la expresión “regresaba acompañado”.

4. Comenzar el *lead* de la noticia por el elemento tiempo corresponde a la contestación a la pregunta “¿cuándo pasó?”. Es un buen recurso “si el tiempo tiene significación de primer orden”, como sería el caso si se iniciara diciendo que “A las 8 de esta noche el presidente (...) se dirigirá al país” (...) “Mañana se inicia la legislatura” (...) (Más detalles en *Curso de periodismo*, pp. 44-45, de Lipe Collado).

En otro orden, ese lead adoleció de una redacción deficiente carente de profesionalidad porque emplearon 86 palabras, por lo que agolparon numerosos datos: el tiempo, los nombres del muerto y de los heridos, el lugar, las placas, los vehículos, etc. El *lead* típico de esos diarios trujillistas era un resumen de lo más importante en un primer párrafo condensado de tres, cuatro o cinco líneas, esto es, una oscilación entre 35 y 50 palabras. Los demás datos eran ofrecidos en un segundo párrafo: nombres y estado de salud de los protagonistas, números de placas, etc.⁵

Para que el lector ignaro en estos asuntos comprenda la calidad e importancia de cuanto decimos, a continuación presentamos un modelo, a partir de sus propios datos, de cómo debió redactarse la entrada o *lead* de esa noticia –un desglose de aquel *lead* en dos párrafos–,⁶ o lo que es lo mismo, un modelo de cómo se redactaban y publicaban en los diarios de esa vez los *leads* de las noticias sobre un accidente con las características del de Jean Awad:

Un segundo teniente de la Aviación Militar Dominicana (AMD) murió ayer a prima noche y dos oficiales del ejército y un civil resultaron heridos cuando la Station Wagon “piscorre” en que viajaban

5. La entrada o *lead* de una noticia objetiva suele elaborarse con las respuestas a las preguntas de qué pasó, a quién, cuándo, dónde y cómo, cuyos detalles irían en todo el cuerpo de la noticia en párrafos frecuentes de entre tres y cinco líneas.
6. Como se dijo anteriormente, los datos más importantes de un suceso podrían desglosarse en un *lead* de dos párrafos, consignándose los detalles importantes en el segundo.

chocó con un camión en el kilómetro 22 y medio de la carretera San Juan de la Maguana-Azua.

El conductor de la “pisicorre” placa 7997, segundo teniente Jean Awad Canaán, murió mientras sus acompañantes, primer teniente Pedro Rodríguez Botello, segundo teniente Sención Silverio y el civil Manuel Valenzuela resultaron heridos, cuando la pisicorre placa 7997 chocó contra el camión placa 29450, conducido por Inocencio Montero Ramírez.

El primer párrafo, entrada o *lead* de la noticia sobre el accidente de *La Nación* recuerda, más bien, la redacción del “parte policial” que diariamente emitía el Cuartel General de la Policía Nacional en la capital para los medios informativos, y que los popularizó Manuel Antonio Rodríguez (Rodrigo) al leerlos íntegros de lunes a sábado en su muy oído programa del mediodía “El suceso de hoy”.

Lo que quiero decir –y digo– es que tal vez los manipuladores de la información sobre este accidente le dieron forma precaria a lo publicado porque se basaron en algún “parte policial” del suceso que le habían ordenado a la jefatura de la Policía.

De todas maneras no hay absolutamente nada novedoso ni extraño en esa sugerida conjugación de los operativos criminales de la inteligencia militar y su uso de los medios de comunicación en función de encubridores y punta de lanza. El propio SIM del teniente coronel Abbes García tenía su segunda oficina en importancia en la estación Radio Caribe, desde donde operaba aquel desde que fue inaugurada el 24

de junio de 1960. El SIM era, pues, una organización criminal de espionaje y de propaganda.

Como hemos visto antes, la unidad de inteligencia de la aviación militar llegó a denominarse Servicio de Inteligencia Militar y Propaganda, y estuvo bajo la férula del coronel Luis José León Estévez a través de diversos títeres, siendo el último Federico A. Cabral Noboa.

El indicio principal de que seguramente las dos noticias en las que se envolvió en celofán la muerte de Jean Awad les fueron dictadas a los directores de los dos diarios, lo encontramos en el testimonio del taquígrafo mecanógrafo Luis José Valdez Villarroel –que consignamos antes– de que el coronel León Estévez se había enfurecido con ocasión de una nota que él había ordenado que le dictaran desde la Base Aérea de San Isidro al director de *El Caribe* y que este había modificado. “Dígale al director de *El Caribe* que con qué calidad él se permite modificar asuntos que le son dirigidos de la Jefatura Conjunta”,⁷ habría ordenado.

De modo, pues, que era una vieja práctica el bloqueo, filtro, control, moldeado y dictado de la información para ser publicada en procura del efecto planeado y deseado.

7. Más detalles en las págs. 108-109 de la obra *El crimen de la Hacienda “María”. Expediente de extradición de Ramfis Trujillo y compar-tes* (Santo Domingo, Federación de Fundaciones Patrióticas y Museo Memorial de la Resistencia Dominicana, 2012).

Datos falsos e imprecisiones insinuantes

En las tres publicaciones se consignaron los datos falsos de que el camión era “conducido” por Inocencio Montero Ramírez, quien “resultó ileso”, con lo que se pretendía que el lector creyera que hubo un choque entre un carro y un camión que transitaban por una carretera, esto es, un choque entre dos vehículos de motor en movimiento en momentos en que eran conducidos por sendas personas.

Asimismo sus redactores informaron en esos textos, originados y publicados en la capital, que Jean Awad “regresaba” del municipio Padre Las Casas, dando así la notación de que regresaba a la capital, obviando o saltando los datos precisos de que luego de reclutar a un pelotero amateur se dirigía a la fortaleza Presidente Trujillo, de San Juan de la Maguana, a retornar a dos compañeros militares de puesto allí, para luego regresar a la capital.

Informaron también falsamente sobre el estado físico del pelotero Manolo Valenzuela, al que sin decir su oficio identifican como Pedro Manuel Valenzuela, quien al decir del diario *El Caribe* “resultó con herida traumática en el

arco superficial izquierdo”; y al decir del diario vespertino *La Nación* resultó con una herida (...) “de pronóstico reservado”. La *Revista de las Fuerzas Armadas* dijo, luego de citar los nombres de los dos militares y de “el señor” (...) “quienes sufrieron, indistintamente, fracturas y traumatismos diversos”.

Valenzuela solo sufrió alguna golpeadura irrelevante y rasguños leves. “Algunos ranguños, pero no golpes”, explicó Sención Silverio durante el coloquio del AGN, los que están muy lejos de ser calificados como “traumatismos diversos”, o “herida traumática”, por cuanto las heridas traumáticas implican golpes con desgarros y cortes, a veces acompañados de hemorragias, que suelen inflamarse y hasta contaminarse; y estuvo a años luz de la verdad decir que su estado era de “pronóstico reservado”, que equivale a un “pronóstico incierto”, de posibles malas consecuencias, que hace “sospechar lo peor”.

La Nación y *El Caribe* informaron falsamente que los militares (...) “y civil lesionados fueron internados en el hospital Santomé” (*La Nación*); (...) “los heridos (incluyendo el civil. L.C.) fueron internados en el hospital Santomé”.

Como sabemos, Sención Silverio y el propio Manolo Valenzuela han dicho que no fue internado; de su parte, el doctor ortopeda que los atendió, Felipe Herrera, y su asistente, enfermera Bella Herminia Santil, afirmaron por separado en entrevistas grabadas en nuestro poder que Manolo Valenzuela no fue llevado al hospital Santomé.

No hay que ser ni mago ni genio para darse cuenta que en esas noticias subyacía y hasta se palpaba el interés de magnificar lo insignificante para impermeabilizarlas de sospechas

de un hecho premeditado, como cuando se habló del estado de los vehículos colisionados:

“Ambos vehículos sufrieron desperfectos de consideración” (*La Nación*); “Los vehículos sufrieron desperfectos de consideración” (*El Caribe*).

Hubo también una manipulación de ocultamiento respecto al tipo de vehículo de motor que conducía Jean Awad. *La Nación* consignó falsamente que Jean Awad conducía “un auto”, *El Caribe* consignó que conducía un “carro” y también un “vehículo” y la *Revista de las Fuerzas Armadas* usó la palabra “vehículo”.

Lo anterior nos deja dicho que si se hubiera consignado que él conducía una Station Wagon Sephir, habría provocado suspicacias en quienes conocían los vehículos de la inteligencia de la aviación militar, a la que podría haber pertenecido la misma.

Resultó más que curioso que las noticias sobre este suceso de interés periodístico, al que un diario le dio relevancia de primera página, fueran publicadas sin fotografías que mostraran el estado en que quedaron el camión y la pisicorre, contrario a como se estilaba para esa vez. De boca del chofer sabemos que el camión sufrió daños de consideración relativa solo en su guardalodo izquierdo y en ese lado del bumper. En cambio carecemos de alguna versión acerca del estado en que quedó la pisicorre.

En otro orden, el lenguaje de esas noticias estuvo saturado de términos imprecisos insinuantes como cuando dice *La Nación* que el primer teniente Rodríguez Botello sufrió traumatismos en el maxilar inferior “con posible fractura”; y

El Caribe dice que sufrió “probable fractura de las séptima y octava costillas” y “traumatismos en el maxilar inferior, con posible fractura”.

Tales insinuaciones magnificadoras carecieron de validez y credibilidad en vista de que las placas de los mismos aparatos anticuados de rayos equis disponibles en aquel hospital que supuestamente revelaron que Sención Silverio tenía “fractura del antebrazo izquierdo” también debieron servir o debieron ser utilizados para determinar las posibles fracturas sufridas por Rodríguez Botello.

Resulta inexplicable, por lo demás, que en ninguno de los textos informativos se dijera que las posibles fracturas fueron o de las costillas izquierdas o de las derechas, dato de suyo interesante si nos propusiéramos determinar la certeza o no de la interpretación de algunos de que tal vez Jean Awad estaba muerto al momento de la colisión y que el conductor era otro.

Asimismo, además de referirse a la “fractura del antebrazo izquierdo” sufrida por Sención Silverio calificaron de traumáticas otras “heridas” suyas. *La Nación* informó que sufrió heridas “en la nariz y sobre el ojo derecho”; *El Caribe* dijo que “sufrió fractura del antebrazo y en el ángulo exterior del párpado superior del ojo derecho”; y la *Revista de las Fuerzas Armadas* informó de “fracturas y traumatismos diversos”.

Aunque ciertamente Sención Silverio sufrió una lesión o fisura en el antebrazo izquierdo ésta fue de tal consideración que al otro día el chofer del camión lo vió en la fortaleza con un yeso en el área de su muñeca izquierda; y resultó absolutamente falso informar que sufriera fractura “en el ángulo

exterior del párpado superior del ojo derecho” como publicó *El Caribe*, y que nunca ha referido Sención Silverio.

La magnificación de los datos ciertos y de los falsos y las expresiones insinuantes “probable fractura”, “posible fractura”, contrastaron olímpicamente con los datos que ofrecieran acerca de las heridas que sufrió Jean Awad:

(...) “con golpes que le ocasionaron la muerte”, según *La Nación*; (...) “murió a consecuencia de los golpes que recibió”, según *El Caribe*.¹

Si tuviéramos ahora que hacer un ejercicio abstruso de ironía y suspicacia a la vez habría que concluir en que la muerte del joven militar Jean Awad se pretendió justificarla implícitamente en las tantas heridas y lesiones que supuestamente sufrieron sus acompañantes, en un choque magnificado en dos diarios y en una revista militar.

¿Cómo fue posible que las autoridades médico militares y las tres publicaciones citadas no precisaran, aunque fuera mínimamente, cuáles golpes, en cuáles partes del cuerpo, sufrió Jean Awad que lo condujeron a la muerte? ¿Cómo fue posible que esas autoridades y publicaciones dieran detalles sobre el supuesto estado de los heridos y ni siquiera se refirieran ni a un hematoma –ni a un chichón– del cuerpo de Jean Awad?

Peor aún es el hecho muy cierto de que en ninguna de las noticias se habló del oficio del civil, siendo para entonces la

1. La *Revista de las Fuerzas Armadas* hizo mutis respecto a que Jean Awad habría muerto como consecuencia de las lesiones sufridas, lo que contraviene el concepto periodístico de no dar nada por supuesto ni por sobreentendido.

referencia al oficio algo cónsono con las identificaciones en las noticias de los sucesos: “un albañil murió”, “un electricista resultó muerto”, “una trabajadora doméstica resultó herida”, etc. Al obviar el dato de que era un “pelotero amateur”, se eludió referirse al dato fundamental de que Jean Awad había viajado a 250 kilómetros de distancia² a buscarlo –a un pelotero casi vecino de la fortaleza militar sanjuanera– para traerlo a la capital a jugar con el equipo de beisbol de la aviación militar.

2. Al sumar los 250 kilómetros de aquí a San Juan de la Maguana y los kilómetros recorridos de San Juan de la Maguana a Las Matas de Farfán, y viceversa, y de San Juan de la Maguana a Padre Las Casas, y unos 29 de retorno, Jean Awad habría recorrido unos 400 kilómetros. La fortaleza militar sanjuanera, al igual que otras de su importancia, tenía comunicación telefónica y de radio microondas. Como el procurado pelotero amateur vivía en sus cercanías habría bastado con una orden verbal del coronel León Estévez para que lo localizaran y enviaran a San Isidro. Confundida, la investigadora Despradel dijo en la página 72 de su obra que “en esa época las comunicaciones eran deficientes y las diligencias de contactar deportistas se hacían personalmente”. Pero no. Las comunicaciones militares eran eficientes. Trujillo, Ramfis y compartes tenían control suficiente de los sistemas de comunicación militar, de los convencionales y de los no convencionales. Los diarios de la época publicaban regularmente noticias que resaltaban los avances de las comunicaciones en general. En la página 11 del diario *El Caribe* del 3 de Julio de 1959, un año y cuatro meses antes de la misión ordenada a Jean, se publicó una amplia información sobre la expansión de la comunicación telefónica y de microondas en el país. Los datos fueron atribuidos a Carl J. Larsgard, administrador de la Compañía Dominicana de Teléfonos. En la misma, se cifra en 15,500 los teléfonos en la capital y se dan otros datos sobre su expansión por todo el país.

¿Por qué la *Revista de las Fuerzas Armadas* ocultó el dato de que un oficial de la aviación militar había muerto en cumplimiento del deber de localizar y transportar a un refuerzo del equipo de beisbol amateur de su rama militar? ¿Por qué no lo publicaron así en su sección deportiva? ¿Por qué olvidaron consignar que el vehículo colisionado era de la AMD? ¿Acaso era del SIMP: el “SIM” de la AMD y Ramfis Trujillo?

La revista militar, lo que ni era usual ni se estilaba en estas publicaciones, publicó un texto cargado de aparente congoja próximo a la conocida nota de duelo: “SENTIDA MUERTE 2^{DO}. TTE. JEAN AWAD CANAÁN, A.M.D.”, en su título. “En lamentable accidente”, “sentido pésame”, “sentida muerte” (lo repite al final), en su cuerpo.

Al traducir al lenguaje popular esas palabras y expresiones habría que decir que se trataba de “lágrimas de cocodrilo”, en este caso con la presa muerta entre sus afiladas fauces.

Habiendo ocurrido el accidente supuestamente a las 6:45, la fuente noticiosa médica y militar retuvo la información hasta el día siguiente con fines de darla a conocer luego de su entierro por aquello de que “el muerto con tierra tiene”, y ¡san se acabó! La primera noticia la publicó el vespertino *La Nación* el 1 de diciembre cuando el cadáver de Jean Awad había sido enterrado:

“El entierro se efectuó hoy a las 10 a.m. en el Cementerio Nacional, de la avenida Tiradentes”.

El 2 de diciembre *El Caribe* no se refirió al entierro, limitándose a informar:

“El cadáver de Awad fue trasladado al hospital militar profesor Marión, donde le fue entregado a su hermano Jorge Edgard Awad Canaán”.

La premura en darle sepultura a Jean Awad apenas unas 15 horas después de su muerte fue en desacuerdo a la tradición dominicana de velarlo durante un día por lo menos. En el peor de los casos debió ser velado hasta horas de la tarde y llevado al cementerio a eso de las cuatro.³

La inusual decisión estuvo vinculada al hecho cierto de que se trató de una muerte anunciada por la propia víctima desde meses atrás y que podía producirse en cualquier momento,⁴ por lo que la extensión del tiempo de su velatorio habría estimulado a familiares a expresar delante de infiltrados sus dudas sobre el accidente a riesgos de provocar reacciones adversas de parte de los autores intelectuales del crimen. Por lo demás, el cadáver habría presentado signos de descomposición, según familiares consultados.

Jorge Edgard (Chichí), el hermano de Jean Awad, que recibió el cadáver, había reaccionado indignado cuando a la casa llegó una corona de flores enviada a nombre de los esposos Trujillo-León Estévez, valga decir que a nombre de Angelita Trujillo y su esposo coronel José Luis León Estévez,

3. Contrario a la tradición católica los judíos enterraban a sus familiares el mismo día del fallecimiento porque constituía “una deshonra para el difunto y su familia” dejar el cadáver insepulto por varios días y además porque el tenaz “calor del medioriente los descomponía”. Más detalles en la revista *La Atalaya*, del 1 de marzo de 2013.
4. Como se verá más adelante, Jean Awad le había comunicado a familiares cercanos que su vida “no valía nada”.

tenido como el autor intelectual del crimen. Tan pronto se marcharon los comisionados militares que llevaron la corona de flores, Chichí la tomó, destruyó las flores y las echó en un zafacón. “Recuerdo que Chichí tomó las flores al poco de llegar, las sacó de la sala y las botó”, dijo uno de los familiares asistentes al velatorio.

El chofer del camión

El chofer del camión Mercedes Benz embestido por la Station Wagon Sephir, señor Inocencio Montero Ramírez, de los protagonistas y testigos de excepción de primer plano del accidente, de quien nunca nadie había recabado su testimonio de primer orden ha colaborado para clarificar partes importantes de la vieja versión oxidada puesta a circular desde décadas atrás.¹ Para comprender sus palabras hay que saber que él había salido de El Cercado, al suroeste, a unos 17 kilómetros de Las Matas de Farfán, esto es, a unos 47 kilómetros de San Juan de la Maguana, con cargas de habichuelas e iba montando a agricultores con sus sacos y bultos llenos de productos –habichuelas, café, batata, etc.– para llevarlos a la capital, al sureste, y que ya había pasado Las Matas de Farfán y la ciudad de San Juan de la Maguana.

1. En junio de 2013, casi dos años antes de entrar en prensa este libro, la versión íntegra del chofer del camión fue recogida en las páginas 262-272 del libro *La verdad de la sangre. Jean Awad y Pilar Báez. Dos trágicas muertes durante la tiranía de Trujillo*, por Pilar Awad Báez y Eva Álvarez.

Jean Awad conducía desde Padre Las Casas, perteneciente a Azua, en sentido contrario, hacia el suroeste, hacia San Juan de la Maguana, según ha atestiguado Sención Silverio.

Con 23 años para entonces, conocedor al dedillo de cada kilómetro, cada tramo, cada curva, cada recta de aquella carretera, porque las había andado muchas veces, el chofer Montero Ramírez recuerda que:

“Estaba yo parado a la derecha en el kilómetro 21 de la carretera de San Juan adelante, llegando casi a Los Bancos” (esto es, después de Guanito. L.C.), según él le dijera esa vez a las autoridades que lo interrogaron en 1960, lo que reiteró en 2012. Al ser preguntado si el camión estaba parado en una curva explicó que “en sí no era curva. En la parte llana. La curva la habíamos pasado. Estábamos en una parte recta” (...)

(...) “El viaje lo comenzamos en El Cercado. En Guanito estábamos bien cargados ya. Había pocos vehículos en ese tiempo, era un camión grande y cada vez que encontrábamos una persona con saco lo llevábamos” (...) “La carga que llevábamos de aquí era de mi hermano, y del difunto Livio [Rodríguez], que llevaban habichuelas y en la carretera íbamos cargando más gente con diferentes tipos de paquetes”. (...)

“Era un camino, de esas carreteras que hacía Trujillo. Un camino estrecho (sin franjas laterales para peatones y estacionamientos de emergencia. L.C.). En parte para pasar los vehículos había uno que tener que pararse. Yo estaba bien parado a mi derecha. En el sitio ahí exacto (correcto, quiso decir. L.C.)”.

Aunque era un camino estrecho, el tramo en que ocurrió el accidente era ancho, muy ancho. “La parte de ahí

(del accidente) es anchísima. Eso siempre ha sido así”. La anchura “todavía se nota”, a pesar de que la carretera ha sido remodelada en las últimas décadas. El accidente ocurrió –de San Juan de la Maguana a la capital– “antes de llegar a Los Bancos, después de Guanito, antes del río Yaque del Sur”.

Según el hoy coronel retirado Sención Silverio, el camión estaba estacionado en el kilómetro 22 en solitario, sin nadie en la cabina del conductor. “El chofer del camión se encontraba en una casa cercana donde tenía unos amigos, según nos informaron después “(...), dijo en la página 19-b del periódico *Hoy* el 5 de agosto de 1998, y 11 años y 9 meses después, el 3 de mayo de 2010, le dijo a Naya Despradel, según lo cita en la pág. 208 de su libro *Pilar y Jean. Investigación de dos muertes en la Era de Trujillo*, que “el chofer estaba en una casita cercana bebiendo café”. Y ocho meses más tarde, el 13 de enero de 2011, dijo en el citado coloquio del AGN que el chofer “estaba parado ahí (en el kilómetro 22), donde una mujer que tenía ahí”.

Pero el 1 de diciembre de 2012, cuando le preguntamos al chofer del camión cara a cara su opinión acerca de lo dicho por el oficial Sención Silverio –que el chofer estaba donde “unos amigos”/ “en una casita cercana”/ donde “una mujer que tenía ahí”–, se tomó su tiempo y respondió con una sonrisilla burlesca:

“—Eso no fue así. Yo estaba en el camión”.

Y antes, en noviembre de 2010, según grabación en nuestro poder, había declarado, haciendo gala de excelente memoria, lucidez y convicción plenas:

—“En ese sitio no había casa”.

Al 30 de noviembre de 1960, Inocencio Montero Ramírez, nacido en 1937, tenía 23 años. Era el chofer de ese camión de su hermano-papá Librado Montero Ramírez, de 31 años para aquella vez, quien lo había criado desde los 10 años de edad. Su hermano-papá Librado fue quien le ordenó que detuviera el camión porque tenía ganas de hacer pipí.

Inocencio Montero Ramírez estaba dentro de la cabina del camión cuando la pisorre se estrelló contra la goma y el guardalodo izquierdos. Varios de los que viajaban en el camión –cuatro peones, su hermano Librado Montero, Livio Rodríguez y otros siete agricultores con sus cargas de productos para venderlos en la capital– se habían desmontado minutos antes a hacer necesidades fisiológicas entre los arbustos cercanos.

“Dentro del camión, adentro, el único que estaba en la cabina era yo, los otros estaban por allá haciendo pipí, haciendo lo que fuera. El único que estaba dentro sentado, en el guía, era yo. Yo fui que presencié el impacto, y fui el único que presencié el impacto”. (...)

“En el camión iban muchas personas, como 12 gentes. Estaba yo parado a la derecha en el kilómetro 21 de la carretera San Juan adelante, llegando casi a Los Bancos. Algunos estaban desmontados, algunos estaban en el monte haciendo diligencias por ahí, yo me quedé sentado en el camión porque yo no tenía que desmontarme”. (...) “Era un camión grande y cada uno llevaba bulto, un poco de carga, carga para la capital, llevar habichuelas”.

“Fueron derechito al camión”

Cada vez que Inocencio Montero Ramírez ha tenido que retrotraer las incidencias de aquel accidente automovilístico singular se apoderan de su mente los instantes previos al estruendo de la colisión que marcó su existencia. En el asiento del conductor, despatarrado, el radio encendido bajito, la mente en blanco, esperaba a su hermano y a los demás. Miraba por mirar hacia adelante a través del cristal delantero del camión. Veía el camino desierto, iluminado por los esplendores de la luna llena. De ambos lados de las ventanas, cuyos vidrios él había bajado, le venía una leve brisita fría prenavideña que se deslizaba en contravía y remolineaba en la cabina del camión, y por eso llegó a pensar que un té de gengibre le vendría bien camino adelante en la parada de Azua.

Si no fuera por la musiquita de fondo de la radio, habría un silencio absoluto. “El camión estaba apagado, hacía ratito que estaba apagado” (...) “Eran las 7 y 20 de la noche. El camión estaba” (...) “con la luz de estacionamiento cumpliendo la ley de carreteras” (...) “Como a las 7 y 20 minutos era que estábamos parados”.

Y de pronto escuchó el sonido característico de un vehículo de motor a distancia y lo buscó con miradas acuciosas hacia adelante, a la izquierda y a la derecha, cual rutina de chofer camionero aprendida luego de mucho kilometraje de andaduras y de largas esperas. A cada segundo se hacía agudo, y alcanzó a ver reflejos lumínicos sobre el camino cuando emergía de una curvita a unos 300 metros y después vió aproximarse sus luces cual dos cocuyos enormes. Frunció el seño al saber que las luces del vehículo contrario en movimiento se desplazaban por el carril ocupado por el camión. Avanzaba hacia el camión... no se detenía..., y entonces, inquieto, dijo para sí y luego susurró en voz alta que parecía que iba a chocarlo...

“Vemos ese resplandor de ese vehículo que viene, pero venía en una forma como desesperado, con una velocidad alta y ya que viene ahí cerquita, digo pero parece que me va a chocar, yo parado ahí, ¡paf!, se estralló”.

Sintió una ligera sacudida de la cabina por el impacto repentino, y ante su sorpresa mayúscula vio próximo a la puerta izquierda del camión una pisicorre vomitada por la noche cual obra del mismo Satanás. En el primer instante dudó si abrir la puerta y salir de inmediato. Vaciló por varios segundos. Pero no...

El estruendo del choque en la soledad de una noche de cielo estrellado al claro de una luna llena esplendente de otoño –con una jibosa que iluminaba en un 75 por ciento el camino, los árboles, las matas y todas las cosas circundantes–, sorprendió y atrajo a los que habían ido al monte a “hacer sus necesidades” y a los que habían quedado en la cama del camión sentados sobre los sacos con productos agrícolas.

(...) “los que estaban en el monte, los que estaban atrás se desmontaron todos, vinieron los que estaban en el monte”...

Entonces fue cuando él salió de la cabina del camión y alcanzó a ver a ocupantes del pisicorre que se desmontaban, entre estos el civil, ¡el pelotero!, ¡el mensajero! Valga decir: el mismo que más tarde declararía que por el impacto del choque con su frente rompió el vidrio de la ventana de la puerta trasera izquierda, esta se abrió y él fue expelido al exterior cayendo al suelo.

(...) “y salió un militar y un civil” (...) “Na’ má’ salió un militar y un civil” (...)

La declaración del “civil”, del pelotero, notarizada el 12 de julio de 2010 y dada a conocer desde el 4 de mayo de 2012 en la pág. 221 del libro *Pilar y Jean. Investigación de dos muertes en la Era de Trujillo*, de Naya Despradel, había sido puesta en áscuas antes de esta fecha por el chofer del camión en el curso de dos entrevistas inéditas grabadas en el 2010:

(...) “y se desmontó seguido uno de los militares, ese no se hizo nada, después supe que se descompuso una mano, según me dijo él (Sención Silverio), según yo supe, y el civil que tampoco se hizo nada, porque el civil iba atrás, eso sí vi yo, yo vi dos tenientes y un civil”.

(...) “Sención Silverio no tenía cosa por la cual había que dejarlo interno, ni el civil, que no era civil nada, era militar asignado (asimilado, debió decir. L. C.),¹ según yo oí”; (...)

1. Posiblemente el chofer Montero Ramírez haya escuchado la versión de que el pelotero Valenzuela era “militar asignado” –asimilado– luego de su integración al equipo amateur de la aviación militar. Tan

“ellos salieron del carro, ellos venían atrás” (...) “Salieron los que iban detrás, eran dos y de adelante salió uno y volvió a entrar en el carro” (...) “Salieron ellos tres” (...) “Salieron de repente... El civil y el militar detrás salieron de rápido, rápidamente, el de adelante salió más despacio pero volvió a entrar”.

Una vez desmontado del camión, el chofer supo que estaba en zona de peligro. Entre los colisionados había militares. (...) ”pero al ver yo” (que eran guardias) se le desataron los nudos del miedo y se le activó el mecanismo del instinto de la preservación de la vida. Desde luego que sí, por razones de sobra en el reinado de una tiranía cívico militar.

“Salieron un militar y un civil, porque un militar como que se agolpió” (...) “Nada más salió un teniente (Sención Silverio) y un civil (el pelotero Manolo Valenzuela), el otro oficial golpeado (Rodríguez Botello) parece que lo sacaron, y el que estaba al lado (Jean Awad), que se supone que venía conduciendo, ese yo no llegué a verlo”.

El primer teniente Rodríguez Botello se quejaba y se ponía las manos en el área de las costillas derechas. Volvió a entrar al vehículo. “Salieron ellos tres y el de adelante con el conductor, se presume, entró otra vez, se estaba quejando porque le dolía, le dolía el costillar, después supe que se fracturó una costilla” (...).

pronto un civil se activaba en cualquier unidad deportiva militar adquiría la condición de “asimilado militar”, que en sí era un civil que quedaba transitoriamente bajo la jurisdicción militar.

Entonces el chofer Inocencio Montero Ramírez decidió abandonar el lugar rápidamente. Sus acompañantes lo secundaron. Detuvieron una camioneta que iba para San Juan de la Maguana.

—“Eran militares. Tenía un poco de miedo. Imagínese en la Era de Trujillo”.²

Creía que su situación se podía agravar porque su segundo apellido era Ramírez y los Ramírez estaban “mal vistos”. El tirano Trujillo había mandado a matar al sanjuanero Prim Ramírez porque se resistía a sus pretensiones de apropiarse de una finca de la familia Ramírez, y además habían asesinado a Porfirio Ramírez Alcántara, hermano del exiliado político general Miguel Ángel Ramírez Alcántara, de la llamada Legión Armada del Caribe, quien en junio de 1949 había planeado aterrizar en San Juan de la Maguana a la cabeza de un grupo de exiliados antitrujillistas.³ El chofer Montero

2. Los militares de la tiranía trujillista eran todopoderosos frente a la población civil y con frecuencia incurrían en abusos incalificables. En cierto modo se comportaban como un ejército ocupante de un país vencido, que era el suyo.
3. A Porfirio Ramírez Alcántara y a los peones de su camión los asesinaron cuando transportaban productos agrícolas a la capital. Junto a ellos fueron asesinados los agricultores que viajaban con sus bultos y sacos llenos de productos. Estos asesinatos los habría dirigido el general Federico Fiallo, según Robert D. Crasweller, quien narra el suceso así en la pág. 275 de su libro *Trujillo. La trágica aventura del poder personal*: “Uno de sus actos de violencia más descarados ocurrió en 1950. Miguel Ángel Ramírez, el líder de los exiliados que estuviera tan activo en 1947 y 1949, era objeto de un odio acérrimo por parte de Trujillo, pero estaba fuera del alcance de este. Su hermano Porfirio, sin embargo, se encontraba en el país, y se resolvió darle muerte para asestar con ello un golpe a su hermano. Fiallo recibió el encargo. El

Ramírez había “arreglado” su cédula de modo que se leyera “Montero R.”, y así se evitaba problemas “en los puestos de chequeos” de las carreteras.⁴

—“En la Era de Trujillo, los Ramírez no podíamos abrir mucho la boca. Uno no podía comentar nada. Era que había miedo”.

Abordó la camioneta y dejó a su hermano Librado Montero Ramírez y a los otros auxiliando a los heridos. De este último modo obviaba ser acusado de abandonar a su suerte a los afectados, lo que habría constituido una violación a la ley 241. “Los otros que se quedaron ahí sí fueron los que

plan consistía en interceptar a la víctima mientras atravesaba con su camión el puente sobre el río Nizao. Todo ocurrió tal como estaba planeado, salvo que durante el trayecto Ramírez había tomado pasajeros, cinco hombres y una mujer. Esto resultaba una complicación, y los soldados que detuvieron el vehículo en el puente informaron del hecho a Fiallo, que se hallaba al acecho cerca de allí. Este último estuvo a la altura de las circunstancias”.

—“Es demasiado tarde para detener la cosa”, dijo, y dio orden de matar a todo el grupo”.

Luego de asesinarlos, “al camión, junto con su carga, le prendieron fuego y lo lanzaron a un precipicio” en las curvas de El Número, para simular un accidente automovilístico.

4. Desde comienzos hasta el último día de la Era de la Tiranía trujillista funcionaron en las carreteras y en las entradas y salidas de los pueblos más importantes del país, puestos de chequeo o de control militares en los que detenían a los vehículos y se les exigía a sus ocupantes la cédula de identificación personal. A partir de la fundación del Partido Dominicano, único, y de la instauración del Servicio Militar Obligatorio, se exigían “los tres golpes”, esto es, la cédula de identificación personal, el carnet de miembro del Partido Dominicano y el carnet del Servicio Militar Obligatorio, so pena de ser detenido aquel que careciera de cualquiera de estas identificaciones.

se quedaron auxiliando y averiguando”. (...) “Un señor que murió, Livio Rodríguez, que él era muy inteligente, y mi hermano (Librado Montero Ramírez) que también iba conmigo, fueron los que montaron en los carros a los heridos”. (...) “Mi actitud ya era dar la noticia al puesto de policía de Guanito”.

Y, desde luego que sí, mantenerse a distancia de los militares accidentados.

Se le preguntó si la pisorre había hecho zigzag antes de estrellarse, o quizás algún inicio de giro rápido a último momento para evitar la colisión, y respondió que no, que “fueron directamente al camión. No venían haciendo zigzag porque la parte era un poco recta. Si van haciendo zigzag yo me doy cuenta. Yo no puedo hablar mentira.⁵ Fueron derecho al camión, ¡puf chocaron!”

Esta explicación contrasta con lo explicado bajo juramento notarial por el pelotero y mensajero –quien aseveró haber roto con su cabeza el vidrio de una ventana, caído al suelo y resultado ileso– de que la pisorre dio “un giro muy fuerte, y luego otro giro”, o, lo que es lo mismo, que hizo zigzags antes de estrellarse contra el camión.

Tan pronto el chofer del camión llegó al cuartel policial a reportar el accidente lo apresaron. “Entonces llego a Guanito, lo que hicieron fue que me trancaron”. Después, al avanzar la noche, lo remitieron a la cárcel de la fortaleza militar.

5. Su expresión “Yo no puedo hablar mentira” es a resultas de su integridad personal y de ser profesante de una religión. Es un religioso consumado, testigo de Jehová. Quienes le conocen han afirmado que es un hombre “de una sola palabra”, esto es, que nunca dice una cosa por otra.

“Según me dijeron a mí cuando estaba preso, me dijeron que se mató el que venía manejando”.

(...) “Imagínese usted si yo me hubiera dado cuenta ¡que no me di cuenta, que la verdad se habla!, si me hubiera dado cuenta y digo que fue un accidente ocasionado, dónde estuviera yo; que no me di cuenta tampoco, que yo actué rápidamente, pero fue con mira a ir a presentarme a dar cuenta de lo que pasó porque yo era el chofer del camión”.

En el Hospital Santomé

Según ha narrado, el entonces segundo teniente Sención Silverio fue transportado junto al primer teniente Rodríguez Botello a San Juan de la Maguana en un automóvil público e ingresados al Hospital Santomé. Sin embargo, la enfermera Bella Herminia Santil, quien había iniciado su servicio a las 6 de la tarde de aquel día, dijo en una entrevista grabada que Sención Silverio, Rodríguez Botello y el cadáver de Jean Awad fueron llevados en un jeep militar al hospital a un mismo tiempo.

Estaba de turno rutinario junto a la enfermera Enilda Sánchez, una monja de nombre Felisa y el enfermero practicante Ángel María Cuello, quien fue el primero que los vio llegar.

En la entrevista grabada ella dijo que recordaba que el enfermero Cuello anunció:

—“Ahí viene una emergencia y parece que es de guardias porque vienen guardias ahí”.

Recordó que “él (Jean Awad) llegó muerto. Eran como las 8 de la noche, porque ya hacían como dos horas que estábamos de servicio, porque entramos a las 6”.

Aquella emergencia médica quedaría indeleble en su memoria porque fue la única novedad del día y porque poco después de la llegada de los militares con el cadáver sospechó que se trataba de “algo raro” y por su resonancia en la prensa luego de la tiranía trujillista.

La enfermera Santil repitió varias veces en el curso de la entrevista su versión de la llegada al hospital del cadáver y de los dos oficiales lesionados, la que se contrapone a la de Sención Silverio. Ella requintó:

“-Yo estaba de emergencia cuando llegó, vimos un jeep”. (...) “Eran como las 8 de la noche, fueron con guardias. Allá estaban con el teniente Sención y el teniente Botello que era dentista aquí. Sención era flaquito, indio, recuerdo. A Sención lo conocimos cuando llegaron al hospital, los guardias no sé quiénes eran”. (...)

“Ellos llegaron en un jeep militar, en su máquina del ejército. Los guardias llegaron todos. Lo cargaron (el cadáver de Jean Awad) y lo pusieron en una mesa” (...) “Andaban todos. Sención Silverio, Botello y dos o tres guardias más”.

De su parte el ahora coronel retirado Sención Silverio dijo en la pág. 19-b del periódico *Hoy* del 5 de agosto de 1998 que “fuimos trasladados (en un automóvil) al hospital de San Juan de la Maguana donde nos atendieron, nos dejaron internos” (...)

Además de esos datos puestos en áscuas por la declarante, que (1) civiles lo transportaron al hospital en un automóvil y que (2) lo dejaron interno, añadió otro de suyo significativo:

“Cuando estaba en el hospital pregunté qué había pasado con Jean, no lo veía, había quedado medio inconciente y

creo recordar, no estoy seguro, que fue el doctor Juan Estrella Martínez que me dijo que había muerto y que estaba en la morgue del hospital”.

La versión de la enfermera Santil cobra mayor fuerza y tintes de veracidad en razón de que ex militares de la fortaleza consultados por este autor recuerdan que el cadáver de Jean Awad fue llevado allí primero. El ex primer teniente Príamo Castillo, hermano de padre de la señora Aída Perelló de Báez, la madre de Pilar Báez de Awad, se sorprendió cuando al llegar esa noche a la fortaleza, donde prestaba servicio, vio el cadáver de Jean Awad “tirado en el piso”. Indignado, dijo, usando de argumento una media verdad:

—“Levanten ese cadáver del piso. Ese es mi sobrino”.¹

El 13 de enero de 2010, en el coloquio sobre el libro de Angelita Trujillo, en el AGN, según se escucha y se aprecia en un video, Sención Silverio dijo que “nos recogieron ahí, nos montaron personas en un carro público, yo no recuerdo, yo no sé, porque yo no tenía conocimiento, estaba (se mueve como un mareado, como alguien bajo los efectos de un mareo. L.C.), y nos llevaron al hospital”.

Según su decir, él y Rodríguez Botello resultaron tan afectados que si los hubieran enviado en una ambulancia a la capital habrían corrido el riesgo de sufrir mayores consecuencias

1. Dijimos que se valió de “una media verdad” en razón de que Jean Awad no era sobrino consanguíneo suyo, aunque sí medio sobrino político porque la madre de Pilar Báez de Awad, media hermana de él, era “mamá política” de Jean Awad, según el lenguaje en la estructura familiar dominicana.

en su estado de salud. Por eso, y para observar su evolución, los internaron.

“Al otro día llegó una comisión de la Fuerza Aérea encabezada por el doctor [Simón] Hoffiz” (director del hospital Dr. Miguel Briosó Bustillo, de la Aviación Militar Dominicana) (...) “Cuando nos vio y vio las condiciones en que estábamos dijo que no, que no nos trasladaran, que no era conveniente, que esperaríamos 72 horas para ver cómo evolucionábamos, y así fue, a los tres días nos montaron en una ambulancia y nos trasladaron aquí, a la capital. (...) “Ahí nos chequearon, nos examinaron, a mí me quitaron el yeso que tenía y así sucesivamente” (...).

Sobre esta versión ha sido enfático a grado tal que una investigadora acuciosa y perspicaz como Naya Despradel jugó con sus barajas y por eso asumió como totalmente convincente la versión, por lo que dijo en la pág. 37 de su obra citada:

“Uno de ellos (de los accidentados), Sención, quedó gravemente herido y sufrió por meses los traumatismos provocados por los golpes”.

De su parte, el doctor Euclides Gutiérrez Félix, quien hizo la presentación de Manolo Valenzuela y de Sención Silverio en el citado coloquio en el AGN, calificó a este de “prócer de la República”,² y afirmó que, además de testigos, los dos eran “víctimas de ese accidente porque quedaron heridos los dos y fueron sometidos a tratamientos médicos”. Tal afirmación en boca de una figura pública de su trascendencia tenida

2. Al tenor de cuanto conocemos sobre la revolución constitucionalista de 1965, Sención Silverio está a varios años luz de ser considerado

como suspicaz y poco dado a otorgar méritos a ajenos, revela una vez más las habilidades conductuales y capacidad comunicativa persuasiva del ahora excoronel Sención Silverio, quien, por cierto, afirmó, a manera de otorgarse prestigio y credibilidad al momento de exponer, que su rango de coronel fue “ganado en combate”. “Ese rango lo adquirí combatiendo aquí tratando de reponer el gobierno constitucional (...) por lo cual nosotros defendimos la soberanía nacional”.

Como lo que está en dilucidación ahora es la muerte de Jean Awad en los finales de la Era de la Tiranía de Trujillo, pasaremos por alto semejante argumento defensivo absolutamente ajeno al tema central. De todas maneras, cual conocedor al dedillo de los intrínquilis de una revolución en la que participamos desde el primero hasta el último día, se me ocurre recordarle que los malpensados suelen inferir de lo que se presume la carencia del parlante.

A favor de su versión acerca de su estado de salud, Sención Silverio ha hecho referencia al ortopeda que lo asistió en el Hospital Santomé: (...) “entre los médicos que nos recibíó

“prócer de la República”. Es un extremismo atribuirle ese mérito de honor. El hecho de que al principio de la revolución fuera Primer teniente retirado por conspirador, y que se le haya reintegrado y retirado luego con el rango de coronel es, más bien, el fruto de haber sido desde finales de 1963 del núcleo de complotadores iniciales por el retorno a la constitucionalidad, de haberse mantenido fiel a la causa constitucionalista, de sus habilidades para atribuirse conocimientos, papeles y protagonismos, a veces exagerados a conveniencia, y por sus muchos años en la milicia. No más.

estaba el doctor Felipe Herrera, un médico (ortopeda) muy conocido (...) que fue el médico que me atendió”.

Sí, pero... “Sí”, porque ciertamente el doctor Herrera fue quien lo atendió; “pero...”, porque pareciera exagerar su condición real. El doctor Herrera atestiguó en declaración grabada que:

“Sención Silverio tenía algo en la mano, pero no era la gran cosa como para yo hacerle un referimiento” (de internamiento.) “Sención Silverio estaba pausado, dijo chequeen a mi amigo, refiriéndose a Rodríguez Botello”. (...)

(...) “Rodríguez Botello tenía un traumatismo cerrado del torax, le puse una inmovilización del tórax con algodón para que no le doliera. Ese era el tratamiento” (usual para aquella vez). (...) ”no tuvieron ninguno de ellos una gravedad como para yo hacerle una sipnosis o referimiento a otro hospital, no tenía que referirlo al (a otro) hospital. No tenían nada más”. (...) “no tenían nada importante”. (...) “A Botello y a Sención no los dejaron internos” (...).

Al ortopeda Herrera, con 26 años de edad para la ocasión, le ha resultado extraño que al discurrir de unos 50 años ni Sención Silverio ni el pelotero Manolo Valenzuela, de San Juan de la Maguana como él, se le hayan acercado para comentar sobre un caso que trascendió a la opinión pública y que para familiares, amigos y allegados hubo un crimen y un accidente simulados. Ambos se han mantenido fuera de su alcance y en particular el pelotero, y por eso han despertado su curiosidad las explicaciones del exoficial y las evasivas del pelotero.

“Yo no sé cómo este hombre escribió eso”, dijo al referirse a versiones de Sención Silverio publicadas en diarios del

país, principalmente la parte referente a su estado de salud. (...) “porque si él sabía que yo vivía aquí (en la capital) y sabía que yo trabajaba...yo estuve en el Darío Contreras hasta el 1987. Él nunca procuró verme”. (...) “Y Sención pudo haberme llamado pero nunca me ha buscado”.

En cuanto a Manolo Valenzuela, dijo que es “un pelotero al que yo he querido ver porque era contemporáneo mío”. Vivía como a 6 o 7 casas “de la mía” y para colmos, “nunca más apareció”, y “mi primo” Juvenal Díaz era amigo de él, “y él comía en su casa”.

El doctor Herrera le encarecía al primo Díaz que le dijera al pelotero que quería hablar con él, “pero nunca lo ví”. Pienso que tal vez evadía que lo interrogara sobre aquel caso tan dubitativo.

(...) ¿“cómo fue que no llevaran a Manolo al hospital”, la noche del accidente?, todavía se lo pregunta.

“Tenía un hermano que fue alguacil, muy serio, Manuel Mercedes Valenzuela, alguacil de muchos años”, recordó.

La enfermera Santil aseguró también que el primer teniente Rodríguez Botello no tenía fracturas aunque sí traumatismos y que se quejaba diciendo “¡Ay Livio!,³ ¿dónde está Awad?, ¡ay qué dolor tengo en el pecho!” (...)

Recordó que “y Botello quejándose y preguntando dónde está Awad. Sención Silverio no hablaba, ese tenía como tierra”.

(...) “ellos no tenían nada. No tenían nada” (...)

3. Se refería al Dr. Livio Peña, subdirector del Hospital Santomé.

“(...) esa gente se fue a su casa”.

“A Manolo el pelotero, a ese ni lo vimos, ese ni llegó”.

(...) “Llamaron a Livio y el gordo (Rodríguez Botello) quejándose que tenía dolor en el pecho, pero Livio no hacía ná’, él nada más torcía la boca (porque no creía que tuviera dolores. L.C.), él era un hombre como medio burlón, era antitrujillista y no lo creía, pero no decía nada. Nadie decía una palabra, todo el mundo lo tenía para sí” (que había “algo raro” en el caso. L.C.).

Antes que el médico Herrera y la enfermera Santil, el chofer Inocencio Montero Ramírez había formulado declaraciones en entrevistas privadas grabadas contrapuestas a las de Sención Silverio respecto a su estado de salud e internamiento:

“Yo lo vi después con el yeso en la mano” (...) “Él al otro día del accidente, que se le descompuso la mano, fue” a la fortaleza.

(...) “A uno de los militares le pusieron un yeso en San Juan, a Sención Silverio, yo lo vi que se descompuso la mano, le pusieron un yeso en la mano. En la fortaleza lo vi con el yeso”.

(...) “Sención Silverio no tenía cosa por la cual había que dejarlo interno”.

El chofer del camión en salmuera

En vez de remitir al chofer Montero Ramírez ante las autoridades de tránsito del cuartel central provincial de la policía, porque había estado implicado en un accidente automovilístico, lo llevaron a la fortaleza y lo recluyeron en una celda. Allí estaría “bajo llave” por tres semanas, menos dos días. “Yo estuve preso 19 días” –recordó con amargura–, desde la noche del miércoles 30 de noviembre hasta el viernes 18 de diciembre.

A eso de las 10 de la mañana del 2 de diciembre, o quizás a eso de las 3 de la mañana del 1 de diciembre,¹ de repente los custodios abrieron su celda, entraron y le ordenaron que

1. El chofer ha citado las fechas 1 y 2 de diciembre como las del interrogatorio sui géneris tal vez confundido por interrogatorios posteriores de parte de la comisión investigadora encabezada por el doctor Hoffiz. Aunque en una ocasión dijo que Sención Silverio lo trató de sugestionar el día del choque en la madrugada, esto es, al amanecer del 1 de diciembre, también ha dicho que fue “al otro día”, en la mañana del segundo día de su encarcelamiento en la fortaleza, esto es, el 2 de diciembre.

los acompañara a la comandancia, por lo que pensó que su situación se había agravado. Pero no. No era porque habían descubierto que se apellidaba Ramírez, como se le ocurrió pensar. Un oficial lo quería interrogar. ¿Cuál oficial? Según él narra, uno de los lesionados, ¡el segundo teniente Sención Silverio!, quien estaba “internado en el Hospital” Santomé, quien había quedado “como mareado” y quien no fue enviado a la capital en una ambulancia porque estaba bajo observación médica: “A mí me llevaron al otro día a la fortaleza de San Juan, y al otro día (el día 1 o el 2 de diciembre L.C.) fue uno de los tenientes” (...) “Me mandaron a buscar, me sacaron de la celda”.

Una vez sentado en un banquillo se le presentó el entonces segundo teniente Sención Silverio y lanzó al aire, como para que lo oyeran todos los que estuvieran por allí, una sugestiva y acusadora pregunta:

—“¿Dónde está el chofer que me quiso matar?”.

Sin darle tiempo a hablar le requintó, mientras le apuntaba con el dedo índice derecho:

—“Mire usted, que quiso matarme anoche, usted iba borracho manejando ese camión”.

Cincuenta y dos años después habría que preguntarse: ¿sería cierto que le formuló aquella pregunta sucia² y curiosa?

2 En la técnica de la entrevista periodística una pregunta “sucias” se define como la que implica al propio tiempo una imputación. Para más detalles, remitimos al lector a la pág. 151 de *La entrevista en 10 lecciones*, de nuestra autoría. En algunos casos, como lo referido por el chofer, se trata más bien de una imputación formulada interrogativamente.

—“Lo que pasa que yo no me apreté –recordó el chofer Montero Ramírez– y digo: no, comando, permiso, por usted es que yo estoy aquí, porque yo estaba parado a mi derecha. Ustedes fueron que me chocaron”.

Cincuenta años después el chofer cobró aliento para recordar su alto grado de firmeza aquel día:

—“Eso, sí se lo dije yo a él”.

En otra parte de la entrevista grabada el chofer Montero Ramírez repitió la misma versión casi textualmente:

—“Él, al otro día del accidente, que se le descompuso la mano, fue como en forma amenazante: ¿dónde está el chofer que quiso matarme anoche?”

Y le salió respondón:

—“No, comandante, espere, ése camión estaba parado según la Ley 241, estaba parado a su derecha... los que tuvieron la culpa de que yo esté aquí son ustedes los que venían en el carro, ustedes se estrellaron en mi vehículo parado”.

¿Qué más dijo el entonces segundo teniente Sención Silverio?

En su característico estilo sedoso, para entonces desconocido, le dijo al chofer con su ahora conocido dejo de militar educado y respetuoso:

—“Despreocúpese, gracias, discúlpeme, usted tiene razón, gracias”.

El chofer Montero Ramírez reiteró su versión al final de la entrevista que se le hizo en 2010:

(...) “porque Lorenzo Sención Silverio la única vez que fue a verme a mí fue como para asustarme (...) al otro día como a las 3 de la mañana”.

Comisiones e informes

Las angustias del chofer Montero Ramírez no habrían de terminar ahí. Sería requerido por más de una comisión de oficiales integradas para investigar el accidente. La comisión de oficiales designada por el coronel Luis José León Estévez para precisar sus pormenores, el estado de los heridos y las responsabilidades de lugar, lo sometió a un interrogatorio minucioso, después hizo un descenso al lugar de la colisión y ordenó que fuera llevado allí para que explicara in situ detalles del choque.

“Ah, (me acuerdo) que pasó una comisión de militares, ahí, un capitán¹ y qué sé yo. Del sitio del accidente me mandaron a buscar y me preguntaron y yo les dije lo que vi, lo mismo que le estoy diciendo (que le he dicho. L.C.) a usted (al entrevistador)”.

De su parte, Sención Silverio ha dicho que la comisión investigadora médico militar que se presentó el 1 de di-

1. Quien presidía la comisión, José Alfonso León Estévez, tenía rango de teniente coronel. En los años 90 se suicidó.

ciembre a San Juan de la Maguana la presidía el teniente coronel José Alfonso León Estévez,² hermano del coronel Luis José León Estévez, y la integraban el mayor doctor Simón Hoffiz, director del Hospital Doctor Miguel Brioso Bustillo, de la AMD, y el segundo teniente de leyes Emilio Ludovino Fernández.

Aunque no haya sido referido antes, es probable que también la integrara o que ésta se hiciera acompañar de un capitán de la unidad de inteligencia de la aviación que a más de ser un ramal del SIM se identificaba también como Servicio de Inteligencia Militar y Propaganda, con el que coordinaban diversas operaciones, especialmente de las denominadas “servicios especiales” atinentes a decantar por medios criminales simulados a miembros de la aviación militar que fueran percibidos como conspiradores o proclives a conspirar por sí o unirse a conspiradores. (...) “la Base Aérea de San Isidro era el único recinto militar donde funcionaba una filial del Servicio de Inteligencia Militar de Abbes García dentro de las Fuerzas Armadas”,

2. El médico ortopedista Felipe Herrera afirmó en entrevista grabada que el coronel Luis José León Estévez –quien se suicidó en 2010– le fue presentado en el hospital, lo que lleva a pensar que al parecer habría confundido a este con el teniente coronel José Alfonso León Estévez, o tal vez temprano del día 1 de diciembre Luis José se habría presentado al hospital a retirar el cadáver de Jean Awad. El doctor Herrera dijo recordar que el “doctor Cucurullo” se lo presentó y que aún lo recuerda como con mucho parecido físico a Ramfis: “Igualito a Ramfis”, dijo. / (...) “Cuando ví el cadáver ya lo habían lavado. Yo no estuve cuando lo llevaron. Yo lo examiné pero no recuerdo los detalles. Los detalles se los dí a León Estévez”.

explicó el doctor Rafael Valera Benítez en la pág. 21 de su libro *Complot develado*.³

Al momento se desconoce el informe de los comisionados de la Base Aérea Militar de San Isidro sobre el choque y sus incidencias previas, circundantes y posteriores, así como el diagnóstico médico, los pormenores sobre las supuestas causas de la muerte de Jean Awad y la secuela de los posibles golpes y heridas en los cuerpos del teniente Rodríguez Botello, del segundo teniente Sención Silverio y del civil Manolo Valenzuela, pelotero y “mensajero”.

Como se estilaba para la época, a la comandancia de la Tercera Brigada del Ejército Nacional con asiento en la fortaleza militar de allí le correspondió también designar una comisión investigadora para rendirle un informe a la Jefatura del Ejército Nacional acerca del hecho trágico en el que se vieron envueltos dos de los oficiales de esa dotación y un tercer oficial (Jean) enviado desde la AMD al que ellos asistieron en

3. La vinculación con el SIM fue tan estrecha que luego de ajusticiado el tirano Trujillo, y que el general Ramfis Trujillo fuera designado comandante del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, la Base Aérea de San Isidro asumió el control absoluto del SIM. Habiendo sido destituido a principios de junio el teniente coronel Abbes García de la jefatura del SIM y designado embajador en Japón, Ramfis nombró a Federico A. Cabral Noboa “jefe del Servicio de Inteligencia Militar y Propaganda de la AMD, con su oficina instalada en el kilómetro 9 de la carretera Mella”, según lo revelara Luis José Valdez Villarroel, taquígrafo mecanógrafo del coronel Luis José León Estévez, en el curso de un interrogatorio que se le practicara acerca del asesinato de un grupo de los héroes que habían participado en el ajusticiamiento del tirano Trujillo. (*El crimen de la Hacienda “María”. Expediente de extradición de Ramfis Trujillo y compartes*, p. 108).

el cumplimiento de una misión para su equipo de beisbol amateur.

De acuerdo con lo que se estilaba dentro del esquema del Programa Rutinario de Operaciones (PRO)⁴ ambos informes debieron haber sido remitidos a la Secretaría de Estado de las Fuerzas Armadas, la que a su vez los habría remitido al tirano Trujillo a su despacho del Palacio Nacional.

Asimismo, por las características singulares del hecho y su posible trascendencia, las autoridades policiales de tránsito y las de justicia, así como la gobernación provincial habrían levantado un acta y rendido un informe sobre la colisión y sus consecuencias. Los dos primeros informes debieron haber sido enviados respectivamente al cuartel general de la Policía Nacional y a la Procuraduría General de la República, y el de la gobernación a la Secretaría Administrativa de la Presidencia.

Quienes acuden a la sala de investigación del AGN a revisar los archivos de las dependencias gubernamentales durante la tiranía trujillista se han familiarizado con esos procedimientos característicos de la llamada Era de Trujillo, valga decir, Era de la Tiranía de Trujillo, que suelen conducir a que la investigación académica pormenorizada sea una labor tediosa de revisión de múltiples informes y sus copias –en “original y tres copias”, solían ser los informes–, cual

4. Estos informes de las entidades militares y no militares encajaban perfectamente en el denominado PRO, por cuanto era un procedimiento rutinario dentro del marco de las operaciones de las instituciones públicas trujillistas.

círculo vicioso creado por el afán de mantener bajo control cuanto acontecía de relativa importancia en adelante a nivel nacional.

Ninguno de esos informes ha sido localizado, con lo que no queremos sugerir que se hayan desplegado esfuerzos por ocultarlos o hacerlos desaparecer, a excepción del informe de la comisión de oficiales de la AMD que pudiera haber sido retenido por el coronel Luis José León Estévez. Sin embargo, no es descartable la posibilidad de que muchos informes correspondientes a aquellos años de la aviación militar los hayan desaparecido en el afán de borrar hechos pasados condenables en los que habrían estado involucrados algunos de sus altos oficiales. Según una especie puesta a circular con visos de veracidad, legajos de “archivos muertos”, esto es, “sin interés histórico alguno”, habrían sido botados y/o quemados aproximadamente 50 años atrás por personal de la oficina destinada a archivar su día a día en la Base Aérea de San Isidro.

Aunque nos empeñamos en localizar el informe de la comisión designada por el coronel Luis José León Estévez, eran reducidas nuestras esperanzas de información fiable y veraz que esclareciera el hecho más allá de que hubo un accidente automovilístico. De todas maneras, habíamos insistido en su búsqueda por varios meses en 2012 porque posiblemente a partir de su contenido podrían detectarse algunas huellas o quizás datos fundamentales, aparentemente sepultos, que sirvieran de clave de confirmación del hecho cierto en sí.

Lugar y hora del accidente

El exoficial Sención Silverio dijo al diario *Hoy* en 1998 que el accidente ocurrió en la sección Guanito “entre seis y siete de la noche, aproximadamente”, y a la investigadora y articulista Naya Despradel le dijo que fue después de las 6 de la tarde “en el claroscuro como dicen los campesinos”, lo que equivale a decir a prima noche, que corresponde a la penumbra de la interfaz del día y de la noche.

Sin embargo, Despradel, luego de conversar con él y de visitar en su compañía un área cercana al lugar del hecho llegó a la presunción verosímil de que el accidente habría ocurrido a las 6:30 de aquel 30 de noviembre de 1960, por lo que dedujo que “ya era noche cerrada”, en razón de que así lo comprobó personalmente a las 6:30 en Padre Las Casas “puesto que el viaje de Jean y el nuestro coinciden exactamente con la misma semana del año”.¹

Sí, pero no, como veremos. “Sí” porque era de noche, y “pero no” porque su última inferencia en la que se apoya

1. Despradel, *Pilar y Jean...*, p. 290.

para justificar lo primero deviene de una interpretación que aunque fruto de un pensamiento lógico deductivo arroja una conclusión suplantadora de la realidad. A ella le faltó un dato fundamental, que de ningún modo debe interpretarse como signo de aminoramiento de su capacidad intelectual en razón de que hasta que ocurrió la explosión del mundo de la información por Internet algunos investigadores llegaron a conclusiones de igual jaez por comparaciones de los mismos períodos calendarios y sus apariencias temporales. Indudablemente que ella sufrió un lapsus como veremos de inmediato.

Si nos atenemos a las noticias publicadas en los diarios *La Nación* y *El Caribe* y a la nota en la *Revista de las Fuerzas Armadas*, ya consignadas, el accidente ocurrió a las 6 y 45 pasado el meridiano, en el kilómetro 22 y medio de la carretera de San Juan de la Maguana a Ciudad Trujillo (hoy Santo Domingo). Por estas referencias horarias, y al tenor de la conclusión de la investigadora Naya Despradel, y en consonancia con lo dicho por Sención Silverio y por el chofer del camión Inocencio Montero Ramírez, “sí”, la colisión aconteció de noche sin lugar a dudas.

La investigadora Despradel se confundió la noche del 4 de diciembre de 2010 cuando visitó Padre Las Casas junto a Sención Silverio en razón de que aquella adelantada “noche cerrada” obedecía a que había una luna en fase menguante de aproximadamente un 25 % de iluminación, lo que equivale a decir que la noche visualizada por ella era muy oscura.

“Pero no”, esa no era la misma luna de “la semana del mismo año” en que Jean Awad estuvo por esos lugares. La fase

lunar de la noche del 30 de noviembre de 1960 en que murió Jean Awad era de luna llena, con una jibosa iluminante superior a un 75 %, valga decir que proporcionaba 200 % más claridad que aquella.

El lapsus de la Despradel consistió en que no consultó en internet las fases lunares correspondientes a los días 4 de diciembre de 2010 y 30 de noviembre de 1960 para entonces compararlas y llegar a las conclusiones correspondientes. De todas maneras ella está en lo cierto en cuanto a que ya había avanzado un poco la noche si el accidente aconteció a las 6 y 30, y ahora yo digo que había avanzado un poco más si aconteció a las 6 y 45 como publicaron los dos diarios y la revista militar y como ella también lo dijo más adelante dentro de un marco de probabilidades.

Pero pareciera ser que ni lo uno ni lo otro: el accidente ocurrió después de las 7 de la noche. Para ser más preciso, como lo ha atestiguado el chofer, a las 7 y 20 de la noche, dato que podría contribuir a develar el misterio –si acaso a estas alturas hubiera misterio alguno– de lo acontecido a Jean Awad, junto con el dato cierto de que el accidente ocurrió en el kilómetro 21 y no en el kilómetro 22 y medio. De modo, pues, que los dos datos alteradores de lo acontecido –que el accidente ocurrió a las 6 y 45 y en el kilómetro 22 y medio–, pudieran estar vinculados a pretensiones de presentar la muerte de Jean Awad como resultado de un accidente fortuito.

Con ocasión de nuestra conversación con el chofer Montero Ramírez le preguntamos porqué se aventuraba a asegurar que el accidente ocurrió exactamente a las 7 y 20 de la noche, y exclamó:

—“Oh, ¿y para qué estaban los relojes, el mío y los de otros? Para ver la hora, ¿verdad?”

Ciertamente la memorización y control del tiempo resultaban y resultan aún cónsonos con la cultura automovilística de quienes como parte de su oficio tienen que hacer viajes interurbanos. Por experiencia propia se sabe que los viajes interurbanos se pautan con una promediación del kilometraje a recorrer, del tiempo del que se dispone y de la velocidad a desarrollar; con cuanto más razón en el caso de Montero Ramírez, porque se trataba del transporte de personas y de sus mercancías para venderlas en el Mercado Modelo, el principal de la capital para entonces. De antemano había que pautar la hora de salida, las posibles paradas y la velocidad a desarrollar, y, en fin, llevar control de los tres factores en atención a llegar “a tiempo” a la capital y colocarse cerca de la plaza de venta, dormir en el camión y en la madrugada vender los productos a los placistas, que en su mayoría eran y siguen siendo madrugadores.

El chofer Montero Ramírez llevaba absoluto control de sus factores en juego y había visto la hora en su reloj al estacionarse, y por eso ha hablado con la misma precisión con que lo hubiera hecho cualquier otro chofer de camión transportador de mercancías a vender:

—“Había uno que quería hacer algo en el monte, y me dijo “párese ahí” (...) “el camión estaba apagado, como tres minutos (hacia) que estábamos parados a la derecha” (...) “Eso fue a las 7:20 minutos”, ha explicado en declaración grabada.

Como Sención Silverio ha dicho y redicho que el pelotero Manolo Valenzuela llegó de Guayabal al bar a eso de

las 5 y 30 y que de inmediato abordaron la Station Wagon, entonces habría que deducir que transcurrieron 2 horas – menos 10 minutos– entre la partida y el accidente; y como distaban 50 kilómetros de Padre Las Casas a San Juan de la Maguana, y como el accidente ocurrió 21 kilómetros antes de llegar a San Juan de la Maguana, entonces habían recorrido 29 kilómetros al accidentarse. ¿A qué velocidad conducía Jean Awad que tardó una hora y 50 minutos en recorrer 29 kilómetros? ¿A 15 por hora?

La investigadora Despradel consignó en un cuadro en la pág. 291 de su libro que los militares y el pelotero salieron de Padre Las Casas a las 6 de la tarde, aunque Sención Silverio declaró en el coloquio del AGN: “Como a las 5 y media de la tarde llegó el señor con Manolo Valenzuela, nos montamos en el vehículo, que era una Station Wagon Sephir, color azul y gris. Salimos para San Juan de la Maguana” (...).

Podría ser más próximo a lo verosímil decir que salieron de allí unos 15 minutos después de la llegada del pelotero, a eso de las 5 y 45, luego de pagar la cuenta, de enterarlo de la propuesta de incorporarlo al equipo de beisbol amateur de la AMD y de escuchar su interés o no por la pertenencia al mismo.

A pesar de su demostrada vocación por los detalles, Sención Silverio ha hecho un arco del tiempo extendido al decir que el accidente ocurrió “entre las 6 y las 7 de la noche”. Sin embargo, como resultado de sus conversaciones con Despradel convino en que aconteció a las 6:30 ó a las 6:45, y así lo especificó ella en un cuadro de rutas y hechos, en la pág. 291 de su obra: “Hora: 6:30 o 6:45 p.m. Informante:

Sención. Se produjo el accidente en la carretera “Sánchez vieja” (...).

Si salieron de Padre Las Casas a las 5 y 45 y si acaso el accidente ocurrió a las 6:30, significaría que tardaron 45 minutos en recorrer 29 kilómetros, de donde se deduce, si fuere cierto, que Jean Awad conducía a 40 por hora. Y si salieron a la misma 5 y 45 y si acaso el accidente ocurrió a las 6:45 –en coincidencia con Sención Silverio y la información de los diarios *La Nación* y *El Caribe* y la *Revista de las Fuerzas Armadas*–, significaría que tardaron una hora en recorrer los 29 kilómetros, de donde se deduce, si fuere cierto, que Jean Awad conducía a 29 por hora.

En otro orden, si acaso salieron a las 6 y el accidente ocurrió a las 6:30, significaría que tardaron media hora en recorrer 29 kilómetros, de donde se deduce, si fuere cierto, que Jean Awad conducía a 58 por hora.

A juzgar por los datos en esos ejemplos –a 40 por hora, a 29 por hora y a 58 por hora– habría que descartar como causa del accidente la velocidad excedida, que ha tenido de soporte el que “Jean Awad corría muchísimo”.

En un esfuerzo por ser razonable, equilibrado y justo podríamos asumir que el accidente aconteció a las 7 de la noche, esto es, restándole 20 minutos a la versión precisa y categórica del chofer del camión, y añadiéndole 15 minutos a la versión periodística y a una de las versiones de Sención Silverio, y añadiéndole 30 minutos a otra versión de Sención Silverio. En ese mismo sentido, y favoreciendo abiertamente a Sención Silverio, podríamos asumir que salieron de Padre Las Casas a las 6 de la tarde.

Tenemos, pues, una hora entre la salida y el accidente, de donde habría que deducir que Jean Awad conducía a 29 por hora.

Si nos atenemos a Sención Silverio de que Jean Awad “corría muchísimo”, o a Manolo Valenzuela, que dice haber despertado por dos zigzags violentos en una curva, y si aceptamos que perdió el control en una curva, se salió de su carril y chocó con el camión aparcado, habría que presumir que conducía entre 80 y 90 por hora, en cuyo caso se deduce que habría tardado entre 20 y 25 minutos en recorrer 29 kilómetros. Entonces, ¿cuál es el misterio de los 40 o 35 minutos restantes, faltantes?

Francamente, sus versiones sobre los hechos y sus horarios resultan no congruentes.

En todos los ejemplos anteriores de horarios y velocidades hay un tiempo incontabilizado en un arco de media hora a una hora entre la salida de Padre Las Casas y el lugar del accidente; y esto así al prescindir del caso extremo de que salieron a las 5 y 30, como dijo Sención Silverio originalmente, y colisionaron a las 7 y 20, como afirma con precisión y firmeza el chofer Montero Ramírez, en cuyo caso sería una hora y 50 minutos incontabilizados.

¿Podrían el teniente coronel retirado Manolo Valenzuela y el coronel retirado Sención Silverio informar el porqué del “tiempo perdido” de media hora o quizás de una hora? ¿Se descompuso el vehículo? ¿Se ponchó un neumático?

¿Quién conducía la Station Wagon?

El chofer Montero Ramírez es un mulato négrido, de facciones nobles, que a diciembre de 2012, a sus 75 años de edad, conservaba cierto aire de la insinuada esbeltez que debió caracterizarlo al momento del accidente a sus 23 años de edad. Lo primero que atrae la atención es su estatura, ahora de aproximadamente 6 pies y 3 pulgadas, detalle no referido por el detallista Sención Silverio, aunque en el lugar del hecho o en la fortaleza debió impactarlo el hecho ciertamente impresionante de que el chofer del camión fuera para esa vez un joven flaco de aproximadamente 6 pies y 5 pulgadas de estatura, y esta última medida se extrapola del hecho cierto de que se pierde estatura a medida que se avanza en edad.

El que Sención Silverio nunca refiriera esa singularidad en una nación en la que la frecuencia de estatura varonil es de 5 pies y 7 pulgadas, de ninguna manera contamina su versión pero contrasta con su buena y selectiva memoria como cuando recordó que Rodríguez Botello era “un hombrón” de unas 300 libras de peso, que aquel día de 52 años atrás comió fritos verdes con longaniza, que el bar de Padre Las Casas

al que entraron dos veces supuestamente a ingerir bebidas alcohólicas se llamaba “El Escambray” –de esto dijo no estar seguro–, que la Station Wagon era verde y azul, que el camión chocado era un Mercedes Benz verde, y un largo etcétera...

A favor suyo habría que decir que olvidó la estampa física del chofer del camión como si nunca lo hubiera visto porque aquel estaba fuera de su campo visual, a diferencia del primer teniente Rodríguez Botello, compañero de fortaleza militar.

Pero su actitud podría conducir a pensar que posiblemente decidió anublar de su mente aquella corporeidad llamativa como si nunca la hubiera visto, a pesar de que contrario a lo que él afirmó aquel lo situó consciente en el lugar del accidente y que lo había visto desmontarse y marcharse, a lo que se añade que al otro día lo interrogó en la Fortaleza militar, según su decir, y que se vieron por tercera vez en febrero o marzo de 1961 en la audiencia sobre el accidente en el tribunal de tránsito de San Juan de la Maguana.

Esto significa, pues, que vio a aquel joven muy alto de tú a tú en tres circunstancias especiales difíciles de olvidar, en las que ambos fueron protagonistas: en un accidente automovilístico, en un supuesto interrogatorio y en una audiencia judicial.

Al decir del chofer del camión Montero Ramírez, “como a los dos o tres meses me citaron, que (yo) estaba bajo fianza, en libertad”. Había salido de la cárcel a los 19 días, contados a partir del día del choque, esto es, que había estado preso hasta el 18 de diciembre. Sus angustias se depejaron cuando lo descargaron:

(...) “fue en San Juan (de la Maguana), estaban los dos oficiales, el civil yo no lo vi, no fue al juicio, los dos oficiales fueron al juicio, ellos dieron su declaración, por cierto a mí me descargaron” en la única audiencia efectuada.

Hoy por hoy, Montero Ramírez es un hombre al servicio del señor Jesucristo, hijo de Dios. Cada sábado predica “la palabra” en visita a hogares tratando de captar adeptos. Desde que iniciamos la conversación con él en un pequeño negocio anexo a su residencia sentimos su fuerza espiritual, la misma de otros seres que como él están poseídos de la apacibilidad que les da la fe sincera en su Dios y la creencia de que al ser su siervo les espera la vida eterna en el más allá. Sus ojos como que veían más allá de los ojos de uno. ¡Qué dulcificante es su recuerdo!

Lo cuestionamos allí el 1 de diciembre de 2012 sobre la eventualidad de que algún preso de su misma celda, en connivencia con oficiales de la fortaleza, le habría preguntado si acaso él había percibido detalles sinuosos del accidente como el de quién creía que venía conduciendo la Station Wagon, y respondió que no lo recordaba. Sin embargo, sí recordó que un “coquero” amigo suyo lo fue a visitar a la cárcel, y le refirió que en Padre Las Casas circulaba un decir que la muerte no fue accidental.

Ya antes, en 2010, se había referido a la visita del coquero y al rumor tan temprano como diciembre de 1960:

“Era un señor mayor de Padre Las Casas y yo me paraba a beber coco de agua, nos parábamos todos ahí (su hermano-papá, los peones y los agricultores con sus cargas, que viajaban en el camión que él conducía) y estando yo en la cárcel fue

a visitarme y él comentaba que unos militares fueron a Padre Las Casas a buscar a ese civil, que era pelotero y que por ahí hicieron lo que les dio la gana con él (...), lo mismo que decía (después de la muerte de Trujillo) la revista,¹ ese señor murió, parece que él sabía, y quizás vieron el camión y se estrellaron para simularlo, y asimismo hablaba la revista (muchos años después). Vendía coco por ahí, atrás de la carretera vieja”.

“Yo lo oí aquí y en todas partes hacían comentarios, pero la gente no podía hablar, pero en el mismo pueblo de San Juan se comentó, días después que yo estaba preso en la cárcel, se estaba comentando, me acuerdo yo ahora de la persona que estaba comentando (...) una persona de por ahí, de cerca de esos sitios, de Los Bancos, comentó que él estaba en Padre Las Casas (...) comentando muchísimas cosas, diciendo cosas diferentes (...) parece que la misma gente que lo hicieron informaron todo”.

Como era ya estilo característico del SIM luego de las expediciones del 14 de junio de 1959 y por la oleada conspirativa contra la tiranía, el uso de la técnica del rumor en paralelo a sus acciones punitivas encajaba perfectamente en su política de acción represiva preventiva y de creación del temor difuso. El SIM asesinaba, desaparecía gente, simulaba accidentes, etc., y se adelantaba al rumor que podía sobrevenir creando preventivamente su propio canal del rumor para que se percibiera de qué eran capaces y, por lo demás, usar a

1. Al parecer, se refiere a un reportaje interpretativo que sobre el caso de las muertes de Jean Awad y su esposa Pilar Báez publicara la revista *Renovación* a principios de los años sesenta.

su modo a los proclives a difundir comentarios. He ahí que el propio chofer del camión sentenciara: “parece que la misma gente que lo hicieron informaron todo”. Desde luego que sí, “la misma gente que lo hicieron” era la gente del SIM y el SIM lo hizo saber de inmediato.

A pesar de conocer la versión rumoreada al poco del hecho, el chofer Montero Ramírez ha sido firme en su apreciación de lo acontecido: ha dicho en las dos entrevistas grabadas en 2010 que al ocurrir el choque él no atinó a mirar quién era que estaba al volante y que, por lo tanto, no se dio cuenta de que fuera Jean Awad u otro el conductor de la Station Wagon accidentada.

De su parte, el ex oficial Sención Silverio –quien, la verdad sea dicha, no figura en ninguna de las listas del SIM vistas por nosotros– ha sido reiterativo y enfático al decir que hubo un accidente real, lo que, por cierto, sólo un necio negaría: a temprana hora de la noche una Station Wagon, conocida popularmente como pisicorre, al parecer conducida por un militar chocó contra un camión estacionado correctamente en la vía opuesta, los vehículos sufrieron abolladuras, hubo lesionados, los testigos refirieron esos y otros detalles incontrovertibles, y los diarios *El Caribe* y *La Nación* y la *Revista de las Fuerzas Armadas* publicaron noticias acerca del accidente, aunque sin fotografías que mostraran el estado y la disposición de los vehículos. Por lo demás, las indagatorias nuestras y de otros interesados en el caso coinciden en que la colisión aconteció, lo que de ninguna manera podría convencernos de que, por lo tanto, Jean Awad murió allí fortuitamente.

He aquí una selección de las expresiones del coronel retirado Sención Silverio en su afán legítimo de guardar distancia de un hecho polémico con características sinuosas:

“Estoy cien por ciento seguro de que fue un accidente. Esa es la realidad”. (...) “No fue un asesinato político planificado por miembro alguno de la familia Trujillo o por determinado personero del régimen”. (...) “ocasionando un accidente real y no como se ha dicho provocado o que se cometió un asesinato contra el teniente Awad Canaán”. (...) “Fue un desgraciado accidente porque allí murió un compañero y amigo”.²

“Se ha dicho que la muerte de Awad Canaán fue solicitada por José León Estévez”. (...) “José León Estévez tiene demasiados rosarios atrás, lo sabemos. Nunca lo defenderé en ese sentido. Pero la muerte de Awad Canaán no” (...) “Eso fue un accidente como yo lo relaté”. (...) “Yo ratifico aquí una y mil veces que la muerte de Awad Canaán fue un accidente y que Luis José León Estévez no tuvo ¡nada que ver con ese accidente!”.³

(...)”el vehículo en que íbamos se estrelló contra el camión, ocasionando un accidente real y no provocado como se ha dicho, o que se cometió un asesinato contra el teniente Awad Canaán”.⁴

Como se infiere de las citas anteriores, el coronel retirado Sención Silverio expresó ahí opiniones capicúas al hablar del

2. Periódico *Hoy*, 5 de agosto de 1998, p. 19-b.

3. Coloquio celebrado en el salón de actos del AGN el 13 de enero de 2010.

4. Despradel, *Pilar y Jean...*, p. 37.

ex coronel León Estévez: “José León Estévez tiene demasiado rosarios atrás, lo sabemos. Nunca lo defenderé en ese sentido” (...), y “no tuvo nada que ver con ese accidente”. Ahora bien, si “tiene demasiado rosarios atrás”, esto es, muchos asesinatos, entonces no había razón valedera para descartar sus manos ocultas en la provocación de una muerte, para entonces asumir con vehemencia su defensa.

Esas palabras de Sención Silverio tal vez se puedan explicar a la luz de informaciones versosímiles de exmilitares que fueron compañeros de Jean Awad que delatan una relación personal entre Sención Silverio y León Estévez desde que este retornó del exilio hasta el día de su suicidio, a tal grado que junto a otros lo llevaba a chequeos médicos al hospital de San Isidro y le habrían gestionado la misma pistola que tenía cuando era director de la Academia y del CEFA, con la que se mató.

De ser cierto lo anterior, ¿en razón de qué el ex teniente Sención Silverio, ascendido a capitán por el gobierno constitucionalista, y que sería luego columpiado a teniente coronel y después retirado como coronel, arriesgó gozoso su reconocida moral personal y militar a los pies de un cruel torturador y asesino que deshonoró a la academia militar, a la AMD, a las propias Fuerzas Armadas, y que fuera condenado a 30 años de prisión por sus crímenes?

En otro orden, este autor le hizo saber al chofer Montero Ramírez en la citada conversación de diciembre de 2012 que una versión poco verosímil apuntaba a que “Jean Awad Canaán fue asesinado a batazos en la frente y en otras partes del cuerpo” y que posiblemente fue con un bate corchado o

envuelto su mazo de golpear la pelota en una toalla o en una franela. Nos miró fijamente a los ojos por un rato y luego con voz un tanto penosa reveló algo que hasta ese momento había guardado con celo en algún rincón de su memoria:

—Mire, a mí me sacaron de la celda varias veces de noche para interrogarme oficiales y a hacerme siempre las mismas preguntas.

—¿Cuáles oficiales?

—No sé sus nombres.

—¿Venían de la capital?

—No, oficiales de ahí de la Fortaleza y me preguntaban que quién era que venía manejando, que si los oficiales heridos en el choque estaban borrachos, que si ellos iban a mucha velocidad.

Entonces le observamos:

—Parece que al preguntarle sobre “quién era que venía manejando”, querrían saber si usted creía o si usted sabía que era otra persona la que estaba conduciendo y no Jean Awad.

El chofer del camión, con la sabiduría campesina característica que conduce a responder a preguntas y observaciones comprometedoras con frases veladas para que el otro las interprete según su entendimiento y saber, se limitó a redecir:

—Me sacaron **VARIAS VECES DE NOCHE** y me volvían con lo mismo y yo siempre he dicho lo que recuerdo que ví.

“Me sacaron varias veces de noche y me volvían con lo mismo”... es una expresión que contiene un claro metamen-saje: trataron de amedrentarme, trataron de sacarme algo comprometedor, trataron de hacerme ver que estaba en peligro si me ponía a hablar lo que no debía hablar...

—A usted lo tuvieron en salmuera porque dudaron de su sinceridad. Pero parece que estaban indecisos respecto a su suerte final, de ahí que tardaran tanto en libertarlo.

—Bueno, no sé —apenas respondió el chofer Montero Ramírez.

Entonces el autor lo exhortó a que cada 1 de diciembre, el día siguiente al aniversario de la muerte de Jean Awad, celebrara su “segundo cumpleaños”:

—Usted nació y se crió de nuevo durante aquellos 19 días en que lo tuvieron en salmuera. Celebre su segundo cumpleaños cada 1 de diciembre, que es la fecha de hoy.

El chofer Montero Ramírez, al parecer ajeno a que la noche anterior era el 52 aniversario del accidente, nos dijo con dejo de sorpresa:

—¡Oh, sí!, aquello fue un día como ayer.

Su clara ausencia de malicia había quedado reflejada para siempre en nosotros al reescuchar en una de las entrevistas grabadas sus palabras terminantes venidas de su profunda fe cristiana:

“Cuando uno recuerda momentos así difíciles uno se afloja pero Jehová Dios sabe”.

(...) “Los ojos de Jehová están en todo lugar vigilando lo bueno y lo malo. El sí sabe cómo pasó el asunto”.

Antojos de Angelita por el plato ajeno

Al abandonar el país por razones políticas el sábado 30 de septiembre de 1961, Angelita Trujillo, de 21 años de edad, dejaba a sus espaldas una cola tortuosa de historias reales y de decires sobre sus veleidades románticas y sexuales. Refulgían algunas anécdotas acerca de su preferencia por los hombres ajenos y de su inclinación por las relaciones íntimas con apetecidos a riesgos de desenlaces misteriosos con salpicados sanguinolentos para él, fruto esto último de los celos y dominios extremos de sus padres y de su hermano Ramfis.

El primer desgraciado, según varias fuentes, entre estas el escritor francomacorisano Ramón Alberto Ferreras Manuel (El Chino Ferreras), lo fue un joven hindú del que ella se prendó como lo hacen ciertas jovencitas anormalmente apasionadas y antojadizas. Contando con 14 años de edad se habría encaprichado con el hindú y entraron en relaciones íntimas. La relación pasional llegó a oídos de su dominante hermano protector y al hindú “se lo tragó la tierra”, porque Ramfis ordenó que lo mataran, al decir de Ferreras

Manuel¹ y de un exoficial del Ejército Nacional adscrito por un tiempo al cuerpo de ayudantes militares del tirano Trujillo.

Criada cual princesa única del reinado de la tiranía totalitaria trujillista, sin embargo era mal educada, de intelecto incultivado, una egoísta que transitaba de caprichos en caprichos. Aunque locuaz cuando se lo proponía, desarrollaba circunloquios insustanciales que delataban su bajo nivel cultural. Incapaz de sostener una conversación sustanciosa sobre temas acuciantes de aquellos momentos, sí había demostrado una sensualidad procaz probablemente espoleada por la libido del poder que la anegaba en razón de ser la mimada de un largo reinado impuesto.

El reputado periodista norteamericano Robert D. Crasweller, autor de un documentado y ameno retrato crítico, biográfico y cronológico sobre el tirano Trujillo y la Era de la Tiranía de Trujillo y parte de su cohorte gubernativa y familiar, expresó juicios significativos sobre las sensualidades desmesuradas de Angelita surgidos de infidencias de gente de su entorno y de un conjunto de entrevistas y conversaciones con importantes ex personeros de aquel régimen nefando.

Ya para 1954 en Madrid, España, cuando acompañaba a sus padres en visita oficial y vacacional y se divertía al festejar sus 15 años de edad, (...) “puso de manifiesto que había adquirido (...) la sexualidad que predominaba en su padre, su hermano mayor, todos sus tíos, su tía Nieves Luisa y su madre en su juventud. Mostraba bastante desenfado en su

1. Ramón Alberto Ferreras Manuel. *Recuerdos de junio de 1959*, p. 34.

manera de abordar el aspecto sexual, eligiendo a los hombres sin ningún escrúpulo”.² (...)

Le faltó a Crassweller, para delinear en redondo el perfil sexual de Angelita, el significativo dato de que días antes de aquel viaje sí había desmostrado escrupulosidad precisa: había escogido al bien parecido capitán piloto Juan de Dios Ventura Simó, de 24 años de edad –esto es, él le llevaba nueve años–,³ como su edecán durante la estadía en Madrid. Siendo el capitán Ventura Simó relativamente frecuente en el entorno del general Ramfis, su hermano del alma, desde meses atrás ella lo tenía apuntado en su mira sexual, por lo que su viaje a Madrid constituyó la oportunidad de oro para satisfacer su apetencia.

Cuando el capitán Ventura Simó (E.P.D.) supo que había sido escogido como edecán de Angelita Trujillo para aquel muy publicitado viaje de la familia Trujillo, su gozo amuchachado fue tal que se apresuró a ir a su casa a darle la gran noticia a su madre María Luisa Simó de Ventura, la que en junio de 1981 revelaría los detalles sobre el excitado estado de ánimo de su hijo al periodista y escritor Ferreras Manuel en el curso de una entrevista para el periódico *El Sol*, y que este luego reuniría en el libro *Recuerdos de junio de 1959*.

“El humilde muchacho francomacorisano no cabía en sí de la alegría cuando fue al hogar de sus padres a informarles

2. Crassweller, *Trujillo...*, pp. 372-373.

3. Angelita Trujillo nació en París, Francia, el 10 de junio de 1939 y Juan de Dios Ventura Simó en San Francisco de Macorís el 8 de marzo de 1930.

que (...) él había sido escogido para viajar a España acompañando a Trujillo y su familia”,⁴ (...) –refirió Ferreras Manuel.

Una vez en el Palacio de la Moncloa, de Madrid, donde fueron alojados el tirano Trujillo, sus familiares, escoltas y edecanes, Angelita puso en marcha su proyectiva sexual al ordenar la presencia en su habitación de su edecán, capitán Ventura Simó.

—“Mi hijo tenía miedo a ella, dice doña María Luisa Simó de Ventura, pero tanto lo mandaba a buscar y le insistía que él tuvo que acceder allá, en España, a los deseos que ella tenía de disfrutarlo sin que previamente mediara el matrimonio.⁵ Y luego de regresar de España, me contó las varias veces que convivieron allá, para externarme su preocupación sobre lo que pudiera ocurrirle por haber “pasado el rato” con Angelita, asegurándome que “con esa mujer no me caso yo”.⁶

Al regresar al país el capitán Ventura Simó decidió no obtemperar a nuevos citatorios de Angelita, pero ella siguió reclamando –¿ordenando?– al macho escogido otra ración del bocado sexual, y entonces hubo un momento en que él reaccionó mediante el uso de “palabras descompuestas” –según

4. Ferreras Manuel, *Recuerdos...*, p. 82.

5. *Ibid.*, pp. 83-84. Para esa época, 59 años atrás, las madres dominicanas de niveles socioeconómicos medios hacia arriba eran extremadamente conservadoras, por lo que no concebían una relación sexual sin que mediara matrimonio o concubinato.

6. “Con esa mujer no me caso yo” correspondía a un juicio sentencioso al conocer la levedad de Angelita en materia amorososexual, quien, según el decir exagerado de Crassweller, también entró en relaciones sexuales íntimas con otros hombres durante su estadía en Madrid, España.

rememoró su madre— en procura de “hacer que se dejara de eso”. ¡Aún así insistió!, pero él se mantuvo firme: “si ella lo mandaba a buscar él no iba, y pensaba que allá en España se podían hacer muchas cosas que aquí no debían ni soñarse, porque aquí habían demasiado ojos para ver cualquier cosa que pudieran ellos hacer” (...) “porque allá él conoció los entrevales⁷ de esa mujer, pero aquí era distinto”.

En el ínterin, con ocasión de un desfile militar en el malecón en honor al tirano Trujillo Molina, el capitán Ventura Simó conoció a Yolanda Garrido, hija de Víctor Garrido, escritor, de los cortesanos del trujillismo, y quien desempeñó diversos cargos importantes como el de secretario de Estado de Educación. “Se lo presentó una amiga común y de inmediato se produjo entre ambos un sentimiento recíproco de atracción” (...). Ella fue atrapada por él porque era “un militar agradable, de porte elegante, gran conversador y con muchos conocimientos. Era el tipo de hombre con el que soñaría cualquier mujer”.⁸

7. Ferreras Manuel, *Recuerdos...*, p. 84. (...) “conocer los entrevales” es un dominicanismo de antaño de significado equivalente a conocer los secretos recónditos de una persona, en este caso mediante una relación sexual íntima. La expresión mueve a pensar que pudo haber significado en sus orígenes algo aproximado a conocer los valores morales de alguien en la intimidad.
8. Yolanda Garrido de Guzmán. *Al encuentro de la primavera*, p. 17. En esta obra testimonial la autora aparece con el seudónimo de Lilian del Valle, el capitán Ventura Simó como Jonatan y don Víctor Garrido como don Ovidio.

Poco tiempo después se habían “comprometido” con el fin de contraer matrimonio más adelante, y al enterarse “Angelita se pone celosa”, esto es, furiosa.

“En la misma forma en que Ramfis quería a su aviación, amaba entrañablemente a sus familiares. Su hermana Angelita era la preferida”. (...). “Niña mimada”.⁹(...).

Aunque Ramfis estudiaba en esos momentos en una escuela militar en Estados Unidos, fue informado de las relaciones íntimas de Angelita con el piloto Ventura Simó, y de ahí que al regresar al país y ver al capitán Ventura Simó en el comité militar de recepción se dirigió a él y le dijo sin preámbulos:

—“Capitán, ¿no tiene usted nada que decirme?”.

(...) “a sabiendas de lo que encerraba esa pregunta y consciente de que nada bueno le esperaba a partir de entonces”, no se le apretó el pecho para responderle:

—“No, señor”.

Como lo hizo con su madre, el capitán Ventura Simó había puesto al tanto de la situación a su novia, quien rememoraría que (...) “me lo contaba todo, y siempre me decía que no se casaría con una mujer de ese tipo”.

“Angelita Trujillo tenía fama de enamorarse como una mujer mundana. En su calidad de hija de Trujillo podía darse el lujo de escoger, de seleccionar los hombres a su antojo, tal como lo hizo (con el capitán Ventura Simó. L.C.), (...) “a quien escogió como su edecán durante un viaje a España a

9. Esta y las siguientes cinco citas del libro *Al encuentro de la primavera*, de Garrido de Guzmán, están contenidas en las páginas 26, 27, 28 y 29.

propósito de sus quince años, en el que ambos gozaron de las cosas buenas de la vida en el más amplio sentido de la palabra”.

Tiempo después él la pondría al tanto también de los detalles menudos de su albur amoroso como cuando estuvo a un tris de ser sorprendido *in fraganti* y tuvo “que abandonar apresuradamente y a través de una ventana, la habitación de Angelita, quien era procurada por un militar de alto rango enviado por su hermano”.

Ante el persistente rechazo, Angelita tuvo a bien recordarle al capitán Ventura Simó dónde descansaba el poder, por lo que le ordenó que fuera “todas las tardes a la calle El Conde, por donde ella acostumbraba hacer su recorrido diario para luego trasladarse al Malecón”.

Al parecer, aunque estaba prendida de él se había resignado a siquiera verlo de lejos. Pero él, decidido al fin, le hizo saber en forma gráfica que su relación con la Garrido no tendría vuelta atrás: se paseaba de mano con ella por El Conde; lo que equivalía en cierto modo a “jugar con candela”. La madre de él, María Luisa Simó de Ventura, declaró al periodista Ferreras Manuel: “Recuerdo que un día me dice él que iba a pie por una acera paseando con Yolanda, quien ya era su novia, y pasó Angelita en un carro y por poco se los lleva a los dos de encuentro llevada por los celos y la impotencia frente el desprecio de Juan de Dios”.¹⁰

Entonces Yolanda y Juan de Dios decidieron casarse para cortar de cuajo “las aspiraciones de Angelita, que tenía fama

10. Ferreras Manuel, *Recuerdos...*, p. 84.

de acabar con todos los noviazgos de sus más íntimas amigas, a cuyos novios conquistaba preferentemente en el Golfito Tennis Club” (...).¹¹

Y el 20 de septiembre de 1956, bajo el patrocinio obligatorio de Ramfis Trujillo,¹² contrajeron matrimonio sin que este se presentara, limitándose a enviar de representante suyo a uno de los subjefes de la Aviación Militar... ¡sin regalo! El despecho de la hermana, pues, había embargado también al reverenciado y temido general Ramfis, lo que se tradujo en el congelamiento del rango de capitán de Ventura Simó mientras se privilegiaba a su alrededor a otros oficiales de menores capacidad y antigüedad en el servicio.

Al discurrir el tiempo y enrarecerse la situación sociopolítica del país, el capitán Ventura Simó y otros oficiales cercanos a él se sintieron abrumados e indignados por la forma prepotente y abusiva en que el alto mando los trataba en el día a día.

11. Garrido de Guzmán, *Al encuentro...*, p. 29.

12. Durante todo el trayecto de la Era de Trujillo era obligatorio para los oficiales que contraían matrimonio escoger al tirano Trujillo o a algún familiar como padrino o madrina, so pena de ser separados de la milicia. El tirano y su esposa solo asistían a estas bodas en casos excepcionales como cuando Jean Awad y Pilar Báez contrajeron matrimonio. El papá de ella era funcionario y cortesano de larga data. María Martínez de Trujillo asumió el control de la ceremonia nupcial, tanto así que dispuso la confección del bizcocho y que en su superficie se colocaran soldaditos de yeso en ropa militar verde olivo. Aquello constituyó algo así como un monumento al peor gusto, al decir de algunos familiares de los casados

La atmósfera se tornó tan sobrecargada para el capitán Ventura Simó que, según declaración de su madre, llegó una prima noche a la casa materna en el sector de Ciudad Nueva y le dijo, alzando la voz:

—“¡Mamá! ¡Debían juntarse todas las madres y salir a la calle, gritando: ¡Asesino Trujillo! ¡Asesino Trujillo!”.¹³

La madre lo recriminó y mandó a callar.

Su indignación llegaría a expresársela a su esposa en su vivienda en la Base Aérea de San Isidro coronándola con una expresión que llegaría a hacerse realidad:

—“A la menor oportunidad, me largo de este país. No regreso más”.¹⁴

13. Ferreras Manuel, *Recuerdos...*, p. 78.

14. El capitán Ventura Simó, haziado de la atmósfera asfixiante del régimen tiránico y de las presiones a las que había sido sometido, huyó a Puerto Rico el 30 de abril de 1959 mientras realizaba patrullaje aéreo rutinario. A eso de las 9 de la mañana despegó de la Base Aérea de San Isidro en un avión Vampiro y llegó a Puerto Rico a punto de quedarse sin combustible, ya que los aviones militares patrulleros levantaban vuelo con combustible en cantidad limitada a fin de evitar deserciones. Su esposa Yolanda fue sometida a intensos interrogatorios, sacada de su residencia de la base aérea en la tarde de aquel día y dejada libre bajo la responsabilidad de su papá, Víctor Garrido, de quien dice el doctor Balaguer en las páginas 239 y 240 de su obra *Memorias de un cortesano en la Era de Trujillo*, que “era un testimonio del respeto que mereció siempre a Trujillo la seriedad de sus buenos colaboradores” y que a pesar “del gesto audaz” del capitán Ventura Simó “casado con una hija de Garrido” (...) “no dio lugar como en otros casos similares, a la pérdida del favor y de la confianza de que gozaba”.

A pesar de esa “confianza”, el tirano no jugó a la política. Durante casi dos años, hasta su ajusticiamiento el 30 de mayo de 1961, su hija atravesaría un calvario matizado por la vigilancia y amenazas de muerte de agentes del SIM. Con dos hijos a cuesta hubo de cambiar

de residencia en varias ocasiones, lo que se agravaba porque la generalidad de las personas evitaba el contacto con ella. Sabían que había “caído en desgracia”, en unos casos, y que podrían ser perseguidos, en otros casos. Luego de la tiranía formó nueva familia al contraer matrimonio con el prestigioso ingeniero Leandro Guzmán, viudo de María Teresa Mirabal, la más joven de las tres Mirabal asesinadas el 25 de noviembre de 1960, y quien para entonces guardaba prisión en una cárcel de Puerto Plata.

A la familia Ventura Simó también la acorralaron. “Buscaron esa misma noche preso a su papá”, recordaría la madre de Ventura Simó. El señor Santiago del Pilar Ventura Burgos, de más de 60 años de edad, fue reducido a prisión en condiciones penosas durante seis semanas recibiendo como único alimento una sopa de huesos aguada. El 14 de junio de 1959 en horas de la mañana lo pusieron en libertad, salvando milagrosamente la vida: al final de la tarde de ese día el capitán Ventura Simó llegó al país como expedicionario armado. Siendo herido y apresado, días después se le obligó a hablar por radio y televisión anunciando que había cumplido una misión del gobierno dominicano, infiltrándose entre los exiliados y logrando venir al país con los “invasores”. Luego del show se anunció su ascenso a teniente coronel y de inmediato se le sometió a salvajes torturas por órdenes del rencoroso Ramfis, ridiculizado por la desertión del capitán Ventura Simó, habiendo sido la primera vez que desertaba un piloto militar. “Ramfis, por su parte, estaba enardecido de la ira”, recuerda la Garrido en la pág. 48 de sus memorias. Saillant Valverde, exsecretario de Ramfis, recordaría “el calvario (...) del capitán piloto Juan de Dios Ventura Simó, a quien Ramfis hacía sacar de las cámaras de torturas para que presenciase el fusilamiento de los mártires de junio de 1959 y lo obligaba a abrazar y besar los cuerpos de los ultimados”. Se deduce que su calvario habría terminado a principios de marzo de 1960, cuando su madre le escribió al tirano Trujillo para que le permitiera ver a su hijo el 8 de marzo con motivo de su cumpleaños: “Su hijo, el teniente coronel piloto Juan de Dios Ventura Simó murió en el cumplimiento de su deber en un accidente aéreo”, le habría respondido el tirano mediante telegrama.

Angelita se antoja del plato de una prima

“Angelita tenía fama de enamorarse como una mujer mundana”.

(...) “tenía fama de acabar con los noviazgos de sus más íntimas amigas, a cuyos novios conquistaba” (...).

Ambos juicios de valor de Yolanda Garrido expresados en las páginas 27 y 29, respectivamente, de sus memorias de marzo de 1983 y citados en el capítulo anterior son a resultas de las historias de una mujer joven y bella muy conocida, tenida como una arpía a la que le atraían las conquistas complicadas y que estaba convencida por experiencia propia de que tenía olor, color y sabor especiales la comida del otro plato, “el hombre ajeno”. Era asumida como una posesa que se apoderaba del hombre comprometido con otra, esto es, que no permitía que otra tuviera algo que ella decidiera tener. Ella tenía que ser mejor que la otra y quitárselo.

Tal vez hoy por hoy se podría explicar su conducta en el hecho de que para esas veces en que arrebató lo ajeno su marco de elección segura era estrecho porque había vivido aprensionada en una virtual jaula con barrotes de oro, en un cerco de

familiares, de amigas, algunas genuflexas, nanas y oficiales militares. Sus poderosos padres habían pretendido decidir por ella las preferencias amorosas, y a resultas de esto y otros factores los pretendientes y pretendidos a distancia temían acercársele.

La vigilancia y control asfixiantes de la princesita Angelita llegaba a grados tales que el papá de su primer noviecito, cuando ella tenía 12 años de edad, Henry Gronau, de 15 años de edad, hijo de Henry William Gronau, más conocido como Jaime William, hijo de Henry William, fundador de la Cervecería Nacional Dominicana, fue citado a la presencia del tirano porque había recibido un informe sobre esa ilusoria relación. Le propuso enviar al jovencito a estudiar fuera del país y que más adelante, ya grandecitos, si se querían de verdad podrían entonces relacionarse.

“Si mi hijo se tiene que ir del país, mi familia y yo nos iremos también”, le respondió Jaime William, y, efectivamente, la familia compuesta por los padres, el varón y dos hembras tuvieron que abandonar el país, según relató Hans Paul Wise Delgado en las páginas 84 y 85 de su obra *Trujillo. Amado por muchos, odiado por otros, temido por todos*, quien afirma haber estado presente en aquella inusual entrevista.

Al decir de Crassweller, “doña María siempre consideraba que ningún candidato a consorte de sus hijos era lo bastante bueno” (...) “El resultado era que todo hombre ambicioso que se acercaba demasiado a Angelita en busca de sus intereses, pronto se encontraba transferido o tal vez separado de su empleo”.¹

1. Crassweller, *Trujillo...*, p. 373.

El hecho cierto por comprobado era que Angelita, ya adulta, había desarrollado un perfil de preferencia por el hombre testado en favor de otra próxima a su entorno, al que conquistaba en plan de competencia “con la otra”, derrotada de antemano. Más que la libido flameante la impulsaba la adrenalina al ir afanosamente tras el fruto del árbol prohibido. Tales emociones la confirmaban en el plano de la elección, y la desrutinizaban y la colmaban de placeres reales y de placebos.

A la luz de las evidencias, era un juego simple para ella quitarle el hombre a una amiga. Teniendo Angelita 16 años de edad, quien sería su primer esposo, Luis José León Estévez, que le llevaba 8 años –menos 2 meses y 6 días– de edad, se lo quitó a una prima hermana, Lourdes Marchena Martínez, hija de Federico Marchena y de Francisca Martínez, más conocida como “Paca”, una hermana de su mamá, y, por lo tanto, su sobrina.

Según una fuente, León Estévez tenía amores con Lourdes Marchena, sobrina de María Martínez. Luego de graduarse de oficial académico, Ramfis Trujillo, que tenía de asistente a un capitán ingeniero hermano de este, lo mandó a una academia militar de Venezuela. Cuando regresó de Venezuela entabló amistad cercana con Ramfis Trujillo y Angelita se prendó de él. Durante una fiesta de cumpleaños de Angelita, “se fletaron” –esto es, bailaron toda la noche– y la prima “quedó en el aire”.

Pero Lourdes Marchena Martínez iba más allá de ser su prima hermana: era su “amiga amiga”, lo que correspondía a decir que era su amiga muy querida. Por lo tanto, quitarle el novio equivalía a comer del fruto de un árbol cuatro veces

prohibido, primero por prohibido, segundo por ajeno, tercero por ser de una prima hermana y cuarto por ser de una amiga amiga muy allegada.

Sus relaciones de familiaridad cercana, confianza e íntima amistad eran tales que a pedido de Angelita, su querida prima hermana Lourdes había sido integrada como su dama de compañía en la delegación encabezada por el secretario de Estado sin Cartera Manuel de Moya Alonzo –designada por decreto del 11 de mayo de 1953– para representar a República Dominicana en la coronación de la Reina Isabel Segunda, efectuada el 2 de junio de 1953.

Según expresó Angelita en la pág. 296 de su obra *Trujillo, mi padre en mis memorias*, el decreto citado decía:

Manuel de Moya Alonzo y las señoritas María de los Ángeles Trujillo Martínez y Lourdes Marchena Martínez nombrados embajadores extraordinarios para que en misión especial y en representación del presidente de la República, asistan a la coronación de Su Majestad la reina Isabel II, en Londres el 2 de junio de 1953.

En la pág. 337, Angelita refiere cuándo conoció a su futuro primer consorte. Con olímpica indiferencia emocional, sin entrar en detalles comprometedores recuerda: “Tenía yo 16 años cuando conocí al que fue mi primer esposo, teniente de Infantería Luis José León Estévez”.

Si nos atuviéramos a la verosímil versión de que en un cumpleaños Angelita se lo quitó a la prima, y dado que ella dice que tenía 16 años al conocerlo, resultaría fácil deducir que habría sido el 10 de junio de 1955 al celebrar sus 16 años.

En una entrevista televisada² relacionada con la publicación de esa obra, ella abjuró en 2010 de haberse enamorado de León Estévez. “Estaba tal vez más enamorada del amor que de la persona con quien me casé”, dijo, lo que mueve a mayor suspicacia en cuanto a que se pudiera interpretar que había primado en ella su inclinación por las relaciones complicadas acompañadas del placer de hacerle *kaput* al plato ajeno, el de la prima hermana e íntima amiga Lourdes.

El escritor Mario Vargas Llosa, quien publicara en 2000 una absorbente novela sobre el tirano Trujillo y su Era, *La fiesta del Chivo*, dijo en el artículo “La muerte de un pimpollo”, publicado en el diario español *El País* el 16 de mayo de 2010 que Angelita había demostrado en sus memorias “una frialdad polar para con su primer esposo, León Estévez”, y que este, luego del divorcio de ellos, la había acusado “de haber secuestrado a sus tres hijos”.

Ciertamente el rompimiento de ambos habría sido tan próximo a la tragicomedia que Angelita, en un gesto vengativo no explicado, despojó a sus hijos del apellido León para apellidarlos Domínguez, el apellido de su compadre, amigo y segundo esposo Luis José Domínguez, un exoficial sin tachaduras de la Aviación Militar Dominicana. Esta historia de amor adictivo, que ya supera los 40 años, vino a ser otro eslabón en su cadena preferencial por hombres ajenos pero de su entorno inmediato, por cuanto Luis José Domínguez había sido el esposo de su amiga íntima Inova Marte, “su comadre” –Angelita y León

2. Entrevistada por Alicia Ortega en marzo de 2010 en el programa Noticias SIN.

Estévez eran los padrinos de su única hija, Inova Domínguez Marte. Los decires e indicios conducen a pensar que “le quitó el compadre a la comadre”, en razón de que estando ambos casados con sus parejas de antaño habrían entrado en relaciones íntimas y sentimentales, lo que confirmaría en junio de 2013 la ahijada Inova Domínguez en las páginas 321-324 de *La verdad de la sangre*, de Pilar Awad Báez y Eva Álvarez.

Angelita explicó de manera expresamente ambivalente, por lo tanto “a su acomodo”, en la pág. 338 de sus memorias cómo nació esta historia de amor real ciertamente duradero en el tiempo. Primero dice que entraron en relaciones sentimentales luego de ella haberse divorciado:

“Cuando me divorcié, ya vivía aquí en Estados Unidos, y casi de una vez, en momentos críticos de nuestras vidas, nos encontramos Luis José Domínguez y yo”.

Pero cuatro líneas más abajo dejó entrever lo contrario: “Al igual que yo, él también atravesaba momentos difíciles en su matrimonio. Nos enamoramos y supimos que íbamos a unir nuestras vidas para toda una eternidad; ya cumplimos cuarenta y tantos años de casados y nos hemos adorado desde el primer día”.

Casi de inmediato saeteó humillante y venenosamente a su anterior esposo León Estévez al confesar con olímpica indiferencia malévolamente que “Se me hace difícil pensar que estuve casada con otro hombre, excepto que de esa etapa de mi vida conservo algo tan hermoso como son mis tres hijos” (...), expresión que delató un desgajo del anterior esposo –o quizás su desprecio– si se repara en que dijo “mis tres hijos” donde debió haber dicho “nuestros tres hijos”.

De todas maneras, y a pesar de su desgajo y extraña confesión de que quizás se había enamorado del amor y no de él, tuvieron dos varones y una hembra. Los decires e indicios arrojan que ella y León Estévez habían desarrollado unas relaciones prematrimoniales por dos años y seis meses acopladas, tórridas, intensas, coronadas por relaciones sexuales íntimas, por lo que ya embarazada de casi cuatro meses se casaron en un dos por tres. Primero el miércoles 2 de enero de 1958 por lo civil en intimidad familiar y después el viernes 4 por la Iglesia en la capilla de la Hacienda Radhamés bajo los oficios de tres monseñores, el arzobispo Ricardo Pitini, Eduardo Ross y Remberto Cruz Pérez-, ella con 18 años, 6 meses y 24 días de edad y él con 26 años, 4 meses y 19 días de edad.

Los diarios *El Caribe* y *La Nación* asignaron ocho fotógrafos para cubrir las bodas. Los cinco fotógrafos asignados por *El Caribe* tomaron 250 fotografías, de las cuales fueron publicadas 71, seleccionadas meticulosamente por los fotógrafos y directivos del diario, como si se tratara de un acontecimiento apoteósico de conmoción nacional.

El vespertino *La Nación* inició así su noticia de primera página:

Los distinguidos jóvenes mayor Luis José León Estévez, director de la Academia Militar Batalla de las Carreras, y señorita Angelita Trujillo Martínez contrajeron matrimonio anoche, en ceremonia celebrada en la capilla anexa a la residencia del generalísimo Trujillo y de la Primera Dama de la República.

A juicio de Crasweller, el entonces mayor (dice erróneamente “coronel”) León Estévez al embarazar a la hija del tirano “arriesgó la vida en una peligrosa jugada”, pero antes había “cultivado una estrecha amistad con Ramfis”, quien “entendía las necesidades físicas de su hermana, y se mostraba comprensivo”, por lo que sobrevivió a la afrenta al tirano, quien, al nacerle a su mimada Angelita y a León Estévez el primer hijo en mayo de 1958 llegó a decir, en un esfuerzo “de hacer gala de poder de autosugestión”, que su nieto era la “cosa más rara” porque le intrigaba cómo “un cincomesino pueda vivir”.³

Era evidente que el tirano Trujillo había quedado con cierto resquemor por la liviandad prematura de la hija mimada y la osadía desmedida de León Estévez, lo que se ve con claridad tanto en aquella “autosugestión” como en los comentarios que circularon esa vez, pero sobretodo porque la aprincesada no se atrevió a ponerle a su primer hijo el nombre del tirano, sino que lo bautizó con el primer y segundo nombres de su progenitor Luis José. Más adelante, al nacerle su segundo varón y cuando el singular y atrevido yerno había logrado mediante argucias y escauceos intrafamiliares que el tirano le tomara afectos, entonces el simpar abuelo aceptó que lo bautizara con sus nombres de Rafael Leónidas. Luego les nació María de los Ángeles.

Según decires, referencias ciertas y una cuasi confesión de Angelita, a partir de cierto momento las relaciones matrimoniales íntimas se habrían desconectado y comenzaron a

3. Crasweller, *Trujillo...*, p. 373.

navegar al garete en aguas procelosas. Se suscitó de hecho un divorcio no pronunciado, lo que hoy algunos terapeutas llaman “divorcio emocional”. He ahí entonces que la pareja trazó poco a poco en su diario vivir dos líneas paralelas: cada cual desenvolvía su vida por su propio camino sin consideración al otro. A partir de entonces se suscitaron comentarios sobre las relaciones extramatrimoniales de ambos, pero los comentarios más incisivos, la mayoría de facturación alegre a modo de anécdotas vengativas, involucraban sentimentalmente a Angelita con uno que otro joven oficial a la vez. Por lo tanto, como diría ella en entrevista televisada 50 años después, el matrimonio “fue verdaderamente un fracaso”.⁴

En las págs. 337 y 338 de sus memorias, Angelita recordó con sensibilidad nostálgica sentimentalmente aquellos días tormentosos de una aprincesada que se nos presentó 50 años después de pensamiento maduro e inocente:

(...) “en mi mente había más de ilusión, que de realidad; por lo que con el tiempo, el matrimonio, tenía más de apariencia que de realidad. Pero yo, aunque inútilmente, agoté todos los recursos posibles para hacer que el matrimonio funcionara, puesto que tampoco quería sumarle un problema más, a los tantos que tenía mi papá” (...)

“Sobre todo, estaba consciente de que el matrimonio es un compromiso para toda la vida. No obstante, cuando mueren los sentimientos que sirven de nutrientes a la vida matrimonial, el alma se queda en el más inefable vacío espiritual,

4. Entrevistada por Alicia Ortega en marzo de 2010 en el programa Noticias SIN.

angustioso y extenuante, que sólo conocen y comprenden quienes lo hayan vivido y no todos tenemos fibras para vivir el dolor en grado heroico”.⁵

Cuando se terminan de leer las memorias *light* y venenosas a la vez de Angelita, en las que es mucho, pero mucho

5. A seis meses de la publicación de las memorias de Angelita y dos meses después de la entrevista con Alicia Ortega, a eso de las 10 y 30 de la noche del viernes 7 de mayo, el coronel retirado León Estévez, de 78 años de edad, luego de padecer un estado depresivo se suicidó pegándose un tiro con una pistola 45 en la parte derecha de la cabeza. Según la apreciación de algunos familiares, habrían contribuido al desenlace el desdén hacia él de Angelita en sus memorias y el hecho de que ella influyera para que sus hijos se mantuvieran alejados de él luego de haberle quitado su apellido. A esto habría que añadir que en esos momentos se aireaban las memorias de su exesposa en las que pareciera insinuar la responsabilidad de él en las muertes de Jean Awad y Pilar Báez y también por su remordimiento de conciencia debido al pesado fardo de persecuciones, torturas y crímenes en que había incurrido en los finales de la Era de la Tiranía de Trujillo.

Por su participación en el asesinato de seis de los héroes del 30 de mayo de 1961 en la Hacienda María –el 18 de noviembre de ese año–, había sido condenado en 1965 a 30 años de prisión, los que pasó en libertad en el exilio en espera de la prescripción de la pena. Luego de retornar al país, su hermano Alfonso León Estévez, involucrado también en los asesinatos de la Hacienda María y en otros hechos criminales, se le había adelantado en 1990 suicidándose de un disparo en la cabeza.

Los restos del exconsorte de Angelita fueron incinerados y lanzados al mar Caribe por familiares cercanos. Un hijo del suicidado, a quien no se identificó, habría dicho con amargura a la prensa al otro día del hecho que a sus familiares no les interesaba que la gente les diera ningún pésame. Pero tal vez lo que más refleje la angustiada soledad de su alma sean las palabras de un vecino publicadas por el diario *El Nacional* el 10 de mayo: “Ese señor llegaba, subía a su apartamento y se encerraba. Una vez vimos una señora (...) que vino a verlo. Después nunca observamos a nadie que lo visitara”.

más lo que se encubre que lo que se descubre, podría llegarse a la percepción forzada de que en ciertas facetas de su vida no había sido la arpía impositiva, manipuladora y capichosa que dibujara la realidad, pero lo que dijo para guardar las apariencias no compagina con mucho de lo sucedido y sus consecuencias.

Por otro lado, como veremos más adelante, desde antes del inicio del descalabro de su matrimonio Angelita habría apetecido comer del plato de Pilar Báez, esto es, apropiarse del esposo de ésta, Jean Awad, pasando por alto al peligroso superior militar de este, su esposo, coronel León Estévez, comprobado torturador de las cárceles “La 40” y “El 9”; y sin importarle su vieja amistad con aquella y que ambas parejas compartieran con relativa frecuencia, todo ello cónsono con su conducta inveterada de sentir fuerte atracción por la pareja de “la otra” de su entorno inmediato.

A la manera de los Trujillo

Angelita Trujillo y Pilar Báez Perelló¹ se habían conocido de jovencitas cuando estudiaban en el Colegio Santo Domingo, exclusivo de muchachas de clase media alta hacia arriba. Eran de la misma edad, habiendo nacido Angelita el 10 de junio de 1939 y Pilar 29 días antes, el 12 de mayo. En el colegio “eran solo conocidas”, explicaría en 2012 la hija de esta, Pilar Awad Báez. “Pilar Báez y yo nos conocíamos en el colegio, no era de mis amigas más cercanas, pero nos veíamos de vez en cuando”, diría Angelita en 2009.²

Una vez finalizados los estudios primarios e intermedios que se impartían allí, sus vidas discurrieron sin volverse a ver hasta que, dice Angelita, “nuestro acercamiento surgió, a raíz de que, nuestros respectivos novios, eran militares. Además, Pilar era hija de la señora Aída Perelló y del señor Miguel Ángel Báez Díaz, cortesano y persona que desde siempre se movía alrededor de mi papá”.³

1. Su nombre completo era Vanessa Angélica del Pilar Báez Perelló.
2. Angelita Trujillo. *Trujillo. Mi padre en mis memorias*, p. 427.
3. *Ibidem*.

De su parte, Pilar Awad Báez ha explicado que entre finales de 1956 y comienzos de 1957 las dos parejas de novios coincidieron en el Teatro Agua Luz Angelita, se saludaron, compartieron y desde esa vez Angelita comenzó a invitarlos a diversas actividades sociales”.⁴

“Yo llegué a tenerle mucha estimación”, aseguró Angelita. “Sostengo el criterio de que la amistad entre Pilar Báez y yo fue sincera y desinteresada”.

Sin embargo, de hecho se trató de una estimación dudosa porque la práctica personal y social de los esposos León Trujillo y de los Trujillo principales resultaba desconcertante: descansaba en un estilo impositivo, cuando no manipulador. Ellos, los dueños del reino, ella, la princesa única. Ellos eran quienes asumían las directrices importantes atinentes a las personas de su entorno inmediato, y bajo esa premisa sería su “mucha estimación” y el tratamiento a su “amiga” Pilar Báez y a Jean Awad, quienes se resintieron al notar de inmediato que su marco de elección había sido restringido abusivamente.

Los preparativos y las bodas de Jean Awad y Pilar Báez fueron un ejemplo clarificador al respecto. Ya casada con León Estévez, esto es, luego del 4 enero de 1958, Angelita decidió ir a Los Ángeles, California, donde vivía Ramfis debido a sus estudios en la escuela militar de Lovenworth, aunque

4. Los diarios de la época no registran ningún acto social en el Teatro Agua y Luz al que asistiera Angelita entre finales de 1956 y comienzos de 1957. Aunque se estilaba resaltar en los diarios su presencia en cualquier actividad, es posible que no fuera publicado a su requerimiento porque se tratara de algún acto estrictamente privado.

realmente había dejado de lado la academia y estaba dedicado a francachelas con artistas de Hollywood. Entonces a Angelita le pareció “buena idea que Pilar viniera con nosotros ya que este viaje prometía ser muy divertido y a la vez le serviría para comprar algunas cosas personales para su ajuar de casamiento”.⁵

Curiosamente, Angelita no dijo en sus memorias que también invitó a un grupo de amigas y que la señora Aída Perelló de Báez, la madre de Pilar Báez Perelló, los acompañó a Nueva York, adonde llegaron primero, y luego a California y a otras ciudades norteamericanas. Quizás hizo mutis del nombre de la señora Aída como paso previo para mentir, mentira que constituyó un esfuerzo por justificarse y parecer obsequiosa y considerada con su “amiga” Pilar Báez en 2009, y esto último a la luz de la muerte inducida de Pilar Báez por manos criminales un año y aproximadamente ocho meses después de aquel viaje:

5. Trujillo, *Mi padre...*, p. 427. Ramfis salió del país luego del matrimonio por la Iglesia de Angelita, ceremonia a la que asistió el 4 de enero de 1958. Su salida días después no fue reseñada por ninguno de los diarios. Aunque había sido designado por decreto del 25 de diciembre de 1957 como embajador, inspector de embajadas y consulados, para revestirlo de protección diplomática, el motivo del viaje era cursar estudios en la escuela militar de Lovenworth. La referida visita de Angelita a Ramfis en Los Ángeles, California, habría sido entre febrero y mayo, más probablemente en mayo, ya que Angelita habló en su libro de memorias de las proximidades de la boda de Pilar Báez y Jean Awad, que se efectuó por la Iglesia el 31 de mayo de 1958. Ramfis, luego de fracasar en los estudios militares, regresó al país el 16 de agosto de 1958.

“Por la tarde salíamos de compra y recuerdo que en uno de esos paseos, Pilar vio un traje de bodas que le encantó, y me satisfizo sobremanera hacerle ese aporte para sus nupcias”.⁶

Falso. Falsedad a dos medias tintas, pero que valen por varias falsedades completas. Salieron a pasear una tarde, es cierto, pero Angelita fue la que se encantó con un vestido de novia que alcanzó a ver en una tienda especializada en aditamentos de bodas, y, por lo demás, ella no fue quien le regaló ese vestido. Hijos y otros miembros de las familias Báez Perrelló, Awad Báez y Awad Canaán han negado el tal “aporte” y afirmado que el vestido de boda le fue comprado y obsequiado a Pilar por su madre Aída, quien la acompañó con ese fin, además de otro fin, el de que, según el decir de la señora aquella vez, fruto de su crianza a la usanza tradicional, una hija suya soltera no podía viajar sola al exterior.

“Allí compró mi mamá el vestido de novia que ella usó, habiendo sido escogido por Angelita y pagado por mi mamá-abuela”, explicó Pilar Awad Báez en 2012. “Siempre recuerdo la anécdota que mi mamá-abuela me contaba que ella estaba muy molesta, pues Angelita escogió el vestido más caro que había y que además ella consideraba muy escotado, pero ante la insistencia no le quedó más que comprarlo”.⁷

Angelita y los temibles León Estévez y María Martínez de Trujillo dispusieron también detalles de primer orden de las bodas. Por imposición de María Martínez las bodas por lo

6. *Ibidem*.

7. Estas y las siguientes citas de Pilar Awad Báez corresponden a una declaración escrita por ella en sus esfuerzos por narrar y clarificar las vicisitudes de sus padres antes de morir en circunstancias extrañas.

civil y por la Iglesia se efectuaron, respectivamente, el 24 y el 31 de mayo de 1958, a pesar de que Pilar Báez resistió esas fechas hasta último momento aduciendo que quería casarse cualquier día de junio, “el mes de las novias”. Aún más. Los esposos León Trujillo dispusieron que la ceremonia nupcial civil fuera en la residencia de ellos. No valieron argumentos en contrario. “Ante tanta insistencia de la familia León Trujillo, la ceremonia del matrimonio civil de mis padres se celebró en su casa”, explicó Pilar Awad Báez. Para colmos, los León Trujillo y María Martínez de Trujillo fueron quienes elaboraron la lista de los invitados, siendo excluidos, entre otros familiares, ¡los hermanos de Jean Awad!

Las cinco fotografías sobre la boda civil publicadas en la página 15 del diario *El Caribe* el 1 de junio⁸ fueron escogidas por los León Trujillo. La madre de Pilar, doña Aída, no apareció en ninguna y el padre de la novia, entonces diputado Báez Díaz, fue el único familiar adulto que apareció en una fotografía en la que también figuraron Radhamés Trujillo, el mayor general Virgilio García Trujillo y los esposos León Trujillo.⁹ Los padres de Jean Awad, señor Jorge Awad y señora Emelinda Canaán de Awad no aparecieron en ninguna. En

8. Aunque la ceremonia civil se efectuó el 24 de mayo, una semana antes de la ceremonia por la Iglesia, que fue el 31 de mayo, las fotografías fueron retenidas por los León Trujillo para publicarlas el 1 de junio junto con una fotografía de la ceremonia religiosa.
9. El mayor general García Trujillo era el esposo de María Carlota Kushner, hermana de Luz Kushner, esposa de Jorge Edgard Awad Canaán (Chichí), hermano de Jean Awad. Con los esposos Awad Kushner vivía Jean Awad. De la casa de ellos salió en la madrugada del día de la tragedia, el 30 de noviembre de 1960.

otras dos fotografías figuraron los padrinos, el tirano Trujillo y su esposa María Martínez, firmando el acta de matrimonio. En las dos restantes aparecieron los novios. En una en momentos en que Jean Awad firmaba el acta y en otra cuando la novia, con Jean Awad a su lado, era felicitada por el capitán Radhamés Trujillo, hijo del tirano.

El redondeo final de las imposiciones consistió en que la boda por la iglesia se celebró en la capilla del Templo de San Rafael, del Palacio Nacional, apadrinada por el tirano Trujillo y su esposa María Martínez, lo que era usual tratándose de la hija de uno de sus cortesanos y de un oficial, aunque fuera un simple segundo teniente.

Como testigo de bodas firmó el general Héctor B. Trujillo, presidente de la República, y entre los floristas estuvieron miembros de la familia Trujillo, a saber, dos hijitos de Ramfis Trujillo, Ramfis Rafael y Mercedes de los Ángeles Trujillo Ricart, y Ramón Bergés Ruiz. En lo que pudiera parecer una condescendencia también participaron Mayra Rosa y Tania Báez, hermanitas de la esponsada. El oficio religioso lo encabezó monseñor Eduardo Ross, capellán del templo de San Rafael, quien también había oficiado en las bodas de la aprincesada Angelita.

“Mi mamá y mi mamá-abuela sufrieron mucho pues el bizcocho de la boda era cursilísimo, como era el gusto de los Trujillo, con unos muñecos tiesos sobre el bizcocho, la muñeca con una réplica del vestido de las damas y los muñecos vestidos de militar”, recontó Pilar Awad Báez.

De su parte, Angelita refirió en su libro que sus padres fueron los padrinos de las bodas, pero omitió referirse a las

celebraciones en su casa por lo civil y en la capilla del Palacio Nacional por la iglesia. En un estilo cursi, característico en su libro, dijo que “Estuvimos todos muy contentos”.

¿Contentos de qué? Las imposiciones enrarecieron la atmósfera nupcial de las dos ceremonias y aprensionaron a los padres de los casados, a otros familiares y amigos, abusivamente excluidos de la ceremonia y de las fotografías.

He aquí los dos primeros párrafos de la noticia de primera página de *El Caribe* el 1 de junio, calzada con la firma del periodista Manuel de Jesús Javier, y que reflejan de qué modo los Trujillo acapararon un acontecimiento que debió haber sido protagonizado por los contrayentes:

“Bajo un arco de espadas y a los acordes de una marcha nupcial desfilaron anoche los distinguidos jóvenes, teniente Jean Awad Canaán y señorita Pilar Báez Perelló, al concluir las ceremonias de sus bodas que apadrinaron el esclarecido Padre de la Patria Nueva, generalísimo doctor Rafael Leonidas Trujillo Molina y su ilustre esposa, la Primera Dama de la República,¹⁰ doña María Martínez de Trujillo”.

10. A la esposa del tirano Trujillo la denominaban “Primera Dama” aunque no fuera él presidente de la República. Independientemente de que satisficiera la vanidad y el crecido orgullo de ella, la denominación, dispuesta por él, tenía la fuerza simbólica de reflejar que era de hecho el presidente de la República: ocupaba el despacho presidencial en el Palacio Nacional, ejercía las funciones presidenciales, aunque el títere de turno firmara los decretos, memorando y nombramientos, a él obedecían las Fuerzas Armadas y le correspondían todos los honores del cargo

“El presidente de la República, general Héctor B. Trujillo Molina, figuró como testigo de bodas”.¹¹

11. Ver al final de esta obra la noticia completa que publicó *El Caribe* sobre las bodas Jean Awad-Pilar Báez.

Dualidades de Angelita ante las muertes de Pilar y Jean

En su desmentido y repudiado libro *Trujillo, mi padre* *En mis memorias*, de unas 600 páginas 8 y 1/2 por 11, plagado de encubrimientos de verdades, de justificaciones acomodadas, de afirmaciones mendaces y de insinuaciones duales, Angelita dedicó por separado de a cuatro páginas a Pilar Báez y a Jean Awad en un esfuerzo supremo por mostrarse inocente y evadir responsabilidades respecto de las muertes de ambos, por lo que asumió las dos tragedias como fruto de lo fortuito basándose en viejas deformaciones de los hechos y en informaciones y argumentos dubitativos en cuanto a que ella murió por una hemorragia fortuita al momento de dar a luz a una niña y él en un accidente automovilístico fortuito.

Al terminar la lectura de esas páginas de sus memorias uno podría creer que Angelita estaba atormentada porque se le había señalado como causante de ambas muertes, la primera por supuestas órdenes terminantes suyas y la segunda como resultado de su enamoramiento, acoso y supuestas relaciones sexuales adúlteras con Jean Awad.

Mueve a extrañeza suspicaz el que Angelita ubicara en cierta parte de su libro las ocho páginas continuas referentes a ambos casos. A quien ella primero enfocó fue a Pilar Báez, dedicándole las páginas de la 427 a la 430, y luego a Jean Awad en las páginas de la 431 a la 434. Inmediatamente antes de enfocar el caso de Pilar, ella trató en seis páginas el crimen de las hermanas Mirabal, e inmediatamente luego de enfocar el caso de Jean Awad trató en ocho páginas la “Noche del 30 de mayo”. Antes y después de esos dos capítulos, Angelita habló ampliamente de los matadores de su papá y de las consecuencias sufridas por estos.

Como ella sostuvo y sostiene que Pilar Báez y Jean Awad murieron fortuitamente, resultó incongruente que el tema de sus muertes lo desarrollara en una parte flanqueada por el asesinato de las Mirabal y el ajusticiamiento de su papá, lo que podría significar que ella tiene informaciones ciertas de que los cuatro casos son eslabones de una misma cadena vinculante. De donde para este autor, que sostiene que los indicios confluyen en que fueron asesinados por órdenes de los Trujillo y/o sus asociados, resultó congruente tratarlo en ese contexto de sangre derramada.

¿Acaso el remordimiento en algún recóndito de la conciencia la abrumó al grado de un desatino demostrativo? ¿Acaso la atormentada Angelita o quien le sugirió enfocarlo en esa parte inconveniente, dejó escapar un mensaje impulsado por el músculo de la memoria traicionera? ¿O acaso fue un inexplicable desliz temático en su diagramación y diseño?

Su versión sobre el incidente que motivó que ambos cayeran en desgracia y Jean Awad fuera trasladado a los puntos

fronterizos de Jimaní, primero, y de Restauración, después, se caracterizó por indicios de una ambivalencia calculada, que fue más allá de lo insinuante. Por un lado presentó a Pilar Báez como una chismosa que se agenció su mala suerte futura al confiarle a ella que Jean Awad le había dicho que cierto oficial del círculo militar íntimo de León Estévez era homosexual, lo que Angelita le contó a este; y, por otro lado, pareciera patentizar cierta responsabilidad de algo que ella sabe a ciencia cierta de parte de León Estévez, al resaltar su reacción proclive a la dura represión: reaccionó en “forma airada”, a tal grado que ella se sorprendió: (...) “se molestó muchísimo, y lleno de ira me dijo: “Pilar es una chismosa y no quiero tener más trato cercano con ella. Voy a trasladar a Jean a la frontera de castigo, que pase un tiempo por allá, para que se le quite la costumbre de comentar con su esposa las cosas inherentes a su trabajo”.¹

La cita de la expresión “y lleno de ira” debió acompañarla de una descripción de sus gestos violentos y de comentarios acerca de lo que él era capaz cuando se llenaba de ira, la que por cierto fue de tal magnitud que ella se “sorprendió”, lo que es mucho decir de parte de un Trujillo de aquellos tiempos de mandato totalitario.²

1. Angelita Trujillo, *Mi padre...*, p. 428.

2. El poeta y periodista Juan José Ayuso, en un artículo en su columna “Al Día” en el vespertino *El Nacional* formuló dos preguntas de justo valor al comentar las reacciones de Angelita: “¿Cuál fue la grave ofensa recibida por Angelita Trujillo de su esposo, el coronel Luis José León Estévez (“Pechito”) para no solo divorciarse, sino conservar la custodia de los tres hijos del matrimonio y quitarles el apellido de su padre?” (...) “¿Fue la orden de asesinar al teniente Awad Canaán lo que Angelita

La iracundia del engreído y retorcido León Estévez era temida en su círculo íntimo en razón de que se asemejaba a la reacción salvaje cónsona con la fiera correspondiente a su primer apellido, el León, como tuviera a bien rememorar Luis José Valdez Villarroel, taquígrafo y mecanógrafo a su servicio, cuando en 1962 dijo que el diario *El Caribe* modificó un aviso que aquel había ordenado para su publicación, lo que provocó “la ira del coronel León Estévez” (...) “Estaba rojo de la cólera, dando la impresión de un verdadero león”.³

Angelita ha dicho que la confidencia –traducida por ella a chisme– habría sido en su casa con motivo de una fiesta de bienvenida que le ofreció a su hermano Ramfis, quien, aunque ella lo calla, había retornado al país a mediados de agosto luego de haber fracasado en los estudios militares en la academia de Lovenworth. De su parte, Pilar Awad Báez, la criatura que nació antes de que Pilar Báez muriera por la hemorragia inducida, y otros miembros de las familias Báez Perelló y Awad Canaán han referido por años una versión del incidente distinta a la que Angelita narró en su libro.

Pilar Awad Báez ha sido reiterativa en cuanto a que Angelita sentía una atracción desmesurada por Jean Awad y que en la fiesta, tres meses después de las bodas de sus padres,⁴

no le perdonó nunca a quien era entonces su marido, y que provocara su divorcio y la llevara a despojar a sus cuatro hijos del apellido paterno?”

3. *El crimen de la Hacienda “María”. Expediente de extradición de Ramfis Trujillo y compartes*, p. 109.
4. Tomando en cuenta que las bodas de Jean Awad y Pilar Báez se efectuaron el 31 de mayo de 1958, la fiesta de bienvenida que Angelita ofreció a su hermano Ramfis se habría celebrado a principios de sep-

lo acosó sin importarle la presencia de su esposo, de Pilar Báez, de Ramfis y de muchas otras personas. Esta versión ha sido confirmada por fuentes anónimas y por una fuente militar identificada, de la intimidad de Jean Awad, a la que este tuvo a bien confiarle lo sucedido aquella noche. Pero aún más importante que la confidencia lo fueron el lugar y las circunstancias de la revelación: al poco de llegar al punto fronterizo de Jimaní,⁵ provincia Independencia, adonde lo habían confinado.

Una vez allí se encontró con un compañero de academia militar y amigo personal, William García Duval, quien refirió en 2012 detalles significativos.⁶

—“Entonces Jean me dijo quiero hablar contigo, pero no con el grupo” (de compañeros militares. L.C.)..

—(...) “y le digo, bueno mira, la fortaleza está ahí abajo, nosotros tenemos la casita al lado de la casita de oficiales”.

Ahí podían hablar, pero en eso se les unió otro militar (...) “se fue con nosotros y no pudimos hablar, y al otro día fuimos cayendo en la tarde al hotel”.

Al parecer era fin de semana, y esto se sabe porque el hotelito solo daba servicios de bebida y alimentación al público los días viernes, sábado y domingo. Pidieron “bistec picadito”

tiembre, si nos atenemos a la versión de que tres meses después de contraer matrimonio Jean y Pilar Awad se suscitó el incidente.

5. Jimaní, a 280 kilómetros de Santo Domingo, es la capital de la provincia fronteriza Independencia. Tiene 237 km².
6. Esta y las restantes citas corresponden a la entrevista grabada en poder del autor.

y una chata de whisky Vat-69, y entre comida y tragos Jean Awad le narró los pormenores de lo que había sucedido en la fiesta de la casa de Angelita, cuya reacción motivó que lo enviaran de castigo a aquel lugar.

—(...) “y entonces él me dijo que estaban en una fiesta en la casa de Angelita y (que) él se levantó dos veces, una para ir al baño y otra para hablar con otro oficial porque al otro día iban a jugar softball (en un play) donde está ahora el Centro Médico UCE (avenida Máximo Gómez con avenida México. L.C.) y las dos veces que él se paró ella se paró y le agarraba la mano y lo apretaba”.

Jean Awad, a sabiendas del riesgo que aquello implicaba, y en razón de que andaba con su esposa Pilar Báez, decidió abandonar la fiesta.

—“Y entonces él le dijo a Pilar: vámonos, que me tiene jarto”.

Y se fueron de la fiesta, a pesar de que estaba prohibido abandonar cualquier actividad mientras permanecieran miembros de la familia Trujillo. Cuando ellos salieron estaban aún allí Ramfis y otros Trujillo.

Entonces al día siguiente el coronel León Estévez citó a Jean Awad a su presencia y le dijo que...

—Usted no podía irse hasta que el general Trujillo no se fuera.

Le informó de inmediato a Jean Awad que estaba trasladado a Jimaní de castigo hasta nuevo aviso.

El exoficial García Duval, de la íntima confianza de Jean Awad, apuntó que “eso fue lo que me dijo Jean”.

De su parte, Pilar Awad Báez contó que “Tuvieron que dejar la casa que habían alquilado en la calle Pedro Henríquez Ureña y en el mes de agosto, tres meses después de sus bodas, sin haber podido disfrutar de su vida de casados en la capital, partieron al destierro en la frontera haitiana, un lugar inhóspito donde carecían de las necesidades más básicas, sin electricidad, sin vegetales, un camino que aún hoy día es tedioso y largo, ¡qué sería 52 años atrás!”.

Si fuéramos a comparar la versión de Angelita y la otra versión sobre el abandono apresurado de la fiesta por los esposos Awad Báez provocado por el acoso de ella, podríamos llegar a la conclusión de que las dos versiones son compatibles, esto es, que pudo haberse producido la supuesta confianza, el acoso y la retirada de la fiesta, aprovechando ésta última actitud para provocar la ira del coronel León Estévez contra Pilar Báez, ante todo, al confiarle luego en privado lo dicho por ella.

En la reacción del coronel León Estévez y en el trasfondo del incidente los celos jugaron un papel de primer orden. Por un lado, los celos adhesivos de Angelita hacia Pilar Báez, quien, angustiada, retenía su plato del que aquella había decidido comer, y, por el otro lado, los celos del coronel León Estévez al percibir los nuevos deseos de su caprichosa esposa, la que habría de confesar, como citamos antes, que “el matrimonio tenía más de apariencia que de verdad”; o lo que es lo mismo, se habían divorciado emocionalmente.⁷

7. Angelita Trujillo, *Mi padre...*, p. 337.

Como lógica consecuencia, el poderoso acomplejado coronel León Estévez recurrió a sus recursos de inteligencia militar para mantener monitoreados en Jimaní a los esposos Awad Báez y saber de sus reacciones ante la nueva situación. A apenas unos cuatro meses de estar allí, probablemente a principios de enero de 1959, quedó evidenciada la estrecha vigilancia a la que habían sido sometidos. Con motivo de haber recibido una carta y una caja de vegetales enviados por doña Aída a Jimaní, Pilar Báez incurrió en una inocentada al comentar que su mamá se preocupaba porque no sabía que ella se encontraba bien después que se había alejado del ambiente de Angelita, de quien habría dicho a renglón seguido alguna opinión negativa, que fue “escuchada” por la esposa de un militar que de inmediato se lo dijo a él, quien a su vez lo comunicó por el canal correspondiente. Ahora la reacción del iracundo coronel se tornaría más que peligrosa.

Al poco Jean Awad fue convocado por su superior, quien le ordenó que se presentara a la capital, a la Base Aérea de San Isidro, ante la presencia del coronel León Estévez. Los jóvenes esposos creyeron que era para informarle de su traslado a la capital. Esperanzado en que fuera el final de su confinamiento llegó ante el todopoderoso coronel y grande fue su sorpresa al recibir de este una iracunda reprimenda porque...

—¡Nos hemos enterado de que su mujer está hablando del honor de Angelita Trujillo!

Desde luego que no le detalló lo que habría comentado ella. Vaya usted a saber que “hablando del honor” de Angelita podía significar que Pilar Báez habría dicho que a la esposa

del todopoderoso coronel le seducían los hombres ajenos, que estaba enamorada del amonestado, Jean Awad, a quien había acosado y que por esto se habían discontinuados sus relaciones de amistad.

Como era de esperarse, Jean Awad guardó silencio, pero comoquiera el coronel León Estévez, rojo de ira, le dictó un anticipo de sentencia de muerte –que finalmente recibiría la pareja–, sin apelación posible que no fuera la del asilo diplomático.⁸

—Si esto volviera a suceder sepa que los dos desaparecerán del mapa.

Acto seguido le dijo que les darían una nueva oportunidad y que estaba trasladado a Restauración,⁹ localidad mucho más alejada que Jimaní.

“De ahí (de San Isidro. L.C.) fue mi papá a la casa de mis abuelos y a solas con mi abuelo Miguel Ángel, le contó lo ocurrido. Se despidió de mis abuelos y se marchó. Tan pronto él se fue mi abuelo le comentó lo ocurrido a mi abuela y mi abuela, aterrada, le dijo a su esposo (a don Miguel Ángel L.C.) que ella quería ir a Jimaní a preguntarle a mi mamá qué había pasado, qué comentario había hecho”, cuenta Pilar Awad al recordar lo que le dijo a ella su abuela Aída.

8. Don Miguel Ángel Báez Díaz, luego de la muerte de su hija Pilar Báez de Awad, al conocer de las presiones amenazantes a las que estaba sometido Jean Awad, le aconsejó asilarse en una embajada y exiliarse, pero aquel lo rechazó por las consecuencias que sufrirían sus familiares y allegados.
9. Restauración, a 300 kilómetros de Santo Domingo, pertenece a la provincia fronteriza Dajabón. Tiene 283 km².

Antojo de Angelita por Jean llegó a Jimaní

En su libro, Angelita evidenció calor emocional al enfocar a Pilar Báez y su muerte y aportar con visos de credibilidad datos reveladores como el de la reacción no santa de su esposo coronel ante un supuesto comentario impertinente de aquella, pero fue lacónica, distante y fría al opinar sobre el caso de Jean Awad. Apenas opinó que “Alrededor de esta desgracia se suscitó una avalancha de aviesas especulaciones”, y que la “desgracia” se había “politizado y tergiversado”, y que “no se nos daba acceso a la prensa antagónica de la época. En consecuencia no teníamos medios cómo responder ni defendernos de cuantas barbaridades se publicaban”.¹

Franca desfachatez. A la muerte de su padre, el tirano sanguinario, y a la salida de ella y los demás Trujillo se inició un período de libertades políticas y hubo libre difusión del pensamiento. Los diarios y demás medios informativos acogieron todas las voces. Desde luego, los Trujillo enmudecieron

1. Angelita Trujillo, *Mi padre...*, pp. 430-431.

anegados por un cúmulo enorme de imputaciones y porque habían emprendido la huida, de donde es falso proclamar que “no se nos daba acceso a la prensa”. Pero ni a Angelita ni a ningún Trujillo le queda bien el traje de víctima de la prensa. Aquel era un régimen de cerrazón y censura. ¿De qué se queja Angelita si en ciertos momentos fue publicitada tanto como su papá—que es mucho decir—, pero nunca se refirió ni condenó al régimen por su control de la prensa en esos años?

Además, en su libro no dijo ni una jota de su conducta humillante y aviesa frente a los periodistas, a los que les hizo pasar sinsabores. Por ejemplo, el periodista Manuel de Jesús Javier, quien cubriera por el diario *El Caribe* el Palacio Nacional y las actividades públicas de la familia del tirano durante más de dos décadas de la Era de la Tiranía de Trujillo, le imputó a ella en su obra *Mis 20 años en el Palacio Nacional junto a Trujillo*, graves excesos con los periodistas. En su obra le dedicó espacio y atención especiales a sus acciones caprichosas, y hasta peligrosas. En la página 22, él afirmó que “los engreimientos de Angelita Trujillo” le causaron dolores de cabeza y nerviosismo. Disgustada con algunas informaciones que él publicó en *El Caribe* y prevalida de su consorte, el todopoderoso y criminaloide coronel León Estévez, “hizo poner un censor para que revisara cuanto yo escribiera de ella, su marido y sus hijos”.

Semejante medida colocaba en zona de riesgo extremo al periodista Javier y a sus compañeros de la redacción porque quedaban a expensas de alguien fijo allí cuya función era la de hacer de policía del pensamiento. Por suerte, según referencia del periodista Javier, el censor obvió ser grosero, que

era lo que se estilaba en el ejercicio del poder para esa vez. Conocedor del riesgo que corrían los periodistas, ahora bajo su responsabilidad, se comportó con cortesía y atemperó con ellos.

Después de su curiosa lamentación respecto a la prensa dominicana postirania, Angelita reprodujo en su libro opiniones y versiones interesadas, coincidentes con su postura, expresadas por diversos testigos, tangenciales o no, acomodaticios o no, y por otros que investigaron y entrevistaron a personas vinculadas a la muerte de Jean. Sacando provecho de algunos datos erróneos del periodista y escritor Crassweller, como escribir “Auod” por Awad y hacerse eco de una versión equivocada sobre las incidencias del accidente de Jean Awad, desmontó por partes sus datos erráticos y lo ridiculizó en un esfuerzo fallido por descalificarlo.²

Dos de las cuatro páginas referentes a Jean Awad las dedicó, con inocultable complacencia, a la abstrusa y deslucida versión del entonces segundo teniente Sención Silverio sobre el accidente aparentemente fortuito en el que habría muerto

2. Es absolutamente lógico que una Trujillo haya intentado descalificar esta obra. Durante casi cinco décadas posteriores a la tiranía trujillista el libro de Crassweller, *Trujillo. La trágica aventura del poder personal*, ha sido el más citado de la bibliografía de la trujillología por su fehacidez a todas pruebas. Sus errores casi siempre están referidos a detalles y a una que otra versión anecdótica con datos chismográficos que el autor habría asumido como ciertos. Fue la primera obra crítica pos Trujillo, iniciadora de un largo ciclo de develamiento de una tiranía que impuso el silencio y el ocultamiento de la verdad a sangre y fuego, como en los casos de los asesinatos de Pilar Báez y Jean Awad. Al día de hoy sigue siendo una lectura básica para comprender en diversas dimensiones aquella tiranía.

aquel. Al final de su lectura uno llega a pensar que lo auténtico en esta historia que ella reprodujo es la versión bien dicha y mal encadenada a la que solo le quedaría a estas alturas el esqueleto del viejo relato que hemos analizado en capítulos anteriores.³

La aprincesada Angelita se cuidó con tacto exquisito de no dar ninguna señal en sus memorias de que había apetecido la comida que consideraba gourmet del plato de Pilar Báez de Awad, aunque lo que debió ser un capricho pasajero por él se desarrolló en el tiempo y la distancia en un persistente antojo. A pesar del destierro de Jean Awad a Jimaní, ella se las arregló para insistir en ofrecerse como carnada pasional que al parecer Jean Awad habría mordido a sabiendas de que Angelita estaba engarzada en un anzuelo de acero, rojo de sangre. Angelita le escribió por lo menos dos cartas a Jimaní y hay indicios de que las veces en que él tuvo que venir a la capital entraron en contacto.

Jean Awad, mal enredado en las patas del caballo salvaje de su relación pasional adúltera, habría acordado con Angelita una señal elemental de comunicación mediante correspondencia marcada enviada a la fortaleza militar de Jimaní al entonces segundo teniente William García Duval, compañero de él, quien a la vuelta de 53 años decidió confirmar aquella relación amorosa prohibida, so pena de la vida del macho

3. Ver los capítulos ...“Para hablar mentiras”, “El chofer del camión”, “Fueron derecho al camión”, En el Hospital Santomé”, “El chofer en salmuera”, “Un adefesio noticioso” y “Datos falsos e imprecisiones insinuantes”.

involucrado. Afirmó en 2013 que las cartas de Angelita a Jean Awad era a él que se las mandaba. “Dos a Jimaní”, dijo.⁴

Angelita escribía a Jimaní identificando como destinatario en el exterior del sobre al oficial William García Duval, pero con una rayita debajo de la última letra, a fin de que ellos supieran que la carta no era para García Duval, sino para Jean Awad. Sin embargo, al principio Jean Awad no alertó a García Duval al respecto y por eso cada vez que llegaba el camión militar del correos y los llamaban para entregarles las cartas, Jean Awad se le colocaba a su espalda para ver si alguno de los sobres tenía la rayita debajo de la “e”.

“Entonces lo de las cartas... –recordó. Él se me paraba por detrás del hombro, yo cogía el cartero y si había de nosotros la cogíamos (...) el sargento de turno le repartía a los guardias y el cartero se iba, y entonces un día por una esquinita (del sobre. L.C.) me la haló así (e hizo una señal con la mano derecha como si agarrara y halara algo hacia arriba con los dedos pulgar, índice y mayor unidos). Entonces él le dijo:

—“Jean, esa carta es de Álfida (su esposa. L.C.), ¿no ves mi nombre ahí?”

—“No, no es tuya” –le respondió.

Se apartaron del lugar de recibo del correo y subieron al segundo piso de una oficina militar. Recordó que estaba “cayendo la tarde, habían bajado la bandera”, y Jean Awad le dijo a discreción:

4. Entrevista grabada. Las demás citas de las palabras de García Duval, exoficial del palacio presidencial, íntimo de Jean Awad, corresponden a esta grabación.

—“Mira, sin tu autorización yo hice contacto con una persona que me va a escribir y mira (...) William García Duval, en la ele hay un señalamiento de una rayita”.

Como era natural, García Duval quiso saber quién era la persona que le escribía con tanto misterio.

—“Después yo te voy a decir quién es”.

Y le advirtió que “como ustedes (Pilar y él) eran amigos en el (Colegio. L. C.) Luis Muñoz Rivera” cuando Pilar llegara a Jimaní “no fuera (él) a comentar nada”.

Un día García Duval recibió una carta marcada con la rayita, Jean Awad la tomó de una vez y la abrió en el acto y sacó una fotografía de una mujer con una dedicatoria en el reverso. “La segunda carta en Jimaní, la foto yo la vi de lejos pero no fui indiscreto, porque no se me pareció a Pilar”. (...) “Ella con el pelo suelto, dedicada atrás”.

Entonces fue cuando Jean Awad le reveló a (...) García Duval quién le enviaba las cartas, lo que lo impresionó sobremanera. (...) “y ahí fue que él me dijo: está pasando esto y esto y ahí sí me lo dijo quién era”: Angelita Trujillo. “Eso era un paseo para ella”.

La simulación adjunta a la connivencia caracterizó a Angelita Trujillo y a su ex esposo León Estévez aún después del divorcio en cuanto a la secreticidad respecto a las tragedias de los esposos Awad-Báez, y de refilón ellos involucraron a Sención Silverio, a Rodríguez Botello y a otros, por lo que durante años ejercieron el papel de sepultureros de los hechos reales, a pesar de que desaparecida la atmósfera opresiva enrarecedora de aquellos días finales de la tiranía estos últimos quedaron en libertad de seleccionar una reacción ajena a lo

acontecido, pero, como se ha podido apreciar, todo ha ido cambiando a peor porque se presentan anegados de dudas y Angelita y su exesposo culpables a medida que el investigador avanza por los intersticios de las historias que desembocaron en los asesinatos de dos esposos que a sus 25 y 28 años de edad fueron “borrados del mapa”.

Senci3n Silverio y Angelita –con la misma persistencia que demostr3 por la comida del plato ajeno– se han empeinado en mantener sus cabezas de avestruces en dos hoyos mentales para no ver lo que que est3 a ojos vista de todos. He ah3 que Angelita, luego de publicar en 2009 su mamotreto de libro redactado por otro, y con motivo de preguntas de Alicia Ortega en su programa de televisi3n “El Informe con Alicia Ortega”,⁵ basadas en las imputaciones p3blicas de familiares de los asesinados, respondi3 con aire de ol3mpica inocencia:

“En ning3n momento yo tuve ning3n inter3s en Awad Cana3n. Al contrario, era un buen amigo del que era mi esposo”.

(...) “Yo nunca estuve interesada en Jean Awad como hombre. Fue un buen amigo como lo fue Pilar. Eso es una calumnia enorme, una mentira grotesca”.

Desde luego que “una mentira grotesca” result3 esa afirmaci3n de que “nunca estuve interesada en Jean Awad como hombre”, a quien asedi3 en la capital, en Jiman3 y en Restauraci3n.

5. Entrevista a Angelita Trujillo por Alicia Ortega en marzo de 2010, en el programa “El Informe con Alicia Ortega”.

Como de hecho estaba divorciada emocionalmente de León Estévez, y como Jean Awad había enviudado, ella intensificó su asedio de manera manifiesta luego de que aquel fuera retornado de Restauración a la capital al Cuerpo de Ayudantes Militares del presidente de la República días después de la muerte de su esposa. Lo invitaba a juegos de voliball y a otras actividades. “Tanto que mi papá le decía a mi abuela: “¡Ay mamá Aída, no me dejan llorar la muerte de mi esposa”.

Antojo de Angelita por Jean llegó a Restauración

El segundo teniente William García Duval fue transferido a la fortaleza de Restauración, provincia Dajabón, semanas antes del traslado de Jean Awad. Como dato curioso recordó que allá se enteró del traslado a Restauración de su amigo por el primer teniente dentista Pedro Rodríguez Botello, quien le dijo un día:

—“Para acá viene tu amigo Canaán, dizque lo van a tener más lejos ahora”.

A pesar de que él considera que Botello era incapaz de incurrir en acciones sucias, varias preguntas capitales vienen a la mente al tenor de la confidencia del primer teniente Rodríguez Botello. Si estaba de puesto en Restauración ¿cómo se había enterado de una información fresca que solo sabía la comandancia de la Base Aérea de San Isidro o el propio Jean Awad, si acaso ya le habían comunicado su traslado? ¿Sería enteramente cierto que habló así: “Dizque lo van a tener más lejos ahora”? Esa expresión sugiere que tal vez él supo de la orden de traslado a Restauración primero que Jean Awad. A

cinco décadas de aquello resultaría casi imposible confirmar que fuera portador de tal primicia uno de dos oficiales que luego estaría envuelto en el accidente al parecer aparatoso en el que supuestamente muriera Jean Awad, el oficial que montó un drama lacrimoso por sus supuestas heridas severas a nivel de las costillas.

Aunque era amigo de confianza de García Duval, Jean Awad fue cauto al llegar a Restauración a principios de febrero de 1959. No le refirió que lo habían trasladado por los comentarios de su esposa acerca de Angelita Trujillo.

Angelita también le remitió cartas a Restauración, lo que hace suponer que el coronel León Estévez no la había enterado de los comentarios adversos de Pilar Báez, en cuyo caso ella hubiera deducido que los Awad Báez estaban siendo espíados, y entonces se habría abstenido de enviar otras cartas. Al decir de García Duval, Angelita envió “dos a Restauración, y la última la vio Álfida” (...), su esposa.

Jean Awad, para evitar que Álfida creyera que las cartas eran para García Duval, entonces le pidió a este “que le dijera a ella cuál era el problema de la carta porque ella pensaba a lo mejor que era a mí que me estaban persiguiendo”.

Ya enterada, Álfida le exigió a García Duval que dejara de recibir las cartas:

—“Es peligroso eso, vamos a dejar el can de la carta, porque ya nos casamos, somos una familia, y eso es peligroso”.

Al recordar sus palabras el ex oficial sentenció:

—“Ella me cuidó ahí”.

Los traslados de oficiales jóvenes a puestos fronterizos, aunque eran rutinarios por orden del tirano Trujillo para

que sus nuevos oficiales se familiarizaran con la frontera dominico-haitiana y conocieran la vida precaria de cuartel alejados de lugares de mejores condiciones de vida, también se realizaban abusiva y antojadizamente como castigo por faltas reales o supuestas.

El exoficial García Duval radiografió la concepción de castigo que implicaba el envío de determinados oficiales a la frontera por supuestas o reales faltas:

“Estaba de castigo Piqui Vicioso (...) Estaba de castigo un piloto, Julito Sánchez Tejeda, que había chocado un hangar, había matado unos guardias y lo mandaron de castigo para Jimaní. Estaba de castigo el Dr. Hernando Ramírez, que le echó unas gotas de los oídos en los ojos a Ramfis, le abimbó un ojo y lo mandaron para allá (...) “Estaba Franklin Díaz, de la Marina, de castigo”.

Estos y muchos otros casos son contrapuestos a quienes han afirmado que los traslados caprichosos de Jean Awad a Jimaní y a Restauración no fueron a modo de castigo ya que formaban parte de la rutina cuartelaria trujillista al tenor de la citada disposición del tirano.

En otro orden, García Duval y su esposa y Jean Awad continuaron tratándose de vez en vez al ser trasladados a la capital luego de la muerte de Pilar Báez. García Duval recuerda haber sido testigo de uno de los encuentros furtivos de Angelita y Jean Awad. “Los vi a Jean y a ella (en el Malecón de Santo Domingo) en el Pontiac blanco y negro. Ya Pilar había muerto”.

“Angelita andaba como disfrazada. (...) Yo digo que toda esa gente, toditos (los Trujillo) son (eran) unos sinverguenzas”.

García Duval llegó entonces a la conclusión de que su amigo Awad había cedido a la seducción y dejado de lado su instinto de supervivencia, por lo que él optó por aceptar las advertencias de su esposa respecto a los grandes riesgos de permanecer de algún modo vinculado al drama del cual era previsible un posible desenlace trágico.

Factores confluientes en la muerte de Jean

Las secuencias de los antecedentes y del asesinato de Jean Awad fueron escritos por la vida real a modo de crónica en suspenso muy parecida a la *Crónica de una muerte anunciada*, de Gabriel García Márquez, la que inicia así: “El día en que lo iban a matar, Santiago Nasar se levantó a las 5:30 de la mañana para esperar el buque en que llegaba el obispo”. La del caso de Jean Awad iniciaría así: “El día en que lo iban a matar, Jean Awad Canaán se levantó a las 4:45 de la madrugada para ir a San Juan de la Maguana a buscar a un pelotero amateur”.

A diferencia de Santiago Nasar, que no reconoció presagio alguno antes de su suerte fatal, el segundo teniente Jean Awad tuvo a mediados de 1960 la intuición reveladora de su muerte, a la que solo faltaban el cuándo y cómo. A sabiendas de que caminaba al borde del abismo enjabonado de su involucramiento en una conspiración para matar al tirano Trujillo y del acoso amoroso sexual de la engreída posesiva Angelita Trujillo, y movido entonces por la idea fija en su cerebro de que lo iban a matar, el martes 28 de junio le entregó a su exsuegra

Aída Perelló de Báez¹ una fotografía que le dedicara a su hija Pilarcita, de cinco meses –menos ocho días– de edad, en la que aparecía de medio cuerpo con camisa verde olivo, sus insignias de la AMD y de segundo teniente, y casco protector militar al estilo alemán, y le dijo, con el aire fatalista de quien se sabía acorralado y en situación de muerte inminente:

—“Mamá Aída –como llamaba de cariño a su ex suegra–, yo quiero que usted le entregue esta foto a mi hija cuando crezca porque yo sé que mi hija no me va a conocer”.²

Doña Aída le habría reprochado que se expresara de ese modo fatalista, y leyó para sí la dedicatoria en caligrafía estilo palmer:

“Para mi querida hija, con todo el amor de quien tanto la quiere. Jean. 28-6/60”.

Días después Jean Awad, con resignación mayúscula, se lamentaría ante su ex suegro Miguel Ángel Báez Díaz:

—“Mi vida no vale un centavo”.³

Cariacontecido, Báez Díaz le recomendó la única salida plausible:

—Lo mejor será que te asiles en una embajada de un país de gobierno confiable.

Pero Jean Awad adujo:

—No, no puedo. ¿Y qué sería de su suerte y de la de mi familia?

1. La expresión “su exsuegra” es en razón de que su esposa Pilar Báez, hija de aquella, había muerto el 6 de febrero.
2. Esta cita del documento de Pilar Awad Báez ha sido atestiguada también por sus tíos maternos Nelson, Mayra y Tania Báez Perelló.
3. Cita extraída del documento de Pilar Awad Báez.

En ocasiones en que se le elevaba el estado de ánimo juvenil adoptaba una actitud de posible respuesta confrontacional a cualquier posibilidad de ser agredido. Cuando algún familiar o amigo le aconsejaba que tuviera “mucho cuidado”, le hacía saber que se defendería:

—No te preocupes, soy un buen tirador, seré más rápido que el que intente tirarme.

De todas maneras, una semana antes de su infortunio fue al cementerio de la avenida Tiradentes, hoy avenida Máximo Gómez, y ordenó a obreros de allí que le hicieran un nicho al lado del de su esposa.⁴

El asesinato de Jean Awad, largamente planificado, fue la culminación de una panoplia impresionante de factores que le succionaron la vida. Al detonante inicial de los justificados celos del coronel León Estévez se conjuntaron en detrimento de Jean Awad la atmósfera sociopolítica letal de los años 59-60, la subsecuente paranoia de Ramfis extendida a sus oficiales de la intimidad en la Base Aérea de San Isidro, la galopante conspiración magnicida en que se involucró militantemente, que desembocaría en la muerte del tirano Trujillo, su confianza en ciertos compañeros militares derivada de un alma sin malicia y su condición de exyerno de Báez Díaz.

4. Efectivamente, sería sepultado allí, adjunto a su esposa, el 1 de diciembre de 1960, al día siguiente de su asesinato. En su libro *Si la mar fuera de tinta*, Mayra Báez de Jiménez rememora en la página 285 una visita suya a sus tumbas en el cementerio de la hoy Máximo Gómez: “Fue muy impactante cuando al llegar allí observé la lápida de mármol blanco con la inscripción en letras doradas del nombre de Jean al lado de la que llevaba el nombre de Pilar. Ambas llevaban una cruz junto a sus nombres”.

El pensamiento y la conducta del segundo teniente Jean Awad eran monitoreados por la inteligencia militar desde antes de que su esposa muriera de una hemorragia inducida al momento de dar a luz a Pilar Awad Báez; y en las últimas semanas su cerco invisible se había estrechado en razón del rumor persistente sobre sus relaciones íntimas con Angelita, la “niña mimada” de los esposos Trujillo Martínez,⁵ por su relación fraternal con Antonio de la Maza, ciertas expresiones críticas dejadas caer aquí y allá entre oficiales amigos⁶ y la relación amistosa –mantenida a través de allegados– de su ex yerno Báez Díaz con el muy activo exiliado político Homero Hernández Almánzar, quien el 8 de julio de 1959 había renunciado como embajador dominicano en Quito, Ecuador, y se había declarado exiliado en protesta por el exterminio de casi 200 expedicionarios antitrujillistas en junio de 1959, entre estos Rafael Guillermo Sánchez Sanlley, hermano de su esposa.

Valga observar que contra la posible aventura de interpretar que en su caso podría haberse suscitado una conjura de las apariencias coincidentes, obra el hecho cierto de que los numerosos indicios y huellas ya consignados y los siguientes

5. La noche del 25 de noviembre, en la fiesta de cumpleaños del señor Báez Díaz –nacido el 25 de noviembre de 1912–, este encaró a Jean Awad acerca de un comentario llegado a sus oídos de que tenía relaciones íntimas con Angelita, lo que él le negó.
6. El autor conversó con varios oficiales excompañeros del segundo teniente Awad Canaán, quienes confirmaron expresiones suyas de solapado disgusto por la situación crítica reinante en el país. Uno de ellos recordó que en una ocasión él le dijo sin tapujos que el gobierno de Trujillo era “un régimen cerrado” como el comunista.

convergen en el develamiento de un encubrimiento criminal herrumbroso.

Los traslados de Jean Awad a Jimaní y a Restauración fueron dispuestos como parte del sistema operativo criminal trujillista de alejar de su entorno al militar que se proponían asesinar mediante la simulación de un accidente automovilístico. El traslado a Restauración constituyó una confirmación mayúscula de ese propósito, pero por razones que se ignoran, aunque son presumibles, la orden final de la ejecución de su asesinato flotó en la atmósfera de un limbo por poco más de un año.

De todas maneras, el traslado a Restauración, luego de las palabras amenazantes del coronel León Estévez de “desaparecerlos del mapa”, y el posterior estado de embarazo de Pilar Báez, fueron propicios para la urdimbre criminal contra esta porque estimularon la idea de que el destierro fronterizo y sus consiguientes penurias y sus viajes frecuentes –factores de tercer y cuarto grados de riesgo real– serían las causas de su muerte por hemorragia.

Una vez ejecutado el de la esposa, el proyectado asesinato de Jean Awad tenía que distanciarse en el tiempo del de Pilar Báez y ejecutarse con precisión técnica criminal a fin de evitar que las dudas anublaran a Angelita y su entorno de amigas y, aunque mínimamente, el propio entorno palaciego de la bestia Trujillo, ya que Báez Díaz, expadre político de aquel, era de sus allegados. Valga decir que, como en el caso anterior, la historia habría de desarrollarse en los planos superpuestos del mundo real y del submundo criminal trujillistas a la vez.

La oficialidad trujillista que pisaba zonas conflictivas del poder omnímodo sabía que de un momento a otro podría entrar en riesgo de muerte inminente. Las razones eran explícitas y harto conocidas: la negativa a participar en un “servicio especial” de corte criminal y hasta la participación efectiva en alguno de trascendencia. Podrían conllevar en ambos casos la muerte de los seleccionados como parte del lavado de la sangre derramada mediante la eliminación de testigos que luego del hecho pudieran incurrir en indiscreciones.

Los traslados con fines criminales y los posteriores accidentes pretextados, los accidentes simulados y los provocados, conectados a traslados previos o no, competían en el submundo aberrante del trujillismo. Al mayor general Arturo R. Espailat, quien conocía al dedillo ese sistema de dar muerte, involucrado en el secuestro y asesinato del profesor vasco Jesús de Galíndez, el tirano Trujillo lo destituyó de la Dirección del Departamento de Seguridad y lo trasladó a la dotación militar de La Vega. “El 1 de noviembre de 1957, Trujillo dispuso intempestivamente su traslado a la ciudad de La Vega. Espailat sabía perfectamente lo que significaba esa orden, e hizo cuanto estuvo a su alcance para eludirla”, cuenta el doctor Balaguer en la página 308 de su obra *La palabra encadenada*. El experimentado militar apeló a Negro Trujillo, hermano del tirano, y “logró que fuera temporalmente revocada”.

Ana Viera, concubina de Jesús de Galíndez, y probablemente sonsacada como informante trujillista, resultó muerta en un “accidente automovilístico” a pesar de que no sabía conducir vehículos de motor.

Cuando a finales de 1960 el segundo teniente De Castro Beras supo de su traslado a Puerto Plata –luego de solicitarle cara a cara al tirano que lo relevara de los cursillos para “operaciones especiales” que impartía el teniente coronel Abbes García a un grupo de oficiales– “pensé que se trataba de un gancho y me negué rotundamente a ello y que mejor prefería irme para mi casa”, siendo puesto en retiro en abril de 1961.

El 18 de agosto de 1960, un hermano de Aída y de Altagracia Rúa, esposa y viuda, respectivamente, de Antonio de la Maza y del asesinado piloto Tavito de la Maza, murió en un “accidente automovilístico”, o supuesto o provocado, meses después de que el padre de ellos, el ciudadano español Miguel Rúa, se asilara en una embajada al saber que era vigilado por el SIM y luego accediera a acogerse a las garantías que le ofreciera esa vez el tirano.⁷

En las redes de la orgía de crímenes “simulados” quedaron atrapados allegados y miembros de los servicios de re-

7. Bernard Diederich relata en la pág. 22 de su libro *La muerte del dictador* que “en Ciudad Trujillo, al día siguiente del funeral, el suegro de Tavito, Antonio Rúa, vio a dos policías en traje de civil acercarse a su casa. Escapando por la cerca del patio, llegó a detener un taxi que pasaba, en el cual llegó a la Embajada de Estados Unidos” “Rogó que le dieran asilo, temeroso de que fuera a convertirse en otra víctima como su yerno. Stephens –encargado de la estación de la CIA en la embajada. L.C.– le explicó que Estados Unidos no tenía la facultad de otorgarle asilo político, pero le permitió quedarse en la embajada por dos días”. Luego lo llevó a la Embajada de España, donde lo exhortaron a salir del país, pero él, bajo garantías, accedió a salir de allí. Diederich añade que “ocho meses después lo mataron en un accidente simulado”.

presión que habrían incurrido en “faltas graves”. Fredy González o Fredy Fernández –usaba ambos nombres, aunque era más conocido como “La Iguana”–, casado con Cristina (Tintina) Abbes García, hermana del afamado jefe del SIM, fue muerto y luego se simuló un accidente automovilístico en el malecón. Abbes García mató a su cuñado porque, borracho, había contado en alta voz cómo él habría asesinado a un tal “Mallén”, antitrujillista de San Pedro de Macorís. “La Iguana” devengaba \$400 pesos mensuales en el SIM, uno de los salarios más elevados, en su calidad de cabeza de las “Brigadas Políticas y Sociales”, según una nómina del SIM publicada por *El Caribe* el 15 de mayo de 1962.

El más conocido y condenado hecho de sangre del tramo final de la Era de la Tiranía de Trujillo, el cuádruple asesinato de las hermanas Mirabal y el chofer Rufino de la Cruz, fue anunciado como un accidente automovilístico: después de asesinados, se les puso dentro del jeep que ocuparan momentos antes y fue empujado hacia un abismo en la sección Río Arriba, de Puerto Plata, la prima noche del 25 de noviembre.

Precisamente, ese mismo día habría sido asesinado en el centro de torturas del kilómetro 9 Aldo D’Alessandro Tavárez, de 18 años de edad, hermano de Yuyo D’Alessandro, quien desde semanas atrás denunciaba al régimen trujillista en organismos y foros internacionales. El joven Aldo había sido condenado a seis meses de prisión el 13 de octubre, un mes y 12 días antes de su asesinato.

Y la muerte de Jean Awad acontecería cinco días después, el 30 de noviembre, como parte de la cadena de asesinatos

que acontecieron mediante el “método de la decantación” que, según un conocedor de la operatividad de la inteligencia trujillista, estaban indiciados en un marco de acciones para “limpiar el terreno” de “desafectos” y de proclives a serlo o de cercanos a estos a modo de advertencia y prevención, en un período corto y en provecho de alguna coyuntura adecuada.

En Restauración “las condiciones ambientales y de vida eran desastrosas sobre todo para una joven embarazada” –le relató doña Aída Perelló de Báez a su hija Mayra, hoy de Jiménez– (...) “en la pequeña casa que les tocó vivir en Restauración no tenían ni luz eléctrica por lo que Antonio de la Maza y su esposa Aída, que vivían muy cerca, les facilitaron electricidad para iluminar una habitación de la casa y les proporcionaban compañía”.⁸

La solidaridad de De la Maza con Jean Awad y su esposa Pilar Báez era cónsona con su temperamento y su conducta vocativa en favor de cualquier militar que necesitara de su auxilio. Entre otros casos, viene a cuento lo narrado por De Castro Beras con ocasión de haber sido enviado a la frontera, a Pedro Santana, poco después de graduarse de segundo teniente en la academia militar. El camión militar en que viajaba se descompuso en el cruce de Esperanza y “se detuvo un auto privado en el que iba un señor muy atento y caballeroso, quien enseguida nos ofreció ayudarnos en lo que él pudiera”.⁹ El “cabo chofer del camión” se lo presentó como Antonio de la Maza, un exoficial del Ejército, “y se dirigía,

8. Báez de Jiménez, *Si la mar...*, p. 283.

9. Pantolín de Castro Beras, *Trujillo y mis vivencias*, pp. 28-83

precisamente, a Loma de Cabrera, donde tenía un aserradero y otros negocios”. De la Maza lo llevó hasta allá “y el otro día me dirigí a Pedro Santana”.

Jean Awad y De la Maza amistarón e intimaron. Además de la empatía personal y la solidaridad, influyó en la relación el hecho de que De la Maza era amigo cercano de varios de los Díaz, principalmente de Modesto Díaz, y, desde poco antes de la expedición armada de exiliados antitrujillistas de junio de 1959, del general Juan Tomás Díaz, ambos primos hermanos de don Miguel Ángel Báez Díaz,¹⁰ para entonces suegro de Jean Awad, quien, quebrado su “equilibrio homeostático”,¹¹ aislado en la región fronteriza –“Él estaba sometido a una terrible presión psicológica”, rememoraría Mayra Báez de Jiménez,¹²– desarrolló un síndrome de reacción defensiva que se manifestaba con expresiones críticas veladas al sistema político imperante que poco a poco haría surgir en él el gusanillo de la conspiración como único recurso posible de salida a su situación.¹³

10. (. . .) “como todos lo saben nos tratamos como hermanos”, habría declarado Báez Díaz sobre su relación con el general Juan Tomás Díaz, al fiscal Teodoro Tejeda el 12 de junio de 1961, según el Acta, Folio 53, durante los interrogatorios sobre el ajusticiamiento del tirano.

11. Se entiende en sociología por “equilibrio homeostático” el desenvolvimiento del individuo en su “medio-por-adaptación”, esto es, el equilibrio entre él y su medio, influyéndose. Los cambios de un desierto fronterizo impuesto a Pilar y Jean constituyeron una ruptura generadora de tensiones mayúsculas.

12. Báez de Jiménez, *Si la mar...*, p. 284.

13. Desde años antes Jean Awad había cobrado conciencia de las características represivas del trujillismo. Tuvo la ocasión de asistir a la

En aquellas condiciones de aislamiento, aliviado por las solidaridades de doña Aída y De la Maza –quien desde principios de 1959 se había propuesto matar por sí al tirano Trujillo– tomó cuerpo final la idea que debía conjuntarlos en esos propósitos. “Durante el desempeño de sus funciones como oficial destinado en Restauración, Awad Canaán, quizás en provecho de las especiales condiciones de la frontera –recordaría Eduardo Antonio García Vásquez–, aislado de toda relación social, pasaba largas horas en casa de De la Maza y, allí, vinieron las confidencias”.

Aunque García Vásquez no consignó en sus memorias los detalles de “las confidencias”, la expresión hace saber que ambos se habrían transmitido importantes incidencias personales, políticas y militares alrededor de sus vidas, que son las mismas que conocemos hoy día sobre las presiones malévolas a Jean Awad y a su esposa Pilar, y el asesinato, haciéndolo pasar como un suicidio por ahorcamiento con una soga, del hermano de Antonio, el piloto Tavito de la Maza, y dejado su cadáver, cual “regalo” cruel, en la madrugada del 6 de enero, Día de Reyes, en el exterior de la entrada de la casa luego de despertar a la esposa con golpes fuertes en el marco de metal de la ventana de su habitación, y decirle: “Venga señora, tenemos un cadáver para usted”.¹⁴

ceremonia del matrimonio de sus amigos María Teresa Mirabal y Leandro Guzmán, el 3 de marzo de 1958, tres meses antes de él contraer matrimonio con Pilar Báez en la capilla San Rafael, del Palacio Nacional y desarrollarse la ceremonia en la casa de Angelita Trujillo.

14. Diederich, *La muerte...*, p. 18.

Habían quedado concertados en un mismo propósito aunque Jean Awad tenía la seria limitación de su confinamiento en Restauración... pero la muerte de su esposa, el 6 de febrero, y su traslado a la Base Aérea de San Isidro, desataron el nudo de la inacción en los momentos precisos en que De la Maza hacía esfuerzos frenéticos por encontrar una vía apropiada para llegar al magnicidio glorioso.

En sus memorias, García Vásquez dice que “en los meses finales del año 1960 conocía solo como participantes en el complot” para matar al tirano a Antonio de la Maza y a tres de sus hermanos, a Miguel Ángel Báez Díaz y al general Juan Tomás Díaz. La expresión en español dominicano “meses finales del año 1960” señala implícitamente los meses de octubre, noviembre y diciembre, de donde habría que concluir en que desde poco antes de esos “meses finales”, digamos que para agosto y septiembre, esos señores estaban en la urdimbre conspirativa magnicida. Entonces, la participación activa de Jean Awad, asociado a ellos, habría que presumirla para el mes de septiembre, con un climax de octubre a noviembre, habiendo sustraído él una ametralladora y una pistola 45 del depósito de la Base de la Aviación Militar Dominicana (AMD) para que varios emboscados mataran al tirano.

“Un día De la Maza me llamó –cuenta García Vásquez– y me dijo: “Hay que punchar al viejo Juan Tomás. He estado hablando con Jean Awad Canaán –oficial de la Aviación Militar Dominicana, quien había vivido en Restauración– y por ese lado sí creo que cuajará este negocio”.¹⁵

15. García Vásquez, “Notas sobre el 30 de mayo de 1961”. Revista *Ecos* (Año 6, No. 7, 1999), p. 67.

(...) “Esta circunstancia impulsó a De la Maza a presionar a Juan Tomás Díaz. A tanto llegó esta presión, que Juan Tomás, exhausto le dijo: “Ustedes piensan que son los únicos que están detrás del hombre. Ahí tiene Modesto, mi hermano, dos muchachos –Huáscar Tejeda y Roberto Pastoriza–, ambos ingenieros que están dispuestos a todo”.

(...) “Luego de la muerte de la señora Canaán, o sea, de Pilar Baez Díaz, aquel quedó prestando servicios en la Fuerza Aérea Dominicana (FAD), a la que habría sido trasladado. Fue cuando llevó una ametralladora a la casa de Báez Díaz y entregó una pistola calibre 45 a Antonio de la Maza”.¹⁶

Según el plan, el tirano Trujillo sería asesinado con esas armas desde el baúl de una Station Wagon, o “piscorre”, de García Vásquez, cuando visitara a su amante Mony Sánchez en una casa de la antigua calle Presidente Gefrard, hoy Winston Churchill. (...) “un plan en el que se debía de usar mi vehículo Opel Caravan por la comodidad que para los propósitos y uso de las armas significaba el hecho de poderse abrir su compuerta posterior, dejando un ángulo de tiro perfecto”.

Pero poco después, el 30 de noviembre, Awad Canaán murió “en un accidente”. “La muerte de Awad Canaán echó por tierra” el plan magnicida. (...) “Temerosos de que se tratara de un develamiento quedamos quietos por algunos días. Por cierto que se presentó una difícil situación para la devolución de la ametralladora, que al fin fue superada”.¹⁷

16. *Ibíd.*, p. 68.

17. *Ibídem.*

El profesor, periodista y escritor Diógenes Céspedes publicó en la sección “Areíto”, del periódico *Hoy*, sendos artículos los sábados 16 y 30 de junio de 2012 sobre las incidencias del caso de Jean Awad llegando a la conclusión de que desde tiempo atrás “se sabía hombre muerto” y que su muerte “sirvió de advertencia”. (...) “Pero de que esa muerte, accidental o no, iba a suceder, júrelo usted”. Al rebatir la especie de su muerte fortuita resaltó que durante la tiranía “todo era secreto, ultrasecreto, la razón de Estado y la razón política lo pautaban todo: la vida pública y la vida privada. Hoy todo lo que sucedió de denigrante en la era de Trujillo está sepultado en el silencio”.

(...) “Para concluir, no todo está dicho sobre lo político en el caso de Jean Awad Canaán. El testimonio de Antonio García Vásquez (...) sobre la conspiración del 30 de mayo para eliminar a Trujillo es clave con respecto a las figuras de Miguel Ángel Báez Díaz y Jean Awad. Y este testimonio no lo veo como manipulación, pues fue escrito en 1963 en Madrid, alejado de las presiones de Santo Domingo”.¹⁸ (...)

18. “El libro de Naya Despradel: los Awad-Báez”, suplemento “Areíto”, periódico *Hoy*, sábado 16 de junio de 2012, p. 5; “Problemas de método en el libro de Naya Despradel”, suplemento “Areíto”, periódico *Hoy*, sábado 30 de junio de 2012, p. 5.

Miguel Ángel Báez Díaz

Son numerosos los testimonios y referencias sobre la conducta militante de Miguel Ángel Báez Díaz en la conspiración para eliminar al tirano Trujillo Molina. Desde cinco años antes del histórico 30 de mayo de 1961, había dado notaciones de su rechazo a los extendidos perfiles negativos del régimen trujillista del que formaba parte; de modo que al 6 de febrero de 1960, cuando el asesinato inducido de su hija Pilar, “había abominado del régimen de terror implantado por Trujillo”, según refirió en un artículo periodístico su amigo Germán Medrano, en el que lo calificó de persona “de integridad, entereza personal y patriotismo”.

Fue pieza clave el martes 30 de mayo, al tenor de su accionar imparable desde horas de la tarde hasta minutos antes del ajusticiamiento del tirano, a eso de las 10 y 30 de la noche. Sin embargo, la percepción imperante es la de que el valiente teniente Amado García Guerrero se constituyó en la pieza clave aquel día en que él y Antonio de la Maza iniciaron, respectivamente, a fuego de ametralladora y de escopeta el

atentado contra el tirano Trujillo y su chofer, capitán Zacarías de la Cruz.

La primera información sobre el viaje de Trujillo a la Hacienda Fundación ese martes en vez del miércoles la comunicó Báez Díaz luego de las 5 de la tarde a Antonio de la Maza al enterarse por Virgilio Álvarez Pina, don Cucho, quien había almorzado en el Palacio Nacional con Trujillo, Balaguer, Paino Pichardo, el norteamericano Simón Gitleman y su esposa.¹

El español Miguel Ángel Bissié, quien tenía la custodia de las armas a emplearse en el magnicidio, reveló en sus memorias que “alrededor de las 5:30 de la tarde fue que Miguel Ángel Báez Díaz se comunicó con Antonio de la Maza y le puso al corriente de la posible salida de Trujillo al campo” (...).

—“El ingeniero de quien te hablé va a ir esta noche a hablarte sobre la madera”² –le dijo telefónicamente en códigos acordados a De la Maza.

Según se ha dicho y publicado De la Maza decidió más adelante comunicarse con el teniente García Guerrero para confirmar la información.

Bissié afirma que (...) “esa primera noticia de Miguel Ángel Báez Díaz fue lo que indudablemente obligó a que se

1. Álvarez Pina revela en la página 159 de su libro de memorias *La Era de Trujillo. Narraciones de don Cucho* los pormenores de su relación de tú a tú con el tirano el último día de su vida, e informa de los concurrentes al almuerzo aunque sin dar detalles de lo que se habló allí.
2. García Vásquez, “Notas...”, p. 116. También dijo que “Todo esto lo comentó De la Maza conmigo jocosamente, en más de una ocasión”.

tuviera que confirmar con el teniente García Guerrero la rara salida del tirano, la noche del martes en vez del miércoles”.³

De su parte, Pantolín de Castro Beras, amigo y excompañero del teniente García Guerrero en el Cuerpo de Ayudantes Militares, precisó en sus memorias que habría sido a eso de las 8 de la noche cuando aquel “llamó al Cuerpo de Ayudantes Militares y se comunicó con el oficial del día que lo era el teniente Rubiera para preguntarle de qué color había salido vestido el jefe. El teniente Rubiera le contestó que con el traje verde olivo militar. Esa era la información clave que él necesitaba, pues todos sabíamos que con ese traje era que él acostumbraba a ir a su hacienda Fundación y La Caoba”.⁴

Ya en horas de la noche, después de partir el tirano de la avenida George Washington con el secretario de las Fuerzas Armadas, general Pupo Román, hacia la Base Aérea de San Isidro, Báez Díaz se apartó del grupo de cortesanos que lo acompañaba y fue donde los emboscados a informarles del retraso y reconfirmarles que efectivamente aquel iría a su finca de San Cristóbal; y, más tarde, al ver que el tirano había retornado e ido a la casa de su hija Angelita volvió adonde los emboscados, quienes ya estaban desesperados, y les informó el motivo del segundo retraso.

3. Miguel Ángel Bissié, “Mis memorias sobre el ajusticiamiento de Trujillo, el 30 de mayo de 1961”. Revista *Ecos* (Año 6, No. 7, 1999), p. 104.
4. Beras, *Mis vivencias...*, pp. 248-249. También informó en la pág. 247 que Trujillo, luego de negarle a García Guerrero permiso para casarse con una “desafecta” en “3^{er}. grado”, ordenó que lo trasladaran del Cuerpo de Ayudantes Militares, pero debido a gestiones del teniente lo mantuvieron allí “fuera de la vista del Jefe”.

“Efectivamente, y confirmándose los avisos de Miguel Ángel Báez Díaz, poco después el teniente García Guerrero alcanzó a ver el vehículo de Trujillo y puso en alerta a sus compañeros”, precisó García Vásquez en la página 117 de sus memorias.

Una de las interpretaciones erróneas acerca de su papel ha sido la de que él y Pupo Román fueron los más torturados al considerarlos traidores principales por el trato especial que el tirano Trujillo les había dispensado. Pero no. Otros conjurados, apresados y torturados, como Modesto Díaz, habían recibido distinciones iguales o mayores. A la luz de los hechos conocidos, el papel jugado por Báez Díaz fue de suyo determinante para que se consumara el tiranicidio aquella noche, por lo que su tozudo activismo hay que asumirlo como la causa edificiente inmediata de que se ensañaran contra él y su hijo Miguel Ángel Báez Perelló (Miguelín) y de que murieran primero que los otros.

“Llegamos al momento en que los conjurados partieron para escribir con desprecios de sus vidas, una de las páginas más gloriosas de la historia dominicana” –rememoraría García Vásquez.

“Estando a la espera del automóvil de Trujillo, el grupo (De la Maza, Imbert, el teniente García Guerrero y Estrella Sadhalá) estaba a punto de marcharse cuando llegó Miguel Ángel Báez Díaz y les comunicó que el tirano no tardaría en llegar”

“En realidad Miguel Ángel Báez fue dos veces; una en su automóvil oficial, con su chofer al volante, después de la partida de Trujillo de la avenida Washington, para darles la

seguridad de que el “hombre” viajaría esa noche; y la segunda, manejando él mismo un Volkswagen de su hijo Miguelín, cuando ya los conjurados estaban sumamente impacientes, mientras el tirano había ido donde su hija Angelita, de la cual acostumbraba despedirse antes de emprender viaje. Todo ello lo sé por habérmelo narrado Salvador Estrella Sadhalá en la celda de nuestra prisión en “El 9”.⁵

Su comportamiento de aquel día se correspondía con una conducta ejercitada por él de extremo riesgo personal en aras del ideal procurado. En medio de una sistemática represión iniciada desde las expediciones armadas de junio de 1959 por Constanza, Maimón y Estero Hondo y sustentada por un espionaje eficaz que procuraba prever conspiraciones y desertiones futuras de allegados y compromisarios, Báez Díaz concertó una entrevista con el exiliado Homero Hernández Almánzar, sometido a vigilancia y seguimiento por los responsables del espionaje trujillista en Nueva York. Habiendo viajado a Estados Unidos para “chequeos médicos”, hizo contacto con el exiliado Hernández Armánzar en momentos en que este realizaba una labor de zapa eficaz al confrontar a la tiranía públicamente.

“Miguel Ángel, al hacer contacto contigo por mediación del doctor José Amado Rodríguez (a) Chepín –precisa Tomás Báez Díaz, hermano de Miguel Ángel, en una carta a Homero Hernández luego de la caída de la tiranía⁶– “por

5. García Vásquez, “Notas...”, p. 116.

6. Carta del 27 de agosto de 1981, reproducida en las páginas 104-108 de *La muerte de Trujillo y los papeles de Ramfis Trujillo*, por Emilio Rodríguez Demorizi.

una lógica precaución se mudó al hotel la noche de la entrevista y (...) Pablo Espaillat te acompañó hasta la puerta del hotel esperándote ansiosamente, porque la entrevista se alargó mucho”.

Y refiere una carta de Báez Díaz a Manuel de Jesús Santana (Lico) (...) “casado con nuestra prima Josefina Báez” y le narró lo que sucedía aquí y lo herido que estaba con Trujillo por sus “vejámenes” (...) “aún a las personas que decía proteger”.

“Casi estoy seguro que en la entrevista tú le informaste a Miguel Ángel el asesinato de Jean Awad Canaán, casado con su hija Pilarcita. Creo que sí”.

Probablemente, Hernández Armánzar se enteró del asesinato de Jean Awad al día siguiente, luego de publicada la noticia en los diarios dominicanos y difundida por la radio hispana newyorkina. Podría deducirse, entonces, que la reunión se habría efectuado el jueves uno de diciembre.

La inteligencia trujillista debió haber detectado cuando menos el lunes 28 de noviembre la proyectada reunión del jueves 1 de diciembre, si fuéramos a asumir que el asesinato, decidido meses antes, habría sido ordenado a la luz de esta coyuntura, lo que conllevaba una seria advertencia a Báez Díaz, a quien tal vez el desconfiado e intuitivo criminal Trujillo habría hecho auscultar, como a otros de su íntima cercanía.

A fin de que no hubiera lugar a dudas y cónsono con el temor difuso, cuando Báez Díaz regresó al país se le hizo saber que sus bonos estaban peligrosamente bajos: le requisaron el equipaje con minuciosidad.

“Existe un dato revelador de la situación que mi hermano vivía, pues me relató el licenciado Emilio Rodríguez Demorizi, que en esa oportunidad don Emilio y Miguel Ángel regresaron en el mismo avión desde Nueva York, y que los inspectores de Aduanas, sometieron su equipaje a un examen humillante, situación que reflejó en su rostro”.⁷

Hernández Armánzar, muy vinculado al Movimiento de Liberación Dominicana en Nueva York encabezado por Alfonso Canto, estaba conciente de la estrecha vigilancia a su derredor. Mediante códigos recibía mensajes del general Juan Tomás Díaz y de Modesto Díaz. “Hernández Armánzar sabía que era espionado por calieses al servicio de Trujillo, citándose entre ellos a dos excoroneles del régimen de Fulgencio Batista, de Cuba”, según le declaró al periodista Manuel de Jesús Javier, cuya entrevista publicó el 31 de marzo de 1983 en el diario *El Nacional* y que luego reprodujo en su libro *Mis 20 años en el Palacio Nacional junto a Trujillo*.⁸

7. *Ibíd.*, p. 107.

8. Ver páginas 450 y siguientes de la obra citada.

“El Tigre de Bonao”

El poeta y periodista Juan José Ayuso se hizo eco el sábado 19 de junio de 2010 en su columna “Al Día” del diario vespertino *El Nacional*, de una revelación del productor y comentarista del programa de televisión “Revista 110”, Julio Hazim, de que había recibido la confidencia “de un antiguo oficial del SIM de que, por orden del coronel Luis José León Estévez, había dirigido el asesinato del teniente Awad Canaán”.

La revelación del ex oficial y ex “profesional de la lucha libre”, Francisco A. Pérez, o Hugo del Villar, conocido popularmente como “El Tigre de Bonao”, fue descartada por Naya Despradel en su obra sobre las muertes de Jean Awad y Pilar Báez, y por el coronel retirado Sención Silverio en una carta al periódico *Hoy* en respuesta al periodista Ayuso, y en el coloquio del AGN a principios de 2011. Despradel conceptúa y presenta al “Tigre de Bonao” como delincuente vulgar, y Sención Silverio se lamentó de que atencionaran la versión de un descalificado moral en desmedro suyo, de él, un digno oficial constitucionalista.

Despradel dice en la página 146 que “con referencia a este personaje, hemos visto que era un delincuente, además de calié, y que muy bien pudo haber cometido la acción de asesinar a Awad, como ha sido él mismo el encargado de pregonar.” (...) “El único problema es que nadie ha podido establecer su presencia ni en Padre Las Casas ni en el vehículo accidentado”.

Su calificación de que “era un delincuente” se apoya en una fotografía en la que aparece el “Tigre de Bonaó” y otros dos, reproducida en la página 145, en cuyo pie se lee: “Francisco A. Pérez, alias “El Tigre de Bonaó” (el primero de la derecha) acusado de sustraer el carro público 3070, acompañado de Sergio Rodríguez, alias “La Mamota”, al centro, y de Francisco Salazar Rodríguez, a la izquierda”.¹ Despradel hace constar también su prontuario luego de la tiranía trujillista; a saber, su detención para ser investigado por el atentado a tiros al general Antonio Imbert Barrera el martes santo 21 de marzo de 1967, y que días después él y los demás sospechosos fueron libertados sin cargos; que en 1975 fue sometido a la justicia por introducir al país 310,000 dólares falsificados y que a finales de enero de 1977 resultó herido al intentar asesinar al papá de su esposa en Bonaó.

En dos de esas ocasiones –al igual de cuando lo presentaron a la prensa por el robo del vehículo público– fue identificado como Francisco A. Pérez, pero prefería usar con cierto timbre de orgullo el nombre Hugo del Villar, porque él era “hijo de sangre” de Hugo Bienvenido del Villar, “Bebecito del

1. *El Caribe*. 18 de diciembre de 1956, p. 3.

Villar”, denominación hoy de un estadio de beisbol en Bonaó, estrella nacional del beisbol amateur, admirado, respetado y querido de la fanaticada beisbolística de los años 40, quien murió en un accidente de aviación cuando el futuro pancrasista y calié era un adolescente. Criado desde principios de los años 30 por Francisco Pérez, la segunda pareja de su madre, al él usar “Hugo del Villar” recordaba a su “papá de sangre”, a quien se le llamó “El Zurdo de Bonaó”, en alusión a su picheo efectivo con la zurda y a su condición de nativo de Bonaó. El comentarista deportivo, o más bien “enciclopedia deportiva” Cuqui Córdova, al elogiar en su sección deportiva de la Revista *Ahora* del 3 de octubre de 1977 al pasado luchador “El Tigre de Bonaó”, refirió que era hijo “de aquel recordado lanzador zurdo que murió en la tragedia de Río Verde (11 de enero de 1948), Bebecito del Villar”.² “El Tigre de Bonaó”, nacido en Bonaó, fue figura estelar de la lucha libre, habiendo sido escogido “El Luchador de 1952” por la Asociación Nacional de Cronistas Deportivos. El periodista Córdova informó que en Haití, donde vivió por varios años, había librado seis encuentros: ganó cuatro, empató uno y perdió uno.

2. La tragedia de Río Verde aconteció el 13 de enero de 1948 cuando en aquel lugar de Yamasá murieron los 29 integrantes del equipo nacional de beisbol “Santiago”, al caer el avión en el que retornaban a Santiago desde Barahona, donde habían jugado frente al equipo Estrellas del Sur.

El escritor Fernando Infante cita al “Tigre de Bonao” en la página 72 de su obra *Los viejos días. Nostalgias*, al hacer una relación de los “muy buenos pancrasistas criollos, como “El Tigre de Bonao”, “El Pirata”, “El Cacique”, “El Rayo” y muchos más”.

Infante fue administrador de la Compañía Dominicana de Aviación (CDA). Cuando viajó en 1968 a Haití a reabrir la ruta aérea Santo Domingo-Puerto Príncipe se encontró allí con el entonces exiliado Johnny Abbes García y con varios ex miembros del SIM, entre estos “El Tigre de Bonao”, quien había sido su amigo “antes de pertenecer a la terrible represiva institución del Estado ya señalada”.

(...) “Uno de aquellos agentes de seguridad pública lo era Hugo del Villar, mejor conocido como “El Tigre de Bonao”, bautizado con ese nombre por su agilidad y gran estilo en la lucha libre, deporte en que había sobresalido cuando esa práctica comenzó a desarrollarse en el país en los inicios de los años cincuenta. Para aquellos tiempos teníamos una grata relación de amistad; vivíamos nuestras mocedades y hacíamos gala de incipiente hombría en los prostíbulos de la calle Jacinto de la Concha, cuando el país no soñaba con la existencia del SIM y Johnny Abbes, tal vez era un miembro entusiasta e inteligente de la prensa deportiva”.³

Profesional de la lucha libre desde los 19 años de edad, de poco menos 5 pies y 7 pulgadas de estatura, de unas 160 libras, fornido, graduado por correspondencia de “luchador libre profesional” de un instituto de cultura física de California, era admirado por jóvenes y no jóvenes fanáticos de ese

3. Periódico *Hoy*, domingo 2 de enero de 2011.

deporte de principios de los años 50, entre estos un cronista deportivo en ciernes: Jonhhy Abbes García, de los asiduos al coliseo Jardín Ramfis en la avenida Duarte. Abbes García, más adelante, ya con rango de teniente coronel y jefe de seguridad nacional, lo enrolaría en el SIM, al igual que a otros practicantes de la lucha libre como “El Buitre”, “El Cacique”, “El Vodou” y “La Iguana”, de nombre Fredy González, quien luego casaría con una hermana de Abbes García.

Francisco A. Pérez, o Hugo del Villar, o “El Tigre de Bonao”, sería el preferido por su prudencia, disciplina, arrojo y capacidad de comunicación y simulación a la vez. Ganaría la “estima” del jefe del SIM a pesar de que ni era busca líos ni se la daba de “matar a cualquiera”, características de Abbes García en ejercicio de sus técnicas represivas. Sería seleccionado para ciertas acciones de envergadura política y criminal, de donde, contrario al pensar deductivo de Despradel y de Sención Silverio, el profesional de la lucha libre, “El Tigre de Bonao”, distaba de ser un delincuente callejero o un calié cualquiera. En consonancia, se le asignaron importantes roles en el SIM. Curiosamente, hasta ahora no hemos encontrado referencia alguna respecto a que participara en torturas a presos políticos, lo que ni lo libera ni aminora sus culpabilidades criminales.

Hasta donde se sabe, sus roles más importantes, que evidencian su “valía” y “dones” en la organización criminal del SIM, fueron su “asilo” en la Embajada de Venezuela a finales de enero de 1959, vigilancia estrecha del apresado comandante político de la expedición de Constanza, Maimón y Estero Hondo del 14 de junio de 1959, Delio Gómez Ochoa,

cada vez que era llevado fuera de la cárcel a la justicia o a cualquier otro lugar, y su eficaz infiltración y develamiento del movimiento clandestino conspirativo 14 de Junio, por instrucciones directas del jefe del SIM. Veamos.

El 22 de enero de 1959 los hermanos Luis, José María (Pilía) y Alfonso Moreno Martínez se asilaron en la Embajada de Venezuela después que el SIM asesinara en San Francisco de Macorís a su hermano Juan Antonio, conocido como “Nono”. Estarían asilados por ocho meses ante la negativa del tirano Trujillo de autorizar la salida de ellos y de más de una decena que se les sumaron.

Los caliés cavaron zanjas y merodeaban en los alrededores de la Embajada armados de pistolas, ametralladoras y granadas. Una mañana se presentó ante la puerta de la Embajada “El Tigre de Bonaó”, que era conocido por algunos de ellos por su condición de “luchador libre profesional”, y solicitó asilo político. Desde el primer momento se desconfió de él y se sospechó que tal vez se proponía matar a uno de los Moreno Martínez. El embajador le comunicó que podía permanecer en la Embajada en lo que indagaba con sus fuentes acerca de sus actividades políticas opositoras. En horas de la noche uno de los asilados permanecía despierto armado de un largo cuchillo, y fue tal la osadía de “El Tigre de Bonaó” que una noche se ofreció para “amanecer de servicio”, siendo rechazado porque estaban convencidos de que se trataba de un infiltrado del SIM. Días después, al confirmar su pertenencia al SIM, el embajador venezolano le informó que no calificaba para el asilo y que tenía que abandonar la sede diplomática, a lo que se resistió. José Pilía Moreno Duarte, hijo

de José María (Pilía), confirmó en marzo de 2013 a este autor la presencia allí por varios días de “El Tigre de Bonaó”. Dijo que en los años ochenta su papá y hermanos hablaron delante de él sobre la infiltración “del luchador”, quien, añadió, “fue en cierto modo obligado a salir”.

“El Tigre de Bonaó” aparece en una fotografía en primera fila en la sala de audiencias de la Primera Cámara Penal del Distrito Nacional en una sesión del juicio de fondo a Gómez Ochoa. Se le ve sonreído a espaldas del enjuiciado Gómez Ochoa, quien, en el banquillo de los acusados, está frente al juez; y a su izquierda Francisco Salazar Rodríguez, quien figuró en la anterior fotografía de *El Caribe*, pág. 3, de la edición del 18 de diciembre de 1956, de donde se podría inferir que el “robo” del carro público pudo haber sido o “un acumulo” o quizás “una camaronada”, como se decía para a quella vez, en el primer caso al calificar una acusación falsa, y en el segundo caso al evidenciar una acción tramposa encubierta, que habría salido mal dentro del esquema de los juegos de poderes en esos momentos entre un decollante Abbes García y jefes militares o policiales. El lenguaje visual de la fotografía en cuestión sirve de pie de amigo a la inferencia anterior: los tres “delincuentes” están bien vestidos, resaltando “El Tigre de Bonaó” y Salazar Rodríguez, y posan inusualmente para la toma de la fotografía periodística: con los brazos cruzados y caras de “yo no fui”. En esos años los ladrones, de bajos niveles sociales y económicos, vestían mal. Otro dato curioso es que en esa fotografía aparecen ambos con bigotes, y en la de tres años después, durante el juicio a Gómez Ochoa, están rasurados.

El destino le tenía reservado a “El Tigre de Bonao” una importante acción confirmadora de su “valía”. Dentro del esquema político organizativo de los dirigentes del movimiento que se denominaría 14 de Junio, la extensión de contactos y células antitrujillistas a nivel nacional avanzaba a pasos agigantados para diciembre de 1959, por lo que Domingo A. Peña Castillo (La Cuca) contactó en San Francisco de Macorís, como a otros, a Marcos Pérez Collado, administrador de la finca La Esmeralda, en Palo Verde, sección El Ahogado, de la familia Peynado, y lo incorporó al movimiento antitrujillista. Este a su vez lo puso en contacto mediante una carta con el “doctor” Andrés Norman, reconocido curandero con fintas de brujo que vivía en un batey del ingenio Las Pajas, de San Pedro de Macorís, quien, dada esa condición, había sido reclutado por el SIM con un sueldo de 150 pesos mensuales, según consta en una de sus nóminas.⁴ Se reunieron en noviembre y reportó de inmediato al SIM que se le había invitado a formar parte de un movimiento conspirativo, y entonces se le instruyó para que le “siguiera la corriente” a los conspiradores. Asistió a finales de diciembre de 1959 a una segunda reunión en Santiago y allí lo invitaron a la asamblea constitutiva de la agrupación política clandestina proyectada para iniciarse el 9 de enero en la finca de Carlos Conrado Bogaert Domínguez, conocido como “Charles Bogaert”, en Boca de Mao, Valverde.

4. Andrés Norman es el 32 en la nómina de los miembros de las Brigadas Políticas Sociales del SIM publicada por *El Caribe* el 15 de enero de 1962.

Cuando Norman le informó al SIM sobre la proyectada reunión, se le instruyó redactar una carta dirigida a Peña Castillo (La Cuca) en la que se excusaba por no poder asistir, pero que en cambio se haría representar por otra persona “de su confianza”. Efectivamente, Abbes García había tomado el Toro por los cuernos: apartar a Norman y asignar para tan delicada misión a “El Tigre de Bonao”, quien, carta en mano, se presentó ante Peña Castillo.

“La llegada a la finca de la sección El Ahogado en Palo Verde del compañero Hugo del Villar (“El Tigre de Bonao”) duró dos días mientras se efectuaba la reunión en la finca de Charles Bogaert” (...) “Mientras todo esto se efectuaba, ese mismo día fue apresado el doctor Federico Cabrera, por el SIM, por la denuncia de la persona que el doctor Andrés Norman había recomendado”.⁵

Concluida la asamblea, a las pocas horas se desató una feroz persecución de los asistentes gracias a las informaciones recabadas por “El Tigre de Bonao”. Lo demás ya es historia conocida: la desarticulación de la conspiración, apresamientos, encarcelamientos, torturas, muertes...

Para esa vez, y para noviembre de 1960, cuando asesinaron a Jean Awad, “El Tigre de Bonao” era de hecho nada más y nada menos que jefe de las Brigadas Políticas Sociales, integradas por 98 hombres,⁶ y primer teniente del Ejército

5. Domingo A. Peña Castillo (La Cuca). *Memorias de un revolucionario*. pp. 73-74.

6. Las Brigadas Políticas Sociales de la nómina del SIM publicada por *El Caribe* el 15 de enero de 1962 incluyen 98 hombres y mujeres.

Nacional –un rango por encima de un recién graduado de la Academia Militar Batalla de las Carreras–, un agente efectivo de alta consideración, de la confianza extrema de Abbes García, a quien tenía reservado, como hemos visto, para casos “de valía” que requirieran de una persona serena y arrojada a la vez, disciplinada y discreta, y con capacidades de comunicación, evaluación y acción.

Su sueldo de 300 pesos solo era superado en esa unidad por el de Fredy González, “La Iguana”, quien devengaba 400 pesos, designado jefe por su condición de cuñado de Abbes García, pero en franca desgracia porque “era suelto de lengua”, lo que le costaría la vida, como hemos dicho ya, en un supuesto accidente automovilístico en el malecón.

He ahí entonces que a la auto imputación de “El Tigre de Bonao” –habría llegado a capitán en el gobierno neotrujillista de los 12 años del doctor Joaquín Balaguer–, le hemos prestado la merecida atención. En vez de desdeñarlo o menospreciarlo, le hemos tomado la palabra, cual premisa de que este eficaz oficial de la seguridad criminal de alguna manera estuvo involucrado en la urdimbre del asesinato de Jean Awad.

Si hubiera sido un fanfarrón y alardero habría revelado años atrás de algún modo en un momento propicio que él fue quien infiltró, confirmó y develó el histórico y afamado movimiento clandestino antitrujillista “14 de Junio”. Como casi siempre sucede en casos de crímenes encubiertos que luego son develados por alguno de los participantes, la pregunta obligada es la de ¿por qué ahora? Es muy probable que ya entrado en años –al momento de su revelación rondaba

los 77 años de edad⁷-, tal vez quiso descargar un poco su podrida conciencia arrojando luz sobre un infausto suceso largamente sombreado.

El ex coronel Sención Silverio, en su carta de respuesta al periodista Ayuso, que publicó *El Nacional* el 25 de junio de 2010, se quejó de que este acogiera la revelación del comentarista Julio Hazim en “Revista 110” de que “El Tigre de Bonaó” le habría confiado que por órdenes del coronel León Estévez “había dirigido el asesinato del teniente Canaán, dando crédito a una persona descalificada moralmente ante la sociedad y ante las consideraciones nuestras que hemos demostrado nuestra responsabilidad, dignidad y moral frente a la sociedad dominicana siempre al lado de los mejores intereses de la nación”.

Precisamente por eso, porque “El Tigre de Bonaó” era “una persona descalificada moralmente” al participar en hechos de igual o mayor envergadura que el de Jean Awad, es que hay que acreditarlo con suprema seriedad. ¿Y de quién más se puede esperar semejante revelación? ¿De alguien calificado moralmente?

La pulcritud del ex teniente coronel Sención Silverio atribuyéndose “responsabilidad, dignidad y moral” disminuye cuando junto a un grupo de graduados de la Academia Militar Batalla de las Carreras –ajenos a los hechos en dilucidación– distinguió en 2006 a “una persona descalificada moralmente

7. “El Tigre de Bonaó” habría nacido en 1931 o en 1932, si partimos de la referencia del cronista deportivo Cuqui Córdova de que se habría iniciado en la lucha libre a los 19 años de edad y que en 1952 fue escogido como el luchador de ese año.

ante la sociedad”, peor que “El Tigre de Bonao”, el coronel Luis José León Estévez, archicriminal, torturador de “El 9” y “La 40” y uno de tres que fusilaron a héroes del 30 de mayo en la Hacienda María en noviembre de 1961, y a quien se le imputa haber ordenado el asesinato de Jean Awad.

Por lo demás, en un folletito acerca de esa academia el exteniente coronel Sención Silverio trata al coronel León Estévez con las consideraciones debidas a un amigo, las que debió merecerle Jean Awad, su “amigo”, “compañero de academia”, a quien solo cita en un organigrama como administrador de la academia militar. Peor aún resulta su olvido de Jean Awad al decir anécdotas de sus ex compañeros de la academia haciendo mutis de él, sin siquiera referir la importante “anécdota” (?) de que murió “en un accidente automovilístico” en el que él habría resultado o herido o lesionado.

¿Adónde habrá ido a parar su “responsabilidad, dignidad y moral” el día de aquel execrable homenaje a “una persona descalificada moralmente ante la sociedad”?

Las abundantes interrogantes, hoy más que ayer, bordean las versiones y reacciones del ex coronel Sención Silverio, meritorio militar constitucionalista. El poeta y periodista Ayuso recurrió también al recurso de cuestionarse en un esfuerzo por acercarse a la verdad. En uno de sus artículos se preguntó: “¿Eran inocentes, los dos militares de la Aviación de la trama contra el teniente Awad Canaán que había urdido el coronel León Estévez y que como orden había transmitido al exoficial del SIM que hizo esta confidencia al comentarista Julio Hazim?”.

Por cierto, en el curso de una entrevista televisual el archicriminal León Estévez evadió una pregunta de la entrevistadora Alicia Ortega acerca de si habría ordenado el asesinato de Jean Awad, al decir lacónicamente que era “un puro invento”. Al ella insistir dijo que “desde hacía mucho tiempo” había resuelto no hablar de eso y que se atenía a la versión de Sención Silverio.

Desde luego que sí, lo usó de comodín. “En el contexto de la dictadura, la apariencia de los hechos era lo que esta permitía conocer y obligar a decir a un sujeto –planteó sesudamente el lingüista y profesor Diógenes Céspedes en un artículo en el periódico *Hoy*,⁸– pero esas verdades puestas a circular en los medios no son suficientes para dejar cerrado el caso de la muerte del teniente Awad”.

8. “Problemas de método en el libro de Naya Despradel”, suplemento “Areíto”, periódico *Hoy*, sábado 30 de junio de 2013, p. 5; “El libro de Naya Despradel: los Awad-Báez”, suplemento “Areíto”, periódico *Hoy*, sábado 16 de junio de 2013, p. 5.

El asesinato de Pilar Báez de Awad

El informe –o quizás los informes– acerca de los comentarios de Pilar Báez de Awad desfavorables al “honor” de Angelita, canalizados desde Jimaní por la inteligencia militar, debió haber sido tramitado a su hermano Ramfis Trujillo, jefe supremo de la AMD, a la que pertenecía Jean Awad, y a su papá, el tirano Trujillo, que, prevalido de los perfiles de inteligencia derivados del PRO,¹ se mantenía al tanto de los asuntos trascendentes como el del presente caso que le atañía paternalmente. De ahí a que enteraran a la iracunda temible María Martínez de Trujillo había poco trecho, lo que podría significar –y significó– que se ampliara la zona de peligro en la que estaban los jóvenes esposos.

El aparente gesto deferente del coronel León Estévez al darles “una nueva oportunidad” enviando a Jean Awad a Restauración implicaba una insinuación de amenaza velada que le fue explicada con una expresión popular dominicana para

1. PRO, iniciales de Programa Rutinario de Operaciones, que normaba a las fuerzas castrenses trujillistas.

entonces en boga que delataba el propósito de darle muerte a quien se le profería: “serán borrados del mapa”, si volvían a afean la “honra” de Angelita.

Como era de esperarse, Pilar Báez acompañó a su esposo a Restauración, adonde llegaron en enero de 1959, según se deduce por el telegrama que el jueves 12 de febrero de 1959 le remitiera Jean Awad a Pilar Báez, quien días antes habría viajado a la capital para someterse a chequeos médicos rutinarios probablemente porque a casi ocho meses de matrimonio no había concebido. El telegrama, vía Telégrafo Nacional, con un mensaje de tres palabras y sello seco manual del 12 de febrero de 1959, fue despachado a las 9:45 de la mañana dirigido a “Pilar Báez. Calle José María Bonetti No. 14. C. T.², y cuyo texto decía: “Estoy bien. Besos.- Jean”.

Pilar Báez quedó embarazada en Restauración probablemente en el curso de la semana del lunes 6 al domingo 12 de mayo de 1959, por cuanto daría a luz el sábado 6 de febrero de 1960, dentro del rango de tiempo de casi 40 semanas que han de transcurrir entre la concepción y el nacimiento de un bebé. Cada cierto tiempo viajaba a la capital a chequeos pre parto y en enero de 1960 se quedó en la casa de sus padres en espera del ansiado día.

2. La calle José María Bonetti es hoy la calle Capitán Eugenio Marchena./ Las siglas “C.T.” significaban “Ciudad Trujillo”, como se denominaba la capital en honor al tirano. Semanas antes de que lo ajusticiaran se dispuso que en los telegramas escribieran “Ciudad Trujillo” en vez de “C.T.” para contrarrestar un ardid de los jóvenes antitrujillistas que lanzaron la consigna “Contra Trujillo” escribiéndola al lado de C.T., desvirtuando así su significado.

En la tarde del viernes 5 de febrero se le presentaron dolores pre parto y fue internada en la Clínica Abreu, que dirigida por el doctor Jordi Brossa gozaba de buena reputación, y era su propietario el doctor Rafael Abreu, conocido como Alito. Ni Brossa ni Abreu intervendrían en el proceso del parto ni estarían en la sala destinada a las mujeres parturientas.³

Pilar Báez fue ingresada a la sala de partos poco después de las 8 de la mañana del día siguiente, sábado 6, para practicarle un proyectado parto normal, pero al discurrir del tiempo sin que diera a luz de forma natural se decidió hacerlo por cesárea. Sin mayores contratiempos, cónsono con su cuadro clínico previo, bajo los cuidados del reputado gineco-obstetra Alfonso Simpson, Pilar Báez trajo al mundo a eso de las 9 de la mañana una niña que sería bautizada como Aída Rosa del Pilar Awad Báez. De inmediato la recién nacida presentó problemas respiratorios y su pediatra Rafael Acra, recién graduado de médico en Estados Unidos y al día en las técnicas y prácticas pediátricas de recién nacidos, la aisló en una sala contigua, le practicó un lavado de estómago y la puso en una incubadora, y no se apartó de su lado hasta que entraron familiares de la criatura.⁴

3. Angelita Trujillo, en la página 429 de su libro, citó al doctor Brossa como diciendo en un programa de televisión del periodista Víctor Grimaldi: “Yo estaba presente en la operación del parto”. Al escucharse la grabación de la entrevista se descubre que en ningún momento hace la afirmación, la que, si hubiera sido cierto, habría carecido de validez porque era gastroenterólogo y no gineco-obstetra.
4. “Yo estuve al punto de morir”, diría años después Pilar Awad Báez.

Hasta esos momentos, salvo esta anormalidad controlada, todo discurría con regularidad. El doctor Simpson y quienes le asistieron habían continuado en sus tareas menores de asistencia posparto por cesárea a Pilar Báez.

Don Miguel Ángel, doña Aída y Jean Awad se habían proporcionado un buen elenco médico para que asistiera a Pilar Báez. El afamado gineco-obstetra Simpson, cuya esposa era pariente de doña Aída, por lo tanto de entera confianza de la familia, era de lo mejor en el país y por igual el pediatra Acra, quien era amigo, “como hermano”, de Jean Awad.

También concurrieron al proceso de parto como simples espectadores, el doctor Pichardo y Diana Abreu de Perelló, hermana del dueño de la clínica, quien estaba casada con Manuel de Jesús Perelló, hermano de la mamá de Pilar Báez de Awad, la señora Aída Perelló de Báez, por lo que eran cuñadas. Todo estaba dispuesto, pues, a confianza y entre familia.

Pero no. A eso de las 11 de la mañana a Pilar Báez se le presentaron signos de una hemorragia, que, poco a poco, a medida que transcurrían los minutos, fue in crescendo. A pesar de los esfuerzos denodados de los médicos, el flujo hemorrágico continuó. Era incontenible. He ahí que aproximadamente una hora después, a eso de las 12 del mediodía, Pilar Báez falleció en medio del fragor de los afanes del doctor Simpson, quien, al igual que los familiares de la occisa, quedó anonadado. Sus conocimientos, su experiencia, su pericia y sus afanes resultaron infructuosos. Nunca pudo explicarse el porqué de aquella hemorragia, ya que la paciente había presentado un cuadro clínico pre parto excelente y

que él, previsor, había actuado con rigurosidad médica en los chequeos preparatorios.

—“No me explico cómo una muchacha saludable, sin problema de ninguna índole, de apenas 20 años de edad, de repente se le presentó esta hemorragia incontenible”, llegaría a comentar el doctor Simpson a miembros de la familia Báez Perelló y al propio Jean Awad, quienes le expresaron su admiración y confianza, las que hoy por hoy han reiterado y que la huérfana Pilar Awad Báez suele recordar al tenor de lo escuchado por ella en el seno de su familia cada vez que el suceso ha sido referido.

Días después del resultado adverso, el doctor Simpson se sintió abatido anímicamente, por lo que se retiró a una casa campestre y por varias semanas no ejercería la medicina.

Hubo una razón inédita que el doctor Simpson ignoraba, pero que la percibieron algunos miembros del personal menor de la Clínica Abreu al reparar en el perfil de algunas personas que desde temprano de aquel día entraron y salieron de la clínica. Por sus fintas presumieron que pertenecían al sistema de espionaje del régimen trujillista, el que en su afán de implementar una red de prevención y represión a la vez, había infiltrado confidentes de ambos sexos en las clínicas privadas y en los hospitales públicos. Habían focalizado sobre todo a la Clínica Abreu, en especial a su director, de militancia antitrujillista que se remontaba a los finales de los años 40 –fecha referida aún por confirmar–, y que desde meses antes de febrero de 1960 conspiraba contra el tirano Trujillo junto a Jeanny Vicini, Luis Manuel Baquero, Donald Reid Cabral y otros del denominado “Grupo Altagracia”.

Al doctor Brossa se le sindicaba por lo bajo como uno de los posibles contactos políticos omisos de la Embajada de Estados Unidos,⁵ de la que el tirano Trujillo sospechaba, con sobradas información y razón, que era el centro y aliento de una conspiración para sacarlo del poder. Por órdenes suyas el SIM había penetrado todas las dependencias de la sede diplomática norteamericana y las de las instituciones a las que se les consideraba allegadas o vinculadas. Esto fue confirmado en esos días a un grupo de complotados por el conspirador Luis Amiama Tió, quien lo supo de boca de su amigo general Pupo Román, secretario de las Fuerzas Armadas. “El jefe está sospechando de los americanos, y ha impartido órdenes a Johnny Abbes para que infiltre todos los servicios y dependencias del Consulado”, le habría dicho el general Román, según lo cita Manuel de Jesús Javier, periodista de *El Caribe* destacado en el Palacio Nacional en esos días. Amiama Tió le habría respondido que no se preocupara porque “los americanos tienen más experiencia que nadie en ese asunto de espionaje.”⁶ En octubre de 1959 Radio Caribe, por instrucciones de Abbes García, había denunciado

5. Era conocido en diversos círculos sociales del país que el personal diplomático norteamericano recibía atenciones médicas allí, tanto así que Lear B. Reed, jefe de Estación de la CIA desde 1958, se hizo internar allí con fines de chequeos estomacales pero, por lo demás, para entrar en contacto con disidentes. “En los primeros días de 1959 Reed tranquilamente dejó de ser visto durante dos semanas. Estaba sometido a tratamiento, con un malestar estomacal, en la Clínica Abreu”, cuenta Bernard Diederich en la página 48 de su obra citada. Y valga recordar que Brossa era el gastroenterólogo de la clínica.
6. De Jesús Javier, *Mis 20 años...*, p. 304.

que la misión diplomática norteamericana se dedicaba “a la propaganda terrorista”.

Desaparecida del mapa Pilar Báez, el segundo teniente Jean Awad fue transferido 15 días después, el sábado 20 de febrero, al Cuerpo de Ayudantes Militares del presidente de la República, según consta en el número 1239, folio 50, del libro de nombramientos de la Secretaría de Estado de las Fuerzas Armadas; lo que equivalía a ser miembro del cuerpo de ayudantes militares del tirano Trujillo, quien era de hecho el presidente del país, aunque ese puesto lo ostentara su hermano títere Héctor Bienvenido Trujillo. A la par del singular nombramiento, al oficial Jean Awad se le hizo saber que seguiría bajo las órdenes del coronel León Estévez, a pesar de que este no formaba parte de la estructura de mando del Cuerpo de Ayudantes Militares del presidente. De modo, pues, que era más que evidente que el torturador y criminal León Estévez tendría bajo su responsabilidad la conducta y la suerte final de Jean Awad.

Hasta donde se conoce hoy día, los jóvenes esposos Awad Báez habían permanecido en Restauración un año y varios días, tiempo transcurrido de enero de 1959 a principios de febrero de 1960, que sumado a poco más de cuatro meses en Jimaní, desde septiembre de 1958 a enero de 1959, totalizaron aproximadamente un año y cuatro meses de castigo extraordinario, casi la multiplicación por tres de los seis meses de permanencia en puestos fronterizos que se le imponía a los jóvenes oficiales, como bien lo consignara en sus memorias el general retirado Pantolín de Castro Beras al retrotraer sus inicios en la vida militar:

(...) “promovido al rango de oficial segundo teniente y enseguida enviado a Pedro Santana, en la frontera; pues había una orden de Trujillo, de que todo oficial conociera y sirviera en una guarnición militar destacada en la línea fronteriza por lo menos un período de seis meses”.⁷

7. Beras, *Trujillo...*, p. 82.

Un rumor difuso

Desde el mismo día de la muerte de Pilar Báez se esparció el rumor de que la hemorragia había sido inducida mediante la inyección de una sustancia aticoagulante poderosa aplicada por una enfermera. El rumor difuso circuló entre algunos antitrujillistas y trujillistas y de inmediato llegó a oídos de la familia Báez Perelló. Miguel Ángel Báez Díaz recibió información en el sentido de que “una enfermera alta, morena, que no tenía buena fama entre sus compañeras, a quien habían notado muy rara, nerviosa, a la que le llamaban Fifi” –de donde se podría deducir que su nombre era Josefina–le había inyectado un anticoagulante. Aquel día, luego de la muerte de Pilar, a Fifi le habría dado “un ataque”, esto es, se habría puesto “mala”, fuera de sí, se marchó y nunca retornó a la clínica; y luego se dijo que había sido “enviada” o a Nueva York o a Detroit, Estados Unidos. Diana Abreu de Perelló, o “Tía Diana”, como le llama Pilar Awad Báez a la cuñada de doña Aída, su mamá-abuela, le habría confirmado que ciertamente una enfermera apodada Fifi no había vuelto a la clínica luego de la muerte de Pilar.

También se rumoró en esos días que el anticoagulante habría sido adicionado a un suero por una enfermera que no era empleada de la clínica, pero que pudo llegar hasta Pilar Báez mediante artimañas de agentes del SIM apostados en las cercanías, que se habrían valido de sus infiltrados.

Con la muerte de Pilar Báez se había consumado una primera parte fúnebre del drama trágico de los jóvenes esposos, o, para decirlo con palabras de la acongojada Pilar Awad Báez, una parte de (...) “la amenaza que le habían hecho a mi padre, la habían llegado a materializar”.

El doctor Mario Read Vittini, quien tuvo con Miguel Ángel “una buena y larga amistad”, rememoró en su obra *Trujillo de cerca* las reacciones negativas de aquel contra el tirano Trujillo desde que su hija Pilar Báez y su esposo Jean Awad fueron castigados y acosados por la familia León Trujillo.

“Él era primo hermano de Modesto (Modesto Díaz. L.C.) y Juan Tomás (general Juan Tomás Díaz. L.C.) y fue de los hombres de confianza de Trujillo, pero un problema con su hija Pilar, que de cualquier manera afectó el matrimonio y la vida de su hija Pilar, le volvió un silencioso e íntimo enemigo radical de Trujillo”.¹

Ese cambio de actitud y ánimo de Báez Díaz al recogerse en sí mismo desde que se intensificaron las penurias de su hija y del esposo debió haberlo notado el tirano Trujillo, quien tenía fama de caprichoso y de buen lector del alma humana. Cuando menos un importante cortesano del trujillismo hizo

1. Ver pág. 333 de dicha obra.

saber que en el entorno del tirano se habría sentido su retracción y su ensimismamiento:

“La imagen que conservo de él es la de un hombre que masticaba como un bocado poco agradable las palabras y que siempre, en las reuniones oficiales, lucía con adustez y con cara de pocos amigos”, observó el doctor Joaquín Balaguer en la pág. 286 de su obra *Memorias de un cortesano en la Era de Trujillo*.

Sin embargo, el verdadero Báez Díaz era abierto, afable y festivo. “Una semana antes del 30 de mayo Miguel Ángel Báez Díaz y Antonio de la Maza visitaron el supermercado y le pidieron a Flérida (Flérida Yabra, esposa del propietario. L.C.), algo exótico para comer. Se llevaron un faisán congelado el cual luego cocinaron”, rememoró Lorenzo D. Berry, más conocido como “Wimpy”, dueño del Supermercado “Wimpy’s”, en una entrevista que le hiciera el historiador y escritor Bernardo Vega y que publicara en la pág. 7 de la sección “Areíto”, del periódico *Hoy* el 14 de febrero de 2009.

Bernard Diederich, en la pág. 65 de su obra citada acerca de la muerte del tirano Trujillo, apuntala un perfil de Báez Díaz radicalmente diferente al del puntilloso Balaguer: “Otro prominente miembro del régimen a quien Modesto asoció con la planificación política del grupo fue el recio y disciplinado Miguel Ángel Báez Díaz, primo suyo y como él aficionado a la liga de gallos. Miguel Ángel, hombre amistoso y jovial,” (...).

Para febrero de 1960 la familia Díaz, esto es, el general Juan Tomás Díaz, su primo Modesto Díaz y otros Díaz estaban en franca desgracia por motivos diversos pero principal-

mente por el estilo compasivo y protector asumido por el general Díaz siendo jefe de operaciones militares de combate y persecución de los expedicionarios armados de Constanza en junio de 1959 y por resistir simuladamente las órdenes de asesinar al obispo de La Vega, monseñor Francisco Panal Rodríguez, y a otros sacerdotes de la catedral de allí.

El tirano Trujillo lo relevó de la comandancia de las operaciones de Constanza contra los expedicionarios llegados el 14 de junio de 1959 tres días después de designarlo allí al enterarse que él le había aflojado las esposas “a muchos de ellos, así como darles cigarillos y agua de beber”.²

La situación del general Díaz y de todos los Díaz se complicó más desde que el 2 de febrero su hermana Gracia Díaz, viuda del licenciado Noel Henríquez, y su hijo Noel Modesto Henríquez Díaz (Nabú), por lo tanto sobrino del general Díaz, se asilaron en la Embajada del Brasil junto a otros 15 antitrujillistas. El tirano Trujillo le ordenó al general Díaz y a su hermano Modesto ir a la sede de la Embajada a convencerlos de que desistieran de su asilo con garantías de sus vidas, pero aquellos rehusaron reunirse con estos, por lo que la misión fracasó y entonces el general Juan Tomás Díaz recibió varias veces reprimendas ofensivas de parte del tirano en el Palacio Nacional delante de otros altos oficiales y de funcionarios, siendo luego puesto en retiro. Independientemente de los motivos anteriores, también habría contribuido a las medidas contra el general y los Díaz el que la desertión “de

2. Báez de Jiménez, *Si la mar...*, p. 213.

una sola persona hacía correr la misma suerte a todos los que llevaban su apellido”.³

De su parte, el doctor Reid Vittini rememoró que “Un día de mucho calor, yo decido tomar un yun-yun (un refresco batido con hielo molido, frapé) en el Malecón. Al detener mi viejo Cadillac atrás de un flamante Cadillac nuevo, frente al negocio de los refrescos, se bajó de el delantero mi amigo Miguelito (don Miguel Ángel) y vino a mí. Nos paramos aislados entre los dos vehículos y Miguelito me dijo, con voz irritada y decidida pero tono contenido:

—“¡Coño! Si yo encontrara otro decidido como yo, yo matara a ese hijo de la gran puta ahí, en Güüibia, cuando nos sentamos en la rotonda. Pero sé que yo solo, sin apoyo de otro, desde que intente sacar la pistola me van a matar sin tiempo de que yo elimine a ese desgraciado... ¡Pero esto no se aguanta ya...! ¡Hay que salir de él a cualquier precio...! ¡Estoy harto de tantos abusos!”. “Yo asentí y le dije que yo creía lo mismo”.

El doctor Reid Vittini agregó que días después de aquella conversación murió su hija Pilar Báez, y que esa vez “dijeron que de eclampsia porque no se cuidó por la pena de su separación del esposo –a quien se supone que también mataron más tarde en un supuesto accidente– y se saturó de albúmina” (...).

“Cuando fui a darle el pésame esa noche a Miguelito, se me abrazó llorando, bañado en lágrimas en la oscuridad del patio de su casa y entre sollozos me decía: “¡Ya tu ves Mario...! ¡Me la mataron...! ¡Me la mataron...!

3. Joaquín Balaguer, *La palabra encadenada*, p. 303.

“Yo me conmoví sinceramente ante su intenso y profundo dolor”.⁴

De modo, pues, que tan temprano como la misma noche del día en que murió Pilar Báez, el cabeza de familia de los Báez Perelló tenía la convicción de que ella había sido asesinada, aunque el doctor Reid Vittini manifestó que “dijeron que de eclampsia”, lo que no se compadece con la verdad.

Los signos previos a la eclampsia, denominados preeclampsia por constituir sintomatología anterior a una posible eclampsia, habían sido diagnosticados en el campo de la medicina tan temprano como años antes de la fecha del 6 de febrero de 1960, de donde el posible ataque de eclampsia, si hubiera sido el caso, era y es de diagnóstico previsible por cualquier ginecólogo mínimamente calificado, y el doctor Simpson estaba altamente calificado.

En tal caso él hubiera puesto sobre aviso desde meses antes a la paciente y a la familia, aunque de todas maneras los signos previos la habrían alertado a ella y a sus familiares.

Como producto de nuestras indagatorias sabemos que en ningún momento previo al parto a Pilar Báez de Awad le diagnosticaron (1) presión arterial alta, (2) proteína alta en la orina, (3) inflamación casi permanente en las piernas, manos, cara o todo el cuerpo, los que constituyen tres signos claros de preeclampsia severa que eventualmente hubieran podido conducir a convulsiones o comas. Por el contrario, el doctor Simpson se extrañó de la hemorragia incontenible en una paciente sin sintomatología previa de complicaciones.

4. Mario Reid Vittini, *Trujillo de cerca*, p. 334.

Trujillo lloró con los ojos

Sin aludir a que sus relaciones amistosas con los esposos Awad Báez se habían congelado –debido (1) a que los enviaron a la región fronteriza, (2) a su interés desenfadado por Jean Awad y (3) a su malévola confidencia al coronel León Estévez sobre el supuesto comentario de Pilar Báez– Angelita afirmó en su libro que su muerte “me impresionó muchísimo, porque yo le guardaba mucho cariño”, palabras insostenibles si se cotejan con el hecho de que habían sido castigados desterrándolos, primero a Jimaní y después a Restauración, y que ella nada hizo, a pesar de su poder e influencia para hacer que les atemperaran el castigo, por lo menos desde que Pilar salió embarazada.

La sabichosa Angelita hizo mutis del prolongado destierro y de los ocho meses y semanas de embarazo de Pilar al solo referir que “algunos meses después me llamó Marinita Boyrie para darme la noticia de que Pilar había venido de la frontera a dar a luz, y que no había sobrevivido al parto, pero que la niña se había salvado”.

Sencillamente, dio un salto de garrocha al pasar del tema del incidente a decir a renglón seguido que “Algunos meses después” la habían llamado (por teléfono). Pero resulta que la expresión “Algunos meses después” es insuficiente en razón de que entre el incidente y la muerte inducida de Pilar Báez transcurrieron por los menos 16 meses, esto es, un año y cuatro meses. La expresión suficiente debió haber sido “muchos meses después” o, aún mejor, “un año y algunos meses después”. Al saltar la valla alta del tiempo la sabichosa Angelita evadió tener que decir si “Marinita Boyrie” o cualquier otra amiga la habría llamado “algunos meses después” del incidente para informarle que Pilar Báez estaba embarazada y que viajaba de vez en vez de Restauración a la capital a chequeos médicos pre parto. Ese vacío pretendió llenarlo con la mentira olímpica de que “ni siquiera sabía que Pilar estaba para dar a luz”.¹

Ahora bien, ¿y quién le va a creer a Angelita que desconocía que tenía “una barriga”, como se dice aún en español dominicano, una amiga a la que le tenía “mucho cariño”, a la que “particularmete siempre tuve para ella mis mejores deseos”, a la que “estimábamos mucho”, la que, por cierto, pasaba penurias como consecuencia de la infidencia suya a su celoso y colérico esposo, el coronel León Estévez? ¿Acaso los hechos y palabras tuyas podrían más bien constituir indicios de que lo que le tenía era “mucho inquina” o quizás “mucho malicia” o tal vez sus “peores deseos”?

1. Angelita Trujillo, *Mi padre...*, p. 429.

El lenguaje la traicionó. Sus palabras pusieron al descubierto que no había el tal “mucho cariño” ni “los mejores deseos”. El uso de los apodos –englobados en los hipocorísticos reveladores de afectividad y familiaridad– entre amigas y amigos traduce acercamiento, cierto grado de intimidad y muchas veces “cariño”. Cuando se refirió a Marina Boyrie la llamó “Marinita” y así evidenció “cariño”, o quizás, más bien, acercamiento casi íntimo. Podemos afirmar a plena seguridad que cuando Marina Boyrie la llamó –“Marinita Boyrie me llamó”–no la trató de “Angelita” sino de “Ita”, porque Angelita era “Ita” para “Marinita”; y que cuando “Marinita” le informó de la muerte de Pilar Báez no se refirió a Pilar o a Pilar Báez, sino a “Pachi”, porque Pilar Báez era “Pachi” para “Ita” y para “Marinita” y para los familiares y las amigas cercanas. Pues, Ita y Pachi eran sus apodos y así se llamaban unas a otras y así se acercaban ellas dos. Tanto así que con motivo de su muerte, según lo publicó el diario *El Caribe* el 7 de febrero, los esposos León Estévez Trujillo enviaron un arreglo floral en cuya leyenda la llamaban “Pachi”: “A nuestra querida Pachi, de Angelita y Luis José”.

A estas alturas habría que preguntarse ¿por qué en su libro no la llamó cariñosamente “Pachi” como lo hizo con Marina llamándola “Marinita”? ¿Por qué distanciarse llamándola primero Pilar Báez y otras veces Pilar? ¿Cariño de qué?

A mí nunca se me ocurriría llamarla “Ita”, aunque confieso que me da un retortijón interior llamar a Angelita Trujillo con el diminutivo en femenino de un Ángel, pero ese es el nombre público de la hija del diablo Trujillo bautizada con el kilométrico nombre religioso católico de 49 letras, María de

los Ángeles del Corazón de Jesús Trujillo Martínez, quien dijo en la página 428 de su cuasi libelo llamado libro:

“Esta noticia nos consternó a todos de tal manera que la recuerdo como una de las pocas veces en que vi a mi padre con lágrimas en los ojos, su padre y el mío habían sido como hermanos”.

Si, como sabemos, Angelita no vivía junto a su papá en el momento de recibir la noticia, ¿quién visitaba a quién? ¿Acaso él lloró antes de ir a la casa de los deudos? ¿Acaso él lloró después de ir al entierro? Desafortunadamente Angelita no entró en detalles que hubieran servido para reconfirmar la hipocresía de ambos, aunque usó cuatro palabras gráficas: “Ví a mi padre”. O sea, que no se lo contaron, ella lo vió llorar, y ha querido valerse de la imagen de un papá que derrama lágrimas para descargarlo de cualquier sospecha criminosa, pero sencillamente esas lágrimas fueron más allá de ser sensibleras y pasaron el umbral del indicio culposo. Angelita, Ramfis y muchos otros del entorno íntimo y un poco más allá, sabían de sobras que su papá se prevalía, en casos culposos extremos, de “lágrimas de cocodrilos”, que es una expresión sustituta de la expresión “el pobre, me lo comí”, que era como traducía el campesino de antaño el canto gutural del pájaro bobo luego de comerse un inofensivo lagarto.

“No era fácil saber cuando Trujillo era sincero y espontáneo y cuando estaba representando el papel de un actor en el escenario de la vida dominicana. Gobernó (...) con una máscara que nunca apartó de su rostro. Aún sus propios familiares y sus colaboradores eran víctimas de su doble personalidad (...) Fingía a toda hora y en todas las ocasiones

(...) Tenía mucho de falso y mucho de artificioso”, refirió el doctor Balaguer.²

También nos habló de su cinismo fúnebre después de asesinar a las tres hermanas Mirabal. En las afueras de Puerto Plata hizo detener su vehículo frente a un precipio para entonces comentarle a su acompañante, el señor Virgilio Álvarez Pina:

—“Aquí fue donde murieron las hermanas Mirabal. Que Dios las tenga en gloria”.³

Angelita nos dio otra clave importante en su afán de encubridora de su señor rey que la hizo vivir de princesa como en un cuento de hadas en su país de las maravillas, al usar la expresión “una de las pocas veces” (en que lo vio llorar). Eso significa, pues, que la bestia Trujillo había tenido otras reversiones morales expulsadas de su inconciente humano. ¿Acaso Angelita lo habría visto llorar con ocasión del asesinato de Octavio (Tavito) de la Maza, amigo de infancia de Ramfis, quienes habían escenificado peleas que se hicieron famosas y que jamás quebrantaron sus relaciones afectivas?

Por órdenes de la bestia fue asesinado el 6 de enero de 1957 y semanas después lo lloró como se llora a un hijo:

(...) “y al cabo de casi un mes, el mea culpa de Trujillo, en un melodrama de exaltado cinismo, con lágrimas copiosas y reversión de conciencia, comenzó a llorar “a mi hijo, al hermano de Ramfis”, según nos cuenta Eduardo Antonio García Vásquez en sus memorias.⁴

2. Balaguer, *La palabra...*, p. 234.

3. *Ibíd.*, p. 236.

4. García Vásquez, “Notas...”, p. 63.

Habría que preguntarse ahora –porque Angelita no lo dijo–, si sus lágrimas por Pilar Báez fueron “copiosas” y si acaso al llorarla dijo, con los ojos inyectados de sangre, que eran “por mi hija, la hermana de Angelita”.

La bestia Trujillo, como otros criminales desalmados, sólo tenía capacidad afectiva para llorar con los ojos. Esa bestia no lloraba conmocionado por la emoción, ni lloraba con el corazón ni mucho menos con el alma piadosa, de la que carecía.

Previo a esa escenificación novelesca el tirano había puesto en práctica su proceso de encubrimiento mal hilvanado. Había llamado por teléfono dos días después del funeral a Antonio de la Maza para expresarle sus condolencias, nos cuenta García Vásquez, y al noveno día, “el temido general Ludovino Fernández, el hombre hacha de Trujillo y poderoso jefe de la región del Cibao, asistió a la misa en la Catedral de Moca”. Fernández reiteró a la familia De la Maza las condolencias a nombre del tirano y de las Fuerzas Armadas y le comunicó que había ordenado que les dieran lo que necesitaran y que solo tenía que hacérselo saber al “Jefe”.

García Vásquez dice en las páginas 24 y 25 de sus memorias que Trujillo llamaba a Antonio de la Maza al puesto militar de Restauración “ansioso de mantener a Antonio en línea”. Lo llamaba “a veces hasta tres veces al día”, y tenía que escuchar “la familiar voz incisiva preguntándole por su salud y luego para oírle hablar de los chismes recientes”. También lo invitaba al Palacio Nacional “a charlar”.

“Durante una de las primeras reuniones Trujillo negó que la policía tuviera que ver con la muerte de Tavito”, cuenta

García Vásquez. “¿Qué?”, llegó a preguntarse y responderse: “Si él era nuestro mejor piloto” (...)

“Antonio se echó a reír”.

—“Nosotros no lo estamos diciendo ni lo estamos pensando”, le habría respondido Antonio de la Maza, según le refiriera a García Vásquez.

Un comportamiento parecido tuvo después de que por orden suya asesinaran a Ramón Marrero Aristy probablemente el 14 de Julio de 1959. El entonces primer teniente Pantolín de Castro Beras, del Cuerpo de Ayudantes Militares del tirano, quien estaba de servicio en el antedespacho el 15 de julio, habló de sus sobresaltos aquel día por la hipocresía de Trujillo:

“También me vinieron a la mente en forma alucinante, las veces que Trujillo, tocándome la bendita chicharra, me hizo pasar a su despacho preguntándome con insistencia: si el licenciado Marrero Aristy había llegado a Palacio”, y al recibir mi negativa, encargarme avisarle tan pronto lo hiciera”.⁵

Otro testigo de excepción de estas reacciones hipócritas lo fue el doctor Balaguer, quien luego de recordarnos que el tirano Trujillo tenía “tremendas condiciones histriónicas” y que manejaba “el arte insuperable con que supo manejar la mentira”,⁶ rememoró que esa bestia recibió en su despacho a Marrero Aristy “para manifestarle su confianza en él”, y en horas de la tarde de ese día, después de ordenar su asesinato, “Trujillo entró a mi despacho para preguntarme

5. De Castro Beras, *Trujillo...*, p. 159.

6. Balaguer, *La palabra...*, p. 238.

por la víctima” (...) “y se mostró sorprendido de que” (...) “no hubiera asistido a sus labores ni hubiera llamado para excusar su ausencia”.⁷ Pero ese cinismo funerario no se detuvo ahí. Continuó al día siguiente durante un almuerzo con funcionarios y militares palaciegos. Alguna autoridad, posiblemente como parte de un simulacro escénico previsto, llamó al comedor, de inmediato un oficial militar tomó el teléfono y segundos después informó a viva voz de la muerte de Marrero Aristy en un “accidente automovilístico” camino de Constanza. Con un gesto de sorpresa, la bestia comentó:

—“¡Qué accidente más raro! ¿Qué andaría buscando Marrero por Constanza?”.⁸

El capitán piloto Juan de Dios Ventura Simó, expareja de intimidades de Angelita en Madrid, España, quien desertó en un avión de guerra el sábado 30 de abril de 1959 y retornó el domingo 14 de junio por Constanza como expedicionario armado, siendo apresado y torturado, guardaba prisión en la Base Aérea de San Isidro cuando a principios de marzo de 1960 su madre, María Luisa Simó de Ventura, le solicitó mediante telegrama al tirano Trujillo que le permitiera ver a su hijo el martes 8 de marzo para felicitarlo con motivo de cumplir ese día 30 años de edad. La reacción de la bestia fue

7. *Ibíd.*, pp. 239-240.

8. La muerte de Marrero Aristy fue anunciada el 17 de julio de 1960. Aunque la bestia Trujillo no asistió a los funerales, les fueron rendidos los honores correspondientes a teniente general (?), según lo publicó *El Caribe* en su página 11 de ese día.

ordenar que lo asesinaran el día de su cumpleaños. Después le remitió a la madre un descorazonador telegrama lacónico:

“Su hijo, el teniente coronel piloto Juan de Dios Ventura Simó, murió en el cumplimiento de su deber en un accidente aéreo”.⁹

9. Garrido de Guzmán, *Al encuentro...*, p. 63. La noticia sobre la muerte de Juan de Dios Ventura Simó la publicó el diario *El Caribe* el viernes 15 de marzo como que había acontecido a las 5 de la tarde del miércoles 9 de marzo, esto es, un día después de su cumpleaños. La noticia, en la que se le identificó con el rango de teniente coronel, indicaba que había muerto al precipitarse el avión que piloteaba “en las aguas del Placer de los Estudios, en el mar Caribe”, esto es, cerca de Güüibia.

La noticia también delató a la bestia

Sobre el velatorio en la residencia de los Báez Perelló, el sepelio y los oficios religiosos en la capilla del cementerio en memoria de Pilar Báez de Awad, el diario *El Caribe* publicó en las primera y segunda páginas el 8 de febrero una noticia en la que informó que las actividades fúnebres se habían desarrollado después de las 8 de la mañana del día anterior, primero en la residencia de la familia Báez Perelló y luego en el Cementerio Nacional de la entonces avenida Tiradentes, hoy anexada a la avenida Máximo Gómez. Como era de estilo, *El Caribe* informó de la asistencia del “Benefactor de la Patria” y de su esposa.

En el cuerpo de la noticia se incluyeron profusos detalles sobre las coronas de flores, sus dedicatorias y los nombres de las personas e instituciones que las enviaron, pero careció de ciertos datos importantes y tuvo un tratamiento periodístico que conduce a pensar que la pasaron por un filtro y control informativo antes de publicarla. Le faltó el dato de la causa de la muerte de Pilar Báez, esto es, en el curso de un

parto por cesárea, y los datos de que había sido ¡en la Clínica Abreu! y que la criatura había sobrevivido.

Obliga a una atención reflexiva el que se minimizara la presencia de la esposa del tirano en la casa mortuoria, a la que solo se le menciona una vez al referir que el tirano “y su ilustre esposa, doña María Martínez de Trujillo, Primera Dama de la República” habían sido los padrinos de las bodas de la difunta un año y ocho meses atrás.

Aparte de esa mención correspondiente a un dato de los antecedentes de la noticia, en adelante solo se le mencionó una vez llamándola “la Primera Dama”, sin decir su nombre y apellidos. Como se obvió referirla de nuevo, se podría deducir que ella se limitó a ir a la casa de los Báez Díaz a dar el pésame y luego se marchó, o sencillamente se habría decidido en alguna instancia de poder situarla a muy bajo perfil.

Al final del cuarto párrafo se consignó un dato falso también suspicaz, probablemente ordenado al censor que Angelita y su esposo tenían en el diario *El Caribe*. Informaron que asistieron a la casa de los Báez Díaz a dar el pésame: “También los esposos León Estévez” (...).

Sin embargo, la propia Angelita evidencia la falsedad en sus memorias al decir “permanecí en mi casa” para no “exponerme a esas emociones tan fuertes”.¹ (?) (...).

El segundo elemento hartamente suspicaz se desdobló en tres: (1) Trujillo y su esposa “visitaron la casa mortuoria” (...)

1. Angelita Trujillo, *Mi padre...*, p. 248.

“para expresar sus condolencias”. (2) Al concluir la ceremonia religiosa en la capilla del cementerio, estando Trujillo en “el asiento a la derecha del túmulo” les “reiteró expresiones de condolencias al padre y demás familiares”. (3) Y “A la conclusión del sepelio”, después de darle el segundo pésame, la bestia “visitó nuevamente el hogar Báez Díaz Perelló para reiterar sus expresiones de condolencias”. Esto es, dos visitas a la casa mortuoria, asistencia al cortejo fúnebre y tres pésames.

Contrario a lo que se estilaba en este tipo de noticia, que fue importantizada dándole primera y segunda páginas, solo se insertaron dos fotografías, una que mostraba “Parte de los asistentes a la ceremonia religiosa” en la capilla del cementerio y otra fotografía posada de la difunta cuando contrajo matrimonio el 31 de mayo de 1958, la que en periodismo se denomina “foto de archivo”, o sea, que no correspondía al momento del acontecimiento que se estaba informando.

El comportamiento de la bestia en las ceremonias fúnebres y el suspicaz bajo perfil de la inidentificada “Primera Dama” son indicios que podrían conducir a que se guardaban las apariencias –como cuando, según Angelita, “lloró” por la muerte de Pilar, y, como decimos nosotros, en reconversión de conciencia– para ocultar una responsabilidad directa en su muerte, que, como veremos, fue el mal fruto de un operativo coaligado de la inteligencia militar del SIM del coronel Abbes García y de la AMD.

He aquí la noticia publicada por *El Caribe* en primera y segunda páginas de la edición del 8 de febrero de 1960:

TRUJILLO ASISTE A SEPELIO SEÑORA PILAR BÁEZ DE AWAD

El Benefactor de la Patria, generalísimo Rafael Leonidas Trujillo Molina, asistió al sepelio de la joven señora Pilar Báez de Awad Canaán, efectuado ayer, poco después de las 8 de la mañana, en el Cementerio Nacional de la avenida Tiradentes.

La señora Awad de Canaán, miembro de conocidas familias de Ciudad Trujillo, Baní y San Francisco de Macorís, falleció a los 20 años de edad. Su deceso ha conmovido dolorosamente los círculos sociales de esta capital. Por su bondad y simpatía era muy querida de cuantos la conocieron. Se había casado con el teniente Jean Awad Canaán, de la Aviación Militar Dominicana, hace apenas un año y ocho meses.

El enlace fue apadrinado por el Benefactor de la Patria y su ilustre esposa, doña María Martínez de Trujillo, Primera Dama de la República.

Expresan pésame

El Benefactor de la Patria y la Primera Dama visitaron la casa mortuoria, en la calle José María Bonetti hijo No 14, para expresar sus condolencias a los padres, don Miguel A. Báez Díaz y doña Aída Perelló de Báez Díaz, al esposo, teniente Jean Awad Canaán y demás familiares. También los esposos León Estévez Trujillo y otras distinguidas personas.

A la conclusión del sepelio ayer en la mañana, el generalísimo Trujillo visitó nuevamente el hogar Báez Díaz Perelló para reiterar sus expresiones de condolencia.

Las honras fúnebres se efectuaron en la capilla del Cementerio Nacional. Oficiaron los padres escolapios Evencio Moreno, Alfonso Estevez y Luis Espinosa, del colegio San José de Calasanz.

El profesor Luis Frías Sandoval interpretó al órgano “Oficio de Difuntos”.

El féretro estaba cubierto por flores y coronas enviadas por familiares y amigos en memoria a la joven dama fallecida.

Entre esas ofrendas florales figuraban las coronas enviadas por las familias Trujillo Martínez, León Estévez Trujillo, teniente Leonidas Radhamés Trujillo Martínez y otras.

Al concluir la ceremonia los sacerdotes oficiantes cantaron el responso final junto al túmulo.

El generalísimo Trujillo reiteró sus expresiones de condolencias al padre y demás familiares.

Deudos

Son deudos de la joven señora fallecida, su esposo, teniente Jean Awad Canaán; sus padres, Miguel A. Báez Díaz y doña Aída Perelló de Báez Díaz; sus hermanos, teniente Miguelín A Báez Perelló, E.N.; Tania, Nelson y Mayra Rosa Báez Perelló; sus abuelos Miguel Báez Ortiz, Angélica de Báez y Pilar viuda Perelló; sus padres políticos, George Awad y Emelinda Canaán de Awad; sus hermanos políticos Edgar Awad, Gabriel Awad y Rosita A. de Chabebe; sus tíos Manuel de Jesús Perelló Báez, Julio Perelló Báez, Tomás Báez Díaz, Angélica B. de Velázquez y Mercedes B. de Soto.

Coronas y ramos

Entre las numerosas coronas y ramos enviados del Jardín Radiante, Clavel y Lirio Cala, figuraron los siguientes: (...).

Un operativo del SIM

“Como es sabido, nosotros después del asesinato de mi padre nos fuimos a residir al continente europeo, y allí nos enteramos de que en el país se había lanzado el rumor de que Pilar había muerto porque mi papá, mi mamá o yo, la habíamos mandado a matar”, dijo Angelita en sus memorias,¹ dando a entender así que el rumor de que uno de los Trujillo principales habría ordenado asesinar a la joven de 20 años se propagó después del 18 de noviembre de 1961, cuando Ramfis Trujillo salió al exilio iniciando la estampida al exterior de los Trujillo y compartes.

Pero no. El rumor se expandió automáticamente desde la tarde de aquel 6 de febrero en algunos grupos de antitrujillistas y de trujillistas, muy probablemente por iniciativa del teniente coronel Abbes García, apoltronado a unas siete cuerdas al norte, a casi un kilómetro de la Clínica Abreu, en su oficina principal del SIM en la avenida México con 30 de Marzo. El objetivo central del rumor expandido difusamente con

1. Angelita Trujillo, *Mi padre...*, p. 428.

característica de evidencia ambigua era atemorizar y advertir a los afectados y allegados de lo que se era capaz, a más de ser confusionista porque se procuraba evidenciar un asesinato en perjuicio del miembro de una familia de un cercano a Trujillo y en una clínica con personal de primer orden sindicado como desafecto al régimen.

El SIM y en particular el teniente coronel Abbes García, asesorado por alemanes y mexicanos,² empleaba una técnica depurada del rumor, estrictamente controlado, esparcido en diferentes lugares y niveles sociales por agentes provocadores que se comportaban como antitrujillistas,³ por agentes evidenciados como tales en círculos trujillistas y por agentes patrulleros que antes y después de un hecho actuaban de manera expresamente burda para que su presencia fuera notada,

2. El teniente coronel Abbes García estuvo estrechamente vinculado a mexicanos y a alemanes desde que inició su carrera de agente secreto. Aún joven, en los años 50 estudió en México por varios meses y fue designado allí segundo secretario de la Embajada dominicana y agente secreto. México era una olla de grillos porque concentraba exiliados y agentes secretos y a otros no tan secretos de todas partes del mundo, y Abbes García desempeñó importantes misiones allí. De otro lado, su papá, John Abbes, era alemán, naturalizado norteamericano, y siempre se vinculó a la reducida población alemana y de origen alemán de la entonces Ciudad Trujillo y fue ferviente admirador de las prácticas represivas nazis. Sus nefandas inquietudes las compartió con el ex nazi Ernesto Scott, quien al parecer lo habría orientado y suministrado literatura sobre los métodos nazis de las torturas, la propaganda y las técnicas del rumor al estilo de Goebels, el genio del mal de la radio nazista.
3. Jorge Yeara Nasser, un conocido hombre público de origen árabe, narró al autor que un agente provocador encubierto, su profesor Jerez Cruz, lo inscribió en el Movimiento Popular Dominicano (MPD) en 1960, y lo llevaba a su local en la avenida Duarte a aplaudir y agitar

aunque nadie ajeno a ellos podía ser testigo de la final actuación criminal.

Esa indudable capacidad de dañar mediante esos ardides la analizó el doctor Rafael Valera Benítez, exfiscal del Distrito Nacional, quien investigó el cuádruple asesinato de las hermanas Minerva, Patria y María Teresa Mirabal y de su chofer Rufino de la Cruz—sus autores y cómplices fueron apresados, juzgados y condenados a sufrir entre 10 y 20 años de trabajos públicos—, al decir en la obra *Complot develado* que “la táctica de Abbes García consistía, precisamente, en estimular la sospecha en torno a toda persona o grupo que, de buen grado, por imposición o por riesgo calculado, se presentara en plan de oposición manifiesta al régimen de Trujillo”.

(...) “Al mismo tiempo, Abbes diseminaba el rumor en todo el país de que la dirección y los miembros del MPD estaban en connivencia con el régimen trujillista. Logrado el efecto deseado para consumo exterior, de inmediato se imponía aislar y desprestigiar esa oposición —o cualquier otra— a fin de prevenir la formación de focos de nucleación política por donde pudiera hacer eclosión el creciente antitrujillismo”.⁴

Cuando Guido D’Alessandro, más conocido como Yuyo —amigo de infancia de Ramfis Trujillo—, se enroló en

contra Trujillo. Un día lo apresaron en las afueras del local y lo llevaron a la policía solo por algunas horas. Su profesor y agente provocador encubierto tuvo un gesto de nobleza con él y solicitó su liberación bajo el alegato cierto de que lo había sonsacado sin que su discípulo se manifestara antitrujillista. Yeara Nasser dijo que Jerez Cruz y los infiltrados “querían controlar y dirigir la agitación” en el MPD.

4. Valera Benítez, *Complot...*, p. 65.

el Movimiento Revolucionario 14 de Junio y fue denunciado, se escondió y a finales de enero de 1961 abordó, disfrazado, un barco italiano en calidad de turista. El SIM había diseminado a finales de ese mes el rumor de que Yuyo estaba bajo la protección de sacerdotes y a la vez hizo circular una fotografía suya de medio cuerpo con la imagen superpuesta de una sotana, de modo tal que parecía sacerdote o seminarista. Asimismo publicó el 26 de enero un “aviso importante” a nombre de su familia ofertando mil pesos al que suministrara “alguna noticia sobre el paradero de su hijo”, quien “últimamente venía dando muestras de cierto desequilibrio mental”, y solicitaba llamar a los teléfonos 9-6277 y 9-8938, que eran los de la oficina principal del SIM, aunque no lo especificaba así.

“Debe señalarse –refiere el exfiscal del Distrito Nacional Valera Benítez– que la comunicación representaba un elemento de fundamental incidencia en toda la urdimbre de la tenebrosa gavilla de represión: expertos en los más diversos medios de transmisión de mensajes y el manejo de sofisticados aparatos para la emisión y recepción de los mismos, formaban parte del personal que motorizaba la estructura de esta fábrica del crimen mediante la concurrencia de los más diversos menesteres”.

A renglón seguido le atribuye al SIM de Abbes García una eficaz división del trabajo criminal que se manifestaba “mediante una complicada imagen donde el control y el terror implantados constituían la impronta permanente”.⁵

5. *Ibíd.*, pp. 30 y 32.

El despiadado Abbes García fue un técnico del asesinato encubierto y del desembozado. A la altura de 1960 había acumulado una experiencia represiva político gangsteril asombrosa en el exterior y en el país con una cadena de homicidios basados en técnicas que lo delataban como un enamorado del asesinato y un apasionado de las torturas.

“La cadena de desapariciones (...) –continúa diciendo sin ambages el doctor Valera Benítez–, así como otros asesinatos y atentados reciben sus hilos fundamentales de la figura de Abbes García que constituye, sin género de duda alguna, la personificación más cabal de la teoría y la práctica del régimen de control policial que pueda encontrarse en la historia de la tiranía política latinoamericana”.⁶ Y luego añade que “Abbes García era un individuo dotado de una gran iniciativa política y sabía evaluar una situación determinada mejor que muchos dirigentes políticos dominicanos” (de finales de 1959 y de principios de los años sesenta. Nota de L. C.).

Tan efectivo era en su metodología represiva que el doctor Valera Benítez, quien en cinco ocasiones guardó prisión y cada vez fue torturado, también le atribuyó a su ex persecutor y verdugo la infausta gloria de haber creado “la tiranía preventiva y orgánica por oposición a la represión incoherente y la acción a posteriori”, y quien una vez le dijo a él y a otros compañeros de prisión en “La 40” que él y sus “muchachos”

6. Esta y las demás citas atribuidas a Valera Benítez están contenidas en las páginas 11, 12, 13 y 14 de su prólogo del volumen 1 de *Complot develado*, que trata sobre los interrogatorios y torturas en los meses de 1960 a miembros del Movimiento Revolucionario 14 de Junio.

(asesinos y torturadores) “representaban la época de la electrónica y la energía nucleares”.

En fin, para que el lector de hoy comprenda a cabalidad el operativo montado por el SIM para asesinar a Pilar Báez de Awad, he aquí una observación concluyente del ex fiscal al atribuirle al teniente coronel Abbes García la encarnación de la gran diferencia con la represión antes de su mandato:

“Esa diferencia estaba dada también en término de organización, control y operatividad sobre áreas del territorio y masas poblacionales; concentración escalonada de mandos y medios técnicos para asegurar la rapidez de la recolección de informes, su evaluación y concentración de medios para una acción determinada”.

Gracias a retazos iniciales de informaciones y de datos llegados a nosotros de aquí y de allá se pudo conformar poco a poco un calidoscopio de indicios que encajaron en cada lugar adecuado del diseño del asesinato tanto de Pilar Báez de Awad como de su esposo Jean Awad, habiéndose ejecutado el primero probablemente a instancias de María Martínez de Trujillo –en cierto modo una “experta” de amplia experiencia en el crimen ginecomédico–, espoleada por las intrigas del coronel León Estévez, y, como es absolutamente lógico, aprobado y ordenado por el tirano Trujillo.

He aquí que desde temprano del sábado 6 de febrero, el día siguiente en que Pilar Báez fue ingresada, rondaron las cercanías del local de la Clínica Abreu dos vehículos patrulleros del SIM ocupados por agentes secretos, siendo uno de estos agentes fácilmente identificado por haber laborado hasta mediados de 1959 en el llamado Palacio Radiotevisor

La Voz Dominicana, propiedad de Petán Trujillo, hermano del tirano. En ocasiones los vehículos se aparcaron en lugares distantes y al parecer discretos y algunos de los ocupantes entraron y salieron de la clínica. Actuaron tan abiertamente que el “guardián” de turno en la puerta de la emergencia los vió entrar y salir varias veces “de un consultorio” de la clínica. El guardián, de apellido Pérez, llegaría a comentar años después a una persona:

—“Acción que nunca más ví, ni antes ni después del hecho”.

Esta información fue revelada el 21 de octubre de 2010 por el doctor Julio Morgan Estrella –posiblemente un seudónimo– en el sitio de Internet www.lavendatransparente-deraifigenao.com, del doctor Rafi Genao, dominicano, uno de los espacios de la red más visitados y populares que se origina en la ciudad de Nueva York. El doctor Morgan participó mediante un correo electrónico en el curso de un amplio debate que se desató después de una entrevista que le hiciera el doctor Genao a Rafael Domínguez Trujillo, hijo de Angelita, presidente de una fundación que pretende defender la persona y la obra de gobierno de 32 años de terror y latrocinio de su abuelo, el tirano Trujillo. La entrevista se basó en las memorias de Angelita y se centró en las muertes de Pilar Báez y Jean Awad, pero principalmente en la de Pilar Báez, cuya única hija Pilar Awad Báez desató el debate con informaciones y argumentos convincentes, que provocaron que Domínguez Trujillo intentara fallidamente imponer las versiones manidas de su madre sobre ambos crímenes, siendo secundado por miembros inominados de la fundación trujillista, pero finalmente se retiró del debate y guardó silencio.

He aquí que a las 9 y 24 de la noche del 21 de octubre de 2010, el doctor Morgan intervino en el debate suministrando la citada información de que los evidenciados agentes del “servicio secreto” habían llegado a las inmediaciones en los vehículos oficiales 3109 y 3004.

“Le felicito por la entereza con que defiende usted la memoria de sus padres, la ausencia del Sr. Domínguez Trujillo en este debate deja mucho qué pensar, en lo particular me gustaría saber el parecer de ellos para sus comentarios. Solo quiero aportar, sin que se me quiera tildar de antitrujillista porque nunca he sido nada ya que nací en 1961, el mismo año en que terminó la era, que el guardián que se encontraba en la puerta de emergencia de la clínica, el Sr. Pérez (No recuerdo el nombre en estos momentos) le dijo a mi padre algunos años después del hecho, que vio un movimiento inusitado de agentes del servicio secreto que entraban y salían a uno de los consultorios, acción que nunca más vió, ni antes ni después del hecho, lo que le motivó a pensar que manos criminales actuaron ese día. El auto tenía placa 3109-oficial y el otro 3004, ojalá se pueda investigar sobre eso”.

Al indagar acerca de esa información tan precisa emanaron de varias fuentes versiones que tendían a corroborar lo adelantado por Morgan Estrella. Efectivamente, los dos vehículos placas oficiales estaban asignados al SIM y eran utilizados por sendas parejas de agentes. El vehículo placa 3109 era un Volkswagen, del modelo escarabajo, conocido en el país como cepillo, de los que se convirtieron en símbolo del terror psicológico porque los cepillos eran los más utilizados por los caliés en sus patrullajes nocturnos y en los apresamientos,

y el vehículo placa 3004 era un jeep Toyota. El cepillo estaba asignado a Leví Amaro Abreu y a José Lebrón Tejada y el jeep a Carlos García Mendieta y a Félix Arcadio Rodríguez.

Ese operativo habría sido dirigido en el terreno por Carlos García Mendieta, cuyo nombre completo era Carlos Antonio García Mendieta, quien tendría rango de primer teniente y, como veremos a continuación, su sueldo era en un 50 % superior al de los citados. Es probable que Leví Amaro Abreu, o sencillamente “Leví”, como se le llamaba, fuera el principal de la unidad de agentes ocupantes del cepillo en razón de que las referencias obtenidas lo situaron siempre al lado del chofer en los servicios de patrullaje callejero. Por lo tanto, de lo anterior se puede deducir que el conductor del jeep era Félix Arcadio Rodríguez, y el conductor del cepillo era José Lebrón Tejada.

Los cuatro citados aparecen en una lista de agentes del Servicio de Inteligencia Militar (SIM) que publicó el diario *El Caribe* como noticia principal el 15 de enero de 1962 y que impactó a la opinión pública porque (1) era la primera de su género publicada y (2) por el monto invertido en solo esa nómina de varias de ese organismo en la capital y las provincias principales. Mientras Amaro Abreu, Lebrón Tejada y Rodríguez aparecen con un sueldo de 100 pesos mensuales, García Mendieta aparece con 150 pesos mensuales. Eran buenos sueldos en momentos en que el salario mínimo mensual de un militar era de 40 pesos que se denominaban “peso oro dominicano”, casi a la par del dólar. El costo de la vida era muy bajo comparado con el astronómico de hoy, y tener empleo seguro y, por lo demás, bien pagado, constituía más que un privilegio.

García Mendieta⁷ pertenecía al ala intelectual del SIM, en la que se situaban el propio Abbes García, el pintor Ernesto Scott, más conocido como “Míster Scott”, sus abogados, interrogadores y elaboradores de expedientes y otros. Por cierto, los “intelectuales” eran de los más “sofisticados” y despiadados. Por ejemplo, el alemán Scott, de muchos años de residencia en el país, era pintor y políglota, con experiencia de torturador nazi. Prefería asesinar a prisioneros

7. García Mendieta, nacido en San Juan de la Maguana, carismático, nunca pasó desapercibido. El locutor constitucionalista José Antonio Núñez Fernández, en la página 124 de su libro *La guerra de locutores. Abril 1965*, refiere que en su pueblo le apodaron “Carlos Carlitas”, y años después en la Universidad de Santo Domingo, lo llamaron “Garó”. Ciertamente se graduó *magna cum laude* en Derecho, con especialidad en Francia. Antes había laborado en contabilidad en La Voz Dominicana, donde lo apodaban “McCovey”, por su extraordinario parecido con un famoso pelotero norteamericano. Aunque reputado como políglota y buen orador, dueño de una cultura e inteligencia fuera de lo común, era poeta mediocre, habiendo publicado el libro de poemas Vendimiando, dedicado nada más y nada menos que a Johnny Abbes García, quien lo reclutó como oficial del SIM, sobresaliendo por su condición de sociópata capaz de las peores acciones. Era el tipo de agente apto para operativos macabros de máxima precisión, que, a juicio de Valera Benítez, formaban parte de “una ciencia quintaesencia, un verdadero mecanismo de relojería en manos de Johnny Abbes García” –pág. 15. Obra citada-, para imponer la tiranía preventiva, esto es, asesinar para advertir o para impedir. A principio del régimen neotrujillista de 12 años del doctor Balaguer, de 1966 a 1978, el ya exiliado García Mendieta fue distinguido con el puesto de cónsul dominicano en Haití, siendo a la vez, y por lo bajo, asesor del dictador Duvalier. En junio de 1970, mientras departía en un centro de diversiones de Carrefour con el doctor Marino Vinicio Castillo, quien había ido a Haití a una negociación en su calidad de consultor jurídico de una empresa estatal dominicana, un coronel duvalierista lo mató e hirió a Castillo.

extrayéndoles la sangre con una jeringuilla al torturarlos. Para poner un caso, según lo refiere Valera Benítez en su libro *Complot develado*, interrogó a un jovencito panfletero antitrujillista de Santiago, de unos 13 años de edad, mientras le extraía la sangre con una jeringuilla y la derramaba a los pies del interrogado hasta que este quedó exhausto sin un álito de vida.

Al importante dato de que miembros del SIM entraron y salieron de la clínica horas antes de la muerte de Pilar Báez se unió un dato suplementario llegado a este autor en el sentido de que “un reconocido calié, sobrino del padre Pérez” habría sido visto de servicio en las cercanías de la clínica –con un sombrero de ala corta oblícualmente en su cabeza, rozándole el ojo derecho, como era lo típico– y que entró a un colmado a saludar al entonces dependiente, hoy profesional del derecho, que era su amigo de infancia en el barrio San Carlos, “y eso que cuando él hacía servicio de calié no reconocía ni a su familia, según me decía”.

—“¿Qué hice?”, le dije de chanza, como temblando, y después se sonrió, compró algo y después se fue”.

También recordó que al colmado iban enfermeras de las clínicas Abel González y Abreu y que “desde que moría alguien uno lo sabía de una vez porque aquel era un mundo muy chiquito y tu no te olvidas cuando te dicen “se nos fue en sangre... una muchacha hija de uno pegado del Jefe. Después yo ví eso en *El Caribe*”.

El “calié” que refirió el ex dependiente y ahora abogado era Eliseo Francisco (Cheo) Pérez, uno de los sobrinos de monseñor Eliseo Pérez Sánchez, conocido entre sancarleños

como “el padre Pérez”, de los eclesiásticos católicos que se identificaron con la Era de Trujillo. El autor de este libro conoció de cerca a Cheo Pérez, quien vivió en la calle Gerardo Jansen casi esquina Delmonte y Tejada de San Carlos y quien solía visitar nuestra casa desde años antes de enrolarse en el SIM, pertenencia que lo transformó en un ser antipático al cambiar su conducta amistosa a insidiosa en perjuicio de jóvenes del sector, a pesar de que era un agente del SIM que se distanciaba del común de aquellos por su capacidad de comunicación y ostensible nivel de inteligencia. Dio demostraciones de sentirse muy a gusto en sus funciones y se esmeraba en hacerlo saber.⁸

8. Cheo Pérez fue perseguido y apaleado luego de la salida de los Trujillo del país. Semanas después se refugió en un campo de la región cibaeña, hasta donde lo alcanzó el brazo de la muerte en 1962. Su cadáver fue encontrado en un camino vecinal.

Cómo otros percibieron la muerte de Pilar

Resultaría cansino citar lo dicho por antitrujillistas, ex funcionarios trujillistas, políticos, autores y periodistas que desde que los Trujillo huyeron del país han enfocado abiertamente las muertes de Pilar Báez y de Jean Awad como dos asesinatos encubiertos, de donde se impone una selección de lo mejor.

El periodista Manuel de Jesús Javier, autor de la obra *Mis 20 años en el Palacio Nacional junto a Trujillo y otros gobernantes dominicanos*, fue de los que en la periferia de las entrañas del régimen percibió que hubo artes ocultas en la muerte de Pilar Báez, la que calificó de “misteriosa”. En tres partes del libro enfocó el suceso a partir del rumor difuso que habría llegado a sus oídos. Al hablar de Miguel Ángel Báez Díaz refirió que “era un rumor con ciertos visos de verdad que su hija Pilar, casada con el teniente Jean Awad Canaán, había muerto de parto a causa de una inyección que con fines criminales le puso una enfermera sobornada por

una pariente cercana de Trujillo”, debido a lo cual “se sentía profundamente resentido con el tirano y su régimen”.¹

En otra parte de su libro se basó en “según versiones” y en “se dijo”, expresiones que en un régimen hermético represivo son enunciadoras de que lo que viene a continuación equivale a un rumor. Dijo que “según versiones”, Báez Díaz se sentía profundamente dolido contra Trujillo “porque su hija Pilar (...) murió de parto. Se dijo en esa época que alguien íntimamente ligado a Trujillo sobornó a una enfermera para que inyectase a la muchacha unos minutos antes de dar a luz provocándole una hemorragia que ningún médico pudo contener”.²

Hay que resaltar que el periodista Javier fue cronista noticioso de un tramo final de cinco años y tres meses de la Era de la Tiranía de Trujillo, del 3 de febrero de 1956 al 30 de mayo de 1961, que, sin desdorarse, estuvo en el Palacio Nacional, “fijo” en esa fuente como reportero del entonces diario más importante del país, *El Caribe*. Ambos lugares, el palacio de gobierno y el diario, eran generadores de rumores con visos de veracidad que circulaban en grupos cerrados, y, en el caso del periódico, también de informaciones verdaderas, con datos distintos a los de algunas noticias publicadas.

El experimentado periodista Javier también usó otra expresión significativa adosada al rumor, al indicar en otra parte que “Se dijo en esa época”, que había sido un crimen provocado.

1. Javier, *Mis 20 años...*, p. 306.

2. *Ibíd.*, p. 239.

Como se infiere fácilmente de lo sabido y vivido por él, aquello lo registró en su libro como que correspondió al “momentum” y no a lo presumido “a posteriori”.

De su parte, Pantolín de Castro Beras, del Cuerpo de Ayudantes Militares de Trujillo, se refirió en sus memorias a los dos asesinatos retrotrayendo el momento en que el general Francisco González Cruz lo visitó en el Hospital Militar Doctor Marión donde estaba internado por una enfermedad en la vejiga:

“También acrecentó ese temor³ el hecho de que al otro día tempranito se apareció a mi habitación el general González Cruz y me dio la noticia de la trágica muerte de mi recordado compañero y amigo Jean Awad Canaán, 2^{do}. Tte. del Cuerpo de Ayudantes Militares”. (...) “Esto en seguida lo asocié con la no menos misteriosa muerte de su bella y joven esposa Pilar Báez, hecho acaecido con anterioridad, y después de haber sido traída al mundo su única hija”.⁴

Nótese que De Castro Beras, de la periferia del círculo militar inmediato del tirano y quien décadas después llegaría al grado de general, se expresó como que ese fue su pensar momentos después del suceso y no como si hubiera llegado

3. El entonces segundo teniente De Castro Beras se había resistido a prestar “servicios especiales”, para los que estaba siendo adiestrado por el teniente coronel Abbes García. En una acción de suyo peligrosa se aventuró a solicitarle cara a cara al tirano que lo excluyera del adiestramiento y de los planes. En adelante vivió de sobresaltos en sobresaltos porque temía que lo asesinaran. De ahí su expresión “También acrecentó ese temor” (...).
4. De Castro Beras, *Trujillo...*, pp. 158 y 159.

a esa conclusión luego de la tiranía trujillista al escribir sus memorias bajo un régimen democrático.

A pesar de que Angelita Trujillo le atribuyó a las familias Báez Díaz y Báez Perelló la propagación del rumor público y sobre todo el haberse “servido del dolor y el luto de la muerte de una hija en condiciones tan trágicas” y de “explotar la desgracia usándola como peldaño para escalar vanagloria”,⁵ en honor a la verdad histórica que a las familias Báez Díaz y Báez Perelló habría que atribuirle un tratamiento de excesivo bajo perfil en torno a estos dos crímenes, asumiéndolos, más bien, como asuntos estrictamente de duro dolor personal y familiar en vez de dedicarse a airearlos como lo que son: de dominio y dilucidación públicas correspondientes.

Está tan alejado de la verdad atribuirles el uso de esos dos crímenes para presentarse como “víctimas de la tiranía”, que Pilar Awad Báez, la única hija de Pilar Báez y Jean Awad, criada por la familia Báez Díaz, vino a enterarse de las versiones rumoreadas de los asesinatos de sus padres luego de cumplir los 10 años de edad, al escuchar de boca de una recepcionista de un dispensario dental al que había acudido para chequeos que “esa (ella) es la huérfana de la muchacha que Angelita mandó a matar para quedarse con su papá, de quien estaba enamorada”,⁶ lo que le produjo una especie de “shock” porque había sido criada sin que a sus oídos llegara la dilucidación de las muertes de sus padres “para evitar que

5. Angelita Trujillo, *Mi padre...*, p. 428.

6. Esta y las siguientes citas suyas corresponden a la declaración escrita de Pilar Awad Báez en nuestro poder.

creciera con odios y deseos de venganza”, según sus propias palabras. Por lo demás, que sepamos, ninguno de los Báez Díaz ni de los Báez Perelló han ocupado puestos públicos preponderantes luego de la tiranía trujillista,⁷ lo que en caso contrario no habría significado la procuración de privilegio por haber sido “víctimas de la tiranía”, aunque de todas maneras la condición de “víctimas de la tiranía” jamás ha significado en el país gozos y privilegios, habiendo acontecido lo contrario: víctimarios, torturadores y antiguos altos funcionarios que siguieron dando fe de su trujillismo melancólico han sido los beneficiarios gracias a la consigna asumida como línea política pública desde principios de 1963 de “borrón y cuenta nueva” y a la implementación de 1966 a 1978 del neotrujillismo liderado por un beneficiario del trujillismo y del borrón y de la cuenta nueva, el doctor Joaquín Balaguer.

De modo, pues, que la imputación de Angelita a la familia creada por Aída Perelló de Báez y Miguel Ángel Báez Díaz —a quien nunca se le ha acusado de ningún hecho deleznable— constituye, para decirlo con palabras de ella, “perjurio incalificable, una calumnia oficiosa, inmoral y perversa”.

7. Tanto Miguel Ángel Báez Díaz como Tomás Báez Díaz ocupaban al 30 de mayo de 1961 dos puestos públicos importantes, a saber, Tomás era el presidente del Consejo Administrativo del Distrito Nacional, puesto “electivo” equivalente a la vez a síndico o alcalde y a presidente de la Sala de Regidores del Distrito Nacional, y Miguel Ángel era el director de la Conservaduría de Hipotecas, que en esos años se la disputaban cercanos al tirano.

Sí, “perversa”: perversidad es decir en sus memorias que Miguel Ángel Báez Díaz incurrió en “infamante traición” y que le faltó valor “para salir al camino y colgarse de un árbol” luego que informara dos veces a los emboscados sobre la inminente partida del tirano a San Cristóbal.

A diferencia de sus vengativas palabras, la participación militante de Báez Díaz en el complot que culminó con la muerte del tirano esa noche del 30 de mayo de 1961 constituyó una decisión inscrita en el marco de la liberación de un pueblo del yugo criminal establecido por los Trujillo y compartes, y él demostró valentía al arriesgar y perder su vida y poner en riesgo de muerte las vidas de sus familiares, y en particular la de su hijo Miguelín Báez Perelló, un segundo teniente del Ejército Nacional que también fue vilmente asesinado en 1961 en las ergástulas del kilómetro 9, centro de torturas dependiente de la Base Aérea de San Isidro.

Su participación activa en el complot, su entereza personal y su tosudez momentos antes de la acción liberadora están por encima de cualesquiera otras consideraciones derivadas de su extendida participación en el funcionarado del régimen trujillista. Un intelectual de perfil crítico, no dado a complacencias ni a complicidades, el escritor Aquiles Julián tuvo a bien poner los puntos sobre las íes en cuanto a ese tipo de críticas alevosas a quienes a pesar de haber sido beneficiarios participaron en el ajusticiamiento del tirano. El martes 19 de octubre de 2010 escribió en su blog de internet un artículo con el mismo título de un libro digital suyo: *El último estertor del trujillismo y el sometimiento de Angelita Trujillo*, en el que dijo en tono más que severo:

“Es obvio que los ajusticiadores de Trujillo no eran santos. Fueron funcionarios de su régimen. Se beneficiaron de él. No pongo en duda que incluso pueden haber estado comprometidos en acciones infames. Recibieron canojías y todo tipo de privilegios. Sí, todo eso es verdad, pero tuvieron dentro de sus vidas serviles un acto supremo de valor que los reivindicó y los elevó a la condición de héroes de la Patria: ajusticiaron al criminal; eliminaron al tirano”. Julián cita luego el caso de Máximo Gómez, quien al servicio del imperio español combatió contra los restauradores de la República, reinvidicándose años después como general comandante del ejército de liberación de Cuba. “Sin Cuba, Gómez hubiese sido un lacayo más”, dijo, para entonces apuntar que el “gesto valiente y liberador” de los hombres del 30 de mayo los “recuperó para la patria, los engrandeció y limpió” (...) “alcanzaron la estatura de héroes, acrecentada con su posterior martirio y la entereza con la que lo sobrellevaron”.

Angelita se regodeó en su libro en la impunidad y en las aguas silenciosas y tranquilas de las aún compungidas familias de los Awad Canaán, Báez Díaz, Díaz Perelló, y de los Awad y los Canaán y de los Báez y los Díaz, al decir, a modo de celebración pública, que en contra suya “Jamás pudieron presentar ninguna evidencia, puesto que no podían existir”.⁸ Pero lo cierto es que esas familias y en particular los Báez Díaz jamás se han dedicado a hurgar para

8. Todas las citas anteriores corresponden a la pág. 428 de la obra citada de Angelita Trujillo.

descubrir y presentar evidencia alguna en contra suya, de León Estévez y de algún otro Trujillo, de donde constituyó “un arma vil” en contra “del honor y la honra” al decir lo anterior y al requintarlo proclamando que “Es perversidad en grado extremo” y “¡Oportunismo en grado extremo!”.

Independientemente de que Angelita haya tenido participación principal en la muerte de Pilar Báez o responsabilidad conexas mediante la manipulación diabólica –lo que iría más allá de una presunción–, el tratamiento que ella le dio a los dos sucesos implicó, por un lado, una cuasi delación a su exesposo como la persona que ordenó el asesinato de Jean Awad y por otro lado una cuasi implicación de su madre María Martínez de Trujillo en el de Pilar. Como quien no quiere la cosa, bajo un ropaje artificioso de palabras insinuantes escogidas, a modo de venganza personal, casi dijo que ella le imputaba la muerte de Jean Awad a León Estévez –“se puso rojo de ira”/“nunca lo había visto así”–, pero la mención de su madre en el caso de Pilar Báez constituyó una revelación presionada por lo que ella sabía y que eludió explicitar –“mi papá, mi mamá o yo, la habían mandado a matar”–. Nunca antes, que sepamos, nadie había citado por escrito a su mamá, aunque sí a ella y a su papá. ¿Por qué Angelita se presentó de último en una enumeración de tres acusados cuando ciertamente ella ha sido mencionada sola o de primero? ¿Acaso quiere eludir el rumor de que ella mandó a matar a Pilar Báez para quedarse con su esposo Jean Awad? ¿Por qué incluyó a su mamá y ella se situó de último? ¿Está diciendo su inconciente que “yo no fui, fue esta”? ¿O quizás nos dejó dicho que fue o

su papá o su mamá? ¿Acaso fue su mamá pero aprobado por su papá? ¿O acaso fue su papá, pero ejecutado por su mamá?

Ella bien sabe, al igual que este autor, que su madre, con antecedentes comprobados de asesinar a criaturitas concebidas por la esposa o por alguna amante de su hijo Ramfis, o por amantes del tirano, es sospechosa de haber sido la principal en la orquestación de aquel crimen por partida doble, pero que milagrosamente sobrevivió la criatura que sería bautizada como Aída Rosa del Pilar Awad Báez. He ahí entonces que se le zafara el seguro de su inconciencia y saliera disparada la mención de su mamá.

Como el ejercicio del poder trujillista se agigantó a proporciones insospechadas, por muchos años los implicados en los dos asesinatos y la opinión pública creyeron que a ellos todo les había salido a pedir de boca. Estuvieron convencidos de cosa tal hasta en 2010, cuando Angelita incurrió en el error de decir más mentiras sobre viejas mentiras, a pesar de que ya se habían cerrados dos puertas pesadas que solo hicieron leves ruidos.

Entre otras referencias acerca de los antecedentes ginecocriminales de su madre María Martínez de Trujillo, bastaría con citar los casos de Tantana Ricart, la primera esposa de Ramfis Trujillo, y de Mónica Sánchez, más conocida como Mony Sánchez, de las últimas amantes preferidas del tirano Trujillo. La mamá de Angelita instruyó al médico de Tantana, de apellido Morgan, que le inyectara una sustancia que matara en el vientre a la criatura que había concebido de Ramfis porque se oponía al nacimiento. Insistente, y de

conformidad con sus fintas criminaloides, en dos ocasiones más en que salió embarazada hizo que el propio Ramfis la obligara a ingerir sustancias que terminaron con las vidas de los fetos, hijos que sí eran deseados por la madre, lo que le produjo un remordimiento de conciencia por el resto de su vida.

Lo anterior constituyó por muchos años un rumor con sobrados visos de veracidad hasta que una hija de ese matrimonio, por lo tanto nieta de esa despiadada mujer, lo confirmó en sus memorias *A la sombra de mi abuelo*, que publicó en 2008 a modo de novela. Aída Trujillo Ricart reveló en las páginas 29 y 30 cómo la mamá de su papá y de su tía Angelita hizo asesinar a criaturas en el vientre de su madre Tantana en tres ocasiones porque se oponía a que Ramfis tuviera hijos con ella. En dos ocasiones, cuenta Aída, obligó a su madre a abortar y en una tercera ordenó que “el doctor Morgan” le matara la criatura en el vientre. Por suerte, Tantana había logrado antes dar a luz a Ramfis Rafael, a María Altagracia y a la propia autora.

Las noticias que se tienen al margen de lo rumoreado antes y confirmado luego por Aída es que Tantana hubo de someterse a tratamientos siquiátricos porque a más de lo acontecido estuvo permanentemente bajo presión de esta suegra que de alguna manera le hizo saber que podría “desaparecerla del mapa”, una de las expresiones predilectas de los poderosos Trujillo.

Por otro lado, Mónica Sánchez revelaría en entrevistas a la periodista Ángela Peña y al periódico *Hoy* y en programas de televisión que María Martínez de Trujillo se confabuló

con un médico para que la durmiera en la consulta y le matara una criatura en su vientre.

A las nuevas generaciones podría parecerles fantásticamente increíble y un facilismo atribuir hoy día asesinatos inverosímiles a los detentadores de un poder absoluto de décadas atrás, para quienes ciertamente sus propias vidas adquirieron la importancia de lo intocable mientras la de los demás carecía de importancia alguna. Pero no. Era una tiranía que se movía en los planos evidentes y soterrados a la vez, algunas de cuyas acciones más deleznablez siguen inéditas para el público.

En otro orden, Angelita, con toda la razón del mundo, en un esfuerzo supremo por desligarse del crimen de Pilar Báez, recurrió a una penosa declaración del doctor Brossa, director de la Clínica Abreu al momento de la muerte de Pilar Báez. Brossa le formuló al entrevistador Víctor Grimaldi una declaración deplorable y de sentido capicúo al hacer de abogado del diablo y su hija Angelita. Justificó lo que ella dijo en su mamotreto de memorias, en el sentido de que las muertes de Pilar Báez y de Jean Awad habrían sido fortuitas. Brossa rechazó de plano que la muerte de Pilar Báez fuera provocada mediante una hemorragia inducida, y de paso descartó el asesinato de Jean Awad al decir que en la Era de la Tiranía de Trujillo “si alguien se moría en un accidente y hasta de muerte natural, se decía que había sido el gobierno, o que la mano de Trujillo estaba en eso, para desacreditarlo”.

Estamos ante un microsíndrome de Estocolmo, en el que el médico gastroenterólogo Brossa se acomodó justo a la diestra –o quizás a la siniestra– de su antiguo sojuzgador y

le faltó el respeto sin solemnidad a los familiares de los numerosos asesinados y luego anunciados como muertos en accidentes automovilísticos, o a los familiares de asesinados en accidentes simulados y en otros ciertos, pero provocados por ellos; y también dió la sensación de haberse burlado de los miles y miles de muertos por causas naturales y en accidentes automovilísticos jamás puestos en duda ni mucho menos atribuidos a la tiranía trujillista.

A diferencia del aparentemente amnésico Brossa, el profesor y literato Diógenes Céspedes recordó el sábado 30 de junio de 2012, en la pág. 5 de la sección “Areíto” del periódico *Hoy* que el crimen de Awad –y el de Pilar Báez, añado– fue (...) “un caso ocurrido en la etapa más violenta de la dictadura donde los asesinatos simulados como accidentes automovilísticos estaban a la orden del día tanto en La Habana, México, Centroamérica, Estados Unidos y Venezuela como Ciudad Trujillo, luego de que los servicios de espionaje de Trujillo alcanzaron el máximo de eficiencia, precisión y secreto político, gracias a la presencia del general Arturo Espaillet, graduado de West Point y verdadero creador del servicio de inteligencia militar moderno, y de Jonhny Abbes, coronel sin haber sido nunca militar, quien le aportó al SIM cinismo, malicia, terror, conocimiento estratégico de los pasos de los adversarios de Trujillo y la implacable pragmática de ahorro, economía y menor esfuerzo al asesinato en el país y en el extranjero al precio del máximo secreto de los participantes en esos delitos de lesa humanidad”.

Aún más. El poeta y periodista Ayuso en un artículo titulado “Pilar, niña de 50 años y 2” dijo que “la gente de conciencia

con edad para haber vivido el horror de la tiranía de Trujillo sabe de “accidentes” de automóviles mediante los cuales se asesinó a las hermanas Mirabal y Rufino de la Cruz y a Ramón Marrero Aristy, a Augusto (“Trene”) Pérez Garrido, a Enrique (“Quique”) Lithgow y a Diógenes del Orbe”.

“En 1960, cuando ocurrieron los asesinatos de Pilar-Jean, el rumor público fue de que habían sido asesinados”. (...) “Cada uno de los miembros de esa pareja era capaz del crimen”.

“Y de “accidentes” en clínicas y hospitales públicos y privados, donde tras una inyección de aire o de agua se provocaba la muerte segura de un enemigo del régimen trujillista”.

En otro orden, ¿y cómo dedujo el médico Brossa que para “desacreditarlo” (a su defendido Trujillo, al que él combatió) había que decir “que había sido el gobierno” (de Trujillo) o “que la mano de Trujillo” estaba detrás de una muerte en un accidente real o en una muerte en forma natural? ¿Y a Trujillo había que “desacreditarlo”? ¿Cuál era el crédito de Trujillo, doctor Brossa?

“Para Trujillo, la vida humana era una mercancía barata. Como el emperador romano Calígula, le daba más importancia a su caballo que a los seres humanos –nos recuerda Diederich. De los muchos dictadores que América Latina había soportado, ninguno utilizó el poder con tanta extravagancia o tiranía como este hombre notoriamente inmoral. Asesinaba a un enemigo con fría indiferencia, entonces disponía un funeral impresionante y dictaba el obituario. Los amigos de Trujillo valían solo un poco más. No reconocía la lealtad y

con frecuencia despedía a un servidor leal, sometiéndolo a público escarnio y ordenando que el hombre fuera confinado en el ostracismo por la comunidad”.⁹

Pues, resulta impresionante que en su afán innecesario de alejarse de la escena de lo considerado por muchos como un asesinato, acontecido en un local clínico bajo su responsabilidad, el doctor Brossa se haya desdoblado en abogado del diablo y de la hija del diablo, el mismo contra el que él complotó al final de su tiranía.

9. Diederich, *La muerte...*, p. 12.

Declaración de Inocencio Montero Ramírez, chofer del camión

“No tuve tiempo de verlo así, de identificarlo, ni de verlo así porque de ocurrir el accidente nosotros estábamos parados. En el camión iban muchas personas, como 12 gentes. Estaba yo parado a la derecha en el kilómetro 21 de la carretera San Juan adelante, llegando casi a Los Bancos. Algunos estaban desmontados, algunos estaban en el monte haciendo diligencias por ahí, yo me quedé sentado en el camión porque yo no tenía que desmontarme. Al instante de nosotros pararnos bien parado con la luz de estacionamiento cumpliendo la ley de carreteras, vemos ese resplandor de ese vehículo que venía (...) a una velocidad alta... Viene ahí cerquita pero parece que me va a chocar, yo parado ahí, ¡pál!, se estralló, al estrallarse en el vehículo mío los que estaban en el monte, los que estaban atrás, se desmontaron todos, pero al ver yo se origina (ruidos en la grabación. L. C.). Salieron un militar y un civil, porque un militar que como que se agolpió (...), y hay otro militar que está al lado, que no pude identificarlo. Inmediatamente viene un auto de Azua para San

Juan... Mi actitud ya era dar la noticia al puesto de policía de Guanito y también que los que se quedán que auxiliaran a los heridos porque como éramos muchos y mi hermano, que también que andaba conmigo fueron los que montaron en el carro... (a los heridos. L. C.). Nada más salió un teniente y un civil, el otro oficial golpeado parece que lo sacaron, y el que estaba al lado, que se supone que venía conduciendo, ese yo no llegué a verlo”.

(...)

“Yo estaba en el cuartel en calidad de detenido en Guanito... Yo estuve 19 días preso... a los 19 días pagué entonces una fianza, un abogado, que por cierto murió, que fue como a los dos o tres meses (que) me citaron, que estaba bajo fianza, en libertad (...) fue en San Juan, estaban los dos oficiales, el civil yo no lo vi, no fue al juicio, los dos oficiales fueron al juicio, ellos dieron su declaración, por cierto a mí me descargaron”. (Hubo una sola audiencia. L. C.).

“Eran militares. Tenía un poco de miedo. Imagínese en la Era de Trujillo”.

El chofer, de primer apellido Montero y de segundo apellido Ramírez, tuvo que arreglar la cédula personal poniéndole Montero R. porque Trujillo había matado a Prim Ramírez y porque los Ramírez eran sospechosos de ser antitrujillistas. Así el chofer evitaba tener problemas “en los puestos de chequeos”, retenes militares en las carreteras donde paraban para “chequeos”.

De los cuatro peones del camión, tres han muerto y el cuarto “está mal de la cabeza”, “está medio loco”, explicó el chofer Montero.

(...)

“Era un camión grande y cada uno llevaba bulto, un poco de carga, carga para la capital, llevar habichuelas”.

(...)

“Dentro del camión, adentro, el único que estaba en la cabina era yo, los otros estaban por allá haciendo pipí, haciendo lo que fuera. El único que estaba dentro sentado, en el guía, era yo. Yo fui que presencié el impacto, y fui el único que presencié el impacto”.

Salieron de El Cercado. Iban de San Juan a la capital. “Como a las 7 y 20 minutos era que estábamos parados, antes de llegar a Los Bancos”.

SE LE PREGUNTÓ SI EL LUGAR DEL ACCIDENTE ERA UNA CURVA.

“En sí no era curva. En la parte llana. La curva la habíamos pasado. Estábamos en una parte recta”.

“Era un camino, de esas carreteras que hacía Trujillo. Un camino estrecho. En parte para pasar los vehículos había uno que tener que pararse. Yo estaba bien parado a mi derecha. En el sitio ahí exacto”.

“Todavía se nota, antes de llegar a Los Bancos, después de Guanito, antes del río Yaque del Sur” (de aquí para allá, de San Juan de la Maguana a la capital). “La parte de ahí es anchísima. Eso siempre ha sido así”.

(...)

“El camión quedó desbaratado. Al camión le llevaron ahí un lado completo, el lado del chofer”...

“Yo me fui primero a dar razón de lo que pasó en una camioneta que pasó primero.

(...)

“A mí me llevaron al otro día a la fortaleza de San Juan, y al otro día fue uno de los tenientes”.

“—¿Dónde está el chofer que me quiso matar?”

“Lo que pasa que yo no me apreté y digo NO COMANDO, PERMISO, POR USTED ES QUE YO ESTOY AQUÍ, PORQUE YO ESTABA PARADO A MI DERECHA, USTEDES FUE QUE ME CHOCARON. Eso sí se lo dije yo a él”.

(...)

El primer teniente Botello salió y entró después.

“Los otros que se quedaron ahí sí fueron los que se quedaron auxiliando y averiguando. Según me dijeron a mí cuando estaba preso, me dijeron que se mató el que venía manejando”.

(...)

(Fueron) “Directamente al camión. No venían haciendo zigzag porque la parte era un poco recta, si van haciendo zigzag yo me doy cuenta. Yo no puedo hablar mentira. Fueron derecho al camión, ¡pú chocaron!”

El chofer Montero fue reiterativo al decir que estaba parado a su derecha. Durante la Era de Trujillo, tanto el chofer como su hermano y los peones guardaron silencio acerca de las incidencias del accidente.

“En la Era de Trujillo, los Ramírez no podíamos abrir mucho la boca. Uno no podía comentar nada. Era que había miedo. Imagínese usted si yo me hubiera dado cuenta ¡qué no me di cuenta, que la verdad se habla! Si me hubiera dado cuenta y hubiera dicho que fue un accidente ocasionado, dónde estuviera yo; que no me di cuenta tampoco, que yo actué rápidamente, pero fue con mira a ir a presentarme a dar cuenta de lo que pasó porque yo era el chofer del camión”.

(...)

“Entonces llego a Guanito, lo que hicieron fue que me trancaron... Ah, que pasó una comisión de militares, ahí, un capitán y que se yo. Del sitio del accidente me mandaron a buscar y me preguntaron y yo les dije lo que yo vi, lo mismo que le estoy diciendo a usted”... “Eso (el accidente. L. C.) causó sospechas en las personas”.

Desde que salieron de El Cercado recogieron gente con paquetes. El accidente ocurrió casi frente al cementerio de Guanito, frente a una plaza.

“En ese sitio no había casa”.

“Yo estuve 19 días preso y el camión... se hicieron sus diligencias para arreglar el camión. El guardalodo de la izquierda fue el que más sufrió, y el bompí y esas cosas”... “Adelante iban mi hermano, Toribio y yo, pero ellos estaban desmontados ya”.

SE LE PREGUNTÓ RESPECTO A QUÉ PERCEPCIÓN TENÍA, DE SI FUE UN ACCIDENTE SIMULADO O NO.

“Yo percibo...nosotros no podemos testificar porque no sabemos... los Trujillo se atrevían a tó”.

SOBRE SENCIÓN SILVERIO DIJO:

“Yo lo vi después con el yeso en la mano. Yo estaba preso en la fortaleza. Él al otro día del accidente, que se le descompuso la mano, fue como en forma amenazante: “¿dónde está el chofer que quiso matarme anoche?” Me mandaron a buscar, me sacaron de la celda”...

—“Mire usted, que quiso matarme anoche, usted iba borracho manejando ese camión”.

—“No, comandante, espere, ese camión estaba parado según la Ley 241, estaba parado a su derecha... los que tuvieron la culpa de que yo esté aquí son ustedes, los que venían en el carro, ustedes se estrallaron en mi vehículo parado”.

SENCIÓN SILVERIO LE DIJO:

—“Despreocúpese, gracias, discúlpeme, usted tiene razón, gracias”.

“Salieron ellos tres y el de adelante con el conductor, se presume, entró otra vez, se estaba quejando porque le dolía, le dolía el costillar, después supe que se fracturó una costilla; y Lorenzo después como a los 12 días lo vi que tenía su yeso puesto porque Lorenzo Sención Silverio la única vez que fue a verme a mí fue como para asustarme (..) al otro día como a las 3 de la mañana”.

(...)

“Los ojos de Jehová están en todo lugar vigilando lo bueno y lo malo. El sí sabe cómo pasó el asunto”.

(...)

“Salieron de repente... El civil y el militar detrás salieron de rápido, rápidamente, el de adelante salió más despacio pero volvió a entrar”.

SE LE PREGUNTÓ SI NO LOS HABÍA NOTADO NERVIOSOS.

“Ellos estaban parados ahí afuera” (después del choque).

“El camión estaba apagado, hacía ratito que estaba parado”.

“Vi a Silverio al otro día para sugestionarme”.

Y luego lo vio en la causa, en el juicio.

Al momento del accidente Inocencio, el chofer, tenía 23 años de edad. Al momento de la entrevista tenía 73 años.

Exposición del coronel retirado Sención Silverio sobre el accidente en el que murió Jean Awad*

Dijo al principio de su exposición que durante el régimen de Trujillo llegó al rango de Segundo teniente. Informó en tono enfático que al exponer era coronel, “rango ganado en combate”... “Ese rango lo adquirí combatiendo aquí tratando de reponer el gobierno constitucional” ...”por lo cual nosotros defendimos la soberanía nacional”.

“Voy a relatar todo como sucedió. Nosotros éramos segundo teniente con asiento en San Juan de la Maguana”. Conocía a Awad Canaán “porque fui cadete en la academia donde él estaba y porque fuimos oficiales juntos en el Centro de Enseñanza. Él llegó a San Juan de la Maguana como a las 8 de la mañana, 8 a 8 y media de la mañana, y esa es una de las cosas, de las mentiras que se han dicho aquí, que nosotros viajamos con él desde aquí, desde Santo Domingo, hasta

* Exposición durante el coloquio del AGN sobre el libro de Angelita Trujillo. 13 de enero de 2010.

San Juan de la Maguana, y nosotros no viajamos con él, estábamos de servicio en San Juan de la Maguana. Llegó como a las 8, ocho y media de la mañana, y nos pidió a nosotros que lo ayudáramos a conseguir a un pelotero, que (ahora) es teniente coronel, que después dejó la pelota, que era un muchacho que tenía cierta formación, se hizo mecanógrafo y llegó a teniente coronel del ejército en 30 años”.

“Nosotros mandamos a un cabo del ejército que fuera a la casa del pelotero, que vivía cerca de la fortaleza, y cuando regresó el cabo él dijo que le habían dicho que había salido para Las Matas de Farfán a vender una silla de montar que había hecho su hermano, que era talabartero. Jean nos pide que lo acompañáramos a Las Matas de Farfán. Nos vamos donde el coronel, subcomandante de la brigada, comandante Salvador Augusto Montás Guerrero y le pedimos permiso para ir con él a Las Matas de Farfán, y en Las Matas de Farfán nos dice un señor, Nanum, que él no estaba en Las Matas de Farfán, que había salido para Padre Las Casas”.

“Regresamos a San Juan de la Maguana y entonces fuimos a Padre Las Casas, y en Padre Las Casas nos informaron que él estaba en un campo que le llaman Guayabal, y que estaba por allá (..). Awad Canaán alquiló un hombre en un caballo para que lo fueran a buscar. Nosotros entramos frente al parque a un bar que estaba ahí y nos sentamos a beber tragos ahí, no sé si está ahí todavía, una costumbre que se puede catalogar mala, pero era una cultura en las Fuerzas Armadas. Nos sentamos a beber tragos ahí. Estamos ahí. Conversamos, bebimos y comimos ahí, que recuerdo que comimos longaniza con tostones”.

“De ahí nos paramos a hacer un poco la digestión, pasamos por la gallera, que había juego de gallo ese día, estuvimos ahí como unos 15 o 20 minutos, de ahí salimos y fuimos al play, que habían unos muchachos jugando y nos pusimos a jugar pelota, y fuimos de nuevo al bar a tomar tragos”.

“Como a las 5 y media de la tarde llegó el señor con Manolo Valenzuela. Nos montamos en el vehículo que era una Station Wagon Sephir, color azul y gris. Salimos para San Juan de la Maguana a dejarnos a Botello y a mí y a recoger las pertenencias de Manolo para venir para acá, para la ciudad. (Anuncia que más adelante hablará de una declaración notariada del abogado Alejandro Herrera, que fue juez de la Suprema Corte de Justicia). Cuando llegamos a 22 kilómetros de San Juan, en una curvita así (hizo como si dibujara una curva en el aire) Jan viene manejando, se salió y a la derecha había un camión verde o azul salido de la curva que estaba cargado de habichuelas y que el chofer había parado a la derecha en un parqueo, perdón, en el paseo de la carretera, porque él estaba parado ahí donde una mujer que él tenía ahí; Jean se estrelló contra el camión, del lado izquierdo del camión, de la goma izquierda, y el lado izquierdo de la Station Wagon”.

“Él venía manejando. Botello venía adelante, a la derecha, era un hombre muy grande, gordo, tenía unas 300 libras. Nos recogieron ahí, nos montaron personas en un carro público, yo no recuerdo, yo no sé, porque yo no tenía conocimiento, estaba (se mueve como mareado) y nos llevaron al hospital (...), de San Juan. Allí entre los médicos que nos recibió estaba el doctor Felipe Herrera, un médico muy conocido (...),

que fue el médico que me atendió. Botello tenía tres costillas rotas (...) la mandíbula y muchos golpes. El único que tenía algunos rasguños, pero no golpes era Manolo”.

Al otro día llegó una comisión de la Fuerza Aérea encabezada por el doctor Hoffiz... el doctor Rondón, que está aquí, sabe muy bien, que (aquel) era el director del hospital militar (...) Cuando nos vió y vio las condiciones en que estábamos dijo que no, que no nos trasladaran, que no era conveniente, que esperaríamos 72 horas para ver cómo evolucionábamos, y así fue, a los tres días nos montaron en una ambulancia y nos trasladaron aquí, a la capital. Ahí nos chequearon, nos examinaron, a mí me quitaron el yeso que tenía, y así sucesivamente.

(Entonces trae a colación la declaración notarizada del abogado Alejandro Herrera, que había anunciado antes. Dijo que para aquella vez no le habían dado el exequátur por desafecto del régimen, y que él y el papá de Amaury Aristy comentaron sobre la ingesta de bebidas por los militares y cómo conducía Jean Awad el vehículo, por lo que fueron al bar para saber cuánto habían tomado).

“Awad corría muchísimo. En la Fuerza Aérea habían dos oficiales que corrían –y aquí hay dos oficiales que podrían atestiguar eso– que eran Fernández Domínguez y Awad Canaán. Nos trajeron aquí. Yo estuve (...) días (interno por prescripción médica), Botello estuvo más. Estuve unos cuantos días más aquí y después me fui a prestar servicio a San Juan de la Maguana. Se ha dicho que la muerte de Awad Canaán fue solicitada por José León Estévez. José León Estévez tiene demasiados rosarios atrás, lo sabemos. Nunca lo defenderé

en ese sentido. Pero la muerte de Awad Canaán no. Eso fue un accidente, como yo lo relaté”.

(Hizo referencia a Fourniel Evertz Corniel, quien, al ser entrevistado en una estación radial, declaró que había participado en el crimen de Awad Canaán).

“Y así, hay más de 12 versiones de este caso, que son mentiras y más mantiras”.

Luego citó a Naya Despradel y a Pilar Awad Báez, hija de Pilar Báez y Jean Awad Canaán, quien habría dicho que Naya escribió en una ocasión un artículo en el diario *El Caribe* solo basado en la versión de Sención, quien, según ella, habría sido “chivo expiatorio” defendiendo la versión oficial para proteger a León Estévez. Como en otras ocasiones, Sención recordó que ingresó como cadete habiendo obtenido el No. 1. Luego se graduó con el No. 4. Le correspondía el No. 1, pero por una acusación falsa del entonces coronel Wessin y Wessin lo bajaron al No. 4.

“La vida de nosotros ha sido una carta franca, abierta, clara, porque no tenemos nada qué esconder, nada qué esconder. Vivimos tranquilos con muchos amigos que me conocen y me respetan”.

“Yo ratifico aquí una y mil veces que la muerte de Awad Canaán fue un accidente y que Luis José Estévez no tuvo ¡nada que ver con ese accidente!”.

Bibliografía

- Abbes García, Johnny. *Trujillo y yo. Memorias*, primera edición. Santo Domingo, Letra Gráfica, 2009.
- Álvarez Pina, Virgilio. *La Era de Trujillo. Narraciones de don Cucho*, primera edición, Santo Domingo, Editora Corripio, 2008.
- Awad Báez, Pilar/ Álvarez, Eva. *La verdad de la sangre*, primera edición. Santo Domingo, Búho, 2013.
- Báez de Jiménez, Mayra. *Si la mar fuera de tinta... Vivencias de una niña tras la caída de la dictadura trujillista*, cuarta edición. Santo Domingo, Fundación Héroes del 30 de Mayo, 2006.
- Báez Díaz, Tomás. *En las garras del terror*, segunda edición. Santo Domingo, Comisión Permanente de Efemérides Patrias, 2011.
- Balaguer, Joaquín. *La palabra encadenada*, primera edición. México, Fuentes Impresores, 1975.

- Balaguer, Joaquín. *Memorias de un cortesano de la Era de Trujillo*, segunda edición. Barcelona, Talleres Gráficos. Editora Bruguera, 1988.
- Bosch, Brian J., *Balaguer y los militares dominicanos*, segunda edición traducido al español. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 2010.
- Collado, Lipe. *Curso de periodismo*, quinta edición. Santo Domingo, Editora Collado, 2001.
- Collado, Lipe. *La entrevista en 10 lecciones*, tercera edición. Santo Domingo, Editora Collado, 2009.
- Collado, Lipe. *Introducción a la ciencia de la comunicación social*, primera edición. Santo Domingo, Publicaciones América, 1989.
- Collado, Lipe. *El Foro Público en la Era de Trujillo*, primera edición. Santo Domingo, Editora Collado, 2004.
- Crassweller, Robert D., *Trujillo. La trágica aventura del poder personal*, primera edición traducido al español. Barcelona, Talleres Gráficos. Editora Bruguera, 1968.
- Cruz Infante, José Abigaíl. *Alfonso Moreno Martínez. Una vida ejemplar*, primera edición. Santo Domingo, Editora Búho / Editorial Argos Impreso, 2010.
- De Castro Beras, Pantolín. *Trujillo y mis vivencias*, primera edición. Santo Domingo, Editora Corripio, mayo 2004.
- Despradel, Naya. *Pilar y Jean. Investigación de dos muertes en la Era de Trujillo*, primera edición. Santo Domingo, Letra Gráfica, 2012.

Diederich, Bernard. *La muerte del dictador*, quinta edición en español. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 2000.

El crimen de la Hacienda María. Expediente de extradición de Ramfis Trujillo y compartes, primera edición. Santo Domingo, Federación de Fundaciones Patrióticas. Museo Memorial de la Resistencia, 2012.

Espailat, Arturo. *Trujillo: El último de los césares*. Editora Renovación. 1968.

Ferrerías Manuel, Ramón Alberto. *Recuerdos de junio de 1959*, primera edición. Editora Nordestana, 1974.

García Márquez, Gabriel. *Crónica de una muerte anunciada*, primera edición. Bogotá, Oveja Negra, 1981.

Garrido de Guzmán, Yolanda. *Al encuentro de la primavera*, primera edición. Editores Asociados, 1983.

Gómez, José Miguel. *Trujillo visto por un psiquiatra*, primera edición. Santo Domingo, Búho, 2003.

Gómez Ochoa, Delio. *La victoria de los caídos. Constanza, Maimón y Estero Hondo*, cuarta edición. Santo Domingo, Editora Collado, 2010.

Guzmán, Leandro. *1J4. De espigas y de fuegos*, primera edición. Santo Domingo, Editora de Colores, 1998.

Infante, Fernando. *Los viejos días. Nostalgias*, primera edición. Santo Domingo, Letra Gráfica, 2003.

- Infante, Fernando. *La Era de Trujillo. Cronología histórica, 1930-1961*. Tomos I y II, primera edición. Santo Domingo, Editora Collado, 2007.
- Javier García, Manuel de Jesús. *Mis 20 años en el Palacio Nacional junto a Trujillo y otros gobernantes*. Tomos I y II, primera edición. Biblioteca Taller No. 179. Santo Domingo, Taller, 1986.
- León Estévez, Luis José. *Yo, Ramfis*. Santo Domingo, Letra Gráfica, 2009.
- Martínez, Lusitania. *Palma Sola (su geografía mítica y social)*, segunda edición. Santo Domingo, Búho, 2003.
- Núñez Fernández, José Antonio. *La guerra de locutores. Abril 1965*, primera edición. Santo Domingo, Biblioteca Nacional Pedro Henríquez Ureña, 2009.
- Peña Castillo, Domingo A. *Memorias de un revolucionario*, tercera edición. Santo Domingo, Editora Collado, 2010.
- Rid Vittini, Mario. *Trujillo de cerca. Memorias*, primera edición. Editora San Rafael, 2007.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *La muerte de Trujillo según sus autores y los papeles de Ramfis Trujillo*, primera edición. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 2006.
- Rodríguez Demorizi, Emilio. *Archivos de Ramfis Trujillo. Los sucesos entre 1965 y 1969*, primera edición. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 2008.

- Saillant V., César A. *Participación de Ramfis Trujillo en el asesinato de los héroes del 30 de mayo de 1961. Revelaciones a Sánchez Cabral*, segunda edición. Santo Domingo, Museo Memorial de la Resistencia. Colección Tertulia. No. 2, 2012.
- Sención Silverio, Lorenzo / Freites Báez, Abelardo. *Academia Militar del las Fuerzas Armadas "Batalla de las Carreras". Apuntes históricos y anecdotario*, primera edición. Editora Luxe, 2006.
- Silfa, Nicolás. *Guerra, traición y exilio*. Tomo 1, primera edición. Barcelona, 1980.
- Trujillo, Angelita. *Trujillo, mi padre en mis memorias*, primera edición, 2009.
- Trujillo Ricart, Aída. *A la sombra de mi abuelo*, primera edición. Santo Domingo, Grupo Editorial Norma, 2008.
- Valera Benítez, Rafael. Prólogo al libro *Complot develado*. Santo Domingo, Taller, 1984.
- Vega, Bernardo. *Kennedy y los Trujillo*, primera edición. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 1991.
- Vega, Bernardo. *Los últimos días de Trujillo. Los días finales*. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 2000.
- Vega, Bernardo. *Cómo los americanos ayudaron a colocar a Balaguer en el poder en 1966*, primera edición. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, 2004.
- Wiese Delgado, Hans Paul. *Trujillo. Amado por muchos, odiado por otros, temido por todos*, primera edición. Santo Domingo, Letra Gráfica, 2000.

PUBLICACIONES DIARIAS

El Caribe, 18 de diciembre de 1956, p. 3.

El Caribe, 1 de julio de 1958, p. 15.

El Caribe, 3 de julio de 1959, p. 11.

El Caribe, 8 de febrero de 1960, pp. 1 y 2.

El Caribe, 17 de julio de 1960, p. 11.

El Caribe, 2 de diciembre de 1960, pp. 1 y 24.

La Nación, 1 de diciembre de 1960.

“Lista de integrantes de las Brigadas Políticas y Sociales del SIM”. *El Caribe*, 15 de mayo de 1962.

“Informe de la Comisión Investigadora de la OEA sobre los crímenes de Mata Redonda”. Periódico *Patria*, 25 de julio de 1965, p. 6.

“Declaraciones de Sención Silverio”. Periódico *Hoy*, 5 de agosto de 1998, p. 19B.

“Entrevista de Bernardo Vega a Lorenzo D. Berry (Wimpy)”. Suplemento “Areíto”, periódico *Hoy*, 14 de febrero de 2009, p. 7.

Periódico *Hoy*, 2 de enero de 2011.

El Nacional, 25 de junio de 2010.

Fernández, Emilio Ludovino (Milito). “Asuntos históricos. Por mi respeto de la verdad”. *Listín Diario*, 20 de julio de 1998, p. 9A.

“Declaraciones de Asela Morel”. *Listín Diario* digital, 9 de mayo de 2010.

Vargas Llosa, Mario. “La muerte de un pimpollo”. *El País*, 16 de mayo de 2010.

Céspedes, Diógenes. “El libro de Naya Despradel: los Awad Báez”. Suplemento “Areíto”, periódico *Hoy*, 16 de junio de 2010, p. 5.

Céspedes, Diógenes. “Problemas de metodología de Naya Despradel”. Suplemento “Areíto”, periódico *Hoy*, 30 de julio de 2012, p. 5.

OTRAS PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Bissié, Miguel Ángel. “Mis memorias sobre el ajusticiamiento de Trujillo, el 30 de mayo de 1961”. Revista *Ecos*. Año 6, No. 7. Santo Domingo, Editora Universitaria, 1999.

Córboba, Cuqui. Artículo de Cuqui Córdova sobre el “profesional” de la lucha libre “El Tigre de Bonao”. Revista *Ahora*, 3 de octubre de 1977.

García Vásquez, Antonio. “Notas sobre el 30 de mayo de 1961”. Revista *Ecos*. Año 6, No. 7. Santo Domingo, Editora Universitaria, 1999.

Revista de las Fuerzas Armadas. Noviembre 1960.

Revista La Atalaya. 1 de marzo de 2013.

ENTREVISTAS Y SITIOS DE INTERNET

Declaraciones de Angelita Trujillo. Entrevistada por Alicia Ortega en marzo de 2010 en el programa “El Informe con Alicia Ortega”.

“El último estertor del trujillismo y el sometimiento de Angelita Trujillo”. Martes 19 de octubre de 2010 en www.elblogdeaquilesjulian.com

“Declaración de Julio Morgan Estrella. 21 de octubre de 2010. En www.lavendatransparente.com, del doctor Raffi Genao.

“La resistencia contra Trujillo en San Juan. Declaración de Otilio Rafael Méndez”. Entrevistado por José Enrique Méndez. En *Identidad Sanjuanera*.

GRABACIONES

Declaraciones del coronel retirado Sención Silverio en el coloquio del Archivo General de la Nación sobre el libro *Trujillo, mi padre en mis memorias*, de Angelita Trujillo. 13 de enero de 2011.

Declaraciones del doctor Felipe Herrera, ortopeda.

Declaraciones de la enfermera Bella Herminia Santil.

Declaraciones del exoficial William García Duval.

Declaraciones de Inocencio Montero Ramírez, chofer del camión accidentado.

Índice onomástico

A

Abbes García (Tintina), Cristina 194
Abbes García, Johnny 12, 25, 26, 39, 74, 112, 113, 193, 194, 212, 213, 215, 217, 218, 228, 249, 253-258, 262, 267, 276
Abreu, Rafael 225
Abreu de Perelló, Diana 226, 231
Acra, Rafael 225, 226
Álvarez, Eva 87, 150
Álvarez Pina (don Cucho), Virgilio 202, 241
Amaro Abreu, Leví 261
Amiama Tió, Luis 228
Awad (los) 271
Awad, Gabriel 251
Awad Báez (Pachi), Pilar 61
Awad Báez, Aída Rosa del Pilar 273

Awad Canaán (Chichí), Jorge Edgard 13, 14, 16, 60, 61, 65, 66, 84, 85, 161, 251
Awad Canaán (familia) 168, 271
Awad Khoury, George 15, 251
Ayuso, Juan José 167, 209, 220, 276

B

Báez (los) 271
Báez, Angélica de 251
Báez, Josefina 206
Báez Díaz (familia) 248, 268, 269, 271
Báez Díaz, Miguel A. 11, 12, 16, 157, 161, 173, 188-191, 196, 198-204, 206, 207, 226, 231-233, 235, 250, 251, 265, 266, 269, 270
Báez Díaz, Tomás 205, 251, 269

Báez Perelló (familia) 160, 168,
227, 231, 236, 247, 268, 269
Báez Perelló (Miguelín), Miguel
Ángel 204, 205, 251, 270
Báez Perelló de Jiménez, Mayra
Rosa 61, 162, 188, 189, 195,
196, 251
Báez Perelló, Nelson 61, 188,
251
Báez Perelló, Tania 61, 162, 188,
251
Balaguer, Joaquín 41, 143, 192,
202, 218, 233, 241, 243, 244,
262, 269
Baquero, Luis Manuel 227
Batista, Fulgencio 207
Bergés Ruiz, Ramón 16w
Berry (Wimpy), Lorenzo D. 233
Bissié, Miguel Ángel 202
Bogaert Domínguez (Charles
Bogaert), Carlos Conrado
216, 217
Bosch, Brian J. 37, 41
Bosch, Juan 41
Boyrie, Marina 239
Boyrie, Marinita 237, 238
Brossa, Jordi 225, 228, 275-278

C

Cabral Noboa, Federico A. 75,
113
Cabrera, Federico 217
Calígula 277

Canaán (los) 271
Canaán de Awad, Emelinda
161, 251
Canto, Alfonso 207
Casado, Francisco 59
Castillo, Marino Vinicio 262
Castillo, Príamo 101
Castro Beras, Pantolín de 39,
193, 195, 203, 229, 243, 267
Céspedes, Diógenes 200, 221,
276
Chabebe, Rosita A. de 251
Córdova, Cuqui 211, 219
Crassweller, Robert D. 29, 48,
95, 136-138, 146, 152, 177
Cruz, Jerez 254, 255
Cruz, Rufino de la 194, 255, 277
Cruz, Zacarías de la 202
Cruz Pérez, Remberto 151
Cucurullo (Dr.) 112
Cuello, Ángel María 99
Cuello, José Israel 21

D

D'Alessandro Tavárez, Aldo 194
D'Alessandro, Guido 255
De la Maza (familia) 242
De la Maza, Aída de 195
De la Maza, Antonio 196-199,
204
Despradel, Naya 24, 46, 52, 82,
89, 93, 102, 117, 118, 121,
130, 209, 210, 213, 221, 291

Díaz (familia) 196, 233, 234, 271
Díaz, Franklin 185
Díaz, Gracia 234
Díaz, Juan Tomás 40, 196, 198,
199, 207, 232-234
Díaz, Juvenal 105
Díaz, Marianela 40
Díaz, Modesto 196, 199, 204,
207, 232-234
Díaz Perelló (familia) 271
Diederich, Bernard 193, 198,
228, 233, 277, 278
Domínguez, Luis José 149, 150
Domínguez Marte, Inova 150
Domínguez Trujillo, Rafael 259,
260
Duvalier, Francois 262

E

El Buitre 213
El Cacique 212
El Cacique 213
El Pirata 212
El Rayo 212
El Tigre de Bonao (v. Pérez,
Francisco A.) 210, 211, 214-
220
El Vodou 213
El Zurdo de Bonao 211
Espaillat, Arturo 48, 192, 276
Espaillat, Pablo 206
Espinosa, Luis 251
Estevez, Alfonso 251

Estévez, Luis José 271
Estrella Martínez, Juan 101
Estrella Sadhalá, Salvador 204,
205
Evertz Corniel, Fourniel 271

F

Federico el Grande 48
Felisa 99
Fernández, Emilio Ludovino
20, 21, 112, 242
Fernández, Fredy (v. González,
Fredy) 194
Fernández Domínguez, Rafael
Tomás 57, 290
Fernández Sánchez, Vinicio 19
Ferrerías Manuel (El Chino
Ferrerías), Ramón Alberto
135-138, 141, 142
Fiallo, Federico 95, 96
Fifí (enfermera) 231
Frías Sandoval, Luis 251

G

Galíndez, Jesús de 192
García Duval, Álfida de 179, 184
García Duval, William 16, 169,
170, 178-180, 183-185
García Guerrero, Amado 201-
204
García Márquez, Gabriel 187
García Mendieta, Carlos 261

García Trujillo, Virgilio 161
García Vásquez, Bienvenido 40
García Vásquez, Eduardo Antonio 21, 40, 197-200, 202, 204, 241-243
García Vásquez, Rafael 41
Garrido, Víctor 139, 143
Garrido, Yolanda 139-141, 143, 145, 245
Genao, Rafi 259
Germán, Guillermo 58
Germán, Manuel 58
Germán Aristy, Amauri 58, 290
Germán Soriano, Sergio F. 201
Gitleman, Simón 202
Goebels 254
Gómez, Máximo 271
Gómez Ochoa, Delio 28, 29, 213, 215
González (La Iguana), Fredy 194, 213, 218
González Cruz, Francisco 267
Grimaldi, Víctor 60, 225, 275
Gronau, Henry 146
Gronau, Henry William (o Jaime William) 146
Guerra Ubrí, José Antonio 46
Gutiérrez Félix, Euclides 102
Guzmán, Leandro 144, 197
Guzmán, Yolanda 41

H

Hazim, Julio 209, 219, 220

Henríquez, Noel 234
Henríquez Díaz (Nabú), Noel Modesto 234
Hernández Almánzar, Homero 190, 205-207
Herrera, Alejandro 289, 290
Herrera Piña, Abelardo 58
Herrera Piña, Felipe 59, 78, 104, 106, 112, 289
Hoffiz, Simón 102, 107, 112, 290

I

Imbert Barrera, Antonio 204, 210
Infante, Fernando 212
Isabel II 148

J

Javier, Manuel de Jesús 163, 176, 207, 228, 265, 266
Jiménez, Elisa 15
Jiménez, Hilda 15
José María (Pilía) 214, 215
Julián, Aquiles 270, 271
Kushner, María Carlota 161
Kushner de Awad, Luz 14, 17, 60, 61, 161

L

Larsgard, Carl J. 82

Lebrón Tejada, José 261
León Estévez (“Pechito”), Luis
 José 19-23, 32, 43, 75, 82,
 111-113, 115, 130, 147, 148,
 149, 151, 152, 155, 158, 160,
 167, 168, 170-173, 176, 180,
 182, 184, 189, 191, 209, 219,
 220, 221, 223, 229, 237, 238,
 258, 272
León Estévez Trujillo (familia)
 161, 232, 251
León Estévez, Alfonso 154
León Estévez, José 84, 130, 131,
 290
León Estévez, José Alfonso 111,
 112
León Trujillo, María de los Ánge-
 les 152
León Trujillo, Rafael Leónidas
 152
Lithgow (“Quique”), Enrique
 277
Lora, Iluminada 40

M

Marchena, Federico 147
Marchena, Publio Oscar 14, 15
Marchena Martínez, Lourdes
 147, 148
Marrero Aristy, Ramón 243,
 244, 277
Marte, Inova 149
Martínez, Francisca 147

Martínez, Lusitania 28
Martínez de Trujillo, María 11,
 20, 23, 28, 142, 146, 147,
 160-163, 223, 248, 250, 258,
 272-274
Maza (Tavito), Octavio de la
 193, 197, 241, 242
Maza, Antonio de la 190, 193,
 195, 201, 202, 233, 242, 243
Méndez, José Enrique 28
Méndez, Otilio Rafael 28
Mirabal (Hnas.) 166, 194, 241,
 277
Mirabal, María Teresa 144, 197,
 255
Mirabal, Minerva 255
Mirabal, Patria 255
Montás (los) 38
Montás Guerrero, Salvador
 Augusto 33, 37, 38, 40, 41,
 43-45, 47, 288
Montero Ramírez, Inocencio
 64-66, 74, 77, 87, 90, 91, 93,
 95, 106, 107, 109, 111, 118-
 120, 123, 125-127, 129, 131,
 133, 279, 280, 281
Montero Ramírez, Librado 90,
 96, 97
Morel, Asela 21
Moreno, Evencio 251
Moreno Duarte, José Pilía 214
Moreno Martínez (los) 214
Moreno Martínez, Alfonso 24

Moreno Martínez, Juan Antonio 214
Morgan Estrella, Julio 259, 260, 273
Moya Alonzo, Manuel de 148

N

Nanum, Juan 44
Nasar, Santiago 187
Nivar Seijas, Neit 41
Norman, Andrés 216, 217
Núñez Fernández, José Antonio 262

O

O'Reilly, Thomas 37
Orbe, Diógenes del 277
Ortega, Alicia 153, 154, 181, 221

P

Panal, Francisco A. 40, 234
Paniagua (cabo E. N.) 33
Pastoriza, Roberto 199
Peña, Ángela 274
Peña Castillo (La Cuca), Domingo A. 216, 217
Peña Rivera, Alicinio 40
Perelló, Pilar viuda 251
Perelló Báez, Julio 251
Perelló Báez, Manuel de Jesús 226, 251

Perelló de Báez Díaz, Aída 101, 157, 159, 160, 161, 172, 173, 183, 188, 193, 195, 197, 226, 250, 251, 269

Perelló de Báez, Alicia Celeste 16

Pérez (Sr.) 260

Pérez (Cheo), Eliseo Francisco 263, 264

Pérez, Francisco A. (o Hugo del Villar o "El Tigre de Bonao") 209, 210, 213

Pérez Collado, Marcos 216

Pérez Garrido (Trene), Augusto 277

Pérez Sánchez, Eliseo 263

Pichardo (Dr.) 226

Pichardo, Paino 202

Pitini, Ricardo 151

R

Ramírez (familia) 95, 96, 283

Ramírez, Hernando 185

Ramírez, Prim 95, 280

Ramírez Alcántara, Miguel Ángel 29, 95

Ramírez Alcántara, Porfirio 95

Read Vittini, Mario 232, 235, 236

Reed, Lear B. 228

Reid Cabral, Donald 227

Reyes Acosta, Luis 41-43

Reyes Araujo, José María 41

Ricart, Tantana 273, 274

- Rodríguez, Félix Arcadio 261
Rodríguez (Chepín), José Amado 205
Rodríguez, Livio 88, 90, 97, 105, 106
Rodríguez (Rodriguito), Manuel Antonio 74
Rodríguez (La Mamota), Sergio 210
Rodríguez Botello, Pedro Atilio 31, 33, 50, 64-66, 74, 79, 80, 94, 99-101, 104-106, 113, 125, 126, 180, 183, 282, 289, 290
Rodríguez Demorizi, Emilio 205, 207
Rodríguez Reyes, Miguel Ángel 39
Rodríguez Rosario, Jaime Antonio 66
Román Fernández (Pupo), José René 203, 204, 228
Ross, Eduardo 151, 162
Rúa, Altagracia 193
Rúa, Antonio 193
Rúa, Miguel 193
Rubiera (teniente E. N.) 203
- S**
- Saillant, Luis 23
Saillant Ornes, Orlando 15
Saillant Valverde, César A. 144
Salazar Rodríguez, Francisco 210, 215
Sánchez Sanlley, Rafael Guillermo 190
Sánchez Tejeda, Julito 185
Sánchez, Enilda 99
Sánchez, José Rafael 46
Sánchez, Julián 24
Sánchez, Mónica (o Sánchez, Mony) 199, 273, 274
Santana (Lico), Manuel de Jesús 206
Santil, Bella Herminia 78, 99-101, 106
Scott, Ernesto 254, 262
Sención Silverio, Lorenzo 31-34, 44, 46, 47, 49, 50, 51, 55-57, 59, 60, 64-67, 74, 78, 80, 81, 89, 93, 94, 99, 100-109, 113, 117, 118, 120, 122, 123, 125, 129-131, 177, 180, 181, 209, 213, 219, 220, 284, 285, 287, 291
Silfa, Nicolás 29
Simó de Ventura, María Luisa 137, 138, 141, 244
Simó, (¿José?) 40
Simpson, Alfonso 225-227, 236
Soto, Mercedes B. de 251
Stephens 193

T

- Tapia (sargento E. N.) 43
- Taveras (Mario), Félix Fernando 41
- Taveras, Narciso Ramón 41, 42
- Tejeda, Huáscar 199
- Tejeda, Teodoro 196
- Tigre de Bonaó 212
- Trujillo (familia) 38, 130, 137, 158, 162, 166, 170, 175, 186, 264, 265, 270
- Trujillo León, Luis José 152
- Trujillo Martínez (Angelita o Ita), María de los Ángeles 19, 22, 23, 32, 84, 101, 135-137, 140, 141, 145, 147-149, 151-155, 157-160, 162, 165-168, 170-172, 175-178, 180, 181, 183, 185-187, 190, 191, 197, 203, 205, 207, 223-225, 237-240, 242, 244, 249, 253, 259, 268, 269, 271, 275
- Trujillo Martínez (familia) 251
- Trujillo Martínez, Leónidas Radhamés 251
- Trujillo Martínez, María de los Ángeles del Corazón de Jesús 239
- Trujillo Martínez, Radhamés 21, 161, 162
- Trujillo Martínez, Ramfis Rafael 21, 23, 82, 83, 112, 113, 135, 140, 142, 144, 147, 152, 159, 162, 168-170, 185, 189, 223, 240, 241, 253, 273, 274
- Trujillo Molina (Negro), Héctor B. 162, 164, 192, 229
- Trujillo Molina (Petán), José Arismendy 40, 259
- Trujillo Molina, Nieves Luisa 136
- Trujillo Molina, Rafael Leónidas 11, 19, 21, 23, 26-28, 38-41, 43, 49, 58, 82, 88, 95, 113, 128, 136, 138, 139, 142-144, 149, 151, 152, 162, 163, 184, 187, 190-192, 194, 199-202, 204, 206, 214, 227, 228, 230, 232, 234, 239, 241, 242, 243, 248, 250, 251, 255, 258, 259, 266, 271, 276, 277, 281, 287
- Trujillo Ricart, Aída 274
- Trujillo Ricart, María Altagracia 274
- Trujillo Ricart, Mercedes de los Ángeles 162

V

- Valdez Villarroel, Luis José 23, 29, 75, 113, 168
- Valenzuela, Lorenzo 45
- Valenzuela, Manolo 53, 66, 93
- Valenzuela Cabral, Pedro Manuel (V. Valenzuela, Manolo) 20, 24, 31, 32, 33, 34, 44,

49, 50, 51, 53, 59, 60, 64, 65,
67, 74, 77, 78, 94, 102, 104,
105, 106, 113, 120, 123, 289,
290
Valera Benítez, Rafael 12, 113,
255-257, 263
Vargas Llosa, Mario 21, 149
Vega, Bernardo 233
Velázquez, Angélica B. de 251
Ventura Burgos, Santiago del
Pilar 144
Ventura Simó (familia) 144
Ventura Simó, Juan de Dios 28,
137-144, 244, 245
Vicini, Jeanny 227
Vicioso, Piqui 185

Viera, Ana 192
Villar, Bebecito del 210, 211
Villar, Hugo Bienvenido del 210
Villar, Hugo del (o Pérez,
Francisco A., o “El Tigre de
Bonaó”) 210, 211, 212, 217

W

Wise, Hans Paul 146

Y

Yabra, Flérida 233
Yeara Nasser, Jorge 254, 255
Yuyo D’Alessandro 194, 255

Este libro, *Eran una sola sombra larga*, de Lipe Collado, se terminó de imprimir en noviembre de 2015 en los talleres gráficos de Editora Búho, S.R.L. Consta de 500 ejemplares impresos en papel cáscara de huevo de baja densidad y está compuesto en caracteres Utopia tamaño 12.

